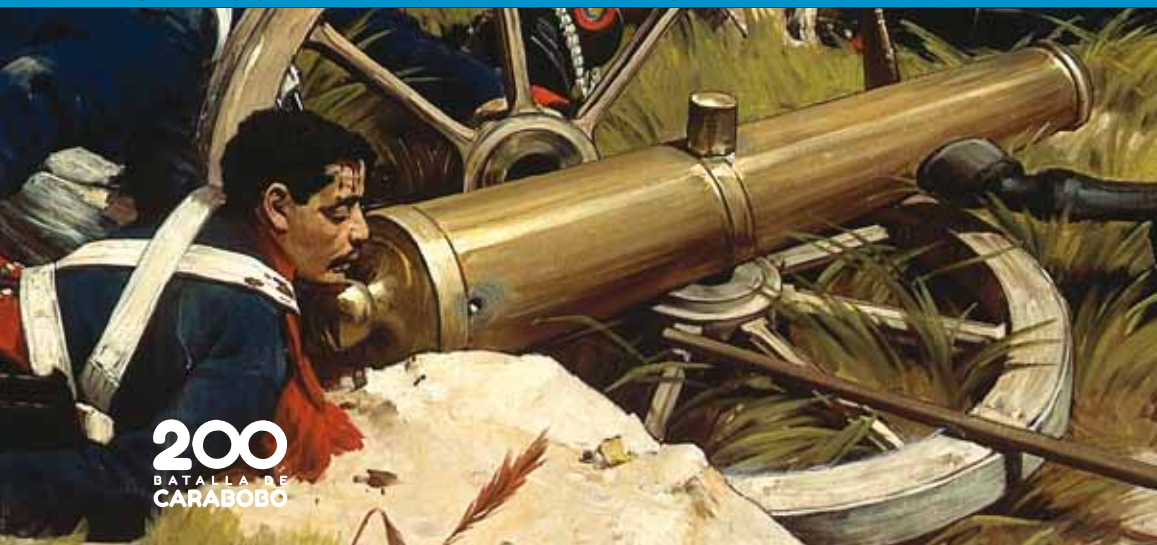




# Jacinto Pérez Arcay

CARABOBO, UN PUNTO ITINERARIO...

COLECCIÓN BICENTENARIO CARABOBO



200  
BATALLA DE  
CARABOBO

**Jacinto Pérez Arcay** Natural de Coro, Falcón, el general en Jefe Jacinto Pérez Arcay (1935) es licenciado Summa Cum Laude en Historia y Geografía por la Universidad Católica Andrés Bello, y Magíster en Ciencia Política por la Universidad Simón Bolívar. Escritor, historiador, docente y filósofo militar, maestro de varias promociones, es figura tutelar de la FANB y asesor presidencial. Ha sido distinguido con condecoraciones como las de Oficial, Caballero y Comendador de la Orden del Libertador, entre otras. Entre sus publicaciones se encuentran: *Bolívar hoy*, *La Guerra Federal: consecuencias*; *Hugo Chávez, alma de la Revolución en Cristo y en Bolívar*.

« *Batalla de Carabobo* (detalle).

Martín Tovar y Tovar (1888).

Salón Elíptico del Palacio Federal Legislativo, Caracas.



**2**

## **Carabobo, un punto itinerario...**

JACINTO PÉREZ ARCAY

### **PRESENTACIÓN**

DIOSDADO CABELLO RONDÓN



## COLECCIÓN BICENTENARIO CARABOBO

---

### EN HOMENAJE AL PUEBLO VENEZOLANO

El 24 de junio de 1821 el pueblo venezolano, en unión cívico militar y congregado alrededor del liderazgo del **LIBERTADOR SIMÓN BOLÍVAR**, enarbó el proyecto republicano de igualdad e “independencia o nada”. Puso fin al dominio colonial español en estas tierras y marcó el inicio de una nueva etapa en la historia de la Patria. Ese día se libró la **Batalla de Carabobo**.

La conmemoración de los 200 años de ese acontecimiento es propicia para inventariar el recorrido intelectual de estos dos siglos de esfuerzos, luchas y realizaciones. Es por ello que la **COLECCIÓN BICENTENARIO CARABOBO** reúne obras primordiales del ser y el quehacer venezolanos, forjadas a lo largo de ese tiempo. La lectura de estos libros permite apreciar el valor y la dimensión de la contribución que han hecho artistas, creadores, pensadores y científicos en la faena de construir la república.

La **COMISIÓN PRESIDENCIAL BICENTENARIA DE LA BATALLA Y LA VICTORIA DE CARABOBO** ofrece ese acervo reunido en esta colección como tributo al esfuerzo libertario del pueblo venezolano, siempre insurgente. Revisitar nuestro patrimonio cultural, científico y social es una acción celebratoria de la venezolanidad, de nuestra identidad.

Hoy, como hace 200 años en Carabobo, el pueblo venezolano continúa librando batallas contra los nuevos imperios bajo la guía del pensamiento bolivariano. Y celebra con gran orgullo lo que fuimos, somos y, especialmente, lo que seremos en los siglos venideros: un pueblo libre, soberano e independiente.

**Nicolás Maduro Moros**

**PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA BOLIVARIANA DE VENEZUELA**

**Nicolás Maduro Moros**  
PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA BOLIVARIANA DE VENEZUELA

COMISIÓN PRESIDENCIAL BICENTENARIA DE LA BATALLA Y LA VICTORIA DE CARABOBO

**Delcy Eloína Rodríguez Gómez**

**Vladimir Padrino López**

**Aristóbulo Iztúriz Almeida**

**Jorge Rodríguez Gómez**

**Freddy Nández Contreras**

**Ernesto Villegas Poljak**

**Jorge Márquez Monsalve**

**Rafael Lacava Evangelista**

**Jesús Rafael Suárez Chourio**

**Félix Osorio Guzmán**

**Pedro Enrique Calzadilla**







# Carabobo, un punto itinerario...

JACINTO PÉREZ ARCAÏ





*La suerte de Venezuela no puede serme indiferente  
ni aun después de muerto (...)*

*Mi patria, a quien adoro por encima de todas las cosas.*

SIMÓN BOLÍVAR

## Contenido

- 13 Liminar - Jacinto Pérez Arcay
- 17 El espíritu de la patria - Jacinto Pérez Arcay
- 23 Presentación - Diosdado Cabello Rondón
- 29 A manera de prólogo - Hugo Chávez Frías
- 35 La marcha a Carabobo - Arturo Uslar Pietri
- 47 Parte de la batalla de Carabobo en español
- 51 Parte de la batalla de Carabobo en inglés
- 55 Parte de la batalla de Carabobo en francés
- 59 Carabobo, un punto itinerario - Jacinto Pérez Arcay
- 109 Carabobo (24 de junio de 1821) - Eduardo Blanco
- 165 Carabobo - Álvaro Valencia Tovar
- 185 Mapa 1: Situación de los contendientes para abril de 1821
- 187 Mapa 2: Plan del Libertador
- 189 Mapa 3: Plan de La Torre
- 195 Mapa 4: Dispositivo realista e iniciación de la maniobra desbordante patriota
- 197 Mapa 5: Ataque patriota y reacción realista
- 199 Mapa 6: Retirada realista y explotación del éxito por los patriotas

**213 ANEXOS HISTÓRICOS**

- 213** Manifiesto de Cartagena, 5 de diciembre de 1812
- 225** Carta de Jamaica, 6 de septiembre de 1815
- 251** Discurso de Angostura, 15 de febrero de 1819
- 283** Ley Fundamental de la República de Colombia,  
17 de diciembre de 1819
- 287** Convocatoria del Congreso Anfictiónico de Panamá,  
7 de diciembre de 1824
- 291** Mensaje del Libertador a la Convención Nacional de Ocaña,  
29 de febrero de 1828
- 303** Última proclama del Libertador
- 305** Bibliografía



# Liminar

JACINTO PÉREZ ARCAJ

## El implacable motor de la historia y de su aliada inseparable, la geografía

*“No hay efecto sin causa, esto quiere decir, científicamente: todo hecho es determinado, resulta necesariamente, de un conjunto de condiciones. A falta de inteligibilidad, postulamos el determinismo (o el azar). El determinismo no explica lo nuevo sino que lo escamotea, de alguna manera... Nada nace de nada; no hay un comienzo absoluto; lo que aparece estaba ya”.*

**H.BERR. LA SYNTHÉSE EN HISTOIRE**

En términos de relaciones sociogeográficas se observa la sutil cadena de causas que discurre desde la Declaración del 19 de abril de 1810, pasando por sus corolarios de la Junta Patriótica y los Actos Soberanos del 5 de julio de 1811, hasta la violencia legítima que pasará por Carabobo y culminará científicamente en Ayacucho. De aquí se abrirán mil otros caminos, uno de los cuales, abierto por la fusión cívico-militar personificada por Zamora, llegará hasta Santa Inés, donde formalmente fue enterrada la godarria de liberales y conservadores de Venezuela. Y es que en toda evolución las fases sucesivas, dicen relación con un camino, como los eslabones de una cadena, que están coyunturados entre sí.

La Historia consigna que la concomitancia de factores políticos, económicos, sociales, culturales y geográficos desencadenaron la primera coyuntura de la independencia política. Bolívar explica magistralmente el caso venezolano en su Discurso de Angostura: los hechos concurrentes en 1810 fueron resultado de la conjugación de una serie de factores

que hicieron que por vez primera se diera el grito de independencia y se tratara de estructurar una república independiente. Esos factores estaban formando un camino desde hacía trescientos años pero aparecieron en ese preciso momento en que se abre el de Carabobo como punto itinerario hacia Ayacucho.

El 19 de abril de 1810, condicionado por el entorno geográfico del atlántico norte, nació “el ejemplo que Caracas dio”, ejemplo que *mutatis mutandis* prosigue, hace resonancias y retumba en la sabana de Carabobo donde en 1821, “el ejército más grande y más hermoso que ha hecho armas en Colombia en un campo de batalla” le pondrá “el sello de fuego, plomo y sangre al Acta del Congreso de 1811”.

“A Carabobo llegó –escribió Uslar Pietri– ancho y poderoso el camino que comenzó en vereda sutil tres siglos antes. La batalla no comenzó tampoco con el primer disparo de ese día, sino once años antes con el fino y corto resonar de la campanilla del Cabildo de Caracas un 19 de abril. Ese día, los hombres que podían ejercer con mejor y más inobjetable título la representación de Venezuela, la separaron para siempre del imperio español y de toda dependencia política extranjera. A ese punto llevaba ineluctablemente el difícil y tortuoso camino en que durante siglos, lentos o agitados, se había ido formando el pueblo venezolano”.

La conducta de los líderes que interpretaron la voluntad colectiva e hicieron eco revolucionario más allá de las montañas circundantes del valle de Caracas el 19 de abril de 1810, era un poco la expresión de las relaciones necesarias entre los hombres y su geografía. El Grito de Independencia que en dimensión espacio-temporal trascendió hasta el triunfo de Carabobo, había sido motorizado como idea de libertad por contraste con la tiranía, como reacción a la situación político-social de minusvalía de la clase dirigente americana y condicionado eficientemente por el líquido amniótico de la naturaleza físico-ambiental de la ciudad: la localización, distribución, causalidad y efecto y relación de



los óptimos fenómenos humanos y geográficos de aquella Caracas coyuntural abrieron camino al sentido de la oportunidad...

Después de Carabobo y planificando sobre la marcha la vasta Campaña que ha adelantado hacia el Sur, Bolívar invoca la necesidad de “redondear a Colombia”, tal vez columbrando en paralelismo cultural el fenómeno paideiético griego, la filosofía aristotélica y rusioniana de su maestro Simón Rodríguez, de educar caminando, abriendo caminos y uniendo pueblos.

Históricamente, esa verdad geopolítica del equilibrio del universo no corrió peligro alguno ni en los ojos de Bolívar, que la vio, ni en sus manos ambidextras de pluma y espada, con las cuales comenzó a escribirla con sangres de luz cristiana y redentora. Por eso en esta era bicentenaria del Grito de Caracas volvemos a Bolívar: la vuelta es a él. Por eso debe ser redondo el análisis socio-histórico y geopolítico de la situación hispanoamericana en el planeta tierra realizado por Bolívar.

El Libertador se remonta al pasado –que ya no existe– para descifrar el futuro que aún no existe: Quiere descubrir las leyes sociales, económicas, políticas, psicológicas y militares (relaciones necesarias que se derivan de la naturaleza de las cosas) porque son las que estructuran y conforman la causa general desencadenante de los sucesos parciales contemporáneos. Realizado esto, hace proyecciones al porvenir con el mayor rigor científico, señalando sus efectos y observando relativismo cultural en las conclusiones válidas de sus decisiones: así nació la llamada profecía de Jamaica. El cierre de esa cadena de causas está inconcluso por nuestras inconsecuencias a su persistente llamado a la Unidad, particularmente a la convocatoria permanente y necesaria de la Anficiónía de Panamá, a la valoración moral e histórica de toda su obra, sintetizada en la sublime oración de su Última Proclama. Estamos obligados a resucitarlo y no desterrarlo del corazón de las generaciones por venir.

Ha comenzado un ciclo epicéntrico en lo temporal –escribió el líder presidente Hugo Chávez– y para el año 2030, con la conclusión de la Era Bicentennial, Venezuela debe ser y será, junto a todos los pueblos y Estados de Nuestra América, para decirlo con Bolívar, “la madre de las Repúblicas y la reina de las Naciones”.

# El espíritu de la patria

JACINTO PÉREZ ARCAÏ

*“He llevado siempre a la libertad en mi corazón; no he existido más que para ella; me basta ser su amigo, sin preocuparme en parecerlo. Quienes aman al pueblo por principios no son siempre los que vociferan sin cesar”.*

**MIRANDA**

*“Yo sigo la carrera gloriosa de las armas sólo por obtener el honor que ellas dan: por libertar a mi patria, y por merecer las bendiciones de los pueblos”.*

**BOLÍVAR**

---

¡Qué infinitamente grande es la historia de Venezuela, que detrás de las brumas de un pasado inmarcesible trae hasta nosotros las portentosas imágenes de mil signos distintos! ¡Cuántos símbolos turgentes de gloria se esconden en sus páginas! ¡Cuántos prohombres caminaron al martirologio y al holocausto para darnos la vida! ¡Cuánta tierra regada de sangre!

Los prohombres de esta tierra tan cargada de historia gravitaron en torno a un faro de luz que les iluminaba los senderos de un destino superior y les daba esperanza y aliento metafísico. Ellos, sublimados en dioses, volaban, prendados de un ideal, por encima de un escenario de fuego, sangre y lodo; estaban poseídos de un espíritu rutilante, buscando la perpetuidad idealizada en una simbología.

El primero de esos hombres, prendido su corazón con un extraño fuego sagrado, zarpó de un puerto un día. Se llamaba Miranda. El mar

negro del Imperio español no encogió su corazón. El horizonte azul del mar Caribe se ondulaba a lo lejos como una franja de bandera imposible; las noches sucedieron a las noches: el crepúsculo náutico matutino iba borrando el negro manto de esas noches, apareciendo sobre el espejo del azul el bello amarillo de un sol reverberante.

Debajo del azul, más allá del talud continental, en las profundas fosas abisales, estaba ya concentrada la sangre de más de trescientos años de calma. Pero el odio no deja sino odio: Los hombres de un pequeño país situado al Norte de esta América “combatirán con furor en los campos y en los pueblos internos hasta expirar o arrojar al mar a los que insaciables de sangre y de crímenes rivalizaron con los primeros monstruos que hicieron desaparecer de la América a su raza primitiva”<sup>1</sup>.

La tripulación de Miranda no conoce su destino; náufragos de la noche europea, arriesgan su libertad y sus vidas en aras de la gloria, el prestigio y el honor; van atraídos por la fuerza inexorable del magnetismo del bravo General de la Revolución Francesa. El “Leander” donde viajan va dejando sobre el mar de Occidente una estela ondulante que se hace bandera. Una sinfonía de colores va surgiendo en la mente del anciano impenitente al acercarse a la Isla La Española, la Isla de Colón.

Náufrago con esperanza se arroja al mar de nuevo; la tierra firme de su patria es escudo que le espera. Ya ha tejido con la historia su bandera, ese misterio trascendente del tricolor que jamás será humillado ni vencido. Con trémulas manos que expían su angustia la iza en el mástil. En esa su Bandera vibra todo un pasado: En su flamear sonoro se adivina el eco de la ínclita proclama del hombre mutilado en mil pedazos; se adivina el sueño de José María España, cuyos miembros expuestos a lo largo de la costa nuevamente ensangrentada, y en la Plaza Mayor, serán

---

[1]\_ Simón Bolívar; Carta de Jamaica.

banderas flamígeras, levantadas al infinito como grito de protesta ante la violencia ilegítima de la Madre Patria.

El anciano precursor desembarca en la costa caquetía y sobre el immaculado oleaje trémulo de los médanos clava la enseña y de seguidas el potente viento del Norte la levanta con destino hacia el cielo<sup>2</sup>. De allí la tomará Bolívar y no la soltará jamás. A caballo de la historia, a lo largo de un espacio de llanuras y montañas infinitas la seguirá como se sigue un norte y un destino.

Y así la entregará al futuro: comprendiendo el escudo y comprendida en el himno. Y aquí está, recogiendo entre sus pliegues simbólicos de oro, mar y sangre, la suerte insospechable del Prometeo.

Venezolano de siempre: La Patria no es viajera; es una sola. Y una sola es la bandera. Ésta es tu Bandera. Honrarla es honrar a Tus Mayores. Ella constituye la llama profunda de iluminación que flamea en tu corazón cuando les recuerdas. Al darle vida haces eco de inquebrantable fe en la trascendencia de tu pasado histórico y de esperanza en un destino superior. Por tanto, tu Bandera no es ni deberá ser nunca, un medio para la consecución de intereses subalternos; ella es un fin en sí misma; es la síntesis del amor al Libertador.

---

[2]\_ Miranda era –dice Parra Pérez– “sencillamente deísta, apenas cristiano, pero como político no era ni enemigo del catolicismo ni positivamente anticlerical; al contrario, sus proyectos constitucionales comprenden una Iglesia del Estado, según la opinión de Rousseau, que fue repudiada por la Revolución Francesa y que Miranda creía indispensable aplicar, particularmente en América española; él veía funcionar en Inglaterra la Iglesia del Estado y es indudable que este ejemplo seguía impresionándole. Cuando conspiraba contra España aliábase con los jesuitas expulsados. Su proclama a los ‘Americanos Colombinos’, cuando desembarcó en Venezuela y excitó a los pueblos a la revuelta, en 1806, estaba llena de previsiones para la religión católica e invocaba con fervor para su empresa el apoyo de la Divina Providencia y del Creador del universo”.

Venezolano: Esta, tu Bandera inmarcesible, es el manto de iris que cubrió las excelsas sienas del dominador de los Andes. Con ella, resucitada invencible, voló el Águila Americana hasta los hombros gigantescos del tiempo y del espacio y tocó con su cabeza milagrosa la copa infinita del firmamento.

Venezolano: Esta Bandera es la misma que flameó victoriosa llena de pólvora, sudor y sangre, en los campos de Carabobo, Boyacá, Pichincha, Bomboná, Junín, Ayacucho y en las mil batallas dadas por la Libertad. Ésta es la misma Bandera que cubrió rutilante y gloriosa como madre cariñosa, la vergüenza de la camisa rota con que vistieron los restos mortales del hombre de San Pedro Alejandrino, en la tarde increíble del 17 de diciembre.

Esta Bandera es la misma que desde siempre ha flameado en las fronteras, sostenida por las manos de acero de soldados de hierro, descendientes de los libertadores. ¿Quién lo duda?

La idea subalterna y materialista del lienzo con tres simples colores deja de ser idea para transformarse en ideal cuando al calor del corazón y del espíritu comienza a palpar la conciencia y sobre ella el Camino, la Verdad y la Vida<sup>3</sup>, entonces la Bandera viviente se hace una estrella, recostada sobre el firmamento infinito, detrás y delante de otros rutilantes luceros.

Esa eres tú, Bandera de Venezuela, Bandera de Miranda, Bandera de Bolívar y del millón de grandes. Al verte así, con vida, Bandera de Venezuela, desearía tener la musa virgiliana y la prosa de los grandes para

---

[3]\_ Los símbolos patrios constituyen una representación suprarracional de las instancias psíquicas superiores del hombre, por oposición absoluta a las concepciones materialistas que expresan, según Marx, que “el lienzo adquiere valor cuando es transformado en mercancía, del mismo modo que el hombre adquiere carácter carneril cuando se identifica con el Cordero de Dios”. (*El Capital*; F.C.E. 1946; p. 19).

expresarte en lenguaje apoteósico y bíblico la elevación a que nos lleva el misterio de tu fascinación. Quisiera decirte que eres el más grande girón de gloria; que en ti vive la segunda naturaleza russoniana a través del único Emilio que hizo posible, a distancia, que los venezolanos seamos iguales hoy; decirte que eres el símbolo más expresivo, el verdadero inspirador del segundo sistema de señales.

Queremos que tú sepas que al desplegar tu aura ante el viento no sólo te llevas al himno contigo, no sólo te vas con tu escudo, sino que en alas del recuerdo te llevas nuestra mente recostada en tu historia.

Aquí estamos, pues, recogidos ante ti, como se recoge un Apóstol ante un templo.

Sabemos que tú viste viviente a Bolívar. Prendida en sus pupilas y sostenida por sus manos de profeta le acompañaste del Aventino al Chimborazo; desde el Orinoco hasta el Potosí; del Delirio a Casacoima, desde La Puerta hasta el Alto Perú. Tú y él. Él y tú. ¡Qué largo y difícil el ascendente y casi inaccesible camino fatigante! ¡Cuánta apoteosis en el triunfo! Pero al regreso, después de libertada la América, la ingratitud consideró que no hacía falta ningún Libertador y, por tanto, Bolívar fue condenado al destierro, que es la muerte, y al olvido... Entonces le acompañaste en la ruta del dolor y, avergonzada de los hombres como la luz del Gólgota que se sumió en tinieblas; sorprendida como la luz del Mito de la Caverna, te fuiste detrás de él, fundiéndote con él en su mística Proclama, la oración cristiana de San Pedro Alejandrino; después, con ternura infinita, cubriste sus despojos mortales con la piedad de Aquella Madre, y celosa te lo llevaste a la tierra para que se fundiera con el Sol y se diera con retorno en los hijos de los hijos que hoy estamos parados aquí, y en toda la extensión de Venezuela, firmes, rindiéndole tributos y sagrado testimonio a su memoria a través de tu misterio. ¡Salve, Jirón de Gloria!





# Presentación

DIOSDADO CABELLO RONDÓN

*Carabobo duró lo que el relámpago; puede decirse que para todos fue un deslumbramiento*

**EDUARDO BLANCO**

Cuando un día escribió el Libertador a su maestro: «Ud. ha visto mi alma pintada en el papel», no hizo más que enaltecer una verdad irrefragable: el poder más grande del hombre reside en la facultad de expresar la fuerza de sus ideas: «la imprenta es la artillería del pensamiento».

Los hombres del ínclito pretérito han dejado huella imprescriptible en rutas propicias para que la patria pueda levantar el vuelo. Es deseo de la Presidencia de la República Bolivariana de Venezuela que al calor de estas páginas de devoción patriótica podamos inspirar a nuestra juventud el coraje que fortalezca su fe en el amor y la sabiduría, latentes en el fondo de nuestros acontecimientos históricos.

En ese orden de ideas, y por lo que se refiere al centésimo octogésimo aniversario de la Batalla de Carabobo, la tarea esencial implícita en el decreto presidencial habla de trascender el lucimiento del festejo con hechos concretos: la restauración total de monumento y el enaltecimiento del acontecimiento al calor de la palabra. En tal sentido, la conmemoración de la fecha aniversaria debe dejar testimonio literario sobre la exaltación mística, el espíritu de sacrificio y los ideales supremos que informaron la conducta de nuestros antepasados en la gloriosa epopeya de la Independencia.

La significación de Carabobo en la mira continental de la empresa emancipadora del Libertador nos llevó a dar nuevo calor a consagrados ensayos históricos; ensayos templados en el fuego sagrado del patriotismo: grandes palabras dicen grandísimos hechos en los que, al decir de Martí, “de tanto ver el tamaño heroico de los hombres, nos entran deseos de imitarlos”. La excelencia de estos densos trabajos sobre Carabobo permite abrir camino al entusiasmo, la lealtad, la iniciativa, la devoción mística de los corazones, las mentes y las almas; permite crear momentos psicológicos favorables al destino de la patria; sublimar el campo psico-físico nacional con el ejemplo y la palabra diáfana y honesta; armonizar contingencias propicias al proceso educativo; despertar al hombre del letargo en que lo sumió el engaño y la ignorancia.

Publicaciones diversas y de distintas formas han sido consagradas al tema en la conmemoración de la efeméride. Este libro, *Carabobo, un punto itinerario*, evoca reflexiones magistrales; forma parte de esa memoria: es humilde homenaje a la gloriosa gesta para perpetuar los mensajes sagrados de nuestros mayores.

El prólogo de esta obra está enhebrado con fragmentos de la carta dirigida por el jefe del Estado y comandante en jefe de la Fuerza Armada Nacional Bolivariana, Hugo Chávez, al comandante general del Ejército, general de división Lucas Rincón, con motivo de la gloriosa efeméride. Constituye una enaltecida prédica de patriotismo, un volver al reencuentro con nosotros mismos y con tantos sueños que galopan hacia el horizonte. Es reafirmación de nuestra trayectoria revolucionaria en todo el ámbito planetario.

La narrativa insuperable de Arturo Uslar Pietri nos abre camino con *La marcha a Carabobo*. Parafraseando a don Lucho Villalba: «la presencia de nuestro máximo escritor es obligatoria en la tribuna de las letras para escribir como él sabe hacerlo: el biógrafo novelador de El Dorado,

el novelista de *Las lanzas coloradas*, el economista del *Sumario de economía*, el historiador de la cultura en Venezuela, el maestro de *La isla de Robinson*, no sólo nos piensa a Bolívar como el hombre que encarna toda su tierra, todo su pueblo, todo su tiempo tan español como Cortés y como Trajano, por ser hombre cargado de símbolos culturales que atraviesa las fronteras de otros mundos arrastrado por una ansia sobrehumana de unidad, que descifró como nadie el enigma americano [...] sino que nos entrega al Bolívar sin edad, que llegó a Carabobo por el camino ancho y poderoso que había comenzado en vereda sutil tres siglos antes. El Bolívar que Uslar descubre en Carabobo es el de los cuatro tiempos: el de crecer y crear, el de triunfar y el de llorar».

Eduardo Blanco nos ha dejado en su romántico mural de Carabobo incomparables páginas para la reconstrucción histórica: «Once años de perenne combate, de perseverante osadía, de continuados sacrificios, en que a la vez se sucedieron nuestras victorias y desastres. Reposo, privilegios, riqueza, hogar, caros afectos, delicadezas del corazón, altivas inclinaciones del espíritu, arraigadas preocupaciones y hasta el más puro de los dones celestes que ennoblecen al hombre: ¡sublime caridad!; todo se había ofrendado en aras de la patria».

La imaginación heroica de Eduardo Blanco, según la acuciosa pluma de Martí, registra esa «urdimbre monumental de su literatura: un viaje al Olimpo del que se vuelve fuerte para las lides de la tierra, templados en altos yunques».

En *El ser guerrero del Libertador*, del ilustre historiador colombiano Álvaro Valencia Tovar, la gesta de Carabobo es culminación espléndida de un episodio bélico de grandes proyecciones históricas, tanto en el hábil juego de maniobras convergentes desencadenadas por Bolívar en el teatro de la guerra y en el campo de batalla como en la conducción del choque mismo. El mariscal La Torre, el defensor, se ve así despla-

zado del eje de espera natural, por efectos del envolvimiento sobre el flanco más débil, combinado con fijación frontal. Este gran conjunto, a todas luces magistral, de maniobras desarticulantes, culminadas en planteamiento y conducción inspirados del choque, coloca la campaña y batalla de Carabobo dentro de los modelos clásicos en su género.

En *Carabobo, un punto itinerario*, del general Jacinto Pérez Arcay, se observa el hecho de armas dentro de un proceso de causas y efectos: constituye una aproximación sobre la visión geopolítica y militar del Libertador donde la batalla no se percibe a plenitud sino cuando se ha visto la cadena que la enlaza con otras batallas.

Desde Angostura y al calor de siete años de guerra en llanos y montes salió Bolívar a cruzar los Andes, libertar Nueva Granada en Boyacá y regresar precedido de la gloria a triunfar en Carabobo. Luego, desencadenada la campaña del sur con el propósito de «redondear a Colombia», supo la proclamación de Independencia de Panamá como corolario del triunfo de Boyacá. A su paso por el Cauca ordenó explorar el terreno entre el río San Juan, afluente del Buenaventura, sobre el Pacífico, y el Atrato, que desemboca en el Atlántico, con el objeto de construir un canal que uniera los dos mares.

Según el análisis de Pérez Arcay, es evidente la imaginación geopolítica del Libertador y el impulso integracionista que imprimió a su obra.

Durante la marcha instruyó a Joaquín Mosquera para que gestionase en Lima, Santiago y Buenos Aires un proyecto de alianza y unión que concertara los esfuerzos de las distintas secciones de la América del Sur en la última etapa de la lucha por la Independencia, y preparar el terreno a su federación. Su ímpetu creador es perceptible a lo largo de una campaña político-militar cuya finalidad es la anfictionía. Pero por grande que fuera el empuje de la voluntad del Libertador, siempre quedaba a la zaga de su exuberante fantasía:

«Mi corazón –decía a Santander en 1823– fluctúa entre la esperanza y el cuidado: remontado sobre las faldas del Pichincha, dilato mi vista desde las bocas del Orinoco hasta la cima del Potosí; este enorme campo de guerra y de política ocupa fuertemente mi atención y me llama también imperiosamente cada uno de sus extremos y quisiera, como Dios, estar en todos ellos».

*Carabobo, un punto itinerario* sugiere que el contraste de las ideas que nos llevaron a la acción de armas en la sabana de Carabobo es muestra representativa de las fuerzas que dividen el cosmos en que vivimos: la conservadora y la innovadora; las mismas que siempre se han disputado la posesión del mundo desde que este existe. Para alcanzar las alturas de Carabobo y desalojar la fuerza conservadora, fue preciso desencadenar una tempestad de gloria.

Carabobo es un punto itinerario en el camino hacia la anfictionía convocada por el Padre de la Patria: el combate sigue planteado y renovándose como la primera vez, bajo nombres distintos y con apasionados conductores. Busquemos en los pensamientos de Bolívar nuevos «Carabobos» como aliento indispensable para el porvenir de Venezuela:

«Volando por entre las próximas edades, mi imaginación se fija en los siglos futuros».



# A manera de prólogo

HUGO CHÁVEZ FRÍAS

## **Fragmentos de su carta al Comandante General del Ejército, con motivo del 180º aniversario de la Batalla de Carabobo y Día del Ejército Libertador**

Todo lo que se eleva, converge. El triunfo de Carabobo es resultado de la aplicación de una magistral aproximación indirecta que logró debilitar la resistencia del enemigo antes de vencerlo; de una concepción estratégica mediante la cual concurrieron las tropas del Ejército Libertador desde largas distancias para cortar y envolver al enemigo mediante una táctica sublime aplicada en el propio campo de batalla; es producto, además, de un eficiente proceso integracionista auspiciado y animado por Bolívar para inspirar coraje a sus soldados y amor a la revolución; para fortalecer espiritualmente el poder relativo de combate y cumplir con la misión. Los resplandores del heroísmo que desprende el portentoso hecho histórico no son apreciables con los sentidos de la biología, sino con los del alma. Podríamos intuirlos en el parte de batalla de Bolívar, redactado de su puño y letra –latente todavía el retumbar de los cañones– como evidencia de aquella grandeza incomparable que estimula y enaltece nuestro patriotismo:

«Acepte el Congreso soberano en nombre de los bravos que tengo la honra de mandar, el homenaje de un Ejército rendido, el más grande y más hermoso que ha hecho armas en Colombia en un campo de batalla».

En Carabobo convergieron asociados el ingenio y la grandeza moral del Libertador: Simón Bolívar se había inmortalizado con el increíble

y sorprendente Paso de los Andes; había sido coronado por la gloria inmarcesible de su triunfo en Boyacá y la libertad de la Nueva Granada; el mundo lo había visto enaltecido por la firma de los Tratados de Armisticio y Regularización de la Guerra. Y así, con el dominio de la opinión pública y dueño indiscutible de la iniciativa para emitir directivas y órdenes de largo alcance a los comandantes que se encontraban dispersos en un enorme Teatro de Guerra, avanza Bolívar al encuentro final en Carabobo. El Mariscal La Torre, desbordado en los planes y en la marcha de las operaciones, se siente vencido mentalmente antes de comenzar la batalla en la sabana inmortal. No lo quiere admitir; pero las jugadas estratégicas que previamente había venido desatando aquel ajedrecista esferoidal que era Bolívar, no pudieron ser descifradas por él y fue por ello por lo que al llegar al terreno táctico, «en media hora el ejército realista fue envuelto y cortado», como sintetiza en su parte de batalla el Libertador.

A partir de Carabobo, lo que está planteado es proseguir la guerra hacia el sur para «redondear» a Colombia: todas las acciones las dirige hacia un mismo objetivo político: abrir caminos a la Nación Suramericana y en ese sentido adelanta a Sucre en la Campaña del Sur. Carabobo, por tanto, es un potente faro de luz que nos enseña la estrategia incomparable de Bolívar en esa espiral histórica que es la revolución de la América antes española. Carabobo descubre, de otro lado, el fuego patrio, la inclinación a la inmolación y el heroísmo de nuestro pueblo en los campos de batalla: nos evoca el difícil camino de la gloria recorrido por nosotros y nos sugiere hasta dónde debe llegar nuestro sacrificio por la Patria:

Carabobo es sublime inspiración para fortalecer, espiritualizar y encauzar la Nación como elemento esencial de un país cuya atlántica y frontal geografía le convierte en Puerta del Sol del Continente Surame-



ricano: es punto culminante de una historia gloriosa en una marcha de siglos...; marcha para propiciar y realizar cambios estructurales porque la renovación moral del hombre solo es posible con la renovación global del Pueblo. ¿Cómo realizar los tales cambios en Venezuela? ¿Al amparo de cuáles estrategias?

Partamos de Bolívar, quien fue gran estudioso de la Historia y su aliada inseparable, la geografía. El genio Bolívar había observado antes de Karl Ritter, la existencia de áreas geográficas que constituyen campos de fuerza determinantes en la realización de los grandes acontecimientos históricos; sabía también, como Ratzel, que la naturaleza misma no permite que ningún pueblo permanezca inmóvil..., tiene que retroceder o avanzar. ¿Cómo hacer avanzar a Venezuela? Bolívar observó, como lo expresó en la Carta de Jamaica, que los Estados se modifican lentamente en el curso de las épocas en cuanto que todos están arrastrados por la inexorable dialéctica de la 'ley de la selección natural'. En tal sentido ¿qué perspectivas futuras pudiéramos nosotros columbrar para el Estado venezolano que nacido con el Grito de Caracas, tuvo que inmolarsse contra el Imperio español y dos siglos después sufre los para nada sorprendentes embates mediático-terroristas del imperio globalizador que quiere apoderarse de nuestro petróleo?

Nuestro proyecto político es continuum del de la revolución bolivariana; nació con una fuerza determinada, y se ha insertado a los sectores populares, y a muchos otros sectores diversos del país, nacionales e internacionales. Al calor de los principios y metodología estamos previendo escenarios, trabajando arduamente para tratar de acercarnos a un punto pivote...

Las fuerzas nacionales de identidad, que nos transfiguran o nos desfiguran, surgen de nuevo, empujadas por fuerzas históricas que van quedando en las raíces del pueblo. Yo creo estar inserto en una de esas

corrientes: un nacionalismo latinoamericano, hacia lo nuestro. Un poco el planteo de volver a lo nuestro. La permanente ofensiva neoliberal, capitalista, que podemos llamarla imperial, se desata siempre para tratar de borrar, con planes muy concretos, nuestro poder nacional, económico, militar, intelectual, científico; el ejército, la industria nacional. ¿Dónde está aquí la actividad científica y tecnológica? Ahora es cuando la estamos desarrollando: hay fuerzas que se resisten y que están en el escenario. No son fuerzas misteriosas. Tienen nombre y apellido, están tomando cuerpo en todo este continente.

No vamos a volver al mundo colonial, en el cual el ejército imperial ocupaba y se mantenía durante años en un territorio. Ya no hace falta, y cuidado si eso es una vulnerabilidad, porque para que las transnacionales se mantengan en Venezuela es indispensable que haya los borregos de siempre, los empleados y los gobiernos que lleven adelante estos procesos de expropiación de lo nacional para favorecerlos. Visto así de esa manera, se podría lanzar la hipótesis de que desplazando a nivel nacional a esos gobiernos, a esos figurines y constituyendo de verdad gobiernos que defiendan lo nacional, sin desconocer las ramificaciones internacionales, eso sería una fuerte barrera al poder transnacional. Y si eso ocurre no en un país, sino en tres o cuatro o más, en esos granos de maíz de los que hablaba Tomás Borge, podríamos decir que ciertamente nos estamos aproximando a la gran voltereta de la historia, al gran debilitamiento del imperio, que no es eterno. Nuestra América tiene las fuerzas suficientes para engancharse y avanzar en eso.

Obsérvese que el análisis de las contradicciones inherentes a la evolución de la sociedad proporciona instrumentos teóricos para desarrollar una estrategia nacional que permite resolver pacíficamente los conflictos, aislando los enemigos de la revolución. Esa estrategia no es otra que la forja de una poderosa urdimbre entre el Ejército y su Pueblo. En

esa urdimbre estará presente el Carabobo de los infinitos tiempos de Bolívar: el grueso del Ejército unido al grueso del Pueblo en un abrazo de luz para la futura visión de Buenavista: Los ‘Carabobo’ de mañana, ‘a paso de vencedores’ en el 2011 y en el 2021..., serán entonces, en términos de integración, representación viviente del alma nacional: El Bravo Pueblo.

Ya lo dijo el Libertador en 1826 ante el Consejo de Gobierno en Lima: “Nada es tan conforme con las doctrinas populares, como el consultar a la nación en masa sobre los puntos capitales en que se fundan los Estados, las Leyes fundamentales y el Magistrado Supremo. Todos los particulares están sujetos al error, o a la seducción: pero no así el pueblo, que posee en grado eminente la conciencia de su bien y la medida de su independencia. De este modo, su juicio es puro, su voluntad, fuerte; y por consiguiente, nadie puede corromperlo, ni menos intimidarlo. Yo tengo pruebas irrefragables del tino del pueblo en las grandes resoluciones; y por eso es que siempre he preferido sus opiniones a las de los sabios”.

La acción de armas de Carabobo fue una batalla inmortal del pueblo uniformado por su pueblo: nos inspira profundos sentimientos de iluminación del porvenir; nos evoca el sublime heroísmo de los hombres que concurrieron a la Sabana Inmortal para decir con Bolívar al mundo entero que el servicio a la Patria, la gloria, el honor, el talento y el sacrificio se reúnen en el solo punto del triunfo de Venezuela, de su fuerza armada y de la verdadera libertad de América.

Carabobo es principio y fin; el 19 de abril nació Colombia La Grande con el Grito de Caracas. Bolívar escribió en Cartagena de Indias la teoría de la asombrosa Campaña Admirable que atrajo hacia su nombre el estupor del Mundo y le hizo acreedor al título de Libertador, conferido, en vida, en el Templo de San Francisco. Arribar como arribamos con él

al Teatro de Operaciones en Carabobo, potencialmente condicionados a un motorizador triunfo que nos permitiera reanudar la Campaña del Sur y catapultar al Ejército Libertador hasta las Pampas de Ayacucho por encima de Bomboná, Pichincha y Junín, implicaba planificar desde Venezuela un desbordamiento de espacios para consolidar un triunfo en Nueva Granada que permitiera, en retorno, tener la voluntad político-militar a nuestro favor: la Campaña de los Andes y su corolario final, Boyacá, fue prevista como un punto itinerario hacia una Batalla consolidatoria que sustentara la revolución que de nuevo comienza con las modificaciones inherentes a los nuevos factores de poder y a los continuos cambios de escenario...

Todos debiéramos converger al camino de resurrección, al espíritu unionista que nos está aguijoneando desde el pasado. No podemos ser sordos al llamado de Bolívar; pobre de los pueblos que se atrevan a ignorarlo: la ingratitud con el Padre de la Patria sería el peor de los crímenes que pudiéramos atrevernos a cometer. ¿Cómo incorporarnos entonces al proyecto que señala el camino de acontecimientos que emprendió? ¿Cómo aprehender su pensamiento conductor, enhebrar el hilo espacio-temporal y resucitar la Nación de Repúblicas que soñó, para evitar ser devorados por partes? Problema esfíngico que aún no hemos resuelto. El orden es la primera ley del Universo y 'de bulto' debiéramos comenzar por evadir la barbarie cultural que respira la nube comunicacional del Imperio depredador, contra-atacar esa pedagogía ambiental cuasi terrorista que distorsiona nuestra psique.

La victoria final –decía Hegel– acompaña siempre a quienes asiste la razón y, por cuanto que la guerra desatada no tiene fin, debiéramos fortalecer nuestro accionar apoyándonos en el ingenio y la grandeza moral personificados por Bolívar: el socialismo auténtico es antítesis de todo imperialismo, cualesquiera que fuesen sus signos; es antítesis, además, de las barbaries que cada quien anidan como pulsiones egoístas de su corazón.

# La marcha a Carabobo

ARTURO USLAR PIETRI

La historia de un pueblo es como una marcha. Una marcha sin tregua en el espacio y en el tiempo para tomar posesión de la tierra, para aprovechar sus recursos, para luchar contra los enemigos humanos y no humanos y para ir creando en el espejo de las épocas una fisonomía identificable.

La de Venezuela no es excepción. El largo y difícil encuentro de los hombres que la hicieron con la tierra y con el clima, tiene sus horas de expansión y sus horas de regreso sobre sí misma. Los protagonistas tienen rostros diversos y naturalezas diferentes. Se llaman el español, el indio, el negro, tres culturas, tres visiones del mundo, fragmentadas y recompuestas en infinitas mezclas y se llaman también la costa, el mar, las islas, la llanura, las cordilleras, los poderosos brazos de los ríos, el ritmo de las estaciones, la sequía y la lluvia, el cacao y la caña, la casa de la hacienda y la torre de la iglesia, las palabras para designar las viejas cosas y las nuevas cosas, los nombres mismos para llamar la gente y la tierra. Es un aprendizaje oscuro cuyo sentido se va revelando después como huellas, como signos borrosos, como rumbos que llegan o que se pierden. Es llamarse Paria, o Maracapana o, por un puro azar mágico, Venezuela. Es ser racional, o indio, o negro ladino, o castellano, o criollo, o leal vasallo de su católica majestad, o venezolano, que por el poder creador de las lenguas, ya no es el eco de un diminutivo azariento, sino la afirmación sonora de rotundas sílabas que parecen conjurar un destino orgulloso.

Y hay los caminos. Los del mar que saltan de las islas a las costas y los de los ríos echados como inmensos saurios líquidos, y las tenues veredas

tejidas por los pies cansados y por los cascos de las cabalgaduras. Por ellos se fue tejiendo el país. El camino de agua, que unió a Cubagua, a Margarita, a la costa de Paria y a las riberas del río de Cumaná.

El largo y tortuoso camino de tierra que salió de Coro y se abrió en abanico hacia el lago y los montes del oeste, hacia las sierras y los valles del sur, que hace alto en El Tocuyo y se adelgazó como una tenue red de hilandería de humanidad hacia el llano sin límites, hacia los montes encrespados y salpicados de nieve, y hacia los valles y mesetas del Levante. Y está el gran camino del mar dulce, del Uriaparia de infinitas bocas, que anuncia Atlántico adentro inmensidad de selvas y de tierras.

¿Adónde llevaron todos estos caminos, que se anudaban, en menudos pueblos, amarillos de paja y blancos de cal, con sus coágulos de tejas y de vieja historia, en torno a una plaza dormida?

Llevaban a lo que todavía no existía, a lo que tal vez todavía no existe, pero que estaba y está escrito en esa conciencia de ser que hace a los pueblos y les da rango de naciones. Llevaban a la Nueva Ciudad de Cádiz, a la Nueva Andalucía, a la Gobernación de Coro, a la Gobernación de Venezuela, a la inalcanzable Manoa diluida en el oro verde de las selvas primigenias, a la muy noble y muy leal ciudad de Santiago de León de Caracas, con su escudo, su orgullo y su pobreza, a las representaciones ante los reyes, a la real cédula de 1777, por la que, desde su jardín de San Ildefonso, Carlos III repitió, como en un conjuro, aquellos nombres desconocidos para dar le forma final a lo que ya no podía ser sino Venezuela en integridad.

Y llevaba también a la sabana de Carabobo, a ese pequeño campo seco y leonado, puesto entre sierras y colinas, como un palenque de torneo en el centro mismo de la vasta geografía, tocando a todos los grandes escenarios naturales, al mar, al monte, a la llanura, a los ríos que van a tejer el Orinoco.

Carabobo es ese otro alto punto itinerario en la gran empresa anónima de hacer a Venezuela. Para llegar allí hubo trescientos veintidós años de andanza. Pasó el siglo de Ojeda, y el de Fajardo, y el de Losada, y el de Simón de Bolívar el viejo, y el de Ordaz, y el de fray Pedro Simón, y el de la Guipuzcoana, y el de Miranda, y el de Juan Pedro López y José Ángel Lamas, y llegó el de Simón Rodríguez, el de Bello y el del Simón Bolívar sin edad.

A Carabobo llegó, ancho y poderoso, el camino que comenzó en verdadera sutil tres siglos antes. La batalla no comenzó tampoco con el primer disparo de ese día, sino once años antes con el fino y corto resonar de la campanilla del Cabildo de Caracas un 19 de abril. Ese día, los hombres que podían ejercer con mejor y más inobjetable título la representación de Venezuela, la separaron para siempre del imperio español y de toda dependencia política extranjera. A ese punto llevaba ineluctablemente el difícil y tortuoso camino en que durante siglos, lentos o agitados, se había ido formando el pueblo venezolano.

Lo que en aquella hora se dijo era la respuesta imperativa de toda una historia. Un año después, el 5 de julio de 1811, el primer Congreso de Venezuela reúne en Caracas a los diputados del país disperso y declara solemnemente la Independencia. Era apenas la fe de escribano de un nacimiento que estaba a la vista de todos. Se firmó el acta y se siguió el camino.

Hubieron de venir diez años de guerra hasta el día de Carabobo. Una década de sufrimiento, de sacrificios, de lucha sin tregua, de duro martillar de la historia sobre el metal de la nacionalidad. Detrás de la campanilla del Cabildo y las firmas del Congreso tuvieron que venir los disparos y los combates. En esos largos años de creadora agonía toda la tierra resonó del eco de la lucha y todos los que se pudieron llamar venezolanos hubieron de tomar parte en ella. No pudo haber ni región

salva ni gente ajena. Se combatió sin descanso desde la punta de Güiría hasta el río Táchira, desde las costas de Coro hasta las riberas del Caroní, desde los páramos andinos hasta las llanuras del Apure. Ya los representantes no fueron sólo los señores de casaca que vio Juan Lovera en la capilla de Santa Rosa, sino los peones, los esclavos, los artesanos, los niños seminaristas, los pardos, los zambos, el señor de hacienda y casa de teja y «el pobre en su choza». Era la primera vez que todos se ponían juntos en una gran empresa común y se daban cuenta de ello. Bajaron los andinos a la llanura, los peones ganaderos de Calabozo y Achaguas entraban a las ciudades del centro, los esclavos combatían junto a sus antiguos amos, los orientales penetraban en Guayana y, lanza en mano, pasaban por Barlovento hacia Caracas. Era la primera vez que todos se veían la cara y aprendían que lo más valioso que tenían era lo que tenían en común.

Esos diez años de combates y marchas son como un gran reconocimiento del territorio y del ser nacional. En la noche de los campamentos Venezuela empezaba a conocerse a sí misma. Los jinetes de Apure oían el tambor de los negros de Curiepe, polos, gaitas, corridos, galerones, joropos hacían viva la geografía y sus gentes. Los modos de hablar y los acentos enseñaban tanto de la diversidad viva como el color de la piel. Todos descubrían que estaban de un lado y que pertenecían a una causa.

Fue una larga y dura escuela de venezolanidad. Desde los combates de Valencia y Coro, desde el Marqués del Toro hasta Monteverde. Y luego el largo trecho de la guerra a muerte y de Boves. Y más tarde Angostura, la campaña de los llanos y aquella lección de climas y de heroísmo que fue Boyacá. Y la presencia de aquellos hombres que los mandaban: Ribas, Mariño, Monagas, Arismendi, el catire Páez con su cuello de toro y sus ojos de caimán; Anzoátegui, que parecía un maestro de escuela, y Urdaneta que entraba a los combates como a una solemnidad. Y sobre todos ellos, el hombrecito aquel, el caraqueño flaco y bigotudo, de larga



cabellera, el «tío por supuesto», con su voz gritona y su impaciencia sin tregua, que ya no era para ellos ni el general, ni Bolívar, sino el Libertador, una leyenda viviente más que un hombre.

El país se palpaba con manos sensibles de ciego, se interrogaba con angustia, se descubría, se volvía sobre sí mismo en la búsqueda de su expresión y de su destino. Lo había hecho en la declaración que para proclamar la independencia habían escrito Roscio e Isnardi, lo había repetido en todos aquellos años de esperanzas y de desesperanzas, lo había balbuceado con versos de Bello, con memorias de Sanz, con explicaciones de Palacio Fajardo, con planes de Ustáriz y había llegado a la adivinación profunda de su condición y de sus posibilidades en aquel discurso, que vale tanto como todas las batallas, que dijo Bolívar ante el Congreso de Angostura, y que es el libro de las revelaciones del alma americana. Desde la hora de la campanilla del Cabildo se sabía que la causa no era sólo venezolana y que su campo abarcaba toda la extensión del imperio español. No podía haber América libre sin Venezuela libre, pero tampoco podía concebirse la libertad de Venezuela sin la de toda la América de los virreinos y de las gobernaciones. Se buscaba a Venezuela como instrumento y parte fundamental de la hechura del Nuevo Mundo. Se pensaba en las partes en función del todo, en las causas suficientes para alcanzar el efecto. Desde la invasión de Monteverde se pudo decir que «Coro es a Caracas como Caracas es a la América entera».

De Angostura y siete años de guerra en llanos y montes, hubo que ir a Boyacá para la libertad de Venezuela. Por la libertad de Venezuela habría que ir, después de la victoria local, hacia el sur a Quito, a Lima, al Cuzco, a Potosí, al altiplano de Charcas y del Titicaca, para reunir en un haz todos los ayeres y todos los mañanas del mundo americano.

Hay un norte que llega al Caribe y al golfo de México y hay un sur que se extiende hasta Chile y la Argentina. Después de la victoria de

Boyacá se abre la campaña del norte. Para Bolívar y para la mayoría de aquellos soldados es la entrañable campaña de su tierra.

Hay un momento en que se piensa que se podrá alcanzar la Independencia por medio de la negociación y del pacífico reconocimiento de la metrópoli. Se han reunido las Cortes de Cádiz y se ha proclamado una constitución liberal y democrática para todo el imperio. Fernando VII parece un fantasma del pasado y es casi un prisionero. Asoma una España fraternal con la que parece posible entenderse.

Es el año de 1820. Se conversa con el general Morillo y se firman los tratados de Armisticio y Regularización de la Guerra.

Se envían plenipotenciarios a Madrid y se concibe una milagrosa reconciliación en el derecho y en la justicia.

Sin embargo, Bolívar no se engaña. Sabe que el proceso comenzado el 19 de abril no podrá tener término cabal sino con la victoria de las armas. Toda otra solución será precaria y peligrosa.

Son meses impacientes de aguardar y proyectar moviendo el cuartel de una ciudad a otra, pasando del Orinoco a los Andes, reconstituyendo las fuerzas, preparando soldados y recursos, escribiendo, implorando y ordenando a Santander, a Páez, a todo el mundo, ayudas y colaboraciones para estar listos para la acción decisiva.

No había dinero ni recursos materiales. El país estaba exhausto y desagrado por aquella guerra sin término. Los campos permanecen abandonados; los ganados, dispersos en las soledades; el comercio en ruinas. Muy de tarde en tarde llegaba de Bogotá una recua con treinta mil pesos de plata, o con cincuenta cargas de pólvora y fusiles. No había vestuarios, ni alimentos. Rara vez recibía el soldado su ración de un cuartillo de real, un pedazo de carne y un puñado de sal. La fiebre palúdica diezmaba los campamentos. De poco servía y a pocos alcanzaba aquel reparto matinal de aguardiente con quina que el general ordenaba dar.

Las casas abandonadas se llenaban de hombres desnudos y enfermos. Más temibles que las partidas españolas eran la fiebre y el hambre. Sobre el caballo casi desnudo, el hombre casi desnudo convertido en asta viva y vibrante de una lanza. La economía de aquella guerra fue la del milagro y la esperanza.

El plan de la campaña fue concebido desde el primer momento como un gran movimiento de concentración y convergencia sobre el ejército español en el centro del país. Tendría que haber una acción decisiva, en los campos de Valencia o de Aragua, para sellar la larga lucha de la independencia de Venezuela.

La prolongación del armisticio se hace imposible por la falta de recursos. Bolívar lo denuncia el 10 de marzo de 1821 con los cuarenta días convenidos de anticipación. El primero de mayo se iniciarán las hostilidades.

Cuatro columnas van a converger a la acción definitiva. Dos de Occidente con los batallones de la Guardia desde Barinas, los Andes y Maracaibo. Una de Oriente, con Bermúdez, sobre la costa y los valles del Tuy para lograr la toma de Caracas y una importante diversión de las fuerzas españolas. Y otra del sur-oeste, con Páez, que se moverá desde la llanura atravesando el Apure. Van a converger en un punto protegido por accidentes naturales.

Es una representación de toda Venezuela la que se pone en marcha por el camino de la historia para aquella cita. Los orientales de Margarita, Cumaná, Maturín y Barcelona, vendrán por la ribera del Caribe hacia Caracas con aquel guerrero atrevido y ostentoso que se llamaba el general José Francisco Bermúdez. En su seguimiento debían venir Monagas y Arismendi.

Las gentes de Coro, Maracaibo y los Andes marcharán con Urdaneta a través del lago, de los médanos y de las sierras hacia Carora y Barqui-

simeto. De Trujillo y Carache vendrá la gente de Cruz Carrillo. Con Bolívar vienen los veteranos de Boyacá y los oficiales del Estado Mayor. Y con Páez parece moverse con lentitud majestuosa la vida de los llanos, en jinetes y manadas de reses y caballos, entre nubes de polvo y ecos de mugidos hacia el lejano centro que los más de esos hombres nunca habían visto. Van también mujeres. Las troperas que acompañan su hombre, que asan la carne en el vivac, y cuidan la herida y que a veces caen en el combate peleando junto al soldado.

El ataque de Bermúdez a Caracas, el 14 de mayo, logra el efecto buscado por Bolívar. El general La Torre cambia sus planes de campaña, divide sus fuerzas y pierde muchas de las ventajas de su posición central. Es posible entonces mover más hacia el norte el punto de la ansiada reunión.

En los primeros días de junio lo hacen en San Carlos. Allí van llegando todos, los jefes, los soldados, los caballos, el parque, la pólvora, las reses. Todos llegan allí en la víspera de la acción definitiva. Es la marcha de un pueblo. Todos los viejos caminos se han anudado en San Carlos para la gran feria de la patria.

Se esperan las noticias sobre la posición y el dispositivo de las fuerzas españolas. El general La Torre se ha concentrado en la sabana de Carabobo. Tiene más de cinco mil hombres seleccionados y dispuestos en una posición escogida y mejorada con obras defensivas, y puede aumentar sus fuerzas en cualquier momento con la vía abierta hacia Puerto Cabello.

Bolívar organiza sus tropas en tres divisiones. La primera, con Páez a la cabeza, comprende entre otros el batallón británico con un total de mil infantes y mil quinientos jinetes. La segunda, al mando de Sedeño, de una fuerza equivalente y la tercera bajo las órdenes de Plaza.

Ha designado jefe de Estado Mayor a su antiguo rival de Oriente, el general Santiago Mariño.

Todos tienen conciencia de la inmensa importancia de la ocasión. Van a ponerse el sello de fuego y plomo al Acta del Congreso de 1811. Se mueven de San Carlos el 20 de junio.

En toda guerra hay un fondo de rito y de ceremonia. No hay para los hombres ritual mayor que el de la muerte. Se ha preparado al ejército como para una parada, para la más importante y exigente que una fuerza armada venezolana haya presentado nunca. Visten traje de gala. Tienen sus armas listas y brillantes, la pólvora cruje en los cartuchos, los arneses están pulidos y limpios, los movimientos son precisos y el sonar de los clarines es de metal nuevo. El día 23, Bolívar pasa revista al ejército desplegado en la sabana de Taguanes. Es el oficio solemne de víspera de la patria de los venezolanos. Centenares de hombres que van a caer presentan armas a su general.

En la mañana del 24 llegan al escarpado borde de la sabana de Carabobo. En el punto de Buena Vista, el Libertador se sube al caballete de una choza campesina y mira a la distancia la sabana abierta y el ejército español en orden de combate. Desde lejos parecen soldados de juguete. Los batallones en cuadro con sus banderas desplegadas, los escuadrones de caballería, la artillería, formando islas oscuras y compactas sobre el suelo claro de la sabana. Cruzan rápidos jinetes llevando y trayendo partes.

Bolívar comprende que La Torre se ha preparado cuidadosamente para esperarlo por el viejo camino real, que es la vía abierta de acceso hacia aquellas posiciones y se da cuenta de que ha descuidado cubrir su flanco derecho, acaso porque lo cree suficientemente protegido con los accidentes del terreno y la falta de caminos.

Es por allí, precisamente, donde decide entrar. Ordena a Páez, con su división, tomar el fragoso repecho de los montes, para flanquear rápidamente el ejército español y sorprenderlo por la espalda, mientras Plaza, con su división, amenaza por el frente.

Ésta es la maniobra que da la victoria de Carabobo. Lo demás es el largo y tenso día del combate. Los batallones que se desgajan en jirones azules y rojos debajo del humo de los disparos, los caballos sin jinete que huyen por entre los gamelotales, el resonar bronco del galope de los pelotones de caballería sobre el suelo reseco, y el gritar y aullar de la furia desatada en infinitos choques.

Cuando la tarde se acerca y el día parece palidecer el ejército de La Torre está envuelto y en desorden. Comienza el repliegue y la retirada. Plaza y Sedeño, dos jefes de división, caen a la cabeza de sus hombres en un esfuerzo desesperado por desbaratar los cuadros de los últimos batallones. Un tambor español sostiene la cabeza de Plaza agonizante hasta que llega Bolívar a verlo morir. Páez, que sacudido de convulsiones ha caído del caballo, regresa hacia la cuesta donde el Libertador dirige el combate. Ha sobrevivido las duras cargas y el ascenso a la cuesta, ha visto caer a su lado centenares de hombres, ha visto al batallón británico disparar, rodilla en tierra, ganando palmos de terreno. Tiene apenas treinta años y el desgarrado uniforme le deja asomar el ancho pecho de luchador. Sujeta el caballo resoplante y cubierto de espuma. En nombre de la República, que ha terminado de nacer, el Libertador lo hace general en jefe. Ya lo que queda es la retirada estoica del batallón Valencey. Un puñado heroico de soldados de España que se niega a rendir y que, en cuadro, combatiendo por horas, se retira, bajo la lluvia que comienza a caer, atacado sin cesar, hasta Valencia. Sin saberlo, estaban rescatando con sangre la dignidad de España ofendida y burlada por Fernando VII en el tiempo de su cómplice y abyecta permanencia en el dorado destierro que le regaló Napoleón en el castillo francés de Valencey.

Por la noche, lo que quedaba de las fuerzas españolas había tomado el camino de Puerto Cabello y Bolívar entraba en Valencia.

En los días siguientes pasa por San Mateo y llega a Caracas. Era como si pasara en revista su propia vida. La casa de la hacienda de sus abuelos

en la verdura de Aragua, que fundó el hijo del primer Bolívar venido a Venezuela en el siglo XVI, y la ciudad donde se formó su vida y donde recibió y aceptó la misión inmensa y sin término que pesaba sobre sus hombros.

Cuando entró a la casa de Las Gradillas, pudo tal vez pensar que había concluido el largo camino. La gente caraqueña lo aclamaba en las calles, los salones estaban llenos de viejos amigos y parientes. Pudo tal vez pensar en algún momento de abandono que había llegado al término de la marcha. Pero no era cierto. Ni su camino ni el de Venezuela podían terminar.

Quedaba para él ahora el esfuerzo sobrecogedor de las campañas del sur. Llevar la libertad hasta el cerro de plata del Potosí. Ver florecer como primaveras de fuego los combates de la costa del Pacífico hasta aquel rincón de los muertos, que llamaban Ayacucho, donde su fiel cumánés, Antonio José de Sucre, levanta el bicornio vencedor ante los generales de España y pone fin a trescientos años de dependencia imperial de todo un continente.

Quedaba la infinita tarea de organizar y crear instituciones para la libertad, el orden y la justicia, hacer repúblicas con manos de alfarero y restablecer el equilibrio del universo con una América hispana civilizada, libre y poderosa, que convocara a todos los pueblos de la tierra a reunirse en Panamá para iniciar un nuevo tiempo de las relaciones internacionales.

Y quedaba para Venezuela recoger la herencia y reemprender la marcha. La dura y maravillosa marcha que arrancó de Cubagua, por un camino que cada día ha de ser más ancho, hasta que puedan caber en él todas las esperanzas del hombre. Desde el sueño de El Dorado de los conquistadores, hasta el ideal de libertad de 1811, desde la visión de paz de la silva de Bello hasta la sed de justicia e igualdad de los combatientes

de la guerra federal, desde el primer trapiche de mano esclava hasta la primera computadora electrónica y el primer reactor atómico. El camino que va de la pobreza y la escasez a la abundancia y el crecimiento. El camino que no se detuvo en Carabobo, y que no va a detenerse en ninguna parte y que no es otro que el de hacer cada día más completa toda la Venezuela de bien y de justicia que puede caber sobre esta tierra.

Cuando el camino llegó a Carabobo iba Bolívar adelante y obligaba mucho. Hoy lo tenemos detrás y la obligación no ha hecho sino crecer.



# Batalla de Carabobo

## Parte de Batalla dado por el Libertador al Congreso

Excmo. Señor.

Ayer se ha confirmado con una espléndida victoria el nacimiento político de la REPÚBLICA DE COLOMBIA.

Reunidas las divisiones del Ejército Libertador en los campos del Tinajillo el 23, marchamos ayer por la mañana sobre el cuartel general enemigo, situado en Carabobo. La primera división, compuesta del bravo batallón Británico, del Bravo de Apure y 1.500 caballos a las órdenes del Sr. General Páez. La segunda, compuesta de la segunda brigada de la Guardia, con los batallones Tiradores, Boyacá y Vargas, y el escuadrón Sagrado que manda el impertérrito Coronel Aramendi a las órdenes del Sr. General Sedeño. La tercera, compuesta de la primera brigada de la Guardia con los batallones Rifles, Granaderos, Vencedor de Boyacá, Anzoátegui y el regimiento de caballería del intrépido Coronel Rondón, a las órdenes del Sr. Coronel Plaza.

Nuestra marcha por los montes y desfiladeros, que nos separaban del campo enemigo, fue rápida y ordenada. A las once de la mañana desfilaron por nuestra izquierda al frente del ejército enemigo bajo sus fuegos atravesamos un riachuelo, que solo daba frente para un hombre, a presencia de un ejército que bien colocado en una altura inaccesible y plana; nos dominaba y nos cruzaba con todos sus fuegos.

El bizarro General Paéz, a la cabeza de los dos batallones de su división y del regimiento de caballería del valiente Coronel Muñoz marchó

con tal intrepidez sobre la derecha del enemigo, que en media hora todo él fue envuelto y cortado. Nada hará jamás bastante honor al valor de estas tropas. El batallón Británico, mandado por el benemérito Coronel Farriar, pudo aun distinguirse entre tantos valientes, y tuvo una gran pérdida de oficiales.

La conducta del General Páez en la última y en la más gloriosa victoria de COLOMBIA, le ha hecho acreedor al último rango en la milicia; y yo, en nombre del Congreso, le he ofrecido en el campo de batalla el empleo de General en Jefe de ejército.

De la segunda división no entró en acción más que una parte del batallón Tiradores de la Guardia que manda el benemérito Comandante Heras. Pero su General, desesperado de no poder entrar en la batalla con toda su división por los obstáculos del terreno, dió solo contra una masa de infantería, y murió en medio de ella del modo heroico que merecía terminar la noble carrera del bravo de los bravos de COLOMBIA. La República ha perdido en el General Sedeño un grande apoyo en paz o guerra: ninguno más valiente que él, ninguno más obediente al Gobierno. Yo recomiendo las cenizas de este General al Congreso Soberano, para que se le tributen los honores de un triunfo solemne. Igual dolor sufre la República por la muerte del intrepidísimo Coronel Plaza, que lleno de un entusiasmo sin ejemplo se precipitó sobre un batallón enemigo a rendirlo. El Coronel Plaza es acreedor á las lágrimas de COLOMBIA, y á que el Congreso le conceda los honores de un heroísmo eminente.

Disperso el ejército enemigo, el ardor de nuestros Jefes y Oficiales en perseguirle fue tal, que tuvimos una gran pérdida en esta alta clase del ejército. El boletín dará el nombre de estos ilustres.

El ejército español pasaba de 6.000 hombres, compuesto de todo lo mejor de les expediciones pacificadoras. Este ejército ha dejado de serlo. 400 hombres habrán entrado hoy a Puerto Cabello.

El Ejército Libertador tenía igual fuerza que el enemigo; pero no más que una quinta parte de él ha decidido la batalla. Nuestra pérdida no es sino dolorosa: apenas 200 muertos y heridos.

El Coronel Rangel que hizo, como siempre, prodigios, ha marchado hoy a establecer la línea contra Puerto Cabello.

Acepte el Congreso Soberano, en nombre de los bravos que tengo la honra de mandar, el homenaje de un ejército rendido, el más grande y más hermoso que ha hecho armas en COLOMBIA en un campo de batalla.

Tengo el honor de ser con la más alta consideración, de V. E. atento, humilde servidor

BOLÍVAR

CUARTEL GENERAL LIBERTADOR EN VALENCIA, JUNIO 25 DE 1821

EXCMO. SR. PRESIDENTE DEL CONGRESO GENERAL DE COLOMBIA



# Battle of Carabobo\*

## War Dispatch to Congress by The Liberator

Most Excellent Sir.

Yesterday the political birth of the Republic of Columbia was confirmed by a splendid Victory.

The divisions of the Liberating Army having joined in the Plains of Tinaquillo on the 23, we marched yesterday morning on the Headquarters of the enemy in Carabobo.

The first division composed of the Brave British Battalion, the Bravo of the Apure, and 1500 Cavalry, under the orders of General Páez. The second of the second Brigade of Guards, the battalions of Tirolleurs, Boyaca and Vargas, and the sacred Squadron commanded by the undaunted Colonel Aramendi, under the orders of General Sedeño. The third composed of the first Brigade of Guards, the Battalions of Rifles, Grenadiers, Vanquisher of Boyaca, Anzoategui, and the Intrepid Colonel Rondon's regiment of Cavalry, under the orders of Colonel Plaza.

Our march across the mountains and through the defiles, which separated us from the enemy's camp, was rapid and orderly. At eleven in the morning we defied by our left in front of the enemy, and under his fire; we crossed a rivulet, where only one man could pass at once, in presence

---

[\*]\_ En el texto Inglés, se han mantenido la ortografía y puntuación del *Correo del Orinoco* "Angostura: Impreso por W. Burrell Stewart, plaza de la Catedral".

of an army placed on an inaccessible level height, commanding us in every direction.

The gallant General Páez at the head of the two battalions of his division, and the brave Coronel Munoz's regiment of Cavalry, attacked the enemy's right with such fury, that in half an hour he was thrown into confusion and completely routed. It is impossible to do sufficient the meritorious Colonel Farriar distinguished itself amongst so many other brave men, and suffered a heavy loss of officers.

The conduct of General Páez in this last and most Glorious Victory of Columbia renders him deserving of the highest military rank, and I therefore in the name of Congress offered on the field of battle to appoint him General in Chief of the army.

None of the second division partook in the action except a part of the Tirolleurs of the Guard commanded by the worthy Commandant Heras. But its General enraged that all his division could not from he obstacles of the ground join in the battle, charged singly a mass of Infantry, and fell in its centre in the heroic manner that ought to close the glorious career of the bravest of Columbia's brave. In General Sedeño the Republic has lost a staunch supporter both in peace and war; none more valiant than he, none more obedient to his Government. I recommend the ashes of the Gallant Hero to the Sovereign Congress, that the honors of a solemn triumph may be paid to his memory.

Like grief does the Republic suffer in the fall of the dauntless Colonel plaza, who filled with an unparalleled enthusiasm throw himself on a battalion of the enemy desiring it to surrender. Colonel Plaza is deserving of Columbia's tears, and that Congress confer on him the honors due to so distinguished heroism.

The enemy being dispersed, the ardour of our chiefs and officers was so great in the pursuit, that we sustained considerable loss in that high

class of the army. The bulletin will communicate their Illustrious names.

The Spanish army exceeded 6000 men composed of all the best of the pacificatory expeditions. That army has ceased to exist only 400 men will have this day sought refuge in Puerto Cabello.

The Liberating army had an equal force to that of the enemy; but not, more than a fifth part of it decided the fortune of the day. Our loss is not great hardly 200 in Killed and wounded.

Colonel Rangel who did, as he always does, prodigies marched this day to take up a line against Puerto Cabello.

May it please the Sovereign Congress to accept in the name of the heroes whom I have the honor to command the homage of a conquered I have the honor to be with the highest consideration, Most excellent Sir, Your Excellency's most obdt. humble Servant.

## **BOLÍVAR**

HEAD QUARTERS OF THE LIBERATING ARMY, VALENCIA, 25 JUNE 1821  
TO HIS EXCELLENCY THE PRESIDENT OF THE GENERAL CONGRESS OF  
COLUMBIA





# Bataille de Carabobo\*

## Rapport présenté par le Libérateur au Congrès

### Votre excellence

La naissance politique de la République de Colombia a été hier confirmée: par une Victoire éclatante.

“Les Divisions de l’Armée Libératrice ayant été réunies le 23 dans les champs du Tinaquillo, nous marchâmes hier au matin sur le Quartier Général de l’ennemi, établi à Carabobo. La première division composée du vaillant Bataillon Britannique, du Brave D’ Apure, et 1500 Chevaux sous les ordres du Général Páez: la seconde composée de la 2<sup>a</sup> Brigade de la Garde avec les bataillons Tirailleurs, Boyaca et l’Escadron Sacre commandé par l’intépide Colonel Aramendi sous les ordres du Général Sedeno: la troisième composée de la 1<sup>a</sup>. Brigade de la Garde avec les bataillons Rifles, Grenadiers, Vainqueur de Boyaca, Anzoategui et le régiment de cavalerie du courageux Colonel Rondon sous les ordres du Colonel Plaza.

“Notre marche par des montagnes et étroits que nous séparaient du champ ennemi, a été rapide et ordonnée. Sur les onze heures du matin, nous défilâmes à gauche par devant l’ennemi, et sous ses feux; nous traversâmes: un ruisseau qui ne permettait d’ autre front que pour un seul homme, à présence d’une armée, qui, étant bien postée sur une hauteur inaccessible et plaine, nous dominait, en nous croisant par ses feux.

---

[\*]\_ En el texto francés, se han mantenido la ortografía y puntuación del *Correo del Orinoco* “Angostura: Impreso por W. Burrell Stewart, plaza de la Catedral”.

“Le valeureux Général Páez, á la tête des deux bataillons de sa division; et du régiment de Cavalerie du brave Colonel Munoz, marcha sur la droite de l’ennemi avec une si grande Intrépidité que dans un demi heure, il resta tout enveloppé: et coupé Rien ne fera jamais assez d’honpar le digne Colonel Farriar, pút aussi se distinguer parmi tant de braves, et il éprouva une grande perte d’officiers.

“Conduite du Général Páez dans la dernière et dans la plus glorieuse Victoire de Colombia, l’á fait digne du plus élevé rang dans la milice, et moi, au nom du Congres, je lui ai offert, sur le champ de bataille, l’emploi de Général en Chef.

“Il n’est entré en action, de la seconde division, qu’une partie du bataillon Tirailleurs de la Garde commandé par le digne officier Heras. Mais son Général, au desespoir de ne pouvoir se trouver dans la mêlée avec toute sa division a cause des obstacles du terrain, rencontra tout seul une masse d’Infanterie, et mourut au milieu d’elle, de la manière heroique qui meritait terminer la carrière du Brave des Braves de Colombia. La Republique a perdu dans le General Sedeno un grand soutien et dans la paix et dans la guerre: personne n’á été plus vaillant que lui: personne n’á été plus obéissant au Gouvernement. Je recommande au Souverain Congres les cendres de ce Général, á fin qu’on lui rende les honneurs d’une triomphe solennelle. Un regret aussi grand afflige la Republique par la mort du tres intrepide Colonel Plaza: plein d’un enthousiasme sans exemple il se precipita sur un bataillon ennemi pour le soumettre. Le Colonel Plaza est digne des pleurs de Colombia, et merite que le Congres lui accorde les honneurs d’un eminent héroisme.

“L’armée ennemie étant dispersée, l’ardeur de nos Cheft et Officiers á la pousser fut telle, que nous fimes une grande perte dans cette haute classe de l’armée. Le bulletin presentera les noms de ces illustres. “L’armée Espagnole excedait 6000 hommes, composée de l’elite des expei-

tion pacificatrices. Cette Armée á cessé de l'etre: 400 hommes seront rentres aujourd'hui dans Puerto Cabello.

“L'armée Liberatrice avait une force egale a cellé de l'ennemi; mais ce n'est qu'une cinquième partie que decida la bataille. Notre perte n'est que douleureuse: au plus, 200 morts et blesses.

“Le Colonel Rangel qui fit, comme toujours des prodiges, á marché aujourd'hui etablir la ligne contre Puerto Cabello.

“Que le Souverain Congress daigne agréer l'hommage d'une armée rendue, la plus nombreuse et la plus belle qui ait porté les armes dans Colombia, sur le champ de bataille.

**BOLÍVAR**

QUARTIER GENERAL LIBÉRATEUR, VALENCIA JUIN 25, 1821

A SON EXCELLENCE LE PRÉSIDENT DU CONGRES GÉNÉRAL DE COLOMBIA



# Carabobo: un punto itinerario en la concepción geopolítica del Libertador

JACINTO PÉREZ ARCAJ

*Cuando el camino llegó a Carabobo iba Bolívar adelante y obligaba mucho; ahora lo tenemos detrás y la obligación no ha hecho sino crecer.*

**ARTURO USLAR PIETRI**

La historia consigna que la concomitancia de factores políticos, económicos, sociales, culturales y geográficos condicionan la evolución del Estado moderno, pero tal evolución no es forzada. Bolívar intuye el caso venezolano en Jamaica y lo explica magistralmente en su Discurso de Angostura. Los hechos desencadenados en 1810 habrán de hacer eco en la sabana de Carabobo el 24 de junio de 1821; fueron resultado de la conjugación de una serie de factores que hicieron que por vez primera se diera el grito de independencia y se tratara de estructurar una república independiente. Esos factores se estaban formando desde hacía trescientos años, pero aparecieron en ese preciso momento al calor de la espiral revolucionaria que consumió la vida de nuestros mayores en el proceso de formación republicana: Carabobo es punto itinerario de esa espiral revolucionaria y el Ejército de Venezuela la personifica. La identificación pueblo y Ejército la percibe Andrés Bello en su bello lenguaje metafórico:

Como el pueblo, el ejército se va al través del héroe; como él, de hazaña y de inquietud; como él, de gesto inmarcesible; como él, de dolorosos y apasionados tránsitos; como él, de espolearse

y esclarecerse para la final superación. Ya os he dicho una vez que si se tratase de enviar una carta al ejército venezolano, sería difícil concebir a dónde enviársela o cuál su domicilio; que bien pudiera ser a Carabobo, a Boyacá, a Ayacucho.

El pueblo de Venezuela, formado en las relaciones inherentes a la naturaleza de su especial encrucijada planetaria, forjó su espíritu nacional en la fragua de sus trivalentes raíces culturales: afincado en su geografía inició y consolidó el proceso independentista al amparo de los «origina-rios principios de la Constitución Española», según registró el Libertador en la Carta de Jamaica. Las reflexiones jánicas de Bolívar le permitían ver hondo y lejos hacia el pasado proyectándolo hacia el porvenir. Carabobo estaba en el camino. El camino útil a la libertad en pie de igualdad habría de propiciarse pesando el sentido de las oportunidades: la razón o la fuerza. Terminó abriéndose a sangre y fuego al calor de las iniciativas del único que estaba viendo claramente todo el panorama; del único que sabía que el proceso liberador no podía tener término cabal sino con la victoria de las armas; del único que había aprendido por experiencia ajena que «es un desatino querer cosas extraordinarias por medios ordinarios», según advirtió infructuosamente el sabio Miguel José Sanz al generalísimo Miranda en el prelude de la caída de la Primera República.

### **Bolívar: concepción científico-social del fenómeno guerra**

Para realizar su proyecto político, Bolívar sabe que la guerra es el único recurso para arrebatar el Nuevo Mundo a los dominadores europeos: tiene vocación por la gloriosa carrera de las armas y va a realizar una portentosa obra militar de las más grandes que se conocen en la historia del mundo.

Bolívar intuye a plenitud el fenómeno *guerra*; fenómeno éste que implica enfrentamiento organizado entre los ejércitos de dos o más Estados

que buscan conquistar determinados objetivos políticos. La estrategia es el medio para alcanzarlos: es el arte de coordinar la acción de las fuerzas militares, políticas, económicas y morales envueltas en la conducción científica de los acontecimientos.

El Libertador no se ciñó concretamente a ninguna corriente teórica contemporánea en lo que se refiere a la comprensión del fenómeno *guerra*. La vivencia, la geografía, la raza, la comunidad histórica hombre-suelo (que él mismo contribuyó a forjar al calor de la palabra, el ejemplo y el uso racional de la fuerza) eran variables —aplicadas de manera distinta en las civilizaciones europeas— que habrían de tomarse en cuenta para deducir y aplicar los principios más adecuados a la solución de los problemas inherentes a ese fenómeno. Los millares de epístolas y documentos y, en líneas generales, la conducta intelectual del Libertador, nos hablan del profundo conocimiento que tenía de los hombres, las cosas y sus contradicciones. Filósofo por naturaleza, Bolívar no sólo poseía aquella capacidad de asombro de que hablaba Platón, motor de la cultura helénica; también gran capacidad de asimilación, de aprehender las cosas en un santiamén y, sobre todo, aptitud insuperable para crear, descubrir e inventar conocimientos a fin de resolver los nuevos problemas que iban surgiendo del proceso de cambios, incluyendo los inherentes a la guerra de independencia como expresión de violencia legítima.

### **La diplomacia de Bolívar como factor del triunfo en Carabobo**

Bolívar tenía la angustia del conocimiento, la rara facultad de admirarse de cuanto lo rodeaba; su visión, de amplia circunferencia, permitíale captar el todo, reflexionar sobre él, deducir principios, hacer analogías y diferenciar y, al final, obtener conclusiones válidas que aplicar a situaciones parciales, referidas a las diferentes disciplinas que —como la

del estudio del fenómeno *guerra*— estaban implicadas en el proceso de evolución política de los Estados que creaba.

Confirman esta aseveración los documentos macroestructurales y la fina diplomacia del Libertador; por caso, durante la entrevista que sostuvo con Morillo en Santa Ana de Trujillo el 27 de noviembre de 1820 con motivo de los Tratados de Armisticio y de Regularización de la Guerra, cuyos postulados enaltecieron el mando patriota. El fino movimiento de ajedrez lo realiza Bolívar en el preludio de la Campaña de Carabobo que ulteriormente desencadenaría con el momento psicológico general a su favor. Éstas son, según Perú De Lacroix, sus reflexiones en torno a ello:

—¡Qué mal han comprendido y juzgado algunas personas aquella célebre entrevista! —dijo el Libertador—. Unos no han visto por mi parte ninguna mira política, ningún medio diplomático, y sólo la negligencia y la vanidad de un necio; otros sólo la han atribuido a mi amor propio, al orgullo y a la intención de hacer la paz a cualquier precio y condiciones que impusiera España. ¡Qué tontos o qué malvados son todos ellos! Jamás, al contrario, durante todo el curso de mi vida pública, he desplegado más políticas, más ardid diplomático que en aquella importante ocasión, y en esto —puedo decirlo sin vanidad— creo que ganaba también al general Morillo, así como lo había ya vencido en casi todas mis operaciones militares. Fui a aquella entrevista con una superioridad en todo sobre el general español; fui, además, armado de cabeza a pies; con mi política y mi diplomacia bien encubiertas con una grande apariencia de franqueza, de buena fe, de confianza y de amistad, pues es bien sabido que nada de esto podía tener yo para con el Conde de Cartagena, y que tampoco ninguno de aquellos sentimientos pudo inspirarme en una entrevista de algunas horas. Apariencias de todo esto fue lo que hubo, porque son de estilo y de convención tácita entre los diplomáticos, pero Morillo ni yo fuimos engañados sobre



aquellas demostraciones; sólo los imbéciles lo fueron y lo están todavía. El armisticio de seis meses que se celebró entonces, y que tanto se ha criticado, no fue para mí sino un pretexto para hacer ver al mundo que ya Colombia trataba como de potencia a potencia con España; un pretexto también para el importante tratado de regularización de la guerra que se firmó tal, casi, como lo había redactado yo mismo; tratado santo, humano y político que ponía fin a aquella horrible carnicería de matar los vencidos, de no hacer prisioneros de guerra; barbarie española que los patriotas se habían visto en el caso de adoptar en represalia; barbarie feroz que hacía retroceder la civilización, que hacía del suelo colombiano un campo de caníbales y lo empapaba con sangre inocente que hacía estremecer a toda la humanidad. Por otra parte, aquel armisticio era provechoso a la República y fatal a los españoles; su ejército no podía aumentar, sino disminuir, durante dicha suspensión; el mío, por el contrario, aumentaba y tomaba mejor organización. La política del general Morillo nada podía adelantar entonces en Colombia, y la mía obraba activa y eficazmente en todos los puntos ocupados todavía por las tropas de dicho general. Más aún: el armisticio engañó también a Morillo y le hizo ir a España y dejar el mando de su ejército al general Latorre, menos activo, menos militar que el Conde de Cartagena; esto era ya una inmensa victoria, que me aseguraba la entera y pronta libertad de toda Venezuela y me facilitaba la ejecución de mi grande e importante proyecto: el de no dejar un solo español armado en toda la América del Sur. Digan lo que quieran los imbéciles y mis enemigos sobre dicho asunto, los resultados están en mi favor. Jamás comedia diplomática ha sido mejor representada que la del día y noche del 27 de noviembre del año 20 en el pueblo de Santa Ana. Produjo el resultado favorable que había calculado para mí y para Colombia, y fue fatal para España. Contesten, pues, a esto los que han criticado mi negociación y entrevista con el general Morillo, y que no olviden que en las ofertas de paz que se hicieron hubo, sin em-

bargo, de parte de los negociadores colombianos, un *sine qua non* terminante por principal base, es decir, el reconocimiento previo de la República; *sine qua non* que nos dio dignidad y superioridad en la negociación.

### **La filosofía de la guerra en Bolívar**

La guerra de independencia era inevitable: estaba en juego la salvación pública y su defensa debía prevalecer sobre la vida de los tiranos y sobre el riesgo de los patriotas; estaba planteado un enfrentamiento definitivo a lo largo del proceso de largo aliento liderado por Bolívar para realizar el proyecto político de un Estado fuerte y libre en pie de igualdad: un Estado moderno forjado al calor de fuerzas centrípetas y de sentido convergente que encauzara la dispersión y evitara cualquier fragmentación. ¿Cómo percibe y articula Bolívar la conducción militar en la estructura del proyecto? La imaginación proporciona alas al pensamiento ¿Qué dimensión espacio-temporal abarca su imaginación estratégica? El orden es la primera ley del progreso espiritual. ¿Al calor de qué postulados discurre Bolívar en el proceso continental de la guerra para alcanzar su objetivo político? Es perceptible la estructura, la unidad de su pensamiento de principio a fin. La oportunidad de las batallas que habrá de presentar están ordenadas de tal suerte en la mente de Bolívar que parecieran una unidad que se cierra en Ayacucho: subyace un plan de campaña integrador y autónomo que se inicia con su discurso en la Junta Patriótica, discurre en cien combates, se proyecta hasta la pampa de la Quinua y prosigue con los postulados de la Anfictionía: es un proyecto estructuralista. La batalla de Carabobo no puede comprenderse, entonces, a plenitud, sino observando en bloque el encadenamiento de los sucesos: intérprete de la naturaleza y de la geografía, el gran estratega se mueve hacia el escenario de Carabobo por ser el único lugar —lugar geopolítico— que entonces aseguraba al enemigo el dominio del *heart-*

*land* de Venezuela. Bolívar lo hace mediante combinación de geniales aproximaciones colaterales orientadas a desarticular el dispositivo realista para obligar al mariscal La Torre a desplazarse de su eje de espera natural y debilitarlo antes de vencerlo en el terreno táctico. Es así como —precedido además de los momentos psicológicos favorables derivados del portentoso paso de los Andes, de su triunfo en Boyacá y de los enaltecedores tratados de armisticio y regularización de la guerra—, su imaginación de ajedrecista nato en el arte de conducir operaciones militares le permitió adelantarse a lo que Basil Liddell Hart denominaría operación indirecta. Podríamos observar en las instrucciones que dirige Bolívar al general Soublotte la forma como mueve sus piezas de manobra en función del todo; como intuye un concepto de operación que abarca grandes espacios: Carabobo es un punto itinerario en su esquema continental de operaciones:

El 30 de abril debe abrirse la campaña, y Uds. por el Oriente deben hacer inmediatamente lo siguiente: primero, mandar a poner en insurrección los valles de Capaya e introducirse en ellos con el motivo de amparar a los que los llaman y aprovecharse del fin del verano, que por aquella parte es necesario; segundo, acelerar la expedición de Margarita para que llegue a tiempo; tercero, sacar 500 hombres de la costa de Cumaná por agua para que vayan a desembarcarse en la laguna de Tacarigua: esta operación debe hacerla el mismo general Bermúdez con dos o más buques mayores, sean de Margarita o sean del infierno; cuarto, el general Monagas, con todas las fuerzas disponibles que hay en Barcelona, debe ir a esperar al general Bermúdez a los valles de Capaya; quinto, el general Zaraza, con toda la caballería que pueda reunir, que marche sobre Calabozo en los primeros días de mayo, y si no hay obstáculo que entre por la Villa de Cura; sexto, el ejército de Oriente debe tomar a Caracas del 15 al 20 de mayo e inmediatamente salir a los valles de Aragua sin perder un momento a ponerse en comunicación

con las tropas de mi mando que para entonces, estarán en Valencia por lo menos; séptimo, el vicepresidente debe acercarse al ejército de Oriente para dirigir inmediatamente todas operaciones de la costa y de las tropas que están a sus órdenes, para seguir volando a Caracas a arreglar lo todo, y levantar cuerpos allí; octavo, la ciudad de Cumaná será bloqueada por simples guerrillas sólo con el objeto de molestarla; noveno, la expedición de Margarita servirá por lo menos a conducir las tropas de Cumaná; a llevar a Caracas cuadros y armas con que formar cuerpos en aquella ciudad. Y últimamente, Ud. tendrá entendido que si no se obra con actividad indecible somos nosotros los que tomamos a Caracas.

Con esta amenaza concluyo mis instrucciones, que debe Ud. tenerlas por tales hasta que llegue el ministro de Guerra que las dará con más detalles. Este señor se ha quedado por la espalda, y yo me he adelantado con Diego con el ánimo de preparar lo todo para la llegada de los comisionados españoles a San Fernando.

Nuestro ejército es muy numeroso y las fuerzas del enemigo están muy desmoralizadas, en número de 8 o 9.000 hombres. Tenemos fundamentos para esperar que el enemigo sufra una gran deserción. Incluyo a Ud. estos pliegos que alcancé aquí con la buena noticia de la toma de Lima. Todas estas órdenes mándelas Ud. expedir por duplicado y triplicado sin esperar las instrucciones oficiales.

A la sutil habilidad diplomática incorporó Bolívar su asombrosa intuición, su enorme capacidad de anticiparse a los acontecimientos, de penetrar hasta los más íntimos fundamentos de los entes; de percibir con genialidad el orden de las partes en la estructura del todo y crear conocimientos para aplicarlos tanto en la política como en la conducción de un ejército en el teatro de la guerra o en la zona de operaciones; la secuencia y la armonía en el todo de las operaciones militares de Bolívar nos dice que es el más grande estratega, el militar más asombroso que ha

producido el continente; orientó su pensamiento con una filosofía de acción que descubre el rigor científico de su actividad intelectual. «En la guerra –decía– se necesita que todo marche uniformemente y que no se haga nada fuera del plan propuesto, pues en la unidad consiste la mejor parte de nuestros buenos sucesos». En la visión holista del Libertador están pendientes otros puntos itinerarios.

Según apreciamos, queda fuera de lógica el hecho de calificar a Bolívar como seguidor de corrientes subalternas de pensamientos, porque a todas luces la representación viviente de un alma como la de Bolívar es única. En efecto, «las cosas no pueden ser y no ser al mismo tiempo». Bolívar seguía solamente a Bolívar. Podemos decir que su conducta político-militar no se ciñó, al menos en lo que se refiere a la filosofía de la guerra, a ninguna doctrina en particular; se sustentó, sí, en la conjunción de todas aquellas que le permitieran comprender y resolver problemas nuevos para adaptarse con éxito a la todavía incomprensible situación americana. Esto nos permite inferir que las obras de Turena, Napoleón, Thiebault, Montecuculli, fueron estudiadas pero no llegaron a ser libros de cabecera de quien, como el Libertador, era pensador universal, enciclopédico. Sus autores favoritos fueron los clásicos de la antigüedad o aquellos para los cuales el desarrollo y estructura de lo vital se resuelve en la observación, en el espíritu crítico: Voltaire, Montesquieu, Rousseau, como él mismo lo refiere en carta a Santander, la mayoría de los cuales fueron filósofos, es decir, comprensivos universales del conocimiento.

Puede ser –escribe Bolívar a Santander–, que Mr. De Mollien no haya estudiado tanto como yo a Locke, Condillac, Buffon, D’Alambert, Helvetius, Montesquieu, Mably, Filangieri, Lalande, Rousseau, Voltaire, Rollin, Berthot y todos los clásicos de la antigüedad, así filósofos, historiadores, creadores y poetas; y todos los clásicos modernos de España, Italia y gran parte de los ingleses [...] Aunque, por otra parte, yo no sé nada.

El Libertador sabía muy bien que quien domina el todo domina las partes, y quien logra remontarse a los principios generales –como decía Montesquieu– verá plegarse a ellos los casos particulares.

Análisis exhaustivos de algunos documentos esenciales del Libertador permiten ver no sólo su propia concepción filosófico-histórica, sino la inclinación que tuvo por algunas teorías derivadas de filósofos que hicieron eco en la cultura helénica y en la Revolución francesa; tal es el caso de la concepción del proceso de causalidad y efecto como motor de la historia, que observamos en el poeta griego Píndaro o en el barón de Montesquieu.

El primero coincide con Bolívar en la forma de relacionar los hechos histórico-mitológicos (estrofa-antiestrofa-conclusión) de sus odas, con el ayer-hoy-mañana de la Carta de Jamaica.

Montesquieu, por su parte, en el *Espíritu de las leyes*, asocia la conducta del hombre con las relaciones necesarias que se derivan de la naturaleza de las cosas:

Yo he establecido los principios y he visto plegarse a ellos los casos particulares como por sí mismos, y he visto cómo las historias de las naciones no eran más que sus consecuencias, y cada ley particular la he visto enlazada con otra ley o dependiendo de otra más general [...]

Las verdades no se hacen sentir hasta que se haya visto la cadena que las enlaza con otras [...] Poco a poco, de observación en observación, de confrontación en confrontación, el espíritu, sometido primero a los hechos, a las cosas aprehendidas en su naturaleza íntima, consigue elevarse por encima de ellos, de ellas, para percibir al fin el resorte principal, el gran rodaje central [...] Hay causas generales, ya morales, ya físicas, que obran en cada monarquía, la elevan, la mantienen o la precipitan; todos los accidentes están sometidos a estas causas; y si el azar de una batalla, es decir, una causa particular, arruinó a un Estado, había

una causa general que hacía que este Estado debiese perecer en una sola batalla; en una palabra, la modalidad principal arrastra consigo todos los accidentes particulares.

Cuando Bolívar nos remite a Montesquieu, en algunas de sus reflexiones aparece de relieve que las historias particulares son incomprensibles sin el conocimiento de las generales. Cuando nos dice que en los anales de España y América debían encontrarse las fuerzas irresistibles que dirigieron la marcha de los sucesos particulares de Venezuela, ¿podríamos «entrever», entonces, la acción de armas de Carabobo al calor de las precipitadas reflexiones de Montesquieu, tan caras a Bolívar?

En la Carta de Jamaica, el Libertador hace un análisis sociohistórico de la situación americana: se remonta al pasado para descubrir una serie de variables económicas, políticas, religiosas y militares (los principios de que habla Montesquieu), las cuales, a su juicio, estructuran y conforman la causa general desencadenan te de los sucesos entonces presentes. Realizado esto, se atreve a proyectarlos «jánicamente» al porvenir con el mayor rigor científico, es decir, señala sus efectos aplicándoles el relativismo cultural. Así nació la llamada profecía de Jamaica.

Correlativamente recomendaba la unión, la integración de los pueblos para corregir las desviaciones inherentes a los resultados previstos según su filosofía política. Éstas son sus palabras:

Cuando las águilas francesas sólo remontaron los muros de la ciudad de Cádiz, y con su vuelo arrollaron los frágiles gobiernos de la Península, entonces quedamos en la orfandad. Ya antes habíamos sido entregados a la merced de un usurpador extranjero; después, lisonjeados con la justicia que se nos debía y con esperanzas halagüeñas siempre burladas; por último, inciertos sobre nuestro destino futuro, y amenazados por la anarquía, a causa de la falta de un gobierno legítimo, justo y liberal, nos precipitamos en el caos de la revolución. En el primer momento sólo

se cuidó de proveer a la seguridad interior, contra los enemigos que encerraba nuestro seno. Luego se extendió a la seguridad exterior; se establecieron autoridades con que sustituimos a las que acabábamos de poner, encargadas de dirigir el curso de nuestra revolución, y de aprovechar la coyuntura feliz en que nos fuese posible fundar un gobierno constitucional, digno del presente siglo, y adecuado a nuestra situación.

Todos los nuevos gobiernos marcaron sus primeros pasos con el establecimiento de juntas populares. La Nueva Granada siguió con uniformidad los establecimientos políticos y cuantas reformas hizo Venezuela, poniendo por base fundamental de su constitución el sistema federal más exagerado que jamás existió [...]

Los acontecimientos de la Tierra Firme nos han probado que las instituciones perfectamente representativas, no son adecuadas a nuestro carácter, costumbres y luces actuales.

Por esta razón, sus débiles enemigos se han conservado, contra todas las probabilidades. En tanto que nuestros compatriotas no adquieran los talentos y las virtudes políticas que distinguen a nuestros hermanos del Norte, los sistemas enteramente populares, lejos de sernos favorables, temo que vengan a ser nuestra ruina. Desgraciadamente estas cualidades parecen estar muy distantes de nosotros en el grado que se requiere; y por el contrario, estamos dominados de los vicios que se contraen bajo la dirección de una nación como la española, que sólo ha sobresalido en fiereza, ambición, venganza y codicia [...]

A pesar de este convencimiento, los meridionales de este continente han manifestado el conato de conseguir instituciones liberales y aun perfectas, sin duda, por efecto del instinto que tienen todos los hombres de aspirar a su mejor felicidad posible; la que se alcanza, infaliblemente, en las sociedades civiles, cuando ellas están fundadas sobre las bases de la justicia, de la libertad y de la igualdad. Pero, ¿seremos nosotros capaces de mantener en su



verdadero equilibrio la difícil carga de una república? ¿Se puede concebir que un pueblo recientemente desencadenado se lance a la esfera de la libertad, sin que, como a Ícaro, se le deshagan las alas y recaiga en el abismo? Tal prodigio es inconcebible, nunca visto. Por consiguiente, no hay un raciocinio verosímil que nos halague con esta esperanza [...] Para que un solo gobierno dé vida, anime, ponga en acción todos los resortes de la prosperidad pública, corrija, ilustre y perfeccione al Nuevo Mundo, sería necesario que tuviese las facultades de un Dios, y cuando menos las luces y virtudes de todos los hombres [...]

Yo diré a Ud. lo que puede ponernos en actitud de expulsar a los españoles y de fundar un gobierno libre: es la unión, ciertamente; mas esta unión no nos vendrá por prodigios divinos, sino por efectos sensibles y esfuerzos bien dirigidos.

y cuatro años después, el espíritu superior que hay en Bolívar se revela en las profundas reflexiones que refleja una de sus obras maestras: el Discurso de Angostura. El texto de este documento político sugiere la esencia de la Constitución que necesita Colombia, su América libre y una.

Es evidente que una obra intelectual de tal envergadura requiere el concurso de distintas áreas del conocimiento y gran penetración filosófica. Un solo párrafo de su estructura discursiva confirma la aserción:

Yo no he podido hacer ni bien ni mal: fuerzas irresistibles han dirigido la marcha de nuestros sucesos: atribuírmelos no sería justo, y sería darme una importancia que no merezco. ¿Queréis conocer los autores de los acontecimientos pasados y del orden actual? Consultad los anales de España, de América, de Venezuela: examinad las leyes de Indias, el régimen de los antiguos mandatarios, la influencia de la religión y del dominio extranjero: observad los primeros actos del gobierno republicano, la ferocidad de nuestros enemigos y el carácter nacional.

Algunos escritores, poseídos de natural subjetivismo, se han quedado cortos en la apreciación del alcance de conocimientos circunferenciales del Libertador. En efecto, han racionalizado su aseveración de que fue seguidor de algunos teóricos militares contemporáneos que indudablemente eran enciclopédicamente inferiores.

Tales aseveraciones resultan, pues, absurdas. Un gran capitán no es copiator de nadie; es un creador dentro de la disciplina científica referida al fenómeno *guerra*, que implica, para comprenderlo y resolverlo, dominio del conocimiento, no en términos parciales, sino enciclopédicos. Así, en un ambiente como el hispanoamericano, cuya superestructura cultural estaba naciendo y, por tanto, todo estaba por hacer; en una geografía absolutamente desconocida, virgen y acomplejante, poblada de una raza mestiza producto de otras tres que llegaron a la historia más tarde que la anglosajona; requería de hombres que tuviesen visión futurista, coraje, espíritu de sacrificio y suerte; pero sobre todo, que fuesen creadores, de geniales empujes que permitieran sacar recursos de la nada; que pudiesen transformar montoneras en batallones, unidades homogéneas, organizadas y espiritualizadas; que pudiesen deducir corolarios de las leyes aplicables a la guerra e inducir nuevos conocimientos para resolverla favorablemente.

La guerra constituye un fenómeno biopsicosocial afectado de lo geográfico y determinado por causas de diversa índole, las cuales hay que conocer para poder encauzarla. De manera que ese hombre llamado Bolívar, que identificaba la revolución, al decir de Morillo; que se nos aparece como psicólogo social en el Manifiesto de Cartagena; enciclopédico y geopolítico en la Carta de Jamaica; estadista y legislador en el Discurso de Angostura, y filósofo en la conjunción de toda su obra, conoció y dominó el lenguaje de la naturaleza americana, lo que permitió hacer la guerra con reflexiones tácticas y estratégicas completamente

nuevas para entonces. De manera que orientar la historia militar del Libertador por senderos parciales no resulta objetivo y, por consiguiente, no se ajusta a la verdad histórica. Bolívar es único. Es cierto que leyó muchas teorías (incluso de escritores inferiores), pero eso no significa que su genio hiciera eco de ellas ni que su conducta como líder estuviese condicionada por simples teóricos.

Lo que asombra en el Libertador es su extraordinaria capacidad de percepción; su gran capacidad para adaptarse a las situaciones nuevas que campeaban en Hispanoamérica, y la extraordinaria imaginación creadora que puso de manifiesto resolviendo los problemas inherentes, contra los cuales se estrellaban España, Inglaterra y la Santa Alianza. Esto plantea que en América la doctrina, la táctica y la estrategia habían de observarse desde puntos de vista distintos a los europeos. Así, por ejemplo, carente de ciertos recursos para realizar su empresa o poseedor de otros distintos a los que habían permitido teorizar la guerra en Europa, tuvo el Libertador que incorporar etapas procesales que el Viejo Mundo había superado o abstraerse de otras que todavía aquél utilizaba en el proceso científico de hacer la guerra.

### **Cadena de causas en las geniales jugadas estratégicas hasta Carabobo**

No puede ser gran capitán quien no domine –entre otras disciplinas– la geopolítica a perfección, es decir, la dimensión espacio-temporal, geografía e historia a cuestas. Cuando Bolívar decidió dar la batalla decisiva en Venezuela, el teatro de operaciones por abarcar no se reducía sólo al territorio de este país, sino además a todo el ámbito afectado en su concepción político-militar y alcances estratégicos; y no tanto por las áreas geográficas objetivamente inherentes, sino porque previamente era preciso cristalizar un momento psicológico colectivo favorable a las operaciones militares que habrían de desencadenarse sucesivamente en

todo el escenario de la guerra. Por ello a raíz de la Capitulación de 1812, antes de iniciar la Campaña de Magdalena, antes de penetrar a Venezuela activando la Campaña Admirable, esboza el concepto de la operación de lo que habrá de hacerse en todos los órdenes, fundamentalmente en lo político, militar y social para contrarrestar las causas de la caída de la Primera República.

y así, al amparo de su visión enciclopédica, observando aquel esférico escenario, imaginando y articulando jugadas maestras en el ajedrez político-militar en que se había convertido el teatro de la guerra, escribe la teoría –Manifiesto de Cartagena– de la estrategia que aplicará: de inmediato desencadena la campaña del Magdalena; luego, en Trujillo, consecutivamente, asume la tremenda responsabilidad histórica sobre el terrible y fulminante Decreto de Guerra a Muerte y, para cristalizar la praxis, ejecuta la Campaña Admirable en territorio venezolano, con lo cual echa las bases militares de la llamada Segunda República, que se derrumbará al año siguiente (1814), porque no existe nación americana ni venezolana; hay que crearla.

Una estrategia sorprendente y correlacionada con la anterior realiza Bolívar siete años después en la campaña libertadora de 1819, en la que se nota la asociación y recurrencia de ideas que tenía respecto de la unión de Nueva Granada y Venezuela como núcleo de lo que habría de ser Colombia. Parte Bolívar de Angostura, recorre los llanos centrales y occidentales a lo largo de los ríos Orinoco y Apure y se apresta a realizar el paso de los Andes. Cae al otro lado de la enhiesta cordillera y bate al enemigo en Gámeza, Pantano de Vargas y Boyacá. ¿Qué había logrado con ello? No sólo la victoria militar con la destrucción parcial de las fuerzas enemigas (teoría de Clausewitz) en territorio granadino, sino también la voluntad de lucha (teoría de Jómimi) de los que se encontraban en territorio venezolano.

La resonancia continental de la campaña fue creciente: la fulminante operación militar de Bolívar atrajo hacia su nombre el estupor del Mundo e hizo trascender su gloria inmarcesible; Boyacá selló la libertad de Nueva Granada al calor de la sorpresa estratégica y de la visión adivinadora del Libertador. El virrey Sámano, el coronel Barreiro y el ejército realista en territorio neogranadino quedaron virtualmente aniquilados. La consecuencia inmediata es el derrumbamiento de la voluntad de vencer de Morillo, quien se encuentra en Venezuela. De otro lado se consolida la autoridad suprema de Bolívar sobre los indisciplinados y las rivalidades personalistas.

El golpe mortal al mando realista está, pues, dado: el propósito esencial de la campaña de los Andes se había cumplido; estaba abierto el camino –a la Campaña del Sur a través de Carabobo– mediante esta victoria avasallante prendida en la punta de las lanzas y las bayonetas de oficiales y soldados que regresaban victoriosos.

Al momento psicológico favorable se une la inspiración y el instinto del guerrero para la batalla en el pleno corazón de Venezuela cuyo triunfo está en camino. Ahora el genial estratega es dueño de la iniciativa y puede enfrentarse a don Pablo Morillo o a quien sea, en territorio venezolano, donde las fuerzas realistas sobrepasan los diez mil hombres.

Contrariamente a como han venido narrando algunos historiadores militares, quienes refieren que la salida de don Pablo Morillo, el «Pacificador», fue una de las causalidades del triunfo de Bolívar en Carabobo, quiero exponer una conjetura tal vez imposible: después de la campaña de Boyacá con la cual se proporcionó una tremenda sorpresa estratégica al Estado Mayor de Barreiro y su consecuencial destrucción, se produjo la desmoralización del mando realista en territorio venezolano, lo cual quebrantó su voluntad de lucha, su momento psicológico y el adecuado sentido de oportunidad para triunfar.

Este proceso destructivo de la naturaleza mental prohispanica que se había venido acendrando paulatinamente desde los lejanos tiempos de la Colonia, y la creación de momentos psicológicos favorables a la naturaleza nacional americana, devenía desde antes del 19 de abril de 1810, cuyas consignas se ataron al carro de la revolución. Respecto de ella diría Bolívar: «el 19 de abril nació Colombia». Don Pablo Morillo sabía con quién habría de vérselas y por ello, al presentir su descalabro, al saberse vencido en el tablero del ajedrez bolivariano, prefirió declinar la derrota por una retirada.

Todo estaba muy claro: si su excelente intuición estratégica le hubiese permitido entrever alguna posibilidad de triunfo frente a Bolívar, no habría abandonado la empresa y dejado su prestigio en tela de juicio. No. Si otro hubiera sido el hombre contra el cual hubiese tenido que batirse —cualquier otro general americano—, Morillo no se habría arriesgado a perder su carrera militar, declarándose vencido en el tablero de ajedrez de un millón de kilómetros cuadrados que era el teatro de operaciones de Venezuela. Lo mismo, en otros escenarios y ante motivaciones y perspectivas distintas, sucedería al ilustre general argentino José de San Martín después de la entrevista de Guayaquil<sup>1</sup>. Como expresó el historiador chileno Vicuña Makenna: «Bolívar es único. Nadie manda donde él manda».

En el preludio de su fulgurante carrera política, Bolívar sabía que necesitaba innúmeros recursos que oponer a las diversas estructuras peninsulares:

---

[1]\_ «¿Por qué se va el general, el protector, el héroe, el hombre necesario? Cuando se le pregunta, no responde, se contradice. Al fin tendrá que inventar una respuesta satisfactoria para rehacer su página, como dijo Sarmiento. Las palabras de su amigo el general Rufino Guido, su admirador fervoroso, su subalterno fidelísimo, su colaborador, le pega en lo más íntimo: Jamás perdonaré la retirada de Ud. del Perú y la historia se verá en trabajo para cohonestar este paso» (Guillermo Morón, *La mentira en Guayaquil*, 1951).

La España –dice después de caída la Primera República– tiene en el día gran número de oficiales generales, ambiciosos y audaces, acostumbrados a los peligros y a las privaciones, que anhelan por venir aquí, a buscar un imperio que reemplace el que acaban de perder. Es muy probable que haya una prodigiosa emigración de hombres de todas clases, capaces de subvertir nuestros tiernos y lánguidos Estados y envolver el Nuevo Mundo en una espantosa anarquía [...] Estos tráfugas hallarán ciertamente una favorable acogida en los puertos de Venezuela, como que vienen a reforzar a los opresores de aquel país y los habilitan de medios para emprender la conquista de los Estados independientes [...] Levantarán quince a veinte mil hombres que disciplinarán prontamente con sus jefes, oficiales, sargentos, cabos y soldados veteranos. A este ejército seguirá otro todavía más temible de ministros, embajadores, consejeros [...] que inundarán todo, arrancando las semillas y hasta las raíces del árbol de la libertad de Colombia.

¿De dónde sacar recursos para contrarrestar la estrategia peninsular? Bolívar sabía que había de partir de la nada, pues la novísima raza americana no había despertado de la servidumbre en que la sumió la cultura hispánica.

Conmueve comparar su solitaria situación con la de otros capitanes de la historia que, en el peor de los casos, encontraron la espiral revolucionaria en plena acción, amén de variados recursos estructurados y dinamizados que, *per se*, constituían estímulos para seguir motorizando dicha espiral.

En tal sentido, Bolívar no tiene parangón en el mundo. Con la constancia y el espíritu de sacrificio que siempre lo caracterizaron fue transformando la naturaleza prohispanica de los nativos en conciencia nacionalista americana. Sabía, por propia experiencia, que la mente y el corazón de los hombres son los recursos esenciales que permiten acudir

a los campos de batalla con posibilidades de éxito: en el patriotismo es donde radica la esencia del poder relativo de combate; por ello se da a la tarea de hacer sacar fuerzas de flaqueza, de lograr ilusionar a los hombres con el ideal de la libertad; de crear recursos sustitutivos para satisfacer necesidades primarias; de crear un adecuado sistema de valores, una manera de pensar, una conciencia estructurada en todos y cada uno de los hombres encuadrados en las filas del Ejército Libertador<sup>2</sup>. Esto traduce que Bolívar ideó las conductas (hábitos) que habrían de usar sus hombres, la esencia de lo que en términos militares llamamos doctrina; enseñó vivencialmente a sus generales los conceptos aplicables en dicha doctrina, es decir, los modos (metodología), teorías y formulación de hipótesis, no sólo para resolver problemas inmediatos del conocimiento referido a las particularidades militares, sociales o políticas, sino al todo enciclopédico de la filosofía americana que estaba, con ello, forjándose. Bolívar entendía la Independencia como sinónimo de libertad para todo el pueblo suramericano, como afirmó en la Sociedad Patriótica. Esto ratifica lo que afirmamos inicialmente: lo que existe en América en torno a doctrina hispanoamericana, ya sea política, psicosocial o militar, es, en germen, de extracción bolivariana. Por ello es por lo que Bolívar continúa vigente, porque a cada instante

---

[2]\_ El Libertador superó con creces las tareas que señala Jómíni para el general en jefe. El teórico suizo expresa: «Es la combinación de la teoría sabia con el carácter grande que hará al gran capitán. Una aptitud natural para la guerra, y la habilidad de inspirar a las tropas, son también cosas importantes; pero para tener éxito, el general debe haberse educado en los principios fundamentales de la guerra. No hay duda de que el genio natural podía, mediante una inspiración feliz, aplicar los principios tan bien como lo podría hacer el teórico versado. Pero una teoría sencilla, una teoría libre de todo sistema categórico, basada en síntesis en unas pocas máximas fundamentales, puede a menudo complementar el genio y servir para desarrollar lo, aumentando la confianza en sus propias inspiraciones».



descubrimos que los buenos sucesos realizados hoy tienen el trasfondo de una teoría bolivariana que ayer no queríamos o no podíamos ver: su propósito integrador continua siendo el gran reclamo histórico para las nuevas generaciones de América Latina y el Caribe. Por ello debemos estudiar la obra del fundador de este país, como paso obligado para conocer y seguir su doctrina, objetivos y fines, pues de otro lado, por oposición, la transculturación indiscriminada, planificada o no allende las fronteras, desencadenaría fuerzas centrífugas que darían al traste con las urdimbres requeridas por la Nación de Repúblicas propiciadas por él.

### **Bolívar: una fuerza continental en trayectoria abierta**

Los documentos que nos legó el Libertador revelan directa o indirectamente las contradicciones de orden geopolítico que originaron la Guerra de Independencia y dieron lugar al nacimiento y evolución de nuestro país. Por esa razón, y por cuanto en el hilo subyacente de la palabra escrita del Libertador palpita no sólo el insuperable estadista que teorizó sobre aquellas contradicciones, sino el estratega y gran capitán que desencadenó la praxis para resolverlas, hemos creído conveniente poner de relieve que la acción de armas de Carabobo fue un punto itinerario dentro del análisis geopolítico del alfarero de estas Repúblicas, a la luz de su genial interpretación.

Don Cristóbal Mendoza desdibuja el panorama en un denso artículo sobre los antecedentes y la trascendencia de Carabobo:

El Libertador alude frecuentemente a Carabobo, asociándolo a la memoria de la hazaña de Boyacá. Al Congreso le pide decreto que los hijos de los esclavos han de nacer libres. Espera que la gracia le sea concedida «en recompensa de la batalla de Carabobo, ganada por el Ejército Libertador, cuya sangre ha corrido sólo por la libertad». Más tarde, comunica al vicepresidente su

próximo itinerario: a mediados de septiembre llegará a Bogotá, de paso para Quito, «pero cuidado, amigo, le agrega, que me tenga Ud. adelante 4.000 o 5.000 hombres para que el Perú me dé dos hermanas de Boyacá y Carabobo. No iré si la gloria no me ha de seguir siempre; ya estoy en el caso de perder el camino de la vida o de seguir siempre el de la gloria».

A pocos días le manifiesta que debe ir al sur con un ejército digno de los vencedores de Carabobo y Boyacá; le pide la formación de un ejército capaz de sostener la gloria de Colombia a las barbas del Chimborazo y Cuzco, que enseñe el camino de la victoria a los vencedores de Maipú y libertadores del Perú. Y en un arranque visionario, ensancha prodigiosamente el radio de sus destinos, para concluir: «¡Quién sabe si la Providencia me lleva a dar la calma a las agitadas aguas de La Plata y a vivificar las que tristes huyen de las riberas de las Amazonas! Todo esto es soñar, amigo».

El 3 de octubre del año veintitrés el Libertador informa desde Lima al vicepresidente, que se está librando, o se ha librado ya, en el Desaguadero, una gran batalla que compara con la de Carabobo por sus resultados, pues el vencedor se hará dueño del país al destruir las fuerzas enemigas y duplicar las suyas.

Ampliamente conocida y comentada es la mira continental de la empresa emancipadora del Libertador, que se manifiesta con los caracteres de una arraigada convicción, aun cuando de modo lírico, en sus primeros pasos de revolucionario. Cuando propone en la Sociedad Patriótica que ésta exija del Congreso la declaratoria inmediata de la Independencia, habla de poner la piedra fundamental de la libertad suramericana. De Cartagena, el año doce, dirige a los americanos un encendido mensaje, excitándolos a vengar lo que llamaba tres siglos de ignominia y los crímenes recientemente cometidos por los jefes peninsulares en su tierra natal. Con igual sentido y con idéntica vehemencia habla al Congreso granadino y a los habitantes del país. Por instinto

de conservación, por solidaridad de causa y afinidad de destinos, la América Hispana debería reaccionar uniformemente y alzar su protesta contra los victimarios de su suelo. En Jamaica, adonde lo arrojan los azares de la guerra, hace intensa propaganda, hablando siempre en nombre de América, como la patria única de todos sus habitantes. Al jefe del gabinete británico le dirige una patética comunicación: ¡El equilibrio del universo y el interés de la Gran Bretaña se encuentran perfectamente de acuerdo con la salvación de la América! ¡Qué inmensa perspectiva ofrece mi patria a sus defensores y amigos! Ciencias, artes, industrias, cultura, todo lo que en el día hace la gloria y excita la admiración de los hombres en el Continente europeo, volará a la América. ¡La Inglaterra, casi exclusivamente, verá refluir en su país las prosperidades del hemisferio que deberá contarla por su bienhechor!

En el desenvolvimiento metódico de los planes del Libertador, Carabobo aparece como el remate de sus esfuerzos en aquella primera etapa de sus campañas, encaminada a emancipar a Venezuela y la Nueva Granada, cuya suerte considera solidaria y a fundir ambos países en un solo mecanismo de asestar golpes decisivos a la estructura realista y destinado al más brillante porvenir, según sus arrebatadas palabras ante el Congreso de Angostura. La confirmación del nacimiento de Colombia en Carabobo cristaliza ese propósito. Pero con ser ésa una finalidad política y militar de considerable trascendencia, el Libertador encontraba en aquel triunfo el motivo determinante para llevar a la práctica sus ideas de cooperación continental. En Carabobo, el Libertador enciende la llama que habría de abrasar toda la extensión de la América Meridional y se refleja en aquel cuadro soberbio que comunicaba con lírica exaltación a quienes consideraba como sus naturales aliados en las próximas campañas del Sur: ya su ejército está en marcha para encontrarse con el de San Martín; los navíos de Cochrane pasearían sobre las aguas del Pacífico a los soldados colombianos auxiliares del Perú; y éstos, unidos a

sus hermanos del Ejército de Chile, harían nacer una fuente de libertad para todos los ángulos de América.

La concepción espacio-temporal en la política del Libertador implicaba desarrollar su estrategia militar a escala continental por cuanto la forja de Colombia requería «redondearse» con un adecuado marco geográfico. La realización del Congreso Internacional del Istmo Centroamericano para formar una liga verdaderamente americana, completa la visión geopolítica de la nación de repúblicas. Aprecia que la Confederación que naciera del Congreso debería tener su propio ejército, de no menos de cien mil hombres, una marina de guerra y hasta diplomacia.

Lo que queda por hacer —dice Rufino Blanco Fombona— parece que debe ser obra de los pueblos, de la diplomacia, del sentido común. Si esta obra no se realiza como el héroe la soñó, no es por su culpa. Quien ha fracasado no es Bolívar. Quien ha fracasado es América. La desgracia de Bolívar ha sido precisamente ésa: ser un grande hombre sin gran pueblo.

Reunido el congreso internacional de Panamá, el héroe ha cumplido: ha puesto los destinos de América en manos de América. La ha libertado, la ha unido, le aconseja la liga anfictiónica, le recomienda y aun le otorga leyes fuertes, moral política, gobiernos estables; instrucción pública intensa y el Arbitraje para dirimir sus diferencias. Insiste sobre todo en la creación de una democracia poderosa, de Estados fuertes, unidos, de cuya suerte internacional decida el tribunal de una sociedad hispanoamericana de naciones. Hispanoamericana, no panamericana. El panamericanismo vendrá más tarde; será otra cosa. Su obra continental americana no le basta. Quiere desbordarla por encima de los mares. Quiere ir a las Antillas con su ejército y libertar a esas hermanas a quienes el mar ha preservado de la Revolución. Quiere ir al Asia, a Filipinas, y emancipar el archipiélago. Aspira a más. Aspira ir a Europa, a la tierra de donde salieron sus abuelos en el siglo XVI, y establecer en España la República,

de acuerdo con los liberales españoles, víctimas del absolutismo cruel de Fernando VII. Para la realización de estas nuevas empresas, contrae un empréstito en Londres, compra buques, contrata marinería, reúne una fuerte flota en Cartagena y organiza un ejército de desembarco. Los generales tienen hambre de gloria: Sucre le habla del buen estado del ejército para una empresa ultramarina. Páez espera que el Libertador piense en él para el desembarco en Cuba.

Ha realizado Bolívar tantas maravillas que nada le parece imposible. Está connaturalizado con el prodigio. Su ambición es joven todavía. Su cuerpo, no. A los 45 años su frente aparece surcada de arrugas y sus cabellos encanecen; todavía los pardos ojos lanzan destellos magníficos; destellos magníficos aunque no tan luminosos como los destellos de su espíritu.

Todavía puede escribir la Constitución para Bolivia, desbaratar en los campos de Tarqui a La Mar por medio de Sucre y montar a caballo y realizar una marcha de miles y miles de kilómetros, desde Lima hasta Bogotá, desde Bogotá hasta Maracaibo y desde Maracaibo hasta Caracas.

### **El dominio de la geopolítica en el difícil camino de la anfictionía bolivariana**

Cuando los hombres integran una comunidad histórico-geográfica al calor de sus tendencias gregarias, razas, religión, cultura y lengua, surge el pueblo, luego la nación y por extensión el Estado, el cual, semejante a un organismo, tiene también su excepcional personalidad. El Estado es una misteriosa realidad concreta constituida, entre otras cosas, por tres elementos esenciales: territorio, nación y poder soberano, amén de otros componentes existenciales. La nación, que deviene de la integración telúrica y moral de los hombres, es el elemento por excelencia que da vida a estos superorganismos que al decir de Platón, Hegel, Hobbes, Haushofer y geopolíticos en general, son realidades objetivas, sensibles

y racionales como la persona humana. Los Estados reflejan una compleja personalidad en que se manifiesta un mundo de sentimientos, la conciencia o espíritu nacional, el «temperamento estatal», sistema de valores, mecanismos de defensa y otras «pulsiones» colectivas que los caracterizan y los hacen actuar de acuerdo con sus interrelaciones y transformaciones para sobrevivir en la lucha –selección natural– que mantienen con otros Estados (capacidad de intuición y sobrevivencia).

Por asociación de ideas el estadista geopolítico podrá observar el antropomorfismo del Estado para deducir sus inclinaciones y tendencias y el tratamiento que a ellas deba dárseles. La maestra de la vida habrá de revelarle que el Estado nace, se desarrolla y crece con tendencia a sobrevivir o a morir según sea el poder espíritu-intelectual y moral de su elemento esencial determinante, la nación, en sus relaciones de poder con las potencias mundiales o con los Estados circunvecinos limítrofes.

Interpretamos que el Estado moderno es, en parte, resultado darwiniano de la evolución humana a través de la variable espacio-tiempo del planeta. A partir de cierto momento los hombres primitivos decidieron unirse racionalmente para organizarse, impulsados como estaban por la necesidad de protección colectiva y por el gregarismo, su directa consecuencia, lo que contribuyó a generalizar una conducta de sobrevivencia. Al largo proceso de organización siguió otro de estructuración social que derivó hacia niveles de desarrollo más complejos, lo que forzó la realización de la idea de Estado como manifestación necesaria de la evolución de la vida en el planeta Tierra, idea que no puede existir ni progresar sino en razón del «élan vital» del hombre, lo que indica que las causas eficientes que han determinado el desarrollo estatal son los saltos cualitativos del llamado fenómeno humano.

En tales circunstancias, según el prisma estructuralista, el hombre en su desarrollo fue haciendo nación y configurando la fuerza vinculante,

el principio organizador del Estado, cuyos elementos esenciales integran un esquema, una fascinante realidad en que intervienen las más diversas variables: territorio, soberanía, poder, comunidad histórica, juridicidad, etc. En este orden de ideas, en el proceso de imbricación recíproca del hombre y la geografía, podríamos imaginar que al nomadismo siguió el sedentarismo; a las aldeas, las ciudades-estados y luego los imperios y, a los principados feudales, los Estados nacionales. Todas estas estructuras, coyunturadas en el tiempo, han estado íntimamente asociadas al natural egocentrismo y, por extensión, al etnocentrismo, al nacionalismo, y han mantenido interdependencia con los correspondientes niveles evolutivos del factor hombre-suelo.

### **La idea de nación como necesidad**

Uno de los padres de la geopolítica, Halford McKinder, refiere en *El pivote geográfico de la historia* que la idea de nación –elemento esencial del Estado– nace de la necesidad de oponer resistencia a las fuerzas externas. La idea de Inglaterra fue forjada en la Heptarquía por los conquistadores daneses y normandos; la idea de Francia fue creada por los hunos en Chalons, compitiendo con los francos, los godos y los romanos; la idea de los Estados Unidos no fue aceptada en sus comienzos, lo que hizo desaparecer el patriotismo colonial hasta que se produjo la guerra de independencia; la idea del Imperio alemán nació en Alemania del Sur, después de la guerra sostenida contra Francia.

El fuego sagrado de esas ideas que han derivado hasta lo que hoy denominamos Estado nacional reside en el hombre. Condicionante y condicionado en el creciente espiral evolutivo de la tierra y actor trascendental del proceso de causalidad, efecto y relación que sostiene con su geografía, el hombre diose cuenta de que estaba sujeto a permanentes mutaciones y modificaciones que de aquel intercambio se derivaban y lo afectaban

al par que a todas las instituciones y cosas terrestres. Observando y registrando esos cambios descubrió su capacidad de asombro, de descubrir, crear e inventar, características que posteriormente harían posible el «milagro griego», cuando los investigadores políticos del siglo de oro de la cultura helénica –entre tantos otros científicos– comenzaron a buscar explicaciones racionales a esa realidad concreta –la ciudad-estado– en que estaba implícita la misma naturaleza misteriosa del hombre.

Para referirnos al carácter de las repúblicas hispanoamericanas, y concretamente a Venezuela, como organización política que abarca tridimensionalmente los complejos territorio, nación y poder soberano, tenemos por fuerza que discurrir sobre el pensamiento palabra y obra del Libertador, cuya teoría geopolítica en torno a la formación de los Estados se fue comprobando en los congresos y ratificando en los campos de batalla. Y es que Bolívar, para ser alfarero de repúblicas, como lo fue, tuvo necesariamente que ser un verdadero estadista, un geopolítico de alto rango.

Una de las características especiales que incorpora esta ciencia a quien pueda dominarla objetivamente es la capacidad de predicción y, correlativamente, la de pragmatizar la historia (ponerse en el camino de los acontecimientos para encauzarlos), cualidades ambas en que el Libertador fue maestro insuperable, como quedó testimoniado en sus documentos esenciales, principalmente el Manifiesto de Cartagena, la Carta de Jamaica y el Discurso de Angostura.

### **Geopolítico por naturaleza**

Bolívar concibe un pensamiento político que parece un sueño de gloria: no sólo es el sueño de emancipar la patria, sino de independizar la América española de uno a otro extremo: «El día de América ha llegado», es el grito de guerra que absorbe su pensamiento conductor desde 1810



hasta 1830. Quiere formar con la patria americana un formidable imperio republicano con una nueva cultura, fundado en la libertad, pero en pie de igualdad.

El gran Estado será «la madre de las repúblicas, la mayor nación de la tierra», dice en 1819, convidando con la unión a las naciones del Río de la Plata.

Esta gran nación de repúblicas constituiría un imperio liberal y democrático, federado con un ejército y una escuadra comunes. Una común política exterior servirá de equilibrio a los continentes, salvará las ideas liberales, la herencia de la revolución amenazada por la santa alianza de tronos y altares.

Bolívar era geopolítico innato: sus ideas devenían, por consiguiente, de lo más íntimo, de la misma manera que el brillo del oro viene de su interior; de su número atómico, de su peso atómico, de su peso molecular. Bolívar acrecentó sus capacidades geopolíticas no precisamente en las cábalas y hechicerías propias de entonces, sino estudiando científicamente el pensamiento político preexistente (dominio de la historia), deduciendo de allí el proceso de causa y efecto y relación que determinan el presente (dominio de la política, la sociología y, en general, del conocimiento y experiencia contemporáneos) para inferir, con base en esos dos elementos de referencia, la prognosis futura del Estado (capacidad profética), a fin de determinar si habría de modificarse. Y eso es lo que nos asombra del Libertador, cuya genialidad y erudición, a la par de estar poseído de un espíritu superior, permitiéronle adquirir la sorprendente facultad de interpretar y conocer las instancias psíquicas de la nación, ese «Hombre artificial, Leviathán», de Hobbes, especie de «espíritu absoluto», como lo denominaba Hegel. Apreciamos que la dimensión y alcance de los sentidos de Bolívar dejaron de ser individuales para hacerse colectivos. Pudo percibir que cada Estado americano

sugería una súper persona con características culturales y civilizatorias particulares (carácter y genealogía), mundo de sentimientos (temperamento) e intereses peculiares que no pueden estar orientados hacia la destrucción, sino a la sobrevivencia (mecanismos de defensa), todo lo cual sintetiza su soberanía (personalidad). Persona altamente socializada, Bolívar se elevaba por cima del egoísmo implícito en las fronteras; su patria era el mundo y por eso su campaña político-militar desborda espacios limitados; por eso es por lo que Carabobo es, entre otras batallas, un punto itinerario hacia el porvenir.

### **El proceso de formación estatal. La forja de la nación**

Si a través del lente geopolítico observamos la parábola estatal en cualesquiera de sus manifestaciones (nacimiento, desarrollo, declinación y muerte), podríamos inferir, por analogía, la forma como el Libertador aplicó sus conocimientos enciclopédicos. Su empeño primario era la forja de la nacionalidad y por ello desencadenó todo el poder de su palabra para hacer que los americanos tomaran conciencia americanista —que no la tenían—, a fin de consolidar lo que él denominaba nación de repúblicas. Igualmente, cuando su palabra era traicionada o la dimensión espacio-tiempo se oponía a los designios de la razón, ponía su talento al servicio de la fuerza de las armas, pues consideraba que «hay principios que autorizan en veces a los gobiernos para hacer libres por la fuerza a los pueblos que desconocen el valor de sus derechos».

El Libertador evidenció en sus documentos políticos diversos aspectos del proceso de formación de los Estados. En relación con ello es de notar que algunos surgen por evolución, como los casos señalados por McKinder; o por revolución, como las repúblicas americanas, particularmente la de Colombia (la Grande). En los primeros, la organización de los hombres, por ser genealógicamente semejantes, formó naciones

en determinados espacios que les eran naturales sin contradicciones permanentes; vale decir, se arribó armónicamente y sin traumas a la idea de Estado. La formación de las repúblicas americanas se logró de manera distinta: un salto cualitativo, por revolución, forzó a las colonias a su emancipación; la visión geopolítica del Libertador abrió oportuno camino a la independencia sin que se perdiese la autenticidad americana. Esto, no obstante, fue difícil de lograr porque la combinación de nuestros tres complejos raciales, que habían llegado a competir en la historia mucho tiempo después que los anglosajones y otras razas, cristalizó en el todavía indefinido espectro del mestizaje y, por eso mismo, llevaba y lleva consigo la dificultad de hacer nación.

El Libertador, administrando la razón y la fuerza, indujo a los americanos a unirse como paso previo de la revolución. Si Bolívar no lleva a cabo la revolución de independencia antes de que Inglaterra hubiese triunfado de España y obligándola a negociar sus colonias de ultramar, probablemente habríamos caído en la férula hobbiana e imperialista de nuestra nunca olvidada «Pérfida Albión», la cual habría desencadenado la esclavitud en estas tierras de forma irreversible y destruido, de paso, nuestra autenticidad americana. Al final, habríamos terminado siendo colonias descendientes de las que actualmente se debaten en África por su verdadera libertad. Esto hubiese sido particularmente perjudicial para la región norte del continente suramericano por ser puerta de entrada expedita al comercio esclavo de la potencia de los siete mares.

Parafraseando a Hegel, la idea de Colombia la Grande existió desde siempre, pero pudo surgir cuando algunos visionarios, quienes la crearon, pudieron estructurarla. En rigor, fue forjada en el concepto de la Colombia de Miranda y cristalizó con Bolívar, quien orientó las fuerzas irresistibles que dirigían la marcha de los acontecimientos por la independencia.

Numerosas y diversas reflexiones geopolíticas se derivan del pensamiento dejado por el Libertador en su extensa obra. Impresionan los argumentos y razonamientos referidos a la relación y correlación del poder político respecto de la localización, distribución y causalidad y efecto de la geografía como motor de la historia, adelantándose en términos esenciales a las teorías en torno al «Corazón del Mundo», de McKinder, Haushofer, Spykman y Mahan. En efecto, éstos relacionaron, en el período que discurre de 1904 a 1945, el dominio del mundo con el dominio de un área geográfica determinada, mientras que Bolívar estableció tal relación en 1815, con una antelación de más de medio siglo; y no sólo eso: cuando aquéllos modificaban su teoría, es decir, desplazaban el *heartland* terrestre en función de la interpretación de los resultados político-espaciales derivados de las dos guerras mundiales, Bolívar lo establecía definitivamente en Panamá, espacio vital para el dominio geopolítico de los dos grandes océanos, que para la anfictionía resultaba particularmente trascendente por las expectativas futuras del continente americano.

Para abrir camino a la anfictionía, ¡cuántas batallas políticas hubo que librar! ¡Cuántos combates sangrientos! En ese camino se encuentra el largo juego de movimientos encauzado a una fase de choque en el corazón geográfico de Venezuela con el Libertador a la cabeza. La acción de armas en la última y más gloriosa victoria de Colombia devenía de la campaña de los Andes y orientada hacia una estrategia tendida al futuro. La síntesis que nos ha dejado el ilustre historiador Tomás Pérez Tenreiro lo confirma:

Destruído el Ejército de Barreiro en Boyacá; en fuga el virrey Sámano; perseguidas o fijadas las tropas restantes sobre Pasto, Cartagena y Santa Marta; afianzada la autoridad mediante hábiles medidas y nuevos nombramientos, la atención del Libertador volvió al objetivo primordial, al objetivo que lo llevó a realizar

una brillantísima operación indirecta: la búsqueda del Ejército de Morillo que permitía a los realistas dominar en el centro-norte de la Capitanía General de Venezuela, para destruirlo y con ello liberarla definitivamente. Sólo así podría llevar los estandartes republicanos hacia el sur, ya que la permanencia en dichas regiones de unidades militares realistas significaría siempre peligro grave para la fortuna de la apenas nacida Colombia, cuya primera «Ley Fundamental» fue dictada el 17 de diciembre de 1819. Por ella, la Capitanía de Venezuela y el Virreinato se fundieron en un solo grande Estado con tres departamentos: Venezuela, Cundinamarca y Quito. Bolívar fue electo presidente provisional.

Después de Carabobo, «redondear» a Colombia y a continuación, la anfictionía.

Después de Carabobo vendrían los triunfos de Bomboná, Pichincha, Junín y la consolidatoria batalla de Ayacucho. Dos días antes de ésta, el 7 de diciembre de 1824, Bolívar convocó el Congreso Anfictiónico de Panamá.

Es de observar la diafanidad con que el Libertador explicó los términos funcionales del Congreso Anfictiónico en esa región a los fines no del dominio del mundo por la fuerza, sino de la defensa americana por la razón. Hechos recientes en el Atlántico sur sin una auténtica solución de continuidad propiamente americanista –la guerra angloargentina– confirman nuestro aserto. Desde Panamá, cordón umbilical de las Américas, se sancionarían las normas supranacionales sobre los altos intereses de la paz y de la guerra con las naciones de otras partes del mundo. Sobre las bases de este pensamiento del Libertador se estructurarían, *a posteriori*, aunque sistematizados en la Doctrina Monroe y sin verdadera autonomía, el Congreso Interamericano de Defensa y la Organización de los Estados Americanos cuyas legislaciones, en apariencia, parecieran dar continuidad a los Protocolos del Istmo.

Ciertamente, no existe una página del derecho internacional público americano que no esté sustentado por la ideología y el pensamiento de Bolívar. Nadie en América podría izar banderas panamericanistas sin tener que referirse al Congreso Anfictiónico de Panamá, convocado por Bolívar el 7 de diciembre de 1824 en los días preludiales de Ayacucho, como salto cualitativo de Carabobo. No olvidemos que en el propio campo de Carabobo, —como expresión de la campaña de los Andes y Boyacá—, Bolívar dejó caer esta frase: «Ahora a la campaña del sur: a “redondear” a Colombia». En rigor, el ideal de solidaridad americana estaba motorizado por una idea de confederación política estable con la cual soñaba el Libertador. No se sabe en qué momento de su carrera rutilante pudo concebirlo, pero, a juzgar por la vehemencia y seguridad con que expresa el concepto «confederación» en los fogosos discursos de la Junta Patriótica, se presume que debió haberlo meditado en los albores de la Primera República. Lo reafirma posteriormente en 1813, después de la Campaña Admirable, cuando deja entrever a través de Muñoz Tébar, vocero de la Segunda República, algunas facetas de su pensamiento unitario.

En la carta profética de Jamaica, donde cita principios sociogeográficos que informan *El espíritu de las leyes*, de Montesquieu, añora las bondades que derivarían de la unión de las repúblicas bajo un mismo designio, pero advierte que algunos parámetros geopolíticos imposibilitarían el desarrollo de los países bajo un solo gobierno, por lo que propone, en consecuencia, la fórmula de aquel congreso internacional que resolviera los asuntos de interés común. Entonces afirmaba:

Es una grandiosa idea pretender formar de todo el Mundo Nuevo una sola nación con un solo vínculo que una sus partes entre sí y con el todo; ya que tiene un origen, una lengua, unas costumbres y una religión, debería por consiguiente tener un mismo gobierno que confederase los diferentes Estados que hayan de formarla; mas no es posible porque climas remotos,

situaciones diversas, intereses opuestos, caracteres desemejantes dividen la América. ¡Qué bello sería que el Istmo de Panamá fuera para nosotros lo que el de Corinto para los griegos! Ojalá que algún día tengamos la fortuna de instalar allí un augusto congreso de los representantes de las repúblicas, reinos e imperios a tratar y discutir sobre los altos intereses de la paz y de la guerra con las naciones de la otra parte del mundo. Esta especie de cooperación podrá tener lugar en alguna época dichosa de nuestra generación.

Ulteriormente, en 1818, escribe a Juan Martín de Pueyrredón, jefe del Gobierno de Buenos Aires, una misiva donde insiste en el pacto unitario americano. Le expresa:

Excmo. señor: cuando el triunfo de las armas de Venezuela complete la obra de su independencia, o que circunstancias más favorables nos permitan comunicaciones más frecuentes y relaciones más estrechas, nosotros nos apresuraremos con el más vivo interés a entablar por nuestra parte del pacto americano, que formando todas las repúblicas un cuerpo político, presente la América al mundo con un aspecto de majestad y grandeza sin ejemplo en las naciones antiguas. La América así unida, si el cielo me concede ese deseado voto, podrá llamarse la reina de las naciones y la madre de las repúblicas.

El Libertador expondrá a lo largo de su trayectoria política un *leitmotiv* universalista: la unión americana. Para lograrla, hace abstracción de dificultades y obstáculos humanamente salvables: ha descubierto que debe elevarse sobre ellos a fin de colocarse en el camino de los acontecimientos futuros. Su mente profética le permite observar que las barreras existentes entonces no lo serían en el porvenir y que, por tanto, si antes no había cristalizado su Colombia (Hispanoamérica unida y libre) por las razones geopolíticas precitadas (limitaciones inherentes a una raza novísima, mezcla de otras que entraron a competir tarde en la

historia), podría lograrse ulteriormente con su inevitable maduración. Por ello insiste en establecer vínculos supranacionales que permitiesen fortalecer todas y cada una de las repúblicas. De allí que, paralelamente a la ejecución de la campaña libertadora del sur del continente —«redondear» a Colombia después del significado militar de Carabobo—, se empeñe en crear un campo psicofísico favorable a la unificación de los pueblos libertados. O’Leary confirma en sus *Memorias* el proceso de anfictionía:

Después de consultar con el Ejecutivo y con muchos miembros influyentes del Congreso y del Gobierno, se decidió invitar por medio de enviados especiales a los demás gobiernos de la América del Sur, como ya lo había hecho con México, a que enviasen plenipotenciarios al Istmo de Panamá para formar una confederación y establecer una asamblea por el modelo de la Liga Anfictiónica que serviría de consejo en los grandes conflictos, de punto de contacto en los peligros comunes y del fiel intérprete a los tratados públicos, caso de ocurrir alguna duda, y de conciliador en las diferencias que surgieran.

Don Joaquín Mosquera, quien acompaña al Libertador desde Panamá, fue encargado de tal misión ante el Gobierno Republicano de Lima, hacia donde partiría tan luego como se estableciese el Cuartel General Libertador en Cali. Ulteriormente, como presidente de Colombia, Bolívar comienza a darle calor al ideal de la convocatoria del Congreso, hecho que habría de cristalizar dos años después, el 22 de junio de 1826.

Bolívar no limitó su pensamiento al solar nativo; él sabía que sostener la independencia en cada región implicaba tener que lograrla estructuralmente en toda América y más tarde, luego de obtenerla, debía contrapesar o equilibrar los poderes estatales con organismos supranacionales. Partiendo de que la idea finalista no era sólo adquirir la libertad



sino consolidarla, planificó la creación de Colombia como núcleo motorizador del proceso unionista americano, ya activado. Ese primer paso fue seguido por la acción político-militar de la campaña del sur, para consolidar la libertad del Perú y abrir camino a la creación de Bolivia.

### **Carabobo: forja del pueblo uniformado como brazo, escudo y lanza de la libertad**

Conocedor de la historia y estadista de alto rango, sabía Bolívar que un nuevo Estado puede formarse en detrimento de otro antiguo. Por ello se colocó en el camino de los acontecimientos a fin de forjar espíritus nacionales sobre los núcleos vitales diseminados por España en la geografía americana. De esa manera, pueblo y geografía en comunidad histórico-cultural iniciarían la irreversible parábola independentista, lo que dinamizó su soberanía.

Bolívar entrevió la necesidad de equilibrar los tres elementos esenciales del Estado; por ello, de la forja de la nación derivó hacia el elemento territorial. Sus teorías geopolíticas y sus campañas militares en un teatro de guerra mayor de diez millones de kilómetros cuadrados retratan el destino espacial que soñó para América. El núcleo de formación para ese vasto país lo había establecido en Colombia la Grande, núcleo que desde Carabobo comenzó a redondear con la campaña del sur, la cual culminaría en la pampa de la Quinua con la gloriosa batalla de Ayacucho y, hacia el norte, como lo previó y escribió, libertar Cuba; correlativamente oponer una política equilibradora al sostenido avance de Brasil y, a la postre, para consolidar dicho núcleo, echar las bases de la confederación.

La nación americana en términos esenciales no existía, ni en parte ni en el todo. De allí el empeño unionista del Libertador. Por supuesto, los grandes intereses europeos en juego, los factores adversos de la geografía y la disimilitud de razas, castas y clases sociales eran barreras infranqueables que impedían unificar a los novísimos americanos, a la par que

se obstaculizaba el crecimiento de los países con tan incipientes raíces históricas. A sabiendas de ello, Bolívar, abanderado de los patriotas, activó la artillería de su pensamiento para crear el momento psicológico favorable a la fundación de las naciones.

### **La libertad a sangre y fuego**

La nación, el elemento más importante de los Estados, fue forjado en América a sangre y fuego en medio de la anarquía popular y contra la voluntad colonialista de Europa. La acción creadora de Bolívar, como vendedor de ilusiones y alfarero de repúblicas, quedó consignada en sus documentos políticos esenciales, en más de 3.000 epístolas que sugieren un espíritu superior: espíritu de sacrificio y vocación para realizar hechos grandiosos; entrañable amistad con los mejores hombres de su época; capacidad de renunciar a las cosas materiales; amor por América; fe en la causa; conciencia de su destino y extraordinaria imaginación creadora permitiéronle hacer brotar relámpagos de ilusión en hombres que habían perdido la esperanza y que, orientados ahora detrás de su magnetismo, prendidos en su fe, se fueron con él a luchar y morir por ideales que recuerdan el holocausto de los cristianos en el proceso de formación de la doctrina de Jesús de Nazareth.

No obstante —como Bolívar mismo aseguraba— «nadie es grande impunemente» y, por consiguiente, habríasele de cobrar un precio increíble. La baja pasión de la envidia, producto de complejos psicológicos y odios ancestrales, originaría en hombres definitivamente inferiores una conducta glandular destructiva de esa reputación que en esencia era y es la más limpia de América. Flechas envenenadas de calumnia y odio, lanzadas desde mundos miserables, lo condujeron al sepulcro, pero no alcanzaron ni alcanzarán nunca ese mundo ideal que nos legó el Libertador.

Simón Bolívar sabía, «majadero de la historia», que debía subir a la

cumbre del Gólgota para ser deshonrado; que debía luchar para ser vencido, quijotesicamente, contra el «caballero de la media luna» que representaba la dura realidad ante la cual despertaría anonadado. Pero habríasele de enseñar a los americanos a conocer la verdad, a tomar conciencia de sí mismos y no rendir sus lanzas ante la ignominia: sólo así se establecería el campo psicofísico, la estructura, la urdimbre de la nación americana. Y si la palabra y el ejemplo no eran motivaciones eficientes para lograrlo, como quedó demostrado con la caída de la Primera República, habríase entonces que obligar a los americanos a unirse por la fuerza. Conmueve pensar cuánto espíritu de sacrificio tuvo que demostrar ese hombre que luchaba por la gloria, para arriesgarla ante la tremenda responsabilidad de firmar la terrible proclama del 15 de junio de 1813, tan cuestionada por quienes desconocen las múltiples causalidades de un hecho histórico. «Ustedes ven la mano que la firma, pero no mi corazón», habría dicho Bolívar.

### **La formación de la nación al calor de la sangre**

El viril pronunciamiento del Padre de la Patria es una aplicación parcial y temporal de su teoría sociológica de Cartagena. Es revelación de una toma de conciencia con la que se perseguía hacer nación, pues sin ésta no hay fundamentos que permitan alcanzar libertad ni tomar formar Estado alguno.

¿Cuáles fueron los fines concretos de la proclama?

1. Hacer que los criollos, que servían inicualemente a la tiranía española, pasaran a las filas de su propia nación que estaba en germen y requería, por tanto, sustentación moral y material.
2. Descubrir el abismo político, económico y social que separaba a los españoles de los americanos, para que éstos tomaran conciencia del verdadero ideal por el que tenían que luchar y morir.

3. Unir a los americanos en un solo frente de combate contra la Península; sólo así podría lograrse la victoria.

4. Disuadir a los peninsulares con la evidencia: libertad o muerte.

¿y cómo habría de defenderse la naciente nacionalidad? Creando una moral de guerra dentro del aparato coercitivo del Estado: el ejército popular nacido al calor de la revolución, habría que configurársele con tendencia definida hacia lo profesional. El Libertador sabía que los Estados nacionales por formar eran superestructuras cuyas identidad y permanencia debían estar garantizadas por ejércitos que tuviesen símbolos propios con auténticas raíces doctrinarias y culturales mediante las cuales se repotenciarían y alcanzarían experiencia, porque, como decía él, recordando la debacle de 1812, «es una verdad militar que sólo ejércitos aguerridos son capaces de sobreponerse a los primeros infaustos sucesos de una campaña».

Bolívar fue formando, pues, el ejército con la finalidad de guarecer las fronteras del Estado y, desde luego, defender las garantías sociales, como lo exige en su última proclama. Misión de vastos alcances para una organización que sufriría transformaciones parciales, consecuencia de los cambios inherentes a la seguridad y defensa nacional propiciados a escala internacional y político-nacional.

Este orden de ideas sugiere mensajes que no podemos olvidar. Para interpretar el proceso de evolución intelectual de las instituciones fundadas por Bolívar, los venezolanos debemos copiar sus enseñanzas.

Para ello, es conveniente imaginar una panorámica histórica sobre el sistema cartesiano geopolítico de nuestro país, cuyo origen se remonta hasta el 8 de septiembre de 1777, cuando Carlos III creaba la Capitanía General de Venezuela, y cuyos polos de desarrollo estatal se definen en términos limítrofes con las capitulaciones de los Welsares, la Ley Fundamental de Colombia y los acuerdos que culminan con su disolución

en 1830. Entonces veríamos una prognosis de deterioro territorial que sugiere, para contrarrestarlo, inteligentes tratados, acciones diplomáticas de contención y desarrollo militar fronterizo. Por ello, es importante que estudiemos los mensajes de la historia, la Gran Maestra de la Vida, transmisora de los postulados legados por el Libertador, uno de los cuales es el siguiente:

Primero, el suelo nativo que nada: él ha formado con sus elementos nuestro ser; nuestra vida no es otra cosa que la esencia de nuestro propio país; allí se encuentran los testigos de nuestro nacimiento, los creadores de nuestra existencia y los que nos han dado alma para la educación; los sepulcros de nuestros padres yacen allí y nos reclaman seguridad y respeto; todo nos recuerda un deber, todo nos excita sentimientos tiernos y memorias deliciosas, allí fue el teatro de nuestra inocencia, de nuestros primeros amores, de nuestras primeras sensaciones y de cuanto nos ha formado.

¿Qué título más sagrado al amor y a la consagración? ¿Qué postulado geopolítico es más claro? El Libertador nos sugiere que a través del tiempo se producen los principios de relación y asociación que dan lugar a síntesis biológicas autenticadas sobre la geografía. Éstas forjan, detrás del efecto que le es inherente, el etnocentrismo y la comunidad histórica sobre un pedazo de tierra del que se tienen recuerdos imperecederas, tatuados en la mente y prendidos en las pupilas, grabados en la propia vida biopsicosocial; por otra parte, dicha tierra refleja la imagen de quien vivió sobre ella dejándole la marca de su propia naturaleza, su *elan vital*, su voluntad, sus ideales y sus compulsiones conductuales con las cuales se realiza la vida interior.

Algunas frases del Libertador retratan la pasión que surge de la comunión del hombre con su tierra natal y nos remiten, de paso, a postulados geopolíticos referidos a la comunidad hombre-suelo. Si observamos la

frase: «La suerte de Venezuela no puede serme indiferente ni aun después de muerto, mi patria a quien adoro por encima de todas las cosas», inferimos, de bulto, el profundo amor filial de Bolívar por su pueblo y por su tierra, por el Estado que él mismo había forjado; que Venezuela será eterna al calor de los recuerdos de su historia y de aquellos postulados que soportan la estructura del Estado.

### **Oteando el porvenir**

Cuando Bolívar expresó: «el 19 de abril de 1810 nació Colombia», no se refería a un día solar, sino a la abstracción de un momento psicológico nacional nacido con arreglo a una fe y a una esperanza forjada al calor de 300 años de sometimiento y a los cuales hace referencia en su discurso de la Junta Patriótica. En el proceso de formación de las instituciones políticas habrían de sucederse auges y caídas de las repúblicas fundadas sin existir todavía esencia perdurable de nacionalidad.

Es a raíz de la sanción de la Ley Fundamental de Colombia, el 17 de diciembre de 1819, cuando el Estado pudo aspirar a ser respetado por las demás naciones del mundo, contrariamente a como antes se le trataba, con títulos peyorativos como el de «república de bandoleros». La promulgación de dicha leyes fue un paso más para la concienciación nacional y un golpe decisivo para los realistas que pretendían mantener el degradante sistema de dependencia con que sojuzgaban la América; y sirve, además, para la preparación psicológica de la consolidatoria batalla de Venezuela, que cristalizaría en la llanura de Carabobo en 1821.

Antes de Bolívar muchos pensadores idealizaron la América como un todo, como es el caso de Miranda, quien la había concebido en sus proyectos desde fines del siglo XVIII. Empero, no bastaba concebir la idea, había que realizarla y esto requería grandes sacrificios, principalmente el no salir inmaculado de enfrentamientos heterogéneos contra fuerzas

deleznables emanadas de la ignorancia. Tal destino correspondió al Libertador, cuya genialidad, aplicada al momento psicológico existente, originaría dos variables de efectos opuestos: una positiva, mientras vivió (libertad política de Hispanoamérica y preludio de su anfictionía), y otra negativa desencadenada con su muerte y proyectada hasta hoy (centrifugación hispanoamericana y sometimiento a otras potencias agresoras diferentes de España). Explicaré esta paradoja. Mientras vivió el Libertador, su genialidad permitiole estudiar objetivamente el pasado, traducirlo al presente y columbrar el panorama de acontecimientos futuros (capacidad geopolítica); su visión jánica era magnetizante virtud con las que atrajo poderosamente a los hispanoamericanos, quienes se vieron empujados a marchar detrás de él: era una leyenda viviente, un hombre que de las cosas más subalternas hacía brotar relámpagos de ilusión para los fines concretos del ideal de la libertad. Mientras vivió pudo mantener estructuradas al calor de la ilusión, el sacrificio y la esperanza, aquellas todavía inmaduras nacionalidades hispanoamericanas, las cuales, al desaparecer Bolívar se derrumbarían, lo que originó la grave y permanente declinación de la Gran Colombia, acompasada por luchas intestinas que acentuaron el desfase histórico-político.

Bolívar columbró que durante el largo proceso de evolución del Estado que había fundado según la Ley Fundamental del 17 de diciembre de 1819, debía incorporarse una política de transformación de la persona humana, desde la abolición de la esclavitud hasta el desarrollo adecuado y armónico de todas las instituciones. Para ello prevé, en el proyecto de Constitución de Angostura, la formación filosófica, moral, política e intelectual de los connacionales a fin de llenar los vacíos inherentes a las instituciones nacientes.

Al respecto sugiere que la desarmonía persistente entre los poderes y sus elementos subordinados era negativa para la vida del Estado. Dejó entrever, además, que el desarrollo debía ser integral e interdependiente

para que los objetivos del bien común, la justicia y la seguridad jurídica pudiesen lograrse con el menor sacrificio de los recursos en juego. Tales objetivos permitirían al superorganismo nacido al calor de la Ley Fundamental de Colombia sobrevivir en ese largo proceso de lucha subyacente o visible que llamamos paz o guerra.

### **Más allá de la geopolítica: la reflexión en el proyecto político del Libertador**

El análisis del progreso de las instituciones políticas a la luz del derecho constitucional nos revela el esfuerzo de Simón Bolívar para concienciar a la nación en torno a un criterio tan complejo como el de la libertad y su implementación dentro del proceso civilizatorio. El historiador Eduardo Bozo Acuña afirma que el Libertador se esforzaba por enseñar a sus contemporáneos las experiencias en la creación del Estado, de la nación, de las leyes, de la libertad, y en una palabra, de la civilización que dejaron como herencia a la humanidad los espartanos, atenienses, romanos, ingleses, franceses, italianos y americanos del norte.

Pero, sobre todo, Bolívar se esfuerza porque estas enseñanzas sirvan para la solución de los grandes problemas que tienen los jóvenes pueblos de la América española para lograr formarse como países libres, civiles, y llegar a ser ejemplos al mundo viejo. En otras palabras, Bolívar, con base en sus conocimientos de las instituciones políticas de los antiguos y de los modernos, con la experiencia de su lucha militar por la independencia de gran parte de pueblos de esta subregión, elabora un gran proyecto político que de ser aplicado, llevaría a la construcción del estado moderno, del estado nacional, a la libertad y al progreso, o como se diría hoy, al desarrollo político y nacional de los países liberados por su espada del colonialismo español y europeo en general.

Es dentro de esta concepción de libertad que Bolívar defendiera su idea de Estado fuerte, de autoridad y orden para crear la civilización en



los nuevos pueblos liberados por su espada del Imperio español. Y es dentro de esta concepción liberal que el Estado, órgano supremo de la fuerza y la coacción, se vuelve la máxima expresión de la libertad.

### **Carabobo, punto itinerario en el camino, la verdad y la vida**

Para el Libertador, la libertad moral es una experiencia humana que resiste a cualquier argumento que intente destruirla: «Todos los pueblos del mundo –decía– han pretendido la libertad; los unos por las armas, los otros por las leyes, pasando alternativamente de la anarquía al despotismo o del despotismo a la anarquía». La libertad es inmanente: los hombres han sido creados libres, encaminados a la autodeterminación. Por consiguiente, ¿cómo despertar en los subyugados el saber, el poder y la virtud, imprescindibles potestades para alcanzarla? Era indispensable la independencia política para que los hombres pudiesen aprender a ser libres y conocer el valor de sus derechos.

Bolívar sabía que la única manera de alcanzar la libertad era estar siempre dispuesto a morir por ella: sabía que no eran suficientes las palabras, sino que debían ser confirmadas con los hechos: No se engaña en los momentos preludiales de Carabobo: Sabe que el proceso revolucionario con miras al alcanzar la libertad no puede cristalizar sino con la fuerza de las armas, al calor del propio sacrificio. Bolívar sabe que forjar el alma, vida y corazón de quienes lo acompañan supone predicación con el ejemplo. Tiene tatuado en el alma que la formación del militar exige del líder modelos de conductas que puedan servir de paradigma; de incentivos para las pulsiones constructivas de sus subordinados; de estímulos para sublimar las destructivas; de inspiración al sacrificio porque sabe que «no hay para los hombres mayor ritual que el de la muerte». El sublime holocausto de Cedeño, Plaza, Farriar, Scott, Negro Primero –entre tantos héroes inmolados en Carabobo– confirma esa aserción.

Es al calor de la abnegación como debe enaltecerse la conducta y propiciar el bien común, la justicia social y la seguridad jurídica. Es al calor del fuego sagrado –verbo, trabajo y ejemplo– como Bolívar prendió la llama profunda de iluminación para alumbrar el camino de los hombres desde el Orinoco hasta el Potosí; un «corsi y ricorsi» que fluye desde Angostura hasta Bolivia. Consubstanciado de libertad en rectitud espiritual –libertad cristiana–, Bolívar hizo lo indecible por salir inmaculado. Impregnado de aquellos caminos imposibles que señalan las campañas de Magdalena, Admirable, Boyacá, Carabobo, Bomboná, Pichincha, Junín, Ayacucho, avanzaba en espirales crecientes, ascendentes. Como seguidor de Jesús iba adelante y obligaba mucho; trabajaba con desinterés, dando el ejemplo. Nos asombran las virtudes personificadoras de su alma en esa empresa. Espíritu de sacrificio por la causa es la insignia cristiana que enarbola en esos caminos de redención y perfección; su conducta personifica el impoluto pensamiento de Pascal: «el hombre supera infinitamente al hombre», y es testimonio de que, «elevándose, se acerca cada día más a su creador» (Paulo VI).

Imaginamos a Bolívar filosofando en escenarios de palabras y clarines de guerra; de espadas y libros de estrategia; de proyectos políticos y pensamientos enaltecedores; enseñando a los hombres en la escuela del holocausto; rubricándoles con ejemplos desde la Sociedad Patriótica hasta más allá de los tiempos que proyectan las connotaciones elegíacas de la Quinta de San Pedro Alejandrino.

Bolívar, como Cristo, excedía toda enseñanza; sacrificaba más y más su débil organismo hasta el punto de que ya no le importaba. Excelso en todo, exigía mucho con su ejemplo quijotesco en el sentido de darlo todo, y, de tanto dar y de hacerla sin cesar –que la constancia corrige la mala fortuna–, arribó al final de la jornada, exceptuando la libertad, sin nada: sin la mujer amada; la casa ajena, la camisa rota, la cama prestada. Él sabía que libertar una nación tan trabajosa y tan desdichada imponía

no sólo sacrificarlo todo al estilo de Jesús en los Olivos, porque tendría que perdonar a quienes ciegos lo conducían a las puertas del sepulcro, sino también entregar su corazón en la simbología de la luz de su espada, que debía ser envainada. Pudo hacerla. El amor a su obra lo hizo vencer. Alcanzó a libertarnos inspirado en cristianos desprendimientos que explican su empeño en imponer la ley moral y que a la par descubren los resplandores de su vida interior.

El cristianismo del Libertador consiste en la aceptación filosófica de que los problemas del individuo son todos los problemas que afectan al mundo (incluyéndose a sí mismo); no son conflictos egoístas, sino dificultades universales: en el individuo no existe el yo, sino todo el universo, todo el género humano: la doctrina de Bolívar tiene connotación de revolución cristiana en cuanto se dirige a la conciencia moral del hombre. Jesús vino a libertar a la persona de toda clase de opresión: «Quizás creáis que he venido a traer la paz a la tierra; no, he venido a traer la espada [...] Quien no toma su cruz y me sigue, no es digno de mí [...] El que halla su vida la perderá; y quien pierde su vida por mi causa, la hallará» (Mateo, X, 34-39). Bolívar hizo la guerra para fundar la única paz duradera y valedera, la paz de la libertad: De allí su lucha sin tregua por alcanzarla, pero en pie de igualdad, comenzando por la redención de los esclavos. En tal sentido, Bolívar hizo dar un paso hacia lo divino: se hizo eco de los gritos del género humano en los campos de batalla o en los campos tumultuarios que clamaban al cielo contra los inconsiderados y ciegos legisladores. Infundió a su época la idea-fuerza del deber humano predicando con el ejemplo para redimir a los parias del mundo. Dio libertad a sus esclavos. Impetró por ellos. En el discurso de Angostura se le oyó decir: «No se puede ser libre y esclavo a la vez, sino violando a la vez las leyes naturales, las leyes políticas y las leyes civiles. Yo abandono a vuestra soberana decisión la reforma o la revocación de todos mis estatutos y decretos; pero yo imploro la confir-

mación de la libertad absoluta de los esclavos, como imploraría mi vida, y la vida de la República». Correlativamente, después de su triunfo en Carabobo escribió al Congreso de Colombia:

Los hijos de los esclavos que en adelante hayan de nacer en Colombia deben ser libres, porque estos seres no pertenecen más que a Dios y a sus padres, y ni Dios, ni sus padres los quieren infelices. Sírvase V. E. elevar esta solicitud al Congreso general de Colombia para que se digne concedérmela en recompensa de la batalla de Carabobo, ganada por el Ejército libertador, cuya sangre ha corrido sólo por la libertad.

Hilando fino en el pensamiento de Bolívar, percibimos que su patria era el Todo Americano; una patria que habríase de iniciar con un «núcleo vital» motorizador que creciese, «redondeándose», en espiral creciente hacia la periferia hasta consolidarse en una gran nación de repúblicas<sup>3</sup>. Lo hizo evidente después de la batalla de Carabobo que devino corolario de la campaña de los Andes en un encadenamiento político-militar concebido en el Discurso de Angostura y proyectado al futuro con el pacto anfictiónico, pacto americano mediante el cual integrados los espíritus e integradas todas las repúblicas en cuerpo político-social, resplandecería la América Meridional como reina de las naciones. En

---

[3]\_ Se colige de muchos documentos como el dirigido a Santander el 16 de agosto de 1821: «Antes de ir al Congreso pienso pasar por Maracaibo a arreglar aquello. Luego sigo a Cúcuta, y a mediados de septiembre estaré en Bogotá de paso para Quito. Pero cuidado, amigo, que me tenga Ud. adelante 4 ó 5.000 hombres, para que el Perú me dé dos hermanas de Boyacá y Carabobo. No iré, si la gloria no me ha de seguir porque ya estoy en el caso de perder el camino de la vida, o de seguir siempre el de la gloria... A propósito de guerra: se está esperando la paz por momentos, y la independencia de Méjico y del Perú, porque todo se ha acumulado a favor de la libertad de América... Es preciso prepararse para la guerra, a fin de darle una buena base a la paz». *Si vis pacem para bellum.*

aquellos momentos, nada existía: todo estaba por hacerse; habríanse de ir forjando a golpes de heroísmo los tres elementos esenciales de la Gran Colombia en circunstancias en que la forma política estaba por probar; el difícil sistema de gobierno, por ensayar; y la institución educativa, diezmada en medio de tantas tribulaciones y barreras que se oponen al perfeccionamiento y educación del hombre. Al final tendríase que sacrificar la vida terrenal en el cumplimiento de su misión.

¿Llegaría Bolívar a sentir la angustia metafísica de todos los grandes, la terrible voz que surge del silencio de las eternas tinieblas y nos dice: «Y todo, ¿para qué?».

Para glorificación de Dios. El héroe incomparable de la unión en libertad que sacrificó el reposo y las legítimas recompensas de la vida a esas ideas inspiradoras, con gran desprendimiento suyo rinde a la Providencia el premio que se ha dado a su virtud: estimular el deseo de seguir sus pasos.

¡Sigamos entonces tras las huellas del espíritu del Libertador!



## Carabobo (24 de junio de 1821)

EDUARDO BLANCO

---

Colombia, la aspiración grandiosa del genio de Bolívar, era una realidad.

Hija del heroísmo, concebida en el seno de las tempestades al eléctrico resonar de los clarines, entre el fragor de las batallas, los rugidos del león soberbio, dominador del Nuevo Mundo, y los himnos triunfales de un pueblo fanatizado hasta el martirio por la idea redentora de independencia y libertad, había surgido altiva como deidad terrible, coronada la frente de sangrientos laureles y armada de la noble potencia de su virilidad y sus derechos, del surco ardiente de la guerra en el campo inmortal de «Boyacá».

Sobre el rico trofeo de cien victorias, descollaba con proporciones gigantescas, entre las nacientes repúblicas americanas. Su porvenir estaba lleno de promesas; su nombre, a la par que sus hazañas, era timbre de orgullo para los pueblos del nuevo continente; y al amparo de su égida, nuevas fuerzas, y brío, y mayor ardimiento cobraban las aspiraciones y los nobles propósitos de los sostenedores de aquella cruenta lucha contra el poder dominador de la metrópoli.

Apenas en su aurora, la viva luz que difundía aquel astro radiante prometía no eclipsarse jamás.

No obstante, la lucha desastrosa empeñada hacía ya tantos años continuaba con el mismo calor. Vilipendiada a la par que combatida siempre por sus implacables enemigos, Colombia se ostentaba orgullosa en medio del huracán que se esforzaba en abatirla. Apenas si podía dar un paso en el camino de su engrandecimiento, que no fuera apoyada en su ro-

busta espada, que no hubiera menester abrirse campo con el fuego de sus cañones. Su imperio se extendía sobre ruinas humeantes, sobre campos desiertos, sobre doscientos mil cadáveres que clamaban venganza, sobre un suelo estremecido de continuo por el sacudimiento de las batallas.

Once años de perenne combate, de perseverante osadía, de continuados sacrificios, en que a la vez se sucedieran nuestras victorias y desastres, contaba ya el gigantesco duelo que en el seno del mundo americano sostenían con la dominadora España sus rebeldes colonias. Nada se había negado para mantener en combustión perpetua la inmensa hoguera que alimentaba el fuego sagrado del patriotismo. Reposo, privilegios, riqueza, hogar, caros afectos, delicadezas del corazón, altivas inclinaciones del espíritu, arraigadas preocupaciones y hasta el más puro de los dones celestes que ennoblecen al hombre: ¡sublime caridad!; todo se había ofrendado en aras de la patria. Ruina y desolación ostentaban nuestras ciudades, nuestros campos; la ruda ortiga medraba sobre la espiga bienhechora; el sol se reflejaba entre charcas de sangre, y no había sitio donde la esquiva claridad de la luna no reposase sobre esparcidas y blancas osamentas.

Una generación de héroes había quedado sepultada bajo los cascos del caballo de Boves.

Entre los debates turbulentos de la Sociedad Patriótica, constituida en Caracas en los primeros días de la Revolución, y el acto solemne del Congreso de Angostura al proclamar la Gran República, mediaba una inmensa distancia.

La aglomeración de los acontecimientos y la rapidez vertiginosa con que se sucedieran, habían producido el fenómeno de que los días, apenas transcurridos, apareciesen como años, y éstos, como siglos.

Colombia vislumbraba el 19 de abril de 1810 entre las sombras de un remoto pasado. Vibraba aún colérica la voz de Ribas en Maturín y



en Urica, y ya por mitológicas pasaban las proezas del vencedor en La Victoria.

En el rápido torbellino en que giraban aquellos infatigables lidiadores, a quienes la muerte sorprendía de ordinario al apuntar el bozo y ceñirse los primeros laureles, contar treinta años era alcanzar la senectud.

Los héroes de «Taguanes», «Araure» y «San Mateo», a pesar de su impetuosidad y robustez, se reputaban como ancianos. Bolívar contaba apenas siete lustros, y, tanto como por sus glorias, se le consideraba y respetaba ya por su longevidad.

Pasmosa rapidez aquella, que no daba vagar, que mellaba los más templados caracteres y agotaba el aliento de los más esforzados.

Empero, tanta perseverancia y tan costosos sacrificios no habían de ser estériles; para teñir de púrpura la aurora del gran día del definitivo afianzamiento de nuestra independencia, por todos esperada con anhelo tras una noche de tres siglos, mucha sangre generosa había sido indispensable derramar; pero la aurora tan deseada iba a lucir al fin en los horizontes de la patria.

«Boyacá» había reconquistado nuestra preponderancia en el territorio granadino. Al amago de nuestras bayonetas retrocedía el ejército español dejándonos en posesión completa de casi todas las provincias del Virreinato de Santa Fe, y fraccionado corría a guarecerse entre las plazas fuertes de Cartagena y Santa Marta, o se internaba al sur, buscando apoyo en los realistas poseedores de Quito.

Adquiridas ventajas tan trascendentales para la causa americana, cual lo fueran el aniquilamiento de Barreiro y la ocupación de Boyacá, el Libertador no se detiene en el vecino Estado sino el tiempo indispensable para formar la base de su nueva organización. Perseverante, como siempre, sin dar tregua a la ruda fatiga, sordo al arrullo de la lisonja y esquivo a los halagos y la embriaguez del triunfo, retorna a Venezuela

tramontando los Andes, desciende el Orinoco hasta Angostura, proclama a Colombia por un decreto del Congreso, y dicta y pone en práctica las medidas conducentes a una nueva campaña.

Montilla va a invadir el Magdalena; Urdaneta marcha a tomar el mando de las tropas reunidas en Cúcuta; Soublette remonta el Orinoco con una fuerte división, y Mires y Valdés se adelantan sobre Sogamoso.

Bermúdez, entretanto, apoyado por Cedeño, Monagas y Zaraza, aviva el fuego de la lucha en las provincias orientales, mientras que Páez en las llanuras del Apure y Barinas, centro de operaciones contra el grueso del ejército expedicionario regido por Morillo, despliega sus dotes militares, y en constante inquietud y enojosa perplejidad mantiene a su formidable contendor.

La base de operaciones de los independientes había adquirido tan extraordinaria latitud que parecía difícil conservarla. Los distintos cuerpos del ejército combatían o maniobraban a distancias inmensas. Entre Bermúdez, que sostenía la guerra en las provincias orientales de Venezuela, y Montilla que lidiaba en las márgenes del Magdalena, mediaba una distancia aproximada de cuatrocientas leguas. Semejante amplitud en las operaciones de un reducido ejército, dadas entre otras circunstancias que se oponían al desempeño de los mejores planes, las especiales de nuestra topografía: con sus vastos desiertos, sus inmensas montañas, sus caudalosos ríos, la escasez de población y la ausencia completa, las más veces, de vías de comunicación y de recursos para vencer tantas dificultades, habrían hecho impracticable las combinaciones políticas y militares, sin el genio esclarecido de Bolívar y la infatigable movilidad de espíritu y de cuerpo de aquel atleta dominador de imposibles, rápido como el rayo y perseverante en sus propósitos como las leyes inmutables.

Trece días le bastan a Bolívar para efectuar tales aprestos. Su previsión lo impulsa a adelantarse al tiempo con la rapidez de sus operaciones, a

violentar los acontecimientos y a forzar la rotación de los sucesos para llegar más presto al definitivo desenlace, que presente próximo y glorioso para la amada patria. Nada es capaz de detener el vuelo de su pujante voluntad; ante aquel propósito inmutable desaparecen las distancias, se aplanan las montañas, simples arroyos parecen los caudalosos ríos, y trillados caminos las quebradas de los montes y el escabroso lecho del torrente. Aquella pasmosa rapidez de movimientos y designios da a Bolívar la ventaja en toda circunstancia; cuando apenas se le cree en Angostura ya trepa de nuevo su caballo, con asombro de Morillo, y fijo el rumbo a Bogotá, las empinadas cumbres de las sierras andinas; y Sámano y los suyos, que le suponen lidiando en Venezuela, se encuentran de nuevo amenazados por la espada de fuego de aquel terrible arcángel.

A pesar de los obstáculos de todo linaje, con que el esfuerzo y la tenacidad de los jefes realistas embarazaban la marcha progresiva de la Revolución y su creciente desenvolvimiento, nuestras conquistas en 1820 eran trascendentales y de incontestable valimiento. Venezuela se había unido a su vecina hermana bajo el fulmíneo casco de Colombia. Nuestra fuerza moral era imponente. Nuestro ejército probado en cien batallas, aunque escaso en número, era disciplinado y aguerrido. Nuestros generales, así como nuestros magistrados, habían cobrado experiencia y alcanzado con la continua rotación de los sucesos la altura indispensable al puesto que ocupaban y la prudencia tan necesaria así en la guerra como en las emergencias de los negocios públicos. La serenidad y el frío cálculo habían vencido y dominado el atolondramiento, la irreflexiva impetuosidad y las jactanciosas presunciones que, junto con el antagonismo de intereses y pasiones, tan funestos resultados dieran más de una vez en los primeros tiempos de la Revolución. Una sola voz, un solo pensamiento, dirigía aquel conjunto de homogéneos propósitos, antes de aspiraciones turbulentas y de intereses encontrados, entonces sometidos a una sola ley, a una sola voluntad: voluntad por todos acatada y estimada por todos como imprescindible.

Para 1820, España comenzaba a dudar del sometimiento de sus rebeldes colonias, y nuestro pueblo, esquivo largo tiempo al sagrado propósito de sus libertadores, se inclinaba a creer en las promesas de los nobles apóstoles de la libertad y del derecho americano. Lo que al principio aparecía como insensato, era admitido ya como factible. El cañón, más elocuente que la prédica, había llevado la convicción a donde no había alcanzado el entusiasmo. Nuestros contrarios, alarmados, habían dejado de tratarnos con el desprecio que por tantos años afectaran. Los calificativos poco lisonjeros y los dicerios injuriosos con que su vanidad nos regalaba, disminuían en razón del incremento de la revolución y de nuestras repetidas victorias. Bolívar, no era ya el monstruo que rezaban los partes dirigidos a la Corte de España: era un caudillo sin segundo, un general experto, un hombre prodigioso a quien la fortuna cortejaba solícita y de quien eran de esperarse todas las manifestaciones que sólo se conceden al genio. El respeto, como se ve, había sustituido al desprecio. Las turbas se habían convertido en ejército, y ejército digno de competir con los más esforzados y brillantes de su Majestad Fernando VII. Nuestras pretensiones no eran vanas quimeras, la revolución había resistido el degüello a que la sometieran sus contrarios; y cada vez más fuerte y más robusta, a pesar del copioso raudal de sangre generosa que brotaban sus múltiples heridas, crecía amenazadora a medida que se mellaba el sable y se debilitaban los esfuerzos de los que con tanta crueldad la combatían. España, en su propósito de someter a la rebelde Venezuela al yugo colonial, había agotado cuantos medios violentos le había sugerido la ferocidad de las más exaltadas pasiones: la represión salvaje, el cautiverio inquisitorial, el hambre, el hierro, el fuego, la perfidia con sus garras ocultas, el verdugo disfrazado de amigo. Pero el terror y la crueldad habían sido ineficaces. En vano se condenaban a la mendicidad y al desamparo las familias de los tachados de rebeldía; en vano se exhibían en las encrucijadas de los caminos públicos, en las

plazas de las aldeas y en las puertas de las ciudades principales, cabezas cortadas por los verdugos, brazos y piernas y esqueletos pendientes de los árboles, clavados sobre picas o encerrados en jaulas para defenderlos de las aves de presa y prolongar el espanto que deseaban infundir entre la multitud. La cabeza de Ribas estuvo exhibida por cuatro años en una de las llamadas puertas de Caracas. Y nada fue bastante a detener el impulso que impelía a Venezuela a su emancipación; las medidas violentas se desprestigiaron y agostaron, y otros medios más hábiles fueron puestos en práctica a ver de contener por la conciliación lo que alcanzar no pudo la violencia, ni menos la crueldad.

Riego y Quiroga, proclamando en Cabezas la Constitución del año 12, ayudan eficazmente y apresuran sin quererlo, el triunfo definitivo de la Revolución americana.

La aspiración a un bien común, no importa quiénes sean los que pretenden alcanzarlo, ni el relativo antagonismo de miras y propósitos que pueda separar sus intereses; establece una tácita alianza, difícil de romper, y aun más difícil de hacer nulas, para una de las partes, las ventajas que se derivan de un impulso justificado y colectivo.

La libertad proclamada en España, en el seno mismo de los acantonamientos de las tropas expedicionarias con destino a reforzar en Venezuela el ejército de Morillo, al par que abate el despotismo y coloca bajo la égida de instituciones liberales el porvenir político de la Península, favorece en América la transformación republicana de las colonias españolas.

Fijo, no obstante, como siempre, el Gobierno de la metrópoli, en el propósito de conservar a la Corona sus posesiones de ultramar, se apresura, recién jurada la Constitución, a restablecer su quebrantada autoridad en las colonias; pero descaminado respecto al verdadero espíritu de la Revolución americana, cree allanable por la conciliación lo que vanamente por las armas se había empeñado en reprimir.

En tal sentido, la promesa de instituciones liberales y de una amplia amnistía, junto con el ofrecimiento de dignidades y empleos para los jefes insurgentes que sostenían la guerra en Nueva Granada y Venezuela, fue el primer paso de las Cortes en el camino de un avenimiento entre la Madre Patria y sus rebeldes hijos; y, con tal fin, encárgase a Morillo la pacificación de las provincias sublevadas por medio de la conciliación de tan encontrados intereses.

La nueva e inesperada ola de sucesos tan extraordinarios, como los que se efectuaran en España, produjo en sus colonias una profunda conmoción, no exenta de desaliento y de despecho, entre los sostenedores del principio monárquico y de la integridad del territorio sometido por los conquistadores al cetro de Castilla. Aquel insigne triunfo de las nuevas ideas sobre el absolutismo, triunfo reputado por el pueblo español como la más gloriosa de sus victorias cívicas, desprestigia en América el poder de la Corona y sus augustos fueros, no solamente entre las clases inferiores poseídas las más de fanático realismo e incapaces de suponer nada tan alto y poderoso como la voluntad de sus monarcas, sino aun entre aquellos mismos más esclarecidos a quienes era fácil concebir la trascendencia de un cambio tan favorable a sus personales intereses.

Por lo que hace a los independientes, la noticia de la revolución efectuada en España fue acogida como una prenda anticipada de la victoria definitiva de su causa.

Morillo, por su parte, a quien el cambio radical de la política sorprendía en medio de conflictos de la más embarazosa situación, y en momentos en que esperaba, para salir de ella, con probabilidades de buen éxito, los refuerzos de tropas que le habían sido prometidos, acogen con frialdad la decisión del Gabinete de Madrid; y presumiendo todas las desventajas a que debía exponerle tan extraordinario proceder, retarda, en lo posible, el juramento de la Constitución y el mandato de las cor-

tes. Pero por más empeño que pusiera en aplazar tales medidas, hubo al fin de ceder, mal de su grado, y después de proclamar solemnemente el código político de la monarquía española, propone a los jefes republicanos una suspensión de hostilidades, mientras comisionados especiales exploraban la voluntad de Bolívar y los altos designios del Congreso.

Destemplada y altiva fue la respuesta que recibió el pacificador de los jefes a quienes dirigió sus primeras insinuaciones y de los altos magistrados de la República; no obstante, no fue motivo a detenerlo en el camino de un arreglo por medio del cual esperaba salir airoso de su difícil y ya falseada posición.

El Congreso se había limitado a manifestarle por medio de su presidente Peñalver: «Que deseoso de establecer la paz, oiría con gusto todas las proposiciones que se hicieran de parte del Gobierno español, siempre que tuviesen por base el reconocimiento de la soberanía e independencia de Colombia».

Bolívar no fue menos explícito. Sin detenerse a esperar a los comisionados españoles que se dirigían a su cuartel general de San Cristóbal, emprende un proyectado viaje al Magdalena y da plenos poderes a Bri-ceño Méndez y a Urdaneta para rechazar como injuriosas, a la par que inadmisibles, las proposiciones de Morillo.

La guerra, pues, dice Baralt, al apreciar en su historia estos sucesos, debía continuar entre la madre patria y la colonia, porque ésta rehusaba someterse; pero los pasos que dio Morillo para la reconciliación fueron seguidos de un importante resultado, cual fue el de aumentar el partido republicano en Venezuela, presentándolo a los ojos de los extranjeros y de los realistas mismos con una importancia que hasta entonces hiciera esfuerzos por simular en lo posible. Desde luego, los términos en que escribió el jefe español a los caudillos republicanos fueron comedidos y urbanos; a todos ellos, así como al Congreso, les dio los títulos que por sus grados y funciones les correspondían; y no fue pequeño

el interés que mostró por alcanzar de ellos, antes que todo, la suspensión de las hostilidades. Muchos americanos egoístas y cobardes a quienes el temor o la mejor fortuna de los realistas retenían en sus filas, vieron entonces claramente la fuerza física y moral de aquellos hombres llamados hasta entonces rebeldes, sin unión, sin habilidad y sin poder. Húbolos que comenzaron a vacilar en sus opiniones al ver posible y casi verosímil el triunfo de una causa que hasta allí consideraran quimérica. Otros, que acostumbrados en su profunda ignorancia a reverenciar el despotismo, tenían por impíos los gobiernos republicanos de América, empezaron a mirarlos con menos ojeriza, desde que en España aparecieran proclamados los principios liberales. Y muchos militares expedicionarios adictos de corazón a estos principios, cansados de la guerra y ansiosos por volver a la regenerada patria, o se fueron o siguieron tibios y descontentos una contienda injusta a todas luces.

Dado el desprendimiento y la ingénita altivez de los independientes, las proposiciones de paz dirigidas por Morillo, bajo la expresada condición del reconocimiento de la soberanía de España, eran de todo punto inadmisibles y de consiguiente impracticable toda avenencia entre los contrapuestos intereses de los beligerantes; pues, ¿cómo imaginar siquiera que después de haber alcanzado el partido republicano ventajas tan efectivas y trascendentales, pudiera desconocerlas e inclinar la frente coronada de envidiables laureles, ante un poder en decadencia cuya fuerza moral mermaba en proporción del incremento que tomaba la Revolución y de la solidez con que se afianzaba en el país el Gobierno republicano? Y si menos favorable para la causa americana se hubiera manifestado la fortuna, ¿cómo olvidar aquellos hombres que al logro de una idea todo lo habían sacrificado, la tremenda responsabilidad que pesaba sobre ellos, si no salían airosos, o con la vida pagaban los tormentos a que por vano empeño sometieran su patria?



Un mar de sangre separaba la América española de su antigua y pertinaz dominadora; intentar siquiera atravesar sus encrespadas ondas era ponerse en gran riesgo de perder con la vida la honra, aun más preciosa para quienes rendían al honor y a la patria un culto reverente. Placentero es repetirlo, y repetirlo con satisfacción: los halagos de España no encontraron cabida en uno solo de los sostenedores de aquella lucha homérica. A pesar de todas las miserias y de todas las dificultades a que tantas veces se viera expuesta en Venezuela la causa de los independientes, ya por la impericia de sus primeros directores, o por las turbulencias sediciosas que tanto embarazaron el desarrollo franco y progresivo de aquel largo proceso, la Revolución se había mantenido honrada. Si el poder discrecional le fue a Bolívar disputado en los principios de su preponderancia militar, no fue móvil mezquino de aviesos intereses personales el que indujo a sus émulos a tan injustificable sinrazón. Los que así procedieron, ansiaron el poder únicamente por la gloria de acaudillar el movimiento regenerador, sin pensar jamás en los provechos que pudieran redundar de la suprema dirección de la República. En el desprendimiento de los intereses materiales estribó la mayor fuerza de aquellos nobles lidiadores. Sus miras se reflejaban más alto. Se ambicionaba gloria, no riquezas. Los concusionarios, si los hubo, rarísimos, quedaron deshonorados; cual llama abrasadora, el desprecio público pasó sobre ellos, los convirtió en cenizas: cenizas que esparció el viento y que aún desprecia la posteridad.

### **La aspiración moral mataba toda tendencia material**

Aquel heroico ejército, sometido a todo género de penalidades; sin paga de ordinario, desnudo casi siempre, y a menudo sin pan, no profería una queja, y lleno de entusiasmo, moría vitoreando la patria, sin cuidarse de sus propias miserias.

Ser el más bravo, el más abnegado, el más heroico, era preferible a ser el más acaudalado.

El orgullo era noble; la ambición, generosa. De ahí la pujante virilidad de aquella generación que hizo prodigios armada con la espada de los héroes, aunque cubierta con los harapos del mendigo.

Palpable el incremento que con sólo el amago de las negociaciones había cobrado la Revolución, no se le ocultan al Libertador las ventajas inmensas que podía derivar de un estado de cosas tan pernicioso a sus contrarios; por lo que apenas de regreso a su Cuartel General de San Cristóbal propone al Pacificador reanudar las interrumpidas negociaciones para tratar del propuesto armisticio, siempre que se le concedieran a Colombia las garantías y seguridades que tenía derecho a exigir, sin que por esta insinuación se consideraran suspendidas las hostilidades; y acto continuo, sin esperar respuesta, marcha en persona a la cabeza de su guardia sobre la división de Tello, que evacúa a Bailadores y a Mérida dejando el paso franco a los independientes.

Morillo se apresura a tratar con el Libertador; le envía nuevos comisionados y se mueve con parte de su ejército hacia las provincias invadidas recientemente por Bolívar. Éste ocupaba a Trujillo; el generalísimo español se interna hacia Carache. Ligeras escaramuzas se traban entre los cuerpos de vanguardia del ejército realista y algunas de las audaces guerrillas de los republicanos. El Libertador toma posiciones en Sabana Larga, tres leguas a retaguardia de la ciudad que antes ocupaba. Morillo fija en Carache su cuartel general y de común acuerdo las hostilidades quedan suspendidas. Los comisionados enviados al efecto por la junta de pacificación constituida en Caracas, se avistan en Trujillo con los nombrados por Bolívar, y dan principio a aquella larga serie de conferencias llenas de interrupciones y de dificultades opuestas de ambas partes, que dieron al fin por resultado un armisticio de seis meses,

mientras se ajustaban las negociaciones conducentes a la paz, y el convenio filantrópico de regularización de aquella guerra de exterminio, que tanta sangre y lágrimas nos hizo derramar. Convenio calificado por Bolívar de verdaderamente santo, y con ardiente anhelo propuesto por el caudillo americano a su generoso contendor, en el sitio mismo donde, forzado por la impulsión vehemente de las necesidades de la época, lanzó a todos los vientos, como lenguas de fuego, las terribles palabras consignadas en el decreto aterrador de 1813.

Coincidencia providencial aquella, que redime a la patriótica Trujillo del funesto renombre que alcanzó en los primeros abrasadores tiempos de la ensañada lid.

De cruel, Trujillo se convierte en magnánima, y el recuerdo inolvidable de su segunda popularidad mitiga la impresión dolorosa y aminora el espanto a que debió su primitiva nombradía.

Sellados por los plenipotenciarios los arreglos indispensables para dar comienzo a una negociación de suyo impracticable, llevóse a efecto la famosa entrevista de Santa Ana, entre aquellos dos hombres que, con recíproca crueldad y con no menos furia e igual tesón y valentía, habían combatido tantos años por tan opuestos intereses. Allí, sobre aquel campo declarado neutral, inermes y olvidando quisquillas y rencores, se avistaron tan temidos campeones, si hermanos por la sangre, enemigos acérrimos por la discrepancia de las ideas. El viejo león ibero y el gallardo adalid de la joven Colombia, se contemplaron con orgullo, y generosos rindieron homenaje al renombre glorioso de la patria, en el mutuo heroísmo de la soberbia España y de la altiva nación venezolana.

Después, para no verse más sobre la tierra, se separaron llevando de aquel día recuerdo inolvidable, mas poseídos a la par de extraños y muy distintos sentimientos: Morillo, con el desencanto de su frustrada esperanza, convencido de la imposibilidad de restituir a la Corona la presa

disputada por el cóndor americano; Bolívar, satisfecho de sí, al ver descorrerse ante la América el velo de la cautividad y aparecer el fecundante sol del porvenir.

Penetrado Morillo de lo infructuoso de cuantos sacrificios pudiera en lo sucesivo hacer España para someter la insurrección americana, y temeroso de encontrarse en la conflictiva situación de ver desaparecer de entre sus manos el tesoro que se le había ordenado defender, optó por separarse de la liza antes que a tan duro trance le llevaran los acontecimientos que su sagacidad y experiencia preveían como inevitables.

Vanas fueron cuantas demostraciones hicieron al Pacificador los partidarios de la causa de España para conservar le al frente del ejército; irrevocable en su propósito, Morillo no cedió ni a ruegos ni a amenazas; antes bien aceleró su marcha, y el 17 de diciembre de 1820 abandonó el país, confiando al general La Torre el mando del ejército y la suprema dirección de la guerra.

La separación en aquellas circunstancias de un jefe de las relevantes condiciones de Morillo, en momentos tan delicados para los intereses de la Corona, produjo notable desaliento entre los más exaltados realistas, y amenazó con funestos trastornos la indispensable unidad que más que nunca requería el mando supremo de las tropas del rey, diseminadas en la vasta extensión de Venezuela. Pues si era notoria la idoneidad del general La Torre para el desempeño de tan difícil cargo, no por ello se vio menos exento de tropiezos, debidos, los más, a la rivalidad que despertó su encumbramiento entre algunos de sus subordinados, los que creyéndose con mejores títulos para merecer tan elevado puesto, se declararon víctimas de una cruel injusticia y trabajosamente prestaron obediencia a quien no reputaban más que a ellos rico de merecimientos: emulación mezquina, torpe y solapada, cuyo centro y principal atizador lo fue Morales, el canario de funesto renombre, el compañero de Boves,

más que su antiguo jefe, cruel y despiadado: sin ninguna de las dotes muy altas de caudillo que distinguieron al terrible asturiano, y por lo que toca a la conveniencia y al decoro, el menos digno de merecer el puesto con tanto empeño por él ambicionado.

Era al contrario, La Torre, un general de no escasa valía, a quien no fueron parte a embarazar en sus propósitos la rencorosa hostilidad y la tibieza de tan peligroso rival. La ruptura inesperada del armisticio le encontró fuerte y decidido a perseverar en el propósito de someter por las armas la rebeldía de los independientes, y en capacidad de afrontar el vigoroso empuje de Bolívar y su probada habilidad.

Valeroso y disciplinado era el ejército español, y superior en número al que el Libertador podía oponerle, a pesar de las desfavorables circunstancias que avigoraban la causa republicana, y la popularizaban hasta entre sus más esforzados opositores.

No obstante las ventajas y desventajas de los opuestos bandos, podían equilibrarse; si en el realista prevalecía por el momento la fuerza material, campeaba en su contrario el entusiasmo y la fuerza moral de todo un pueblo identificado en una misma aspiración. Para cada una de las bayonetas de que La Torre disponía, diez corazones resueltos a sacrificarse por la patria podían oponerle los republicanos.

Con creciente rapidez acercábase el desenlace de aquel sangriento duelo, reñido con el mismo furor hacía ya tantos años; y a nadie se ocultaba que había de ser ruda y decisiva la próxima batalla que se libraba en Venezuela.

Creíase el general La Torre bastante fuerte para no rehuir un decisivo encuentro, y obtener el triunfo. Bolívar, por su parte, abrigaba el convencimiento de haber atado la victoria al puño de su espada; y con razón estimaba en mucho su propia superioridad sobre La Torre. La revolución que acaudillaba y que venía venciendo cuantos obstáculos

se le enfrentaran en su afanosa marcha, no podía plegar de súbito las gigantescas alas y caer abatida ante el último de los inconvenientes que a su completo triunfo le oponía la metrópoli; ni menos era de esperarse que se eclipsara de improviso el genio singular que hasta entonces la hubiera dirigido. Para Bolívar no existía una sola duda respecto del éxito feliz de sus afanes que pudiera eruirse, siquiera en apariencia, ante su fe profunda. La Torre no era ya una amenaza para la causa americana, como lo fueron sus predecesores; era un tropiezo más para llegar al fin, y Bolívar tenía la persuasión de que sabría vencerlo.

Semejante convencimiento no debe aparecer como la expresión de un vano orgullo. No. Para poseer aquella seguridad, altas cimas había sido indispensable dominar, y los hechos con su severa lógica estaban de su parte.

En su larga carrera, Bolívar había pugnado con dos hombres verdaderamente notables por las condiciones especiales que los distinguieron en aquella guerra desastrosa, y ambos habían desaparecido del palenque sin haber logrado avasallarlos. En Boves había combatido al sectario de las propias creencias, al hombre de la naturaleza, al torbellino de las pasiones de la época, con todas las iras y arrebatos de una ambición ardiente, con todo el arrojo de un carácter resuelto y exaltado, y toda la pujanza y valentía del león. En Morillo, había luchado contra el renombre glorioso, la pericia militar, el ardor reflexivo y la ordenada impetuosidad de un capitán experto y temerario a la vez que prudente, sometido a las reglas que prescribe la disciplina hasta encadenar su genial intrepidez a las severas prescripciones de la táctica; tan rudo como hábil, de propias ideas, de no escasas aptitudes para el desempeño de la empresa que se le había confiado, sagaz, cruel, arrebatado, perseverante, sin dotes de caudillo, pero terrible e indómito soldado.

Boves representaba en todas sus fases la contraevolución, la América colonial con todos los vicios originados por una larga servidumbre y

todos los rencores latentes entre los hijos de un mismo suelo dominados por contrapuestos intereses.

Morillo era el sucesor de Hernán Cortés y de Pizarro, de García González y de Almagro; era la conquista, era la supremacía de la madre patria, era España, en fin, con todos sus arraigados títulos sobre la tierra conquistada, con todo su desprecio por sus derechos del pueblo americano, con todo el desnivel por ella establecido entre siervos y señores, con toda la presunción de su preponderancia secular y toda la rudeza de su mano de hierro.

Sin carecer de relevantes condiciones personales, La Torre no alcanzaba a la talla de sus antecesores; era el postrer esfuerzo de un brazo fatigado, la última hebra del cable ya deshecho, que sujetara a España la rebelde colonia.

Persuadido Bolívar de lo infructuoso de las abiertas negociaciones y de la notoria imposibilidad de llegar a un arreglo definitivo que conciliase los intereses de ambas partes, desde el momento en que las pretensiones de la una minaban por la base las aspiraciones de la otra; y viceversa, pues que ambas se habían encastillado en dos extremidades diametralmente opuestas: sometimiento a la soberanía de España y reconocimiento de la independencia de Colombia, no descuidó su propia conveniencia; antes bien, supo aprovechar la circunstancia favorable del armisticio para robustecer sus fuerzas y estar presto a la guerra, de suyo inevitable, pues no abrigaba duda de que sólo la suerte de las armas, como supremo árbitro, habría de decidir al fin la bélica contienda.

La expectativa, empero, no fue de larga duración; una circunstancia ajena acaso a las insinuaciones de Bolívar, pero que él no dudó en aprovechar, pasando por sobre lo prescrito en el convenio de Trujillo, que religiosamente habían respetado hasta entonces sus contrarios, resuelve la cesación del armisticio.

Fue aquella circunstancia, el pronunciamiento de la ciudad de Maracaibo por la independencia, y la ocupación de aquella importante plaza militar por tropas republicanas, contra el tenor expreso del tratado vigente.

La Torre reclama con justicia la reintegración a sus banderas de la plaza ocupada. Bolívar se niega abiertamente, y de hecho el armisticio queda roto.

Breves días duró la suspensión de las hostilidades acordada en Trujillo: tregua tan desastrosa para España como benéfica para las armas de Colombia. La guerra enciende de nuevo su destructora tea, el rayo vibra, y en la vasta extensión de Venezuela dilata sus fragorosas resonancias.

No obstante, la súbita ruptura del armisticio, acogida con férvido entusiasmo por los independientes, fue como el despuntar de una risueña aurora para la causa americana.

Tras las espesas nubes que oscurecieron hasta entonces los horizontes de la patria, aparecen los primeros destellos de un sol resplandeciente que todo lo ilumina, lo exhibe y magnifica con sus brillantes resplandores. Los bandos enemigos se miran sin el pasado enojo y se contemplan con admiración. No ya más lucha entre tinieblas aglomeradas por el odio; las sombras huyen avergonzadas y con ellas desaparecen las escenas terribles, el furor fratricida y la saña mortífera que alimentaran en su seno. La tierra absorbe la sangre derramada y el yermo campo reverdece y produce laureles. La espada de los héroes luce ante el nuevo sol, resplandeciente y sin mancha; y el mismo ronco estrépito del bronce formidable que truena en las batallas, pierde la lúgubre y aterradora repercusión de los pasados tiempos. Sólo el acaso es responsable de la sangre que se derrame en los combates. La generosidad tiende al rendido su manto protector; la caridad reparte por igual sus piadosos afanes. El Júpiter Tonante se transforma en dios pío, arroja al polvo,



con manifiesta repugnancia, el rayo vengador que los rigores de cruel necesidad pusieran en su mano, y en toda la esplendidez de su grandeza sobrehumana, se exhibe incomparable.

Sabed –dice a sus tropas el héroe americano–, al abrirse de nuevo la campaña: sabed que el gobierno os impone la obligación rigurosa de ser más piadosos que valientes... Sufrirá pena capital el que infringiere cualquiera de los artículos de la regularización de la guerra. Aun cuando nuestros enemigos los quebranten, nosotros debemos cumplirlos para que la gloria de Colombia no se mancille con sangre.

De mutuo acuerdo, las hostilidades debían recomenzar el 28 de abril de 1821.

A pesar de las bajas sufridas por el ejército español, La Torre contaba todavía con 11.000 soldados, resueltos, disciplinados y aguerridos.

El Libertador, con menos número de tropas, aunque superior a su contrario en genio y en prestigio, se apresura a abrir aquella nueva y gloriosa campaña, fortalecido con su fe inquebrantable, y decidido, más que nunca, a arrebatar a la victoria el triunfo definitivo y la completa independencia de Colombia.

Con la rapidez indispensable a sus designios, pone por obra una de esas operaciones militares en que se juega el todo por el todo en el rojo tapete de la guerra, y, al efecto, hace converger todas las divisiones de su ejército, diseminado en Venezuela, al punto donde espera librar una batalla decisiva. Desde su cuartel general de Boconó ordena que el ejército de Oriente mandado por el intrépido Bermúdez, y bajo la inmediata dirección del general Soublette, vicepresidente de Venezuela, abra campaña sobre la capital, invadiendo por los valles de Barlovento la importante provincia de Caracas; a Zaraza y Monagas, con las caballerías del alto-llano, les exige llevar la guerra a las comarcas de Calabozo y Orituco; previene a Urdaneta que reorganice su división en Maracaibo

y acometa a Coro; y, finalmente, al coronel Carrillo con las tropas de Reyes Vargas y las milicias de la provincia de Trujillo, que se apodere de Barquisimeto y de El Tocuyo.

Tomadas estas disposiciones, el Libertador vuela a Barinas, inspecciona los acantonamientos de sus tropas, baja luego hasta Achaguas, avistase con Páez y activa con el heroico caudillo de las pampas la movilización del aguerrido ejército de Apure.

Entretanto, Santander, y Torres y Montilla y Carreño en la Nueva Granada, y Sucre en Guayaquil, puesto ya el pie seguro sobre el primer peldaño de la alta escala de su futura gloria, obedecen la voz que los impulsa a avivar el fuego de la guerra en el Sur y el Occidente de Colombia.

Por lo que hace al general La Torre, la posición que ocupaban sus tropas era más circunscrita, y de consiguiente menos difícil en tiempo dado, la pronta reconcentración de los diversos cuerpos de su ejército; pues, con exclusión de los batallones que guarnecían a Cumaná, los otros cuerpos se mantenían en constante comunicación. Morales, su vanguardia fuerte de 5.000 soldados de todas armas, ocupaba Calabozo y sus alrededores, mientras que las otras divisiones cubrían Arauca, Caracas y San Carlos, plaza esta última donde La Torre había fijado su cuartel general.

Dispuesto a abrir personalmente la campaña, el Libertador torna a Barinas con algunos batallones de su guardia; dirige los últimos aprestos, y en repetidas proclamas atribuye a sus contrarios la responsabilidad de la sangre que va a correr de nuevo.

Atento, como siempre, el generalísimo español a los movimientos de Bolívar, no se le ocultan los designios de tan peligroso contendor por lo que obrando con acierto, se propone frustrarlos tomando resueltamente la ofensiva. En los primeros días del mes de mayo, sale de San Carlos,

a la cabeza de 2.000 combatientes; incorpora en Araure la 5ª división, y después de ordenar a Morales tener en jaque a Páez, amenazándolo con pasar el Apure, se dispone a marchar sobre Bolívar, cuando llega a su noticia, junto con la nueva de la derrota sufrida por sus tropas en la provincia de Caracas, la retirada del brigadier Correa y el abandono de la capital a los independentes.

En efecto, mientras La Torre marchaba hacia Barinas tratando de combatir aisladamente, primero al Libertador y luego a Páez, las tropas republicanas estacionadas hasta entonces en la plaza de Barcelona y sobre la línea de Unare, se mueven de improviso, y Bermúdez, el heroico oriental, siguiendo las instrucciones de Soublotte, se lanza con su genial intrepidez e invade por los valles de Barlovento la codiciada provincia de Caracas. Nada resiste a su impetuosidad y a su ardimiento, su paso es el del huracán: fuerza en Tacarigua los atrincheramientos de las tropas realistas, las persigue con encarnizamiento, las alcanza y derrota en el sitio del Guapo; destroza en el rodeo los refuerzos auxiliares enviados de Caracas, y a paso de carga se apodera de la capital abandonada por Correa. Sin detenerse para cobrar aliento en tan ruda fatiga, reorganiza en Caracas su escasa división, la aumenta en lo posible, llama al vicepresidente que se hallaba en Uchire, y arrebatado por su temeridad, vuela en persecución del enemigo, que, esquivándole, se repliega hacia Aragua. Choca en las Lagunetas contra un destacamento avanzado de los realistas, lo bate en pocas horas y se apresura a llegar a El Consejo, donde cae de improviso sobre el grueso de las tropas del fugitivo brigadier Correa, a quien derrota por completo, haciéndole numerosos prisioneros.

Después de este combate, las tropas españolas que venían replegándose desde las márgenes de la laguna Tacarigua, se dispersan, y el terrible cumanés penetra triunfador en La Victoria y adelanta sus avanzadas hasta el histórico campo de San Mateo.

Alarmado La Torre por los efectos de aquella audaz acometida, varía de consejo al encontrarse entre dos amenazas; deja en Araure la tercera y quinta división para cubrir sus movimientos y observar los del Libertador, y retrocede hacia San Carlos y luego hasta Valencia, con el propósito de auxiliar con mayor eficacia las operaciones que ordena practicar sobre la capital.

Morales marcha rápidamente sobre Aragua, incorpora a sus filas el segundo batallón de Valencey al mando del coronel Pereira, enviado por La Torre con anticipación en refuerzo de Correa, y a la cabeza de 2.500 combatientes marcha a atacar la división republicana situada en La Victoria.

A la aproximación de los realistas, Bermúdez, menos fuerte, retrocede a su pesar y va a esperarlos en la cuesta de las Cocuizas. Rudo combate, sustentado vigorosamente por una y otra parte, se traba en aquellas alturas. El general republicano se empeña en sostener sus posiciones, pero su reducido parque se agota en once horas de reñida batalla, y furioso el soberbio oriental, se ve forzado a retirarse. Morales le persigue. Bermúdez intenta nuevamente esperarlo en Antímáno; pero una orden del general Soubléte lo obliga a cambiar de propósito y a continuar la retirada hasta Guarenas, donde debe incorporársele Arismendi con algunos refuerzos. Los independientes retroceden y las tropas realistas tornan a ocupar la capital.

Mientras tales sucesos ocurrían en la provincia de Caracas, el Libertador se encontraba en Guanare dando tiempo a que pudiera incorporársele el cuerpo de ejército de Páez que a la sazón se movía desde Achaguas; e impaciente se manifestaba por abrir la campaña, cuando supo la llegada del general La Torre a la villa de Araure, al propio tiempo que su inmediato y rápido regreso hacia Valencia. Juzgando de gravedad la circunstancia que moviera al generalísimo español a ejecutar con tal premura y casi al frente de nuestras bayonetas, movimiento tan

inesperado, cree oportuno, aunque con escaso número de tropas, seguir al enemigo y estrechar en lo posible el radio de sus operaciones. Inmediatamente deja a Guanare, sigue las huellas de La Torre, y ordena al general Cedeño, su jefe de vanguardia, aprovechar la extraña circunstancia que los favorece y apoderarse de San Carlos, posición ventajosa que le permitirá observar de cerca a los realistas y hacer menos difícil y tardía la incorporación de las divisiones de Urdaneta y Carrillo, que operan a la sazón sobre Barquisimeto y sobre Coro. Cedeño redobla la marcha de sus tropas, ejecuta con acierto la empresa confiada a su bravura y, en los primeros días del mes de junio, el Libertador fija en San Carlos su cuartel general.

Noticioso La Torre de los movimientos de Bolívar, se apresura a reunir todas sus fuerzas. Morales regresa de Caracas con el regimiento de «Burgos», después de confiar al coronel Pereira el cuidado de hacer frente a Bermúdez con una fuerte división; las caballerías que forrajearan en el Pao, así como las dos divisiones que se encontraban en Araure, marchan al punto designado para la concentración general del ejército, y casi al mismo tiempo que el Estado Mayor republicano penetraba en San Carlos, La Torre sale de Valencia.

Aquel campo que la temeridad presumía arrebatarnos era nuestro, nos pertenecía por derecho de victoria. Su nombre estaba escrito al lado de los más altos y magníficos triunfos alcanzados por el Libertador en los primeros tiempos de la Revolución. Aún repetían los ecos de la inmortal llanura el estruendo y los vítores de la cruenta jornada del 28 de mayo de 1814, con los nombres gloriosos de Bolívar y Ribas y Mariño, de Urdaneta y de los dos Montilla, de Bermúdez, Soublotte y los Monagas, de Valdés, Palacios, Freites y Carvajal, el famoso Tigre Encaramado. Aquel fulgente campo, poblado de recuerdos heroicos, era nuestro aliado, nuestro cómplice; era rebelde a España.

¿Por qué desconocer la parcialidad de ciertos sitios por ciertos hombres y por las causas que sostienen, cuando tantos y repetidos ejemplos la comprueban?

Así como La Puerta nos fue constantemente adverso durante la gigantesca lucha, Carabobo, por el contrario siempre nos fue propicio.

Cuántas veces la fatalidad llevó a nuestros guerreros a librar en el sitio de La Puerta una batalla, la fortuna les negó sus favores, y aquella tierra hostil a los independientes absorbió nuestra sangre hasta saciar su sed.

Allí Boves destroza a Campo Elías, el 3 de febrero de 1814. Allí en el mismo año, al promediar de junio, el terrible asturiano torna a alcanzar otra victoria, no menos cruel y desastrosa, sobre Bolívar y Mariño, y tumba encuentran en tan funesto campo Muñoz Tébar, Aldao, Jalón, García de Sena, Yepes, el valeroso Freites, y millares de víctimas inmoladas después de la batalla. Y allí termina, en fin, la desgraciada campaña de 1818, con la ruda jornada del 16 de marzo, a que debió Morillo, junto con los laureles que le ciñó la victoria, el título pomposo de Marqués de La Puerta.

Carabobo, propicio siempre a nuestra causa, parecía tener secreto pacto con el Libertador. ¡Y era en aquella arena donde nuestros contrarios presumían humillarnos, donde esperaban la próxima batalla para sellar con nuestra sangre tan prolongada lucha!

Acordados se manifiestan nuestros historiadores en atribuir a Morales la decisión tomada por el generalísimo español de trasladar su campamento a Carabobo, a pesar de la escasez de pastos que ofrecía la llanura a la numerosa caballería realista, y de las dificultades que se oponían para atender al abasto y conservación de tan crecido número de tropas; y no obstante, que estimado el lugar como punto estratégico, brindase por su situación y topografía, ventajas no comunes para emprender operaciones o, en caso de una batalla, apoyarse ventajosamente, no ha

faltado quien califique de torcidos cuantos consejos en la ocasión diera Morales: cargo que bien se compadece con la funesta reputación de aquel mal hombre, con su ambición desmedida y su notoria hostilidad hacia todo el que, por levantado, le hiciera alguna sombra.

Tan luego como el ejército español se hubo establecido en Carabobo con todo el material de guerra indispensable para aceptar una batalla, el general La Torre adelantó sus avanzadas hasta la vecina aldea de Tinaquillo, distante cuatro leguas del acantonamiento de sus tropas y siete del cuartel general republicano; y sin hacer el más pequeño movimiento que revelase un plan premeditado, se dio a esperar las divisiones que le venían de Araure, sin prever el gran riesgo a que debía exponerle dejar así, tranquilamente, a su contrario cobrar mayores fuerzas. Falta ésta, tanto más criticable, cuanto que teniendo a mano el triple de las tropas que a Bolívar rodeaban en San Carlos, pudo muy bien desalojarle de aquella ventajosa posición y tratar de impedir todavía la incorporación de Páez.

Largamente el general realista expió esta falta, como otras y muy graves, que cometió en vísperas de la batalla.

Bolívar, entretanto, inquieto y desazonado por la proximidad de las crecidas fuerzas con que contaba el enemigo, permanecía en San Carlos aguardando a su vez la incorporación de los diversos cuerpos de su ejército.

Mudos e inmóviles, aquellos dos contrarios campamentos que separaba una distancia de once leguas, se ofrecían a los ojos del pueblo, que extático los contemplaba esperando la decisión de sus destinos, como dos nubes formidables, negras, profundas, preñadas de electricidad, amenazadoras y terribles, que a la vez se condensaban y crecían, para chocarse luego y estallar en fragorosa tempestad.

Angustiosa expectativa aquella, en medio de la cual no imperaba sino el silencio, turbado apenas por el rumor lejano de la marcha de los

distintos cuerpos que se encaminaban a sus respectivos campamentos.

Empero, tal estado no fue de larga duración.

En los primeros días de junio, el cuerpo de ejército de Páez, que venía desde Achaguas, llega al fin a San Carlos; y 1.000 infantes, 1.500 jinetes, 2.000 caballos de reserva y 4.000 novillos forman el contingente que el glorioso caudillo de las pampas trae al Libertador.

La división del general Urdaneta regida por Rangel llega poco después; y el Libertador se encuentra en capacidad de abrir operaciones.

Por lo que hace a las tropas mandadas por Carrillo y Reyes Vargas, no era de esperarse que ingresaran al Cuartel General, ocupadas como se hallaban, por orden superior, en perseguir la guarnición realista que había evacuado a Barquisimeto, y que a las órdenes del coronel Lorenzo replegaba sobre San Felipe, buscando el apoyo de La Torre.

Reunido en San Carlos todo el ejército republicano, empleó Bolívar pocos días en proveer a sus necesidades y en dar a sus distintos cuerpos la organización definitiva para moverse sobre el enemigo; terminado lo cual, la orden de marcha no se hizo esperar.

Desde las colinas del Tinaco hasta las orillas de Cojedes, espacio que nuestras tropas ocupaban, inmenso y prolongado vítor contesta aquella orden, y ardiendo en bélico entusiasmo el ejército se pone en movimiento.

Acampa el 21 de junio, en el sitio de Las Palmas; y allí supo el Libertador, por algunos desertores del ejército realista, la brillante campaña de Bermúdez, su llegada hasta San Mateo y su repliegue hacia Caracas.

El 22, el teniente coronel José Laurencio Silva, escogido por Bolívar entre todos aquellos bravos que se disputaban la gloria de ser de los primeros en atacar al enemigo, cae de improviso sobre la primera de las avanzadas realistas situada en Tinaquillo, la envuelve y la hace toda prisionera, con excepción de un soldado que va a llevar la nueva del desastre al Cuartel General de los realistas.



Después de esta aventura, los republicanos continúan su marcha, y la histórica llanura de Taguanes presencia el 23 de junio la última revista que a sus 6.000 soldados pasa el Libertador, la víspera de Carabobo.

1813 sirvió allí eficazmente a 1821. La historia es un libro prodigioso, un arsenal inagotable donde todo se encuentra: armas para el combate, escudos para la defensa; ella ejercerá sobre el presente la formidable coacción de todos los prestigios del pasado. Evocar un recuerdo oportuno de ese inmenso cerebro de la humanidad es producir una luz que irradia claridades, una chispa de fuego que, aplicada a nuestras pasiones, las inflama y produce el incendio. Bolívar en las llanuras de Taguanes abrió aquel libro y mostró a sus soldados las páginas en que se consignaban nuestras glorias y nuestros infortunios; la chispa del entusiasmo se produjo, brilló en todos los ojos, incendió todos los corazones, y el feliz augurio de una victoria en perspectiva, pronóstico por todos estimado infalible, fue la mayor de las ventajas que sobre sus contrarios pudo llevar a la batalla. Bolívar hizo pie en los «Taguanes» para escalar a «Carabobo»: una victoria servía a la otra de escabel.

Aquella gran revista la víspera de la feliz jornada, era como el desesperarse del león para cobrar todas sus fuerzas y estar dispuesto a acometer.

Allí, sobre aquel campo de gloriosos recuerdos, desfilaron todos los cuerpos del ejército frente al Libertador, quien de sus labios, inagotable manantial de épica elocuencia, dejó caer para cada uno de aquellos regimientos y escuadrones palabras conmovedoras, alusivas a sus heroicidades de otros días, a los sagrados deberes del presente.

Para asistir a aquella última jornada en que la heroica Venezuela contaba sellar su independencia, habíanse congregado la mayor parte de aquellos tenaces lidiadores que venían combatiendo después de tantos años por la emancipación de la patria, por la libertad de Sudamérica; allí, representadas en sus héroes, estaban de presente todas nuestras victorias.

Acaso por la primera vez en el transcurso de la guerra, el ejército patriota vestía de gala para presentarse al enemigo. El sol resplandecía en los dorados uniformes, en los vistosos arreos de nuestros granaderos, en los desnudos sables, en la bayoneta y en las lanzas con fascinadores reflejos. Al viento flameaban los penachos de brillantes colores, las banderolas y divisas de los jinetes del Apure, y las banderas, noble enseña de nuestros regimientos, donde marcadas se ostentaban las garras del león peninsular, en cien terribles y sangrientos combates.

Las bandas marciales de todos los batallones entonaban a un tiempo la marcha popular que tantas veces los condujo a la victoria; y en medio al bélico clamor que repetían los ecos de la inmortal llanura, resonaba a períodos marcados, como el trueno de aquella tempestad del entusiasmo, el grito unánime, mil veces repetido por todo aquel ejército: «¡Viva el Libertador!».

Tres divisiones componían nuestro ejército. La 1ª a las órdenes de Páez, tenía por jefe de su Estado Mayor al esforzado Vázquez, y la formaban el batallón «Bravos de Apure», mandado por Juan Torres; el regimiento inglés, denominado «La Legión Británica», a cuya cabeza se encontraba el coronel Farriar; y 15 escuadrones de llaneros en número de 1.500 lanzas, acaudilladas por los héroes de «Mucuritas», «La Mata de Miel» y «Las Queseras», entre los que brillaban por su intrepidez reconocida, Muñoz, Juan Gómez, Borrás, e Iribarren, Figueredo y Mellado, Laurencio Silva, Bravo y Carbajal, Paredes y Camejo, conocido con el glorioso apodo del Primero.

La 2ª regíala el general Cedeño, el bravo de los bravos, como lo llamó el Libertador, y el coronel Judas Tadeo Piñango; y contaba en sus filas los batallones «Tiradores», mandado por el fogoso Heras; «Boyacá», ilustrado en el campo a que debía su nombre, a las órdenes de Flégel y de Smith; «Vargas», que recordaba el reñido combate del Pantano,

sobre la sierra andina, presidido por Patria; y el «Escuadrón Sagrado», cuyo jefe, el terrible coronel Aramendi, valía él solo por todo un regimiento.

Mandaba la tercera división el denodado coronel Ambrosio Plaza, y era Manrique su segundo, y Woodberry el jefe de su Estado Mayor. Componíase de la 1ª brigada de la guardia del Libertador, la cual formaban los batallones «Rifles», que llegaba de combatir en Cartagena y Santa María, y que a nuevos combates conducía su bizarro comandante Arturo Sandes; «Granaderos», probado en tres campañas, al que regía el coronel Juan Uslar; «Anzoátegui», cuyo solo nombre simboliza una de nuestras más puras y merecidas glorias, mandado por Arguindegui; «Vencedor», premiado en la jornada del 7 de agosto de 1819, a que debió su libertad el pueblo granadino, a las órdenes del teniente coronel José Ignacio Pulido; y el regimiento de caballería del esforzado coronel Rondón, afamado por sus múltiples y brillantes proezas.

Allí, en las filas de aquel pujante ejército figuraban también el general Mariño, primer caudillo de las provincias orientales; el coronel Briceño Méndez, secretario de guerra; el coronel Salom, subjefe del Estado Mayor General del Ejército; el coronel Juan José Conde; el bizarro coronel Diego Ibarra, primer edecán del Libertador; así como los comandantes Ibáñez y Umaña y el capitán O'Leary, ayudante de campo; y los Flores, Melián, Ramos, Arraís, Rangel, Miguel Zárraga, Celis, Cala y Sagarzazu; Alcántara, Gonell, Domingo Hernández, Davy, Minchin, Asdhown, Wuer, Flinter, Meyer y Piñeres, José Escolástico Andrade, Briceño, Calderón, Acevedo y otros muchos valientes cuyos nombres guarda la tradición con amor y respeto.

El desfile del ejército terminó con la noche. Veló su faz gloriosa el astro de Taguanes, y apareció radiante el sol deslumbrador de Carabobo.

Al despuntar la aurora del 24 de junio de 1821, el ejército republicano

se pone en movimiento; apresta las armas, deja en el campamento todos los equipajes, ganados y acémilas que pudieran embarazar su marcha, y, apercebido a la pelea, recorre lleno de entusiasmo la distancia que media entre las dos llanuras, testigos de sus pasados triunfos.

Alegre y bulliciosa era la marcha de nuestros regimientos: más que a reñir una batalla, aquellos bravos, ansiosos por llegar al término deseado, parecían dirigirse a una feria. Ante la gloria de la patria, nadie pensaba tristemente; arrebatarse a la victoria la mayor cantidad de laureles era la aspiración de todos. En medio del ruido acompasado de la marcha resonaban estrepitosos vítores, fanfarronadas estrambóticas, gritos preñados de amenazas; y se entonaban coplas de melodioso ritmo, alusivas a los pasados triunfos, a nuestros héroes muertos, no vencidos; y corrían chanzonetas sarcásticas sazonadas de gracia y de dichos picantes, que, unidas al metálico chasquido de las armas, al relincho de los caballos, y al susurro del viento en el ramaje de los árboles, formaban un extraño concierto, estrepitoso e inarmónico, pero lleno de virilidad y de alegría. Nuestros soldados, como los antiguos lacedomonios que presidía Tirteo, se enardecen con los himnos guerreros de sus bardos salvajes, y cantando sus pasadas glorías se dirigen a Carabobo.

Empero, para llegar a la inmortal llanura por el camino que Bolívar seguía, era necesario superar graves inconvenientes opuestos por la naturaleza; los que, dado caso que hubiera sabido aprovechar el enemigo, ruda y costosa habría sido, sin duda, la empresa de vencerlos. Después de esguazar el Chirgua y de internarse en las tortuosas quiebras de la serranía de Las Hermanas, había que penetrar por el desfiladero de Buenavista, posición formidable donde pocos soldados bastan a contener todo un ejército; marchar luego por un camino lleno de asperezas dominado en gran parte por alturas cubiertas de bosques y zarzales, y atravesar, al fin, un abra estrecha y larga, fácil de defender.

La Torre despreció; sin embargo, las ventajas que ofrecía la conformación de aquel terreno por donde forzosamente nuestro ejército tenía que penetrar. Franca dejó al Libertador tan peligrosa vía, conformándose sólo con defender la entrada a la llanura. La pérdida completa del destacamento situado en Tinaquillo, fue acaso la razón que decidiera al enemigo a reconcentrar todas sus fuerzas. Las avanzadas que tenía en Buenavista replegaron a la aproximación de los independientes: ocuparon éstos tan inexpugnable posición; y desde allí pudieron ver nuestros soldados todo el ejército español, desplegado en batalla, en la espaciosa sabana de Carabobo.

El bélico alborozo de los primeros cruzados al divisar los muros de Jerusalén, ansiando redimir al sepulcro de Cristo, no fue mayor que el júbilo entusiasta que se produjo en el ejército patriota al contemplar el campo de batalla donde había de efectuarse la completa redención de Venezuela. Un grito inmenso resonó en las alturas que dominaran de lejos el campamento de La Torre; grito terrible, provocación amenazante de seis mil combatientes, resueltos a conquistar aquel día, la más trascendental de sus victorias o a perecer en la contienda.

Desde las cumbres de Buenavista pudo estudiar el Libertador la situación del enemigo y apreciar en todos sus pormenores la fortaleza de las posiciones que ocupaba, en un terreno de suyo defendido por su especial conformación.

Entre una doble faja de bosques y colinas que le dan la apariencia de una bandeja de levantados bordes, se extiende la histórica llanura de Carabobo extremidad meridional del pintoresco valle de Valencia, a una distancia de seis leguas de la ciudad del mismo nombre. El camino que conduce a San Carlos la corta de norte a sur; y casi a la mitad de la planicie, desviándose un tanto hacia el Oriente, nace de aquella ruta, otra, no menos frecuentada, que se dirige a El Pao. Estas dos vías, para 1821, salían de la llanura desgarrando matorrales y asperezas; la segunda

por cañadas tortuosas; la primera, por una abertura natural, especie de crujía, formada por la caprichosa separación de las dos extremidades de aquella cadena de colinas que sirven como de antemural a la planicie por la vía de San Carlos.

Dada la topografía de la llanura y su difícil acceso, sobre todo por la ruta que Bolívar traía, y la necesidad imprescindible en que se hallaba el ejército republicano de penetrar por ella, por ser la única practicable en el terreno, no es extraño que el general La Torre fijara toda su atención en defender el abra y los desfiladeros que dan paso al camino de la indicada vía. Con efecto, todos sus regimientos estaban escalonados de manera que fácilmente se ayudaran y que a la vez pudieran apoyar la artillería que dominaba el abra y a las tropas ligeras que defendían las alturas.

El 10° de «Valencey», uno de los mejores regimientos del ejército expedicionario, cubría el camino de Valencia a San Carlos. A su derecha, los batallones «Hostalrich» y «Barbastro», y a su izquierda, sobre la ruta de El Pao, el regimiento de «El Infante». Cuatro escuadrones de húsares y otros tantos de carabineros, robustecían las dos extremidades de esta línea, tras la cual se hallaba de reserva el regimiento de «Burgos», y a espaldas de éste, el resto de la caballería mandada por Morales. Detrás de aquel ejército apostado en la extremidad meridional de la llanura, se divisaban en el fondo de la planicie, sobre la verde alfombra, las tiendas de campaña donde había vivaqueado tres semanas y donde guardaba aún, junto con sus cuantiosas provisiones, su bien provisto parque. Las reservas de sus caballerías pastaban en prados más distantes.

Para quien trataba de aprovecharse de todas las ventajas que ofrecía el terreno, no era desacertado el plan del enemigo. Confiado La Torre, como todos los jefes españoles, en la superioridad de su poderosa infantería, procura combatir en un terreno donde no pudiéramos oponerle

otras armas que aquellas en que se estimaba superior, y en el cual forzosamente no debíamos tener la mejor parte, por carecer de artillería. Se mejante propósito aminoraba un tanto la imprudencia cometida por La Torre de desmembrar sus fuerzas en vísperas de una batalla que había de ser de grandes resultados, sólo por auxiliar en San Felipe al coronel Lorenzo, a quien a la sazón hostilizaban Carrillo y Reyes-Vargas, cuando después de obtenido lo principal, que era vencer a Bolívar, tenía tiempo de sobra para socorrer a su teniente. Sin embargo, es de suponer que el general español hubiera echado cuentas sobre su ventajosa posición y sus recursos todavía numerosos, pues que a pesar de la separación de Tello, con los batallones 1° de «Navarra» y «Barinas» y algunos cuerpos de caballería, el ejército español que teníamos al frente constaba aún de seis mil combatientes, la flor de sus aguerridos regimientos.

Al mismo número ascendían nuestras fuerzas y, sin embargo, no era igual la partida, pues todas las ventajas favorecían al enemigo que, además de ocupar la llanura y las colinas que la resguardaban, disponía de alguna artillería, lo cual nos obligaba antes de empeñar formalmente la batalla, a conquistar el terreno donde debía librarse.

Estudiadas las posiciones que sostenía el ejército realista, de hecho inabordables, hubo el Libertador de renunciar a su primer propósito de forzarlas de frente, pero deduciendo al propio tiempo, por la manera como se hallaban colocados los diferentes cuerpos españoles, que La Torre sólo esperaba nuestro ataque por uno u otro de los caminos ya indicados, concibió el atrevido intento de envolver al enemigo por uno de los flancos, arrojando las dificultades y peligros que le oponía el terreno.

Resuelto a llevar a cabo sin tardanza el proyectado movimiento, Bolívar hace llamar a uno de los guías que tomara en Tinaquillo, e inquiera de él la posibilidad de ejecutar tan arriesgada operación. El guía se mues-

tra experto e indica al Libertador una vereda poco conocida y casi impracticable, denominada La Pica de la Mona, como la única posible para penetrar furtivamente en la llanura sobre el flanco derecho del enemigo, haciendo gran rodeo. Después de meditar breves instantes, Bolívar se decide por la indicada vereda, y poniéndose a la cabeza de todos los zapadores del ejército, corre a la entrada del atajo y ordena a Páez penetrar por él con la primera división e ir a forzar la entrada a la llanura.

Serías dificultades ofrecía aquella operación. En primer lugar, para ganar la boca del atajo era indispensable aproximarse a las posiciones enemigas por la vera de un bosque situado al Occidente de la vía de San Carlos, cuya entrada, no distante del abra principal defendida por el ejército realista, barría la artillería de éste; atravesar luego el intrincado bosque y alcanzar la cima de una larga colina dominada también por los fuegos del enemigo; seguir por ésta sin resguardo posible, penetrar al fin por el estrecho cauce de una quebrada harto fragosa que prestaba difícil acceso a la llanura.

Páez se interna en la trocha. El resto del ejército amenaza de frente las posiciones de La Torre. La artillería realista rompe sus fuegos sobre la primera división; la comarca se estremece y palpitan con rapidez todos los corazones.

Mientras la división de Páez, internada en la estrecha vereda, vence cuantas dificultades se oponen a su marcha, los otros cuerpos, que en su oportunidad deben seguirla, permanecen en el camino real resguardados de los fuegos del enemigo.

Cedeño y Plaza se impacientan con el forzoso retardo que les hace sufrir la trabajosa marcha de la vanguardia; y sable en mano, esperan a la cabeza de sus respectivas divisiones el codiciado instante de lanzarse al combate.

Entretanto, la frente erguida, luminosa la mirada, los brazos cruzados sobre el pecho y sueltas las riendas sobre el cuello de su caballo, sigue



Bolívar los movimientos de las tropas de Páez; y sereno y confiado en su radiante estrella, observa al enemigo, y aguarda tranquilo el instante oportuno de mover contra él todo el ejército.

Transcurre una hora con desesperante lentitud. Sólo se oyen los fuegos de las tropas realistas y los rugidos de su vigorosa artillería. Profundo y solemne es el silencio en nuestras filas, la quietud angustiada; el tiempo corre, la impaciencia aumenta, es mediodía. ¿Hasta cuándo esperar? De pronto, en medio del estrépito de las descargas enemigas, se percibe otro lejano ruido, débil en su principio, entrecortado, luego más vivo, violento al fin y repetido como un inmenso redoble de tambores. Un estremecimiento simultáneo, eléctrico, recorre nuestras filas y mil voces robustas se elevan vitoreando la división de Páez, cuyos fuegos reconocen sus impacientes compañeros. Las bandas marciales dan al viento sus notas. Aquella primera réplica de nuestra vanguardia es para los otros cuerpos la señal de acometer, y las dos divisiones de Cedeño y de Plaza se lanzan atropelladamente por la trocha en pos de los que ya combaten.

Para llegar a punto de cambiar sus primeros disparos con el ejército español, la división de Páez había tenido que vencer serias dificultades, pero ninguna mayor ni más terrible que la última, al salvar la entrada a la llanura. A pesar de que el rápido y atrevido movimiento ordenado por el Libertador sobre la derecha del enemigo cogiera a éste de sorpresa, fácil le fue prevenirlo. La Torre hace cambiar de frente a una parte de su ejército, pónese él mismo a la cabeza del batallón «Burgos», y corre a cerrar a Páez la entrada del atajo. Era aquella reducida y fragosa; el batallón «Apure» que marchaba delante, tenía que desfilarse por entre el cauce de una quebrada, bajo los fuegos del enemigo que le cerraba el paso, sin poder contestarlos por carecer de frente, encerrado como se hallaba en aquella estrechura; empero, avanza siempre al pasitrote, con la cabeza baja como el toro cuando va a acometer; y roto, ensangrentado, dejando la agria tierra cubierta de cadáveres, penetra al fin preci-

pitadamente en la sabana precedido por Torres, su bravo coronel. No obstante tan vigorosa acometida, su mala situación no cambia, antes bien, se reagrava, pues solo y sin retirada, se encuentra entonces frente a todo el ejército español, y acometido a un tiempo por los batallones «Hostalrich» y «Barbastro» que vienen a reforzar a «Burgos», empéñase la lucha; lucha desesperada de parte del batallón republicano, al que sus numerosos contrarios cargan con furia sin dejarle hacer pie. Torres se esfuerza por rechazar tan formidable empuje. Aunque abrumado por tan numerosos contrarios, «Apure» se defiende briosa y desesperadamente. Dos veces se arroja sobre «Burgos», cruza con él sus bayonetas, y lo rechaza con estrago; pero embestido segunda vez por «Hostalrich» y por «Barbastro», repliega a su turno acribillado; gana una altura, la pierde en breve tiempo, torna a recuperarla, y a brazo partido con el más esforzado de sus pertinaces contrarios, persiste en disputar una victoria en extremo imposible. En aquella brega encarnizada hubo un instante en que las dos opuestas líneas casi llegaron a mezclarse; y entonces, rotas las bayonetas y descargados los fusiles, sobrevino un asalto violento a culatazos, y es fama que en medio del combate entrambos contendores se abofetearon con furor. No obstante su ardimiento, el batallón «Apure» no puede hacerse firme; pierde terreno, retrocede acosado y sin tino, se rompe al fin en varios trozos que lidian sin concierto, y va a desordenarse y a perecer sin remisión, cuando acude en su auxilio «La Legión Británica» que, apenas fuera del atajo, se interpone entre los batallones españoles y sus revueltos camaradas.

Aquel brillante regimiento, a tambor batiente y con banderas desplegadas, entra en batalla con la severidad de continente y el flemático carácter de su raza; erguido, reposado, correcto en su actitud y movimientos, marcha arma al hombro al compás de sus pífanos y parches, bajo un fuego espantoso, sin cejar un palmo ni disparar un tiro, hasta no formar su línea de batalla y clavar Asdhowm, su abanderado, el glorioso estan-

darte tricolor frente a los batallones enemigos. Toda la furia de los realistas se ceba entonces en «La Legión Británica» que viene a ser el nudo de la batalla, el blanco de todos los disparos de aquella tempestad. La artillería la abrasa y ametralla. La Torre con sus batallones la fusila; ella no cede, empero, y apenas si llega a estremecerse al empuje violento de tanto esfuerzo combinado que toma a empeño exterminarla. Farriar, su jefe, no lo tolera sin embargo, ni aquella nerviosa convulsión que puede dar motivo a suponerlos débiles; desciende del caballo, hace arrojar al suelo los morrales de todo el regimiento y manda a aquellos bravos hincar rodilla en tierra. El movimiento se ejecuta con admirable precisión; desde entonces la legión inglesa deja de ser un cuerpo como todos los otros, echa raíces en la tierra y se convierte en muro de granito.

Las balas golpean y aniquilan a tan heroicos soldados; sus hileras se aclaran; trozos enteros de su línea de batalla caen por tierra; y cual un edificio que se desmorona lentamente, sus escombros acrecen y se amontonan al pie de los cimientos. No obstante, el regimiento inglés como un volcán en erupción vomita a torrentes bocanadas de fuego. La muerte lo acecha, lo rodea y se ceba en sus filas: Farriar, su heroico coronel, rinde la vida a la cabeza de la línea, pronunciando la única palabra que ha repetido durante media hora: ¡firmes!... El comandante Davy, su segundo, lo reemplaza en el mando, donde no dura largo tiempo. Un capitán ocupa el primer puesto, tras éste otro que muere también al ocuparlo; y otros más a quienes toca la misma infausta suerte.

Al amparo de «La Legión Británica», Páez consigue reorganizar a «Apure», lo lleva de nuevo a la pelea y restablece con menos desventaja aquel recio combate. Unido a dos compañías de «Tiradores» con las que el fogoso Heras, adelantándose a la segunda división, se apresura a tomar parte en la refriega, «Apure» se une a los ingleses, y Páez ordena entonces cargar a la bayoneta.

Cuando el regimiento inglés recibe aquella orden, Minchin lo manda: es el más joven de sus capitanes; los otros ya no existen; y el resto de la oficialidad ha sido herida. «La Legión Británica» se levanta y acomete; y en el sitio donde a pie firme hubiera combatido, diecisiete oficiales quedan muertos, así como la mitad de los soldados de aquel glorioso cuerpo, que yace destrozado sobre la roja arena.

Con un frente de cuatrocientos hombres y sin más fondo que dos hileras de soldados, «Apure», «Tiradores» y «La Legión Británica» avanzan simultáneamente, con las bayonetas asestadas sobre los regimientos españoles con que La Torre riñe la batalla: carga brillante, a cuyo empuje ceden los realistas, pierden sus posiciones, y sin dejar de hacer un vivo fuego sobre nuestra línea en movimiento, repliegan buscando apoyo en el grueso de su caballería.

Mientras lucha tan bizarramente nuestra infantería, inferior en mucho a la contraria, atraviesa la difícil quebrada un grupo de jinetes de la guardia de Páez, encabezado por el valiente capitán Ángel Bravo, y parte del escuadrón primero de «Lanceros», a las órdenes del coronel Muñoz; y a tiempo llegan de hacerle frente a los húsares de «Fernando VII» y a los dragones y carabineros de la «Unión», que en número de quinientos caballos lanza La Torre sobre la extrema izquierda de nuestra línea de batalla con el objeto de envolverla. Terrible es el momento: aquella carga, no rechazada a tiempo, puede poner en grave riesgo la jornada, todos los cuerpos enemigos la apoyan con calurosa decisión. Páez no puede oponerle sino escasos grupos de lanceros; no fluctúa sin embargo, y al encuentro de la furiosa acometida hace salir cuantos caballos tiene a mano, sin exceptuar los jefes y oficiales de su plana mayor. A las órdenes del impetuoso Vásquez, parten a rienda suelta nuestros jinetes como dardos, se enfrentan a la caballería enemiga, y un choque violento, formidable, retumba en la llanura dominando el fragor del combate.

La ansiedad que produce lo indeciso de aquel nuevo episodio, juzgado de gran trascendencia por uno y otro bando, se manifiesta en todos los semblantes; y el silencio repentino que guardan un momento las contrapuestas infanterías, demuestra su inquietud y anhelo por conocer el resultado de aquel terrible choque. Empero, por algunos minutos forzoso es ignorarlo: densa nube de humo a la vez que de polvo, cubre y oculta los encontrados escuadrones.

Páez reúne, entretanto, los trozos de su caballería que lentamente salen a la llanura. Su ansiedad por allegar el mayor número, sin privar de su presencia alentadora a su diezmada infantería, se descubre en la rapidez vertiginosa con que lanza su impetuoso caballo para acudir a todas partes: así se ve lucir entre el revuelto torbellino del combate su rojo penacho, batido por el viento, cual una llama errante, veloz, inextinguible, alma de la batalla, provocadora del incendio.

De pronto, en medio de la inquietante expectativa que sufren los dos bandos, la llama voladora se detiene; y Páez, lleno de asombro, ve salir de la nube de polvo que oculta los efectos de aquel violento choque, a un jinete bañado en propia sangre, en quien al punto reconoce al negro más pujante de los llaneros de su guardia: aquel, a quien todo el ejército distingue con el honroso apodo del «Primero».

El caballo que monta aquel intrépido soldado, galopa sin concierto hacia el lugar donde se encuentra Páez; pierde en breve la carrera, toma el trote, y después, paso a paso, las riendas sueltas sobre el vencido cuello, la cabeza abatida y la abierta nariz rozando el suelo que se enrojece a su contacto, avanza sacudiendo su pesado jinete, quien parece automáticamente sostenerse en la silla. Sin ocultar el asombro que le causa aquella inexplicable retirada, Páez le sale al encuentro, y apostrofando con dureza a su antiguo émulo en bravura en cien reñidas lides, le grita amenazándolo con un gesto terrible: ¿Tienes miedo? ¿No quedan ya enemigos? ¡Vuelve y hazte matar!

Al oír aquella voz que resuena irritada, caballo y jinete se detienen: el primero, que ya no puede dar un paso más, dobla las piernas como para batirse; el segundo abre los ojos que resplandecen como ascuas y se yergue en la silla; luego arroja por tierra la poderosa lanza, rompe con ambas manos el sangriento dormán, y poniendo a descubierto el desnudo pecho donde sangran copiosamente dos profundas heridas, exclama balbuciente: Mi general... Vengo a decirle adiós... porque estoy muerto. Y caballo y jinete ruedan sin vida sobre el revuelto polvo, a tiempo que la nube se rasga y deja ver a nuestros llaneros vencedores, lanceando por la espalda a los escuadrones españoles que huyen despavoridos.

Páez dirige una mirada llena de amargura al fiel amigo, inseparable compañero en todos sus pasados peligros; y a la cabeza de algunos cuerpos de jinetes que, vencido el atajo, han llegado hasta él, corre a vengar la muerte de aquel bravo soldado, cargando con indecible furia al enemigo.

Los regimientos españoles resisten todavía, pero aquella violenta acometida decide la batalla. Con el vencimiento de los «Dragones» y los «Húsares» notable desconcierto se opera en el ejército realista; desconcierto que aumenta la inmovilidad de los lanceros de Morales, y que pronto se convierte en espanto con la fuga vergonzosa de aquel jefe y de los suyos.

Lo que podía estimarse como incidente de la batalla, en el plan trazado por Bolívar, decide la jornada sin dar tiempo a que los otros cuerpos que marchaban a reforzar a la primera división logaran apoyarla.

El Libertador se había esforzado en vano, durante el recio empeño de las tropas de Páez, en precipitar la trabajosa marcha de Cedeño y Plaza, la cual dificultaba no tan sólo el desfile indispensable a que los obligaba la vereda donde se hallan internados, sino el crecido número de caballos que obstruía la entrada a la llanura y el mismo desordenado anhelo de nuestros escuadrones para tomar parte en la refriega.

Mayor que la impaciencia que Bolívar había experimentado con el retardo de las dos divisiones, fue su angustia cuando al flaquear el enemigo miró resuelta la batalla por el heroico empuje de Páez y sus soldados, sin que fuera posible conseguir que todo el ejército español quedase prisionero. Vencedora, pero destrozada, no era dable a la 1ª división rendir a sus contrarios. En tal conflicto, el Libertador ordena a Plaza y a Cedeño prescindir del camino que llevan y penetrar al campo de batalla rompiendo las tupidas malezas y trasmontando las colinas como les fuera posible. Y embargada el alma con el placer de la victoria, al propio tiempo que por el sentimiento de que no llegara a ser completa, presencia entusiasmado los esfuerzos de Páez por sellar aquel día la más gloriosa página de su historia inmortal.

Sin el apoyo de su caballería, La Torre se ve envuelto: los batallones con que hace frente a «La Legión Británica», «Apure» y «Tiradores» retroceden con precipitación. En vano se empeña en detener aquel funesto movimiento precursor del desastre; en vano con el ejemplo de una entereza singular, estimula a sus aturdidos camaradas. Inútil es su empeño: las órdenes que da no se ejecutan; grita, insulta, amenaza, suplica, todo en vano; su voz se pierde en el estrépito de la ardorosa lid, su brazo se fatiga. Tenaz soldado, insiste sin embargo en la tarea imposible de conjurar los acontecimientos de la catástrofe que amenaza estallar y que lo arrastra, al fin, con la impetuosidad del huracán. «Hostalrich», da, el primero, el pernicioso ejemplo; al bote de nuestras bayonetas rompe las filas, se desbanda y huye produciendo terrible sacudida entre los otros cuerpos españoles. «Burgos» fluctúa, no obedece la orden que le intiman sus jefes de dar frente a los lanceros reunidos de Silva y de Muñoz; y cargado de flanco se desordena, gira sin concierto, y sirve de pasto a las lenguas de acero de nuestros escuadrones.

Al otro extremo de la línea enemiga, el regimiento de «El Infante», hasta entonces poco combatido, se ve de súbito atacado por Uslar y

por Sandes que, a la cabeza de sus respectivos batallones, «Granaderos» y «Rifles», penetran al trote en la llanura por vía distinta a la que diera paso a la primera división. Indecible pánico conturba a aquel afamado regimiento: no espera el choque de nuestros batallones, les da la espalda con precipitación y corre a confundirse con los revueltos y amedrantados grupos de sus ya fugitivos compañeros.

En el instante en que el ejército español cede y se rompe, un apuesto jinete penetra en la caliente arena del combate; su marcial arrogancia cautiva todas las miradas y nuestros escuadrones saludan con frase de entusiasmo al joven general de la 3ª división republicana, a quien abraza inmoderado anhelo de tomar parte en la batalla que ve expirar, sin esgrimir su espada. Apenas en el campo, busca y divisa los cuerpos enemigos que aún defienden airados sus rasgadas banderas, y sobre ellos se lanza a toda brida, sediento de merecida gloria.

«Barbastro» y «Valencey» son los únicos cuerpos castellanos que todavía resisten el empuje de nuestras armas triunfadoras; sobre ellos se ensanchan nuestros escuadrones y al par del común empeño que todos ponen en vencerlos, se ven de pronto acometidos por un escaso grupo de jinetes, cuya audacia los conturba, y a cuyo frente, violentos e impetuosos como el huracán, emulándose en rapidez y en arrojo, se miran dos atletas a cual más esforzados: Páez, el victorioso, y el denodado Ambrosio Plaza, en quien la sangre de su claro linaje bulle ardiente y generosa.

Ante aquella furiosa acometida, «Valencey» retrocede y «Barbastro» se rinde; más ¡ah! su postrera descarga antes de entregarse prisionero arrebatada a Colombia una de sus más puras y más preclaras glorias: una bala penetra el corazón del joven héroe, y Plaza expira entre los vítores del triunfo.

Con la entrega de «Barbastro», el campo de batalla se siente sacudido por la gran catástrofe de las legiones españolas; y un grito espantoso,



clamor desgarrador, inmenso, último suspiro de agonía de aquel pujante ejército, resuena en la llanura, y la derrota, contenida un instante, se declara completa.

«Carabobo» duró lo que el relámpago; puede decirse que para todos fue un deslumbramiento.

Sobre la frente erguida del vencedor en «Las Queseras» brillaba un laurel más, y de alto precio.

El Libertador desciende a la llanura en el momento que se decide la batalla. Su pronóstico estaba cumplido; el ejército patriota saluda entusiasmado a su inmortal caudillo.

Tres siglos de absoluto poderío quedaban sepultados por aquella jornada. Venezuela se levantaba libre, del polvo enrojecido con la sangre de sus hijos, y golpeaba con sus pesados grillos la espalda de sus dominadores. La tiranía vencida se abate espantada, como sus factores los déspotas, cuando el hierro que esgrimen se les rompe en las manos, y se alzan las víctimas, y les muestran los cerrados puños, donde sangran las llagas testimonio de las estrechas ligaduras.

Semejante derrota, más que un desmoronamiento, era un vértigo horrible, inexplicable, en aquellos pujantes legionarios que tantas veces nos disputaron la victoria. Los más valientes, todos, pues que todos lo eran, corrían despavoridos; nuestra caballería acuchillaba aquellos leones como a simples corderos; empero, algo aún más terrífico que el bote de las lanzas, los hacía estremecer, los acosaba: la sombra de todas sus pasadas crueldades se erguía ante ellos y les causaba espanto.

Todas nuestras victorias y desastres tomaban parte activa en aquella catástrofe, y de lo alto de nuestras banderas volaban y seguían el confuso tropel de la derrota. Sobre la frente pálida de aquellos amedrentados fugitivos, batían las alas, cual relámpagos, «Araure» y «La Victoria», «San Mateo», «Vigirima», «El Juncal» y «San Félix», «Boyacá»

y «Las Queseras»; mientras con rostro cárdeno y torva la mirada, ¡ay! sus pasados triunfos, espectros aún más terribles para ellos, gritaban con estridente voz a sus oídos: ¿a qué la sangre derramada si habíais de ser vencidos? Y «Urica» les mostraba la cabeza de Ribas; «Cumaná» y «Maturín», las manos enrojecidas con la sangre de mujeres y niños; Barcelona, el hacha del verdugo y la tea del incendio; y «La Puerta», su triple brazo armado, sangriento, amenazante, con el puñal de Morales, la espada de Morillo y el sable de Boves, mellados en el degüello de millares de víctimas.

El ejército de Fernando el Deseado estaba vencido, y vencido sin gloria. Empero, la vergüenza de aquel abatimiento no había de mancillar a España, no.

Detrás de aquel ejército acometido de pavor, aparece de pronto, altiva como siempre en la tradición y en la historia, la pujante raza del Cid y de Pelayo: la España pueblo, la gloriosa España, con el espíritu indomable que inflamó de heroísmo a Zaragoza, y con el fuego inextinguible que abrasó la mano del vencedor de Europa al intentar posarla sobre la tierra ibera.

En medio a la catástrofe, en el seno mismo de aquel violento torbellino, ola rugiente, mezcla vertiginosa de vencedores y vencidos; cuando el ejército realista, roto, disuelto, se siente arrebatado por la vorágine del pánico, y sucumben los de mayor aliento entre sus bravos; cuando se ven entre las sombras del desastre aquellos poderosos regimientos inclinar la cerviz bajo el peso de una mano invisible; «El Infante» abatido, «Burgos» acuchillado, «Barbastro» rendido y prisionero e inmóviles sus soldados, como estatuas de piedra sobre un campo de fuego; «Hostalrich» disuelto como nube de polvo; los húsares peninsulares destrozados y en fuga; los «Carabineros» revolcados; Morales a la cabeza de su caballería, sin romper una lanza, abandonando a escape la arena

del combate; la artillería asaltada por Piñango y Manrique, y arrojando metralla sobre sus primeros poseedores; La Torre sombrío, sin aliento, sin voz, rendido de fatiga, con el caballo herido que apenas puede sostenerlo, arrastrado a su pesar por la derrota; y los vencidos todos, bajo la planta de los vencedores; y todos los que huyen, acosados y envueltos entre nubes de lanzas; y nuestros llaneros triunfadores, que a la vez que persiguen con furia, arrebatan los toldos de las tiendas que han de servir de manta a sus caballos; y el Genio de la América, extendidas. Las alas poderosas sobre el campo que estremecen las dianas de nuestros batallones; y Bolívar, que a nombre de Colombia proclama a Páez capitán general; y gritos de victoria y rugidos profundos que resuenan en todas direcciones con atronadora algazara; en aquel instante de suprema agonía y de júbilo inmenso, en que el mortal estrépito es canto para unos y lúgubre resonancia para otros; en medio de aquel pavor y aquella pujanza; cuando nada resiste y todo se derrumba al empuje de nuestras armas victoriosas, levántase de súbito, entre las brumas del desastre, la heroica España personificada en «Valencey».

La inmensa ola que todo lo abate y lo sepulta se estrella contra las bayonetas de aquel invicto regimiento, opuesto, con inaudita audacia, a una victoria consumada por uno de esos predestinados a la terrena gloria: gigantes de osadía, que sólo esperan para lucir su talla, el instante supremo de la catástrofe, y a quienes el dios tutelar de las naciones confía salvar la honra de la patria por sobre los escombros del más completo vencimiento.

Interpónese «Valencey» con su brazo de hierro entre la derrota y la victoria. La primera sin poder arrastrarle, pasa rozando los uniformes de aquellos fieros veteranos; la segunda, se detiene admirada frente a tanto heroísmo: choca luego contra la inesperada resistencia, y toda su pujanza la emplea en exterminar a quien se atreve a refrenarla en su rápido curso.

Un oscuro oficial, un simple coronel manda a aquel regimiento. Su nombre, que apenas lo registra la historia, no tenía precedentes gloriosos: llamábase don Tomás García; fue en Carabobo donde se dio a la fama: empujado sobre aquella derrota, nuestra victoria le prestó fulgores y lo hizo visible. Aquel desconocido de la víspera, gritó su nombre en la insigne jornada y todos los que asistían a ella lo escucharon y hoy lo repite la posteridad. Sus compañeros lo apellidaban el «Moro», por lo bronceado de su tez, y es fama que lo respetaban y temían por su carácter áspero y altivo. La tradición apenas dice poco más; empero, para brillar como brilló en medio de tanta claridad, era indispensable ser astro, y astro de luz propia. El sol de España en el ocaso tuvo un momento, antes de desaparecer de nuestro cielo, la esplendidez del mediodía; lanzó un rayo de luz que a todos deslumbró: fue aquel rayo García; su disco, «Valencey».

Cuando el ejército español se desbandaba, sin que hubiera poder humano a detenerlo, García mandó hacer alto a sus mil veteranos, y éstos obedecieron como impulsados por un resorte oculto. El regimiento se hace firme, deja pasar los fugitivos y, apoyado en las asperezas de una quebrada, resiste el primer choque de Páez con sus intrépidos llaneros. Luego maniobra diestramente hasta formarse en cuadro, y acosado por nuestros jinetes que a empeño toman destrozarlo, emprende la más brillante retirada, disputando palmo a palmo el terreno que pisa y el terreno que gana. Entre la triple línea de bayonetas que forman los costados de aquella viviente e improvisada fortaleza, se encierra con la altivez de España su gloriosa bandera; allí el león soberbio de Castilla ruga con pasmosa energía y opone a nuestro triunfo su indómita pujanza.

Detrás de «Valencey» se parapeta la derrota para huir a mansalva como detrás de un escudo, y nuestros escuadrones antes de continuar acuchillándola se ven forzados a vencer el obstáculo que le disputa el exterminio de aquellos cuerpos desbandados.

Revueltos, confundidos y dejando el campo cubierto de despojos, soldados y oficiales de todas armas huyen despavoridos por el camino de Valencia: nada es capaz de detenerlos, ni el heroísmo de aquel grupo de bravos, que del polvo recogen su bandera, y que ofrecen sus generosos pechos a los fulmíneos rayos de tan deshecha tempestad.

En ocasión de tan ínclita hazaña, el campo de Carabobo exhibe un espectáculo grandioso a la vez que imponente. Sobre el abatimiento de las legiones españolas, el ejército vencedor, poseído de júbilo, pregona su victoria con tan atronadora vocería que, aquellos mismos de los nuestros que yacen moribundos en el sangriento campo, despiertan un instante, y, fija la pupila en el espléndido sol de quien reciben la postrimera luz, buscan a tientas con la convulsa mano la rama de laurel que ha de sombrear sus tumbas; y en la última agonía tratan de unir su voz desfalleciente al himno de victoria que entonan por la patria sus más afortunados compañeros. Aquí el duelo; más allá la apoteosis. En medio de la llanura, el heroísmo de aquel soldado íbero que finca todo empeño en aparecer de gala entre las sombras de su propio desastre; y sobre el horizonte, el huracán de la derrota agitando con siniestro rumor sus negras alas, y rápido alejándose del deslumbrante resplandor de una victoria que reflejan las armas de los arrogantes triunfadores.

Con el inesperado movimiento de «Valencey» cambia la escena; revive la lucha.

Por sobre los despojos de la derrota, García se repliega combatiendo, galopa nuestra caballería y se lanzan al trote nuestros fatigados batallones.

A las constantes embestidas de los jinetes del Apure, opone «Valencey» la solidez de sus compactas filas, la enérgica voluntad que lo domina. El trueno de sus descargas estremece de nuevo la llanura, las enristradas bayonetas se clavan en el pecho de nuestros caballos y la lluvia de balas

que arroja de su seno la improvisada fortaleza postra a sus pies a los más esforzados y rebota sobre las alas de nuestra espléndida victoria provocando sus iras.

Sobre el cuadro enemigo que así se yergue en medio de nuestro triunfo, arroja el Libertador todos los cuerpos de su caballería; dos mil quinientas lanzas acometen y envuelven simultáneamente al denodado regimiento, que se exhibe entre ellas como una presa gigantesca rodeada de innumerable banda de hambrientas águilas, disputándose el logro de asestar la formidable garra sobre el sangriento flanco que incita su apetito.

Siguiendo su acostumbrada táctica, nuestros llaneros acometen, chocan y retroceden para ganar distancia y embestir otra vez con más violencia. Entre una y otra acometida, García repliega al paso, sin alterar la formación dada a su regimiento, y trata de alejarse de nuestros batallones. No obstante, a cada nueva carga se detiene, fulmina, hace rodar por tierra jinetes y caballos, y torna a retirarse dejando de sus pasos ensangrentada huella.

De esta suerte siempre acosados, y siempre resistentes, los granaderos españoles logran salir al fin de la llanura y ganar la escabrosa ruta de Valencia, donde con menos riesgo pueden hacerle frente a los escuadrones patriotas; allí ponen en juego dos piezas de artillería salvadas del desastre, y ora apoyados en las tortuosas quebradas del terreno, ora en los bosquecillos y colinas entre los cuales se desliza el camino, oponen doble resistencia a los ataques reiterados de la caballería republicana.

Dado el terreno donde de nuevo se traba la pelea y las opuestas armas que combaten, todas las desventajas están de nuestra parte. Para llegar a punto de cruzar el hierro de sus lanzas con las bayonetas españolas, nuestros jinetes, las más veces, se encuentran obligados, después de soportar el fuego de aquellos veteranos y los disparos de su encubierta artillería, a saltar sobre zanjas profundas, a romper las tupidas malezas

y a trepar por repechos erizados de breñas, capaces de inutilizar nuestros caballos y hacer ineficaces los mayores esfuerzos; y todo eso, bajo la acción violenta de una copiosa lluvia que dura poco tiempo, pero que basta para formar arroyos en medio del camino y embarazar casi del todo los movimientos de nuestros escuadrones. En el lodo resbalan los caballos, caen, se levantan y trabajosamente pueden trotar sin riesgo de abatirse; la lucha, sin embargo, no desmaya, antes bien, tantas dificultades exacerban el encono de los llaneros furibundos. Cunde la emulación entre los más audaces, y los choques se repiten con tal furia que espanta. Muy caro paga «Valencey» su intrepidez y arrogancia: de sus compactas filas ve arrebatarse sus granaderos por la barra de bronce de aquellos fantásticos centauros que se encaraman sin escrúpulo sobre las erizadas bayonetas, que pisotean cuanto a sus pies se abate, y que vociferando con frenesí salvaje sus personales triunfos, insultan al propio tiempo a sus contrarios y maldicen con la misma energía a la bala que los echa por tierra y al espantado bruto que, sordo a los reclamos de la espuela, esquiva el fuego de fusilería o se encabrita y retrocede ante la aguda bayoneta que hiere sus narices o desaparece en sus entrañas.

Más de una vez, durante aquella brega encarnizada, se vio saltar a tierra, abandonando los cerriles bridones que renunciaban al combate, a muchos de aquellos jinetes temerarios; acometer con furia al enemigo, luego caer acribillados por las balas e intentar todavía, arrastrándose cual si fueran serpientes, clavar la aguda lanza en el vientre de los soldados españoles.

¡Oh! fue entonces cuando García sintió gravitar sobre sus hombros todo el peso de la catástrofe que lo envolvía en la completa ruina de La Torre y cuando asombrado por el valor creciente y la inagotable fortaleza de sus contrarios pertinaces, llegó a dudar de su futura suerte.

La generalidad de nuestros jefes se había propuesto rendir a «Valencey»; pero de todos ellos los que no tomaron parte en la decisión de la batalla fueron los que mayor ahínco pusieron en alcanzar tan codiciada gloria. De este número, el más esclarecido por mil títulos era el jefe de la segunda división republicana, el «bravo de los bravos», el terrible Cedeño, que, ciego de despecho por no haber roto lanzas en la inmortal jornada, casi podía creerse que agradeciera a «Valencey» la sin par entereza que mostraba, pues que ella le ofrecía ocasión oportuna para desahogar la tempestad que llevaba en el alma. A los ojos de aquel indómito soldado, «Valencey» aparecía como su presa, como la parte aún no apropiada del glorioso botín recogido por Páez y la primera división; él sólo quiere tener la gloria de hacerlo prisionero o de aplastarlo al bote de su lanza bajo los pies de su caballo.

Destino, ¡quién pudiera penetrar tus arcanos!

La gloria atrae como el abismo; ambos tienen sus vértigos, el héroe se siente arrebatado y se deja arrastrar.

Toda la emulación y ardimiento que despierta y exalta la tenaz resistencia de los granaderos españoles se concentra en Cedeño: brilla en sus ojos con siniestros reflejos y da a la talla hercúlea de aquel terrible batallador de nuestras selvas agigantadas proporciones. Al verle aparecer a rienda suelta, blandiendo con mano poderosa la formidable lanza; ceñudo el rostro y torva la mirada, al frente de un grupo de jinetes que más parecen leones y en el cual se distinguen por su notoria intrepidez: Diego Ibarra y Rondón y Silva y Aramendi, Flores y Carbajal, nadie se atreve a disputarle el paso. Los cuerpos que a la sazón riñen con «Valencey» se abren en alas y le ceden el campo. Con la impetuosidad del huracán, chocan Cedeño y sus jinetes contra el muro de acero del cuadro invulnerable que, para recibirlos, torna a formar García con todo el regimiento. Una sola explosión acompañada de insólito fragor resuena con estrépito: las bayonetas y las lanzas saltan en pedazos; y el formidable cuadro, cual si



de pronto hubiera sido sacudido por el brazo de Hércules, experimenta violenta conmoción, cede al choque, se rompe y deja penetrar entre sus filas nuestros caballos impetuosos. Allí Cedeño hiere, taja y destroza cuanto resiste a su pujanza. Segador insaciable, siembra la confusión y el espanto entre aquellos soberbios veteranos que ruedan a sus pies como abatidos por el rayo. A los ímpetus cada vez más violentos de sus empecinados contendores, acrece la confusión y el tumulto en las filas realistas. Medio regimiento yace por tierra bajo los cascos de los caballos, y Cedeño cuenta ya por suya la victoria, cuando la voz terrible de García y su indomable brío devuelven a sus atropellados granaderos la perdida serenidad y todo su ardimiento. En medio del conflicto, a punto ya de sucumbir, «Valencey» hace un esfuerzo sobrehumano, sacude el peso que lo postra, levanta la cerviz con arrogancia, estallan de repente sus volcados cañones, y el bravo de los bravos de Colombia, el glorioso Cedeño, detenido de súbito por la traidora mano de la muerte ante los resplandores del más brillante de sus triunfos, cae sin vida sobre las bayonetas enemigas sin haber dado cima a aquella ardiente y temeraria empresa.

Con semejante catástrofe, los contrapuestos lidiadores, a la par destrozado, suspenden el combate; nuestros jinetes se repliegan confusos y bañados en sangre; y delante del cadáver de Cedeño, que llena el sitio de la ensañada lid, «Valencey» se estremece y retrocede amedrentado.

¡Así, tus hijos, patria mía, supieron batallar por conquistar su libertad e independencia! ¡Y así murieron los que plugo al Destino arrebatarte en aquella jornada del definitivo vencimiento de tus seculares opresores! A ti, la herencia de sus glorias; al mundo, el noble ejemplo de aquellas sus virtudes, que supieron probar en el martirio y que no alcanza a mancillar el infecundo soplo, atizador constante de mezquinas pasiones.

Después de aquel asalto tan rudo como infructuoso para nuestras armas, «Valencey» recobra la perdida esperanza de salvarse, y con razón se cree a cubierto de mayores peligros.

Convencido el Libertador de lo ineficaz de los esfuerzos de su caballería para rendir a «Valencey» en el terreno que a la sazón pisaba tan disciplinado regimiento, y no siendo posible darle alcance con nuestra fatigada infantería, hace montar a la grupa de los caballos parte de los batallones «Granaderos» y «Rifles», y les ordena perseguir y detener a los veteranos de García, mientras los otros cuerpos que marchaban a pie y que seguían al trote tras sus huellas, lograban alcanzarlo. Acertada era la medida, pero desgraciadamente era tardía: «Valencey» nos había ganado gran ventaja, camino de Valencia, y poco distaba ya de esta ciudad.

A pesar de los repetidos rechazos que a cada nuevo asalto sobre el cuadro enemigo sufren nuestros jinetes, no desmayan, antes bien, se enardecen. Durante las leguas que recorren en su gloriosa retirada los granaderos españoles, no cesan nuestros llaneros de acosarlos, y el áspero sendero riegan copiosamente con su sangre.

Víctima de su arrojo, el valerosísimo Mellado cae en Barrera, acometiendo a «Valencey». De tan intrépido soldado guarda la tradición postrimera frase, llena de arrogancia. A tiempo que se lanzaba sobre las bayonetas enemigas, se ve emulado por uno de los suyos que se propone adelantársele; tal audacia exalta la bravura de Mellado, quien desgarrar con la espuela los ijares del violento corcel en que cabalga, y dejando tras sí a su impetuoso camarada, le grita blandiendo con orgullo su poderosa lanza: «Compañero, por delante de mí, la cabeza de mi caballo». Minutos después estaba muerto.

Igual suerte les había tocado poco antes a los coroneles Arraís y Meleán y cupo luego, en Tocuyito, al brioso Olivares.

Con los postreros resplandores del crepúsculo llegaba «Valencey» a las primeras casas en las afueras de Valencia, cuando se vio atacado repentinamente por los «Granaderos» y los «Rifles» que, saltando de las grupas

de los caballos que los trajeran al galope, le acometen con simultánea decisión.

Trábase allí de nuevo ardoroso combate: García se parapeta detrás de las empalizadas y en las derruidas paredes de aquella parte del poblado, y resiste algún tiempo el vivo fuego y el empuje de nuestra infantería. Luego abandona tan socorridas posiciones; deja en nuestro poder su artillería y no pocos heridos, y, protegido por la oscuridad de la noche, gana al trote la vía de las montañas costaneras, en seguimiento de sus derrotados compañeros que se dirigen a Puerto Cabello.

Pocas horas después, García y La Torre se juntaban al pie de la montuosa cordillera, y entre las sombras de aquella otra noche triste para las huestes españolas, brillaron dos relámpagos siniestros en las pupilas de aquellos dos campeones, a tiempo que de sus nobles pechos, llenos de cólera y desesperación, brotaron a la par un suspiro profundo y un rugido incalificable.

El humo del último combate que sostuviera «Valencey», no se había disipado, cuando Bolívar y el ejército patriota ocupaban a Valencia. Rápidamente dispone el Libertador las operaciones que deben practicarse sobre Puerto Cabello. Deja a Mariño al frente del ejército y, acompañado de Páez, y de uno solo de los batallones de la «Guardia» se dirige a Caracas, donde con suerte adversa combatió en sus calles el ínclito Bermúdez, el mismo día que se sellaba en Carabobo la completa independencia de Colombia.

Hacía siete años que Bolívar no franqueaba las puertas de Caracas; siete años de combates, de sacrificios, de prodigios que llenaron de asombro al continente, de gloria a Venezuela. Inmenso júbilo produjo su presencia en la noble ciudad, cuna y antorcha de la independencia suramericana. El gladiador terrible, que perdidoso la abandonara en 1814, volvía a sus puertas triunfador en 1821. Con la Capitanía Gene-

ral de Venezuela y el Virreinato de la Nueva Granada, perdía la España sus colonias de América.

Después de «Carabobo» el ejército español se vio obligado a refugiarse en la fortaleza de Puerto Cabello, único pedazo de tierra que, al amparo de fosos y bastiones quedó a la metrópoli de aquel inmenso territorio sometido a sus armas por tres siglos. Allí fue a guarecerse el león soberbio de Castilla; más no por largo tiempo: su amurallado recinto fue asaltado por Páez en 1823, y hubo para siempre de abandonar a Venezuela.

«Carabobo» sella nuestra emancipación. Bolívar emprende nuevas lides, y hasta el templo del sol conduce la victoria: «Bomboná», «Pichincha», «Junín» y «Ayacucho» son las huellas del gigante. El brillo de su espada eclipsa los más altos prodigios de los conquistadores castellanos; ella deslumbra a vencedores y vencidos, y le arrebató a España la libertad de un mundo.

Sesenta años se han interpuesto entre nosotros y aquellos días de inmarcesible gloria. Los rencores que suscitan las contiendas armadas, ya no existen; se olvidaron las violentas pasiones, la emulación terrible y la crueldad recíproca; sólo vive el recuerdo de las grandes hazañas y el renombre glorioso de aquellos heroicos lidiadores que opuestos en ideas, tendencias e intereses, riñeron con sin igual bravura en pro de sus banderas.

Una misma religión, idénticas costumbres, igual carácter, noble y generoso en los arranques de genial expansión, a la vez que terrible en las apasionadas manifestaciones de cólera y venganza; una madre común, los mismos vicios y las mismas virtudes, la misma hermosa lengua para jurar y bendecir, y una misma sangre, ardiente e impetuosa, circulando en las venas y manchando las manos de tan ensañados paladines, hacen de aquella lucha una contienda de familia, terrible y desastrosa, como

acontece en las guerras fratricidas. Nada sufrió el orgullo de la raza con el triunfo de los americanos en la independencia de las colonias españolas. En aquella contienda, lo nuevo triunfó de lo viejo; la Monarquía inclinó la cabeza y se irguió la República. La victoria, en síntesis, corresponde a la idea. Después de tres siglos de dominio absoluto sobre la vasta región del Nuevo Mundo, España no fue vencida sino por España. Las glorias castellanas no fueron empañadas; con la espada del Cid triunfó Bolívar; la histórica tizona blandíala un descendiente del héroe de Vivar.



# Carabobo

ÁLVARO VALENCIA TOVAR

¡Caracas por fin!

Con la batalla de Boyacá no solamente se ha ganado el corazón geopolítico de la gran área formada por los pueblos que Simón Bolívar ansía libertar con su espada y unir en una gran nación, sino que asesta al poderío español en América un golpe definitivo. Lo que ha de seguir en adelante es el dominio gradual de los baluartes que el imperio se esfuerza tozudamente en mantener, cuando todo indica que se han agrietado las estructuras mismas de un esquema político cuyo derrumbamiento final es simple cosa de tiempo.

La derrota militar de Barreiro, vencido mentalmente desde antes de dar la batalla, fue mucho más que un desastre en términos castrenses. Significó el colapso de un régimen que había cometido crasos errores en el manejo de la situación política, subsecuente a la reconquista de las colonias en rebeldía, por las armas españolas. Morillo se proyecta en la historia como un recio general. Y pésimo pacificador. No comprendió la actitud de las gentes después de su victoria. Así como pecó al llegar a Venezuela perdonando a Arismendi en Margarita, al tratar a la Nueva Granada con excesiva drasticidad minó con su proceder inflexible los cimientos mismos del poder colonial, malquistando las autoridades del restaurado virreinato con quienes se mostraban prestos a sostenerlo.

Bolívar, imposibilitado para derrotar a Morillo en el campo de batalla, donde el duelo de general a general quedó indeciso en sus confrontaciones directas, lo vence en el más amplio de la gran estrategia, o sea,

donde se combinan sutilmente la política y la dirección militar de la guerra. Es clara la lección histórica que de ello se deriva: las armas son un medio, jamás un fin en sí mismas. Lección simple que, con todas las que la humanidad siembra y recoge en su azaroso peregrinaje, suele olvidarse bajo la obnubilación soberbia de la fuerza.

Dueño de la Nueva Granada, el Libertador quiebra para siempre la continuidad geográfica de las posesiones españolas, indispensable para conducir la guerra como un todo. A partir de la victoria de Boyacá se configuran así dos teatros de operaciones, tan distantes en espacios y barreras naturales, que concentran acciones para producir una lucha articulada en dos frentes, contra el núcleo dominado por los republicanos, no resulta factible. La presencia del general San Martín al sur, crea, además, una amenaza que aferra las fuerzas del rey en Perú, lo que les impide concurrir al esfuerzo convergente sobre ese núcleo. En el ámbito estratégico éste hubiese sido lo deseable para triturar en mandíbula gigantesca las aún débiles fuerzas independentistas en Nueva Granada.

De allí la celebridad, explicable tanto dentro del ámbito estratégico de explotación de la victoria como en el político para consolidar el efecto de éste sobre el pueblo granadino. Con este fin el Libertador utiliza la conmoción productiva por el súbito colapso del poder adversario, conseguido en una sola acción de armas. Esta consecuencia psicológica que la derrota produjo en los soberbios gobernantes del rey y en su mando militar, se patentiza en la fuga alocada del virrey Sámano con los funcionarios más representativos del gobierno español y en la desarticulación total del mando militar, una vez su cabeza desapareció en la batalla perdida.

Nadie mejor que el propio Morillo pudo apreciar la magnitud del desastre, cuando en comunicación al ministro de guerra, firmada en Valencia el 12 de septiembre de 1819, declara con abrupta franqueza:



Esta desgraciada acción entrega a los rebeldes, además del Nuevo Reino de Granada, muchos puertos en el mar del sur, donde se acogerán sus piratas; Popayán, Quito, Pasto y todo el interior de este continente hasta el Perú, en que no hay ni un soldado, queda a merced del que domina en Santa Fe, a quien al mismo tiempo se abren las casas de moneda, arsenales, fábricas de armas, talleres y cuanto posesía el Rey nuestro señor en todos los virreinos. Tres mil venezolanos aguerridos que formaban la Tercera División, muy buenos oficiales y cuatro o cinco mil fusiles aumenta ya el ejército de Bolívar, que con los ingleses que lo acompañan y los hombres que sacará de las vastas y pobladas provincias del reino, tendrá más que suficiente para acabar de dominar en pocos meses a toda Venezuela. Mientras Bolívar en un solo día acabó con los frutos de cinco años de campaña y en una sola batalla reconquista lo que las tropas del Rey ganaron en muchos combates, por la disposición, sentimiento y opinión general de los habitantes, nuevas expediciones van llegando de Europa a Barlovento, en refuerzo de los tres mil extranjeros que ocupan, además de los naturales, las provincias de Guayana y Cumaná, cuya sola fuerza es suficiente para apoderarse en el día de todas estas provincias, que apenas cuentan con dos mil europeos. Los llanos de Barcelona, los de Apure y Casanare, todos están en poder de los rebeldes, y allí los insurgentes Páez, Cedeno y Monagas, tienen los almacenes, los caballos y los únicos recursos con que en estos países se cuenta para hacer la guerra. Las comunicaciones de los ríos navegables les facilita surtirse con profusión de sus grandes depósitos de armas y vestuarios establecidos en Guayana, depósitos y provisiones que pusieron allí los avaros comerciantes ingleses, y que ahora con la noticia de los nuevos triunfos de Bolívar y la certeza de asegurar sus créditos, aumentarán más allá de lo que podían los insurgentes desear.

El mando realista en la Nueva Granada oscila entre el pánico y el estupor a raíz de la derrota. Es el virrey, mariscal de campo por otra parte,

quien inicia la estampida. Al día siguiente de la batalla, en la noche del 8 de agosto, llega a Santa fe con la cabalgadura derrengada a causa del galope desenfrenado que le ha impuesto el capitán Manuel Martínez Aparicio, ayudante de Barreiro, junto con el comisario de la Tercera División, don Juan Barreda. Traen consigo la noticia escalofriante. La división, vale decir el Ejército del Rey, ha dejado de existir.

La incredulidad del primer momento deja lugar al pavor tan pronto como el oficial del batallón Primero del Rey hace relato detallado de la acción de armas. Sámano, tan confiado en sí mismo cuando tuvo el poder en sus manos seniles, pierde la cabeza. El miedo corre por sus venas, acrecido por la oscuridad que hace ver fantasmas por las callejas desiertas batidas por el viento de agosto. El coronel Sebastián de la Calzada se halla en la ciudad, enviado desde Venezuela por Morillo para apuntalar la Tercera División. Hay tropas en la ciudad con las cuales, una vez reunidos los contingentes que no han sucumbido en Boyacá, se hubiese podido intentar la defensa de la capital o, al menos, una retirada dirigida que permitiese reaccionar de alguna manera, previa concentración de las tropas realistas, aún en números apreciables, sobre diversas áreas de la Nueva Granada.

El virrey no acierta a pensar. Se apresura en medio de la noche a preparar su propia fuga aterrorizada. Más adelante tratará de disculparse en frases balbucientes:

Ya ve V. E. qué comprometido quedé con el engaño que padeció Barreiro y su peor dirección, pues poco me hubiese importado la marcha de Bolívar hacia esa capital [Santa Fe] si aquel hubiese conservado su fuerza, siendo el engañado en tal caso Bolívar, y es de advertir que hacía ocho días que no me había escrito.

Los ecos lejanos de la guerra a muerte llegan desde la distancia con sonos de tambor, que martillan las conciencias de quienes han hecho del patíbulo el elemento de terror, para reducir hasta el último asomo

de rebeldía en los pobladores de la Nueva Granada. La fuga es, en tales circunstancias, el único camino abierto y así la emprenden con premura autoridades y connotados realistas. Cada quien escurre el bulto como puede. Oidores y fiscales no alcanzan a adquirir unos caballos y ven cómo Sámano los sobrepasa al galope con su escolta personal, disfrazado con una ruana verde, sin mirarlos siquiera. Al amanecer una formidable explosión sacude la noche aciaga. Es el polvorín, al que por orden de Calzada se le ha puesto fuego. Se clava la artillería. Se carga con lo que se puede: algo de archivos, caudales, bienes personales. Lo demás queda para el vencedor. Casi todo, según relación angustiosa que el gobernador de Cartagena, don Gabriel de Torres, enviará al Rey de España en fecha 18 de octubre del mismo año.

Mientras esta actitud cobarde hace caer para siempre en desgracia al virrey, los últimos restos del ejército de Barreiro salvan el honor de sus armas. En Samacá consiguen reunirse algunos oficiales, entre ellos los tenientes coroneles Juan Loño, comandante del Tercero de Numancia, Esteban Díaz, de Dragones, y el coronel Sebastián Díaz, jefe de estado mayor divisionario de Barreiro, cuyo Diario de Operaciones ha permitido reconstruir el itinerario de los realistas hasta el Puente de Boyacá y la misma retirada.

Al mando de Juan Loño, la tropilla de infantes y jinetes salvados del desastre comienza una marcha errática, que los aproxima primero en dirección a Santa Fe por Chiquinquirá, Simijaca y Susa hacia Ubaté, población ésta que ya hablan ocupado los patriotas. Se varía la dirección hacia Muzo, teniendo como objetivo el Magdalena. Los hostiliza la guerrilla patriota de Olaya. Al llegar a Muzo se enteran de que una fuerza patriota viene por Coper en su persecución. A pesar de lo continuo y fatigoso de los movimientos no se detienen. Nueva retrogradación hacia Topaipí y La Palma. Es ya el día 12 de agosto. Han marchado cinco días casi sin descansar, lo que debe añadirse a las tres jornadas agotadoras que precedieron a la batalla de El Puente.

El 14 prosiguen hacia Caparrapí, al saber que por Villeta ha pasado Sámano en plena fuga. Deciden alcanzar a Honda, donde suponen al virrey, pero se enteran de que allí hay una división patriota. Es Anzoátegui, enviado por Bolívar a dar alcance a Sámano. Siguen hacia Guarumo, población riberana del Magdalena, donde se les unen remanentes del Segundo de Numancia y del Primero del Rey. Así sube el número de fugitivos a 200 hombres. En Guarumo sorprenden un pequeño destacamento patriota de la fuerza de Anzoátegui. Capturan embarcaciones. Río abajo prosiguen hacia Nare. Nueva sorpresa a los desprevenidos patriotas y fusilamiento del alcalde. Luego por Morales, Regidor y El Banco a Mompo, donde termina la odisea que sirve para poner de relieve lo que un mando superior hubiese podido hacer, con tropas capaces de conducir una retirada de semejante magnitud sin pánico ni desbandada.

Si Sámano y su gobierno se han mostrado tan diligentes para interponer distancias entre sí y el ejército patriota, Bolívar no lo parece menos en impulsar la persecución y adelantar los pasos necesarios para dominar cuanto territorio granadino esté a su alcance. Desde antes de Boyacá había despachado a Antonio Morales Galavís, el santafereño de los puñetazos que el 20 de julio iniciaron el camino hacia la independencia, para asumir el mando de las guerrillas del Socorro. Estas fuerzas irregulares alcanzaron a interferir el movimiento del gobernador Lucas González con sus tropas, y así se impidió que reforzaran las fuerzas de Barreiro en Boyacá.

Ahora despacha el 14 al general de división José Antonio Anzoátegui en persecución de Sámano, pero tan veloz ha sido la fuga del virrey, que no puede darle alcance. En seguimiento de Calzada, quien con 450 hombres del Regimiento de Aragón al mando del coronel Basilio García, marcha por Neiva a Popayán, envía al coronel Ambrosio Plaza. A Calzada se le incorporan sobre la marcha los restos de la División de

Vanguardia de Barreiro, teniente coronel Nicolás López, con 350 infantes y 233 jinetes, que fueron combatientes del Primero del Rey los de a pie, y de Flanqueadores de Dragones los jinetes.

El 13 de agosto, antes de saber que Anzoátegui no había podido alcanzar a Sámano, Bolívar ordena al teniente coronel José María Córdoba, hasta ese momento jefe de Estado Mayor de la División Anzoátegui, para [...] libertar la Provincia de Antioquia; con ese destino conduce el capitán Carlos Robledo más de cincuenta hombres bien armados; y además se previene al señor general Anzoátegui le entregue otros cincuenta armados y municionados. Importa que usted obre con rapidez para aprovechar de los momentos de sorpresa y antes que el comandante de aquella provincia tome algunas medidas para su defensa... Dios guarde a usted muchos años. Carlos Soubllette.

En este mensaje está presente el sentido guerrero de explotación de la victoria evidenciado por el Libertador. Consciente del efecto demolidor de la sorpresa, lo utiliza a fondo. La Campaña Admirable cobra fuerza en su subconsciente. No de otra manera se explica que confíe a un joven teniente coronel con 100 hombres la ímproba tarea de libertar la extensa provincia montañosa, cuya guarnición se desconoce. De nuevo sabe Bolívar que la noticia del desastre de Boyacá, que ha despedazado la moral enemiga, anda más de prisa que la columna de Córdoba. Sabe también que los experimentados coroneles de Morillo, Warletta y Tolrá no aguardarán a pie firme la llegada de una columna patriota cuyo poder ignorarán. El mando realista está deshecho, y antes de que el comandante enemigo de aquella provincia tome algunas medidas para su defensa resuelve asestarle golpe mortal. No se equivoca el guerrero. Como tampoco en la escogencia del hombre que ha de ejecutar la hazaña, en quien ve al heredero impetuoso y combativo de otro antioqueño heroico, aquel Atanasio Girardot que al frente de la vanguardia le había

abierto el camino de Caracas en 1813. Córdoba no solamente libertará a Antioquia, sino que proseguirá hacia el bajo Cauca y el Magdalena, en victoriosa campaña relámpago, hasta llegar a los propios muros de Cartagena, para participar en el sitio de la Plaza Fuerte.

Entre tanto, Caracas vuelve a chispear como a golpes de marzo sobre un hierro ardiente en la visión de Bolívar. Ya no habrá de implorar recursos como siete años atrás, sino a disponer ejércitos. Para ello adelanta a Anzoátegui hacia Pamplona y Cúcuta. El bizarro comandante de infantería, ascendido a general de división, junto con Francisco de Paula Santander, en el campo de Boyacá, figura en los planes del Libertador para el comando en jefe del ejército del norte. Un futuro luminoso se abre al joven general, cuando la muerte lo sorprende en Pamplona el 30 de noviembre de 1819. Grave descalabro humano para el ejército de la libertad.

### **El abrazo de los generales**

Una vez tomadas las medidas encaminadas a libertar la Nueva Granada, Bolívar emprende marcha hacia Angostura y deja como vicepresidente al general Santander, quien apenas ha cumplido 27 años de edad. Consciente de la necesidad de infundir nuevo aliento a la estructura civil de la nación, se hace presente en la pequeña ciudad donde nació la patria. Su regreso es el de un héroe victorioso. El 11 de diciembre de 1819, un pintoresco relato del mismo anónimo marino inglés que nos ha ilustrado sobre el capitán general Brión en su camino hacia el almirantazgo de Colombia, señala cómo Arismendi, quien venía de Maturín, se sorprende al divisar desde la ribera opuesta del Orinoco la ciudad adornada de banderas, en tanto el repique victorioso de campanas llega como deslizándose sobre las aguas.

Arismendi piensa que todo aquello es en su honor. Ignora el regreso de Bolívar y en el fondo secreto de sus ambiciones sigue soñando con

suplantarlo algún día en el mando supremo. Es el sueño de todos aquellos caudillos nacidos para el mando y la pelea.

Desembarcó –dice el marino inglés con no poco sentido del humor–, pero aunque iba de gran uniforme, nadie se presentó a recibirlo. ¿Qué pasará? preguntó a su secretario. De pronto desgarró el aire un grito de la multitud: ¡Viva Bolívar! –Adiós General, dijo el secretario; y se alejó a toda prisa.

Ante el Congreso reitera su voluntad de unir la Nueva Granada, Quito y Venezuela en una gran nación. Su sueño va cobrando vida. Ya no es más imagen neblinosa que escapa al delirio de naufragio de Curazao, de Cartagena, de Jamaica, de Casacoima o el Rincón de Los Toros. Es hecho salido del filo de su espada, que la victoria de Boyacá hace realidad.

En Angostura se ha abrazado una vez más con el indómito Arismendi. Ahora, el 24 de diciembre se dirige al Apure. El 10 de enero de 1820 alcanza a San Juan de Payara. Va en busca de Páez, a quien, una vez más, ha de meter en cintura, antes de que escape de su mano y organice por su cuenta la guerra que hace tiempo quiere adelantar a espaldas del presidente y general en jefe. Las reconciliaciones se sellan con abrazos. A Arismendi le ha dado uno lleno de calor y entusiasmo, que el marino cronista inglés recoge con curiosidad en su relato. A Páez le propina otro igualmente entusiasta. No hay reproches por la desobediencia que ha podido dar al traste con la maniobra sobre la Nueva Granada. ¿Para qué formularlos a aquel endemoniado caudillo? Con hacerle sentir su autoridad, basta.

Quizás en aquella reunión había algo más que reducir de nuevo con su presencia –única que obra sobre el jefe llanero– la autonomía de Páez. Caracas sigue revoloteando por los pensamientos de Bolívar, pero Páez carece de aliento ofensivo en aquel momento, disminuido su ejército por desertiones y su caballería diezmada por epidemias equinas.

A Bolívar le disgusta esperar, pero allí no hay otro recurso. Contra Morillo no se puede proceder de cualquier manera, como lo hacen recordar las experiencias del año 18. A pesar del triunfo en Boyacá, la Nueva Granada no puede aún proveer un ejército del poder necesario para reeditar la Campaña Admirable, pues del otro lado del Ande no está Domingo Monteverde con sus comandantes mediocres, sino Pablo Morillo con sus curtidos generales.

El año 1820 se inicia con un hecho tan trascendental pero en sentido inverso, como el de la paz de París y liberación de Fernando Séptimo. La proclamación de la Constitución de 1812, el 10 de enero por el coronel Rafael Riego, al frente del batallón a su mando. Es el retorno a la monarquía constitucional, reacción que venía incubándose en el pensamiento de militares de avanzada en el ejército español. Sin que pudiesen considerarse en posición equivalente, Morillo y La Torre sí estaban entre quienes impugnaban en el fondo de su ideario el despotismo tan caro a Fernando Séptimo y a su camarilla militar y política. Otro coronel, Antonio Quiroga, sigue el ejemplo de Riego. Formaban ambos en la formidable expedición que Fernando Séptimo preparaba para la reconquista de su imperio ultramarino.

La guerra en América se ha hecho impopular. ¿Qué había ocurrido con el flamante ejército salido cinco años atrás al manado de Morillo? Allá permanece, del otro lado del mar, agostándose en la manigua, pereciendo sobre campos de batalla gloriosos pero sangrientos, en una guerra que parece no terminar nunca. La actitud de Riego y de Quiroga halla eco inmediato. La sedición cunde como reguero de pólvora por los acantonamientos de las tropas concentradas para la expedición, en vecindades de Cádiz. El comandante en jefe, general Calderón, es reducido por los sublevados, y en poco tiempo los jóvenes coroneles quedan dueños de una situación que no se habían preparado para manejar.



Sin embargo, era aquella la chispa requerida para generar el incendio. La Coruña es la primera en dar ejemplo, cuando una junta de gobierno depone las autoridades reales. Siguen Zaragoza, Barcelona, donde el general Castaños, héroe de Bailén y amigo de Morillo, es depuesto al negarse al jurar la Constitución. Salta el incendio en Pamplona, Cádiz, Ocaña, apenas a 9 leguas de Madrid. Los generales que habían luchado por su rey con lealtad sin límites, ahora se enfrentan a su autoridad despótica y el pueblo los sigue, señalando al «Bienamado» el camino de la Constitución. El 7 de marzo, después de convocar las Cortes para el 9 de julio, Fernando no tiene otro recurso que aceptar la Carta de 1812.

A Bolívar la noticia lo enciende de alegría: «Golpe de fortuna loca» tilda el episodio que retiene en España los diez mil hombres destinados a la expedición de Ultramar. Y a Santander le escribe:

Las noticias de España no pueden ser mejores. Ellas han decidido nuestra suerte, porque ya está decidido que no vengan más tropas a América, con lo cual se inclina la contienda a nuestro favor. Además debemos esperar otro resultado más favorable. Convencida la España de no poder mandar refuerzos contra nosotros, se convencerá igualmente de no poder triunfar, y entonces tratará de hacer la paz con nosotros para no sufrir inútilmente.

El juicio del Libertador resultaba acertado a la luz de la lógica. ¿Por qué España mantuvo tercamente la lucha que ya no podía ganar? Sin refuerzos, las tropas peninsulares en América estaban condenadas a lenta pero inexorable extinción. Lo indicado era, al sobrevenir la sedición que hizo imposible el envío de la fuerza concentrada ya para embarcarse, revisar toda la situación de los dominios ultramarinos para llegar a un arreglo político en mejores condiciones, a través de negociación y no de imposición victoriosa sobre las armas independentistas.

Tal vez la única –o al menos la más verosímil– explicación a este fenómeno de ceguera política pudo residir en la lealtad monárquica que aún se conservaba en grandes sectores de la población americana. Sin embargo, el informe más que sincero rendido por Morillo al ministro de Guerra, a raíz del desastre realista en Boyacá, contemplaba el deslizamiento de la opinión hacia el lado republicano, como resultas de tal episodio de armas. Sea como fuere, la guerra ha de durar cuatro largos años más. Quizá si España reconoce la independencia de la Nueva Granada y Venezuela, a trueque de asegurar el Virreinato de Lima, la historia hubiese sido otra. En el Perú la monarquía tenía aún raíces profundas en todos los estratos sociales y políticos, prolongándose hasta Pasto con solidez bien difícil de abatir. Trasladado todo el esfuerzo de guerra al más rico de sus territorios coloniales, quizás hubiese podido encadenarlo muchos años más a la Corona. No fue así, y la miopía de Estado costó a España el desmembramiento total de su Imperio, en beneficio de la gloria de Simón Bolívar.

Para Morillo, el golpe moral de la misma noticia que entusiasmaba de tal manera al Libertador fue de grandes proporciones. Otro tanto lo fue para su segundo, el mariscal La Torre. ¿Qué podía pensar el capitán general de aquella situación, Castaños, su protector y amigo, tumbado de su comando en Barcelona por una rebelión que, en el fondo de su conciencia, era justa? Los anhelados refuerzos no vendrían ya. Impotente para reasumir la ofensiva estratégica que le permitiese definir la guerra en su favor, el horizonte no era sino una aglomeración de nubarrones para el juicio lúcido del general español.

En Caracas, lo más prestante del realismo clamó a Morillo que se jurase la Constitución de 1812. Y cuando, a marchas forzadas, quemando caballos sobre las rutas llenas de barro llegó desde el frente, Morillo encontró instrucciones secretas para iniciar armisticios con los jefes rebeldes. A su pérdida de fe en la victoria, se unía ahora duro golpe a su

orgullo, al verse forzado a entablar conversaciones con sus abominados adversarios de guerra.

Así, el año de 1820 ha de ser de quietud en los martirizados campos donde vienen chocando los ejércitos desde hace diez años. Contrariado como pudiese estarlo en el fondo de su alma por tener que parlamentar con sus enemigos, Morillo veía en aquello una salida airosa para su comprometida situación que, si bien no confrontaba amenazas inmediatas, sí recogía en su análisis expuesto por escrito el pesimismo de quien ha dejado de columbrar la victoria.

En el cruce de correspondencia con Morillo, en el manejo todo de la situación a que dan lugar las aperturas del mando español para concertar el armisticio, Bolívar revela su inmenso talento político emanado del guerrero primario, de quien se desprenden ya esas múltiples calidades del hombre que comienza a llenar a plenitud su sitio en la historia. Es nítido en su lenguaje de jefe de Estado. Como tal no acepta nada distinto de la independencia absoluta. Se aviene a conversar, pero no a transar. Así lo dice textualmente al responder el 21 de julio la comunicación oficial que Morillo le envió desde el 22 de junio anterior: «Combatir perpetuamente contra el dominio exterior y no reconciliarse sino con la Independencia».

Los avances, cruce de correspondencia, envío de emisarios, consumen lentamente los meses restantes del año. Al fin Bolívar se aviene a celebrar una entrevista con su adversario. La fecha fijada es el 27 de noviembre. El sitio, la pequeña aldea de Santa Ana, enclavada en el Ande merideño de Venezuela, sobre las Vegas de Carache donde Girardot colocó tan en alto el honor y el nombre de las armas granadinas.

El 25 del mismo mes se habían firmado entre los representantes de los dos generales en jefe, dos tratados: uno por seis meses de armisticio; otro sobre regularización de la guerra, que comienza así:

«Deseando los gobiernos de España y de Colombia... Artículo 1º: La guerra entre España y Colombia se hará como la hacen los pueblos civilizados...».

No es de extrañar el tono elevado y conciliador del documento. Encabezó la delegación colombiana el general de brigada Antonio José de Sucre, alma magnánima si las hubo, en la guerra deshumanizada que allí concluía. Y del lado realista, el brigadier don Ramón Correa. Pero lo más notable del documento es aquel comienzo que sitúa en plan de perfecta igualdad a los gobiernos de España y de Colombia, la cual se mantiene en todo el texto.

El 27 de noviembre se encuentran, pues, los dos generales. Morillo arriba primero a la aldea, acompañado de lujoso séquito de 50 oficiales y con un brillante Escuadrón de Húsares como escolta. Bolívar ha adelantado al coronel O'Leary para anunciar su llegada. Por el edecán irlandés, se entera el jefe español que Bolívar llegará sin escolta y, con elegancia, retira la suya.

Poco rato después llega el Libertador. Morillo lo espera en uniforme de gala, luciendo todas sus condecoraciones, sobre las que parece detenerse su larga vida de soldado y salpicar en los rojos goterones de las cintas la sangre de las múltiples heridas que le han sido causadas. A su lado, jinete como él en hermoso caballo castellano, la hidalga figura del mariscal La Torre representa lo mejor del señorío español, colocado por él tan alto en medio de la guerra pasional y violenta.

A Bolívar lo acompañan diez oficiales. No hay galas en su sencilla levita azul, ni condecoraciones que nadie le ha otorgado porque él es el gobierno, el mando, la República andante que no se autoconcede honores. Cubre su cabeza una gorra de campaña cualquiera y monta una mula de montaña. El hombre, enjuto, delgado, pequeño, de ojos como brasas por donde escapa la lumbre del espíritu, es la revolución.

Morillo, frente a él, es el Imperio. Cuando, aun a distancia, O'Leary indica al comandante español quién es Bolívar, el oficial del rey no puede ocultar su asombro. Se detienen Bolívar y sus acompañantes, imagen viva de la guerra que hace diez años vienen librando por la montaña y la llanura, en contraste de gráfica elocuencia con el brillo real de Bailén y La Victoria.

Unos segundos de silencio y de quietud, dejan el cuadro impreso para la imaginación de la posteridad.

Echan pie a tierra los dos generales que tantas veces han cruzado sus aceros y un emocionado abrazo los confunde en medio de la oficialidad silenciosa. Abrazo de militares y españoles, situados en distintos campos de la historia y de la vida. De enemigos en la idea y en la causa que sirven. Apasionados ambos en la lucha, duros, tenaces, combativos. Soldado el peninsular hasta la médula de su fuerte osatura. Guerrero el criollo, en quien ha hecho explosión la América súbitamente despierta al deslumbramiento de la libertad. En aquel abrazo se cierra un capítulo de crueldad bárbara e inútil de la historia española, densa como ninguna en episodios sangrientos.

En la casa mejor del pueblo, donde Morillo ha mandado preparar un banquete en honor de sus huéspedes, el lenguaje universal de los soldados sobrepasa el odio de la contienda. Donde se sientan dos hombres de armas, bajo el mismo techo, a la misma mesa, hay dos camaradas, no importa la vertiente humana donde se hallen situados ni dónde los ubique la guerra. El brindis del mariscal La Torre es profundamente significativo: «Por los colombianos y españoles que unidos marchan hasta los infiernos, si es necesario, contra los déspotas y los tiranos». Morillo lo ofrece, según su propio relato años más tarde, imprecando que «Castigue el Cielo a los que no estén animados de los mismos sentimientos de paz y amistad como nosotros».

### **El episodio de Maracaibo**

Detenido el curso de las operaciones en Venezuela por fuerza del armisticio, Bolívar no podía permanecer estático. Para comienzos de enero de 1821 se halla ya en Bogotá. El panorama global de la guerra ha seguido su curso inexorable en favor de la causa republicana, en forma tal que, para la fecha en que se firman los tratados de Santa Ana, las provincias de Santa Marta y Riohacha se han integrado al territorio republicano.

La proclamación de la independencia de Guayaquil, aunque favorece la causa patriota, contraría los planes integracionistas del Libertador. No importa. Ya habrá tiempo de influir para atraer dentro del esquema de la colombianidad que él ha trazado aquel importante trozo de su composición geopolítica. Entre tanto, resulta forzoso atender el Cauca, donde Calzada sigue constituyendo amenaza de cuidado, merced al soporte del realismo pastuso, leal como nunca a la monarquía.

En aquel sur, tan pródigo en reveses para los independentistas, la pérdida de Popayán por el coronel Antonio Obando un año atrás ha sido enmendada militarmente por el general Valdés y su división, pero el áspero militar venezolano se ha malquistado con las gentes por su rudeza y mal ejercicio de la autoridad. Otro venezolano lo sustituye. Es el joven general de brigada Antonio José de Sucre, que se proyecta ya en el firmamento militar de América con luz propia. No ha cumplido aún 26 años.

En ausencia de Bolívar, ocurre el pronunciamiento de Maracaibo en favor de la República, el 28 de enero de 1821. Más que fruto de actitud popular, se trata de una maniobra política hábilmente estimulada por el general Rafael Urdaneta, oriundo de la ciudad realista y comprensiblemente ansioso de incorporarla a la causa que él viene sirviendo. Los arreglos con el grupo dirigente local se hacen a la sombra del armisticio y, no bien los conjurados se pronuncian, el coronel Las Heras, subal-

terno de Urdaneta, marcha de las posiciones adelantadas que ya había tomado en la isla Gibraltar y en la ribera del lago de Maracaibo para ocupar la ciudad con el Batallón Tiradores y afianzar la actitud republicana del coronel, que fue realista, Francisco Delgado.

La Torre protesta con justa razón, primero ante Urdaneta, luego ante el Libertador, quien le responde en extensa comunicación, cuya raíz argumental está encaminada a una simple conclusión pronunciada con acento de helado realismo: el armisticio no incluye cláusula alguna que impida a un pueblo abrazar la libertad, ni él puede impedirlo. Para suavizar el caso, desautoriza la maniobra militar del coronel Las Heras:

Comenzaré por declarar francamente –afirma en su comunicación a La Torre– que he desaprobado la marcha del coronel Las Heras a aquella ciudad, y que será juzgado porque ha excedido sus facultades, no aguardando la resolución de su jefe para acoger bajo la protección de las armas de la República a un territorio que pertenecía a España al suspenderse las hostilidades.

Para fallar el caso de Maracaibo, propone Bolívar recurrir al arbitraje previsto en el Tratado de Santa Ana, y se anticipa a señalar para el efecto al brigadier don Ramón Correa, pidiendo a La Torre que haga lo propio entre la oficialidad patriota. A la vez pregunta: «a V. E. de un modo positivo y claro, si en caso de no devolverse Maracaibo habrá un rompimiento de hostilidades sin expirar el término del armisticio», así como otros detalles procedimentales para el caso de que esto ocurra.

### **La campaña**

La Torre pasa por alto la propuesta sobre el arbitraje, pero mantiene su adhesión al armisticio y a los cuarenta días previstos en él para cualquier eventual ruptura de hostilidades con anterioridad a su fecha de vencimiento.

El 10 de marzo de 1821 Bolívar escribe a La Torre anunciándole su determinación de poner fin al armisticio dentro del plazo estipulado, a no ser que se reconozca la independencia absoluta de Colombia. El comandante español no se halla facultado para conceder tal reconocimiento, por lo cual anuncia que la fecha de expiración del tratado será el 27 de abril.

La situación de los ejércitos enfrentados, al término de los cuarenta días que pasaron raudamente sobre la expectativa de ambos bandos, se presenta para entonces, en rasgos generales, similar a la de 1818, tres años atrás, cuando las acometidas de Bolívar por el eje Calabozo –El Sombrero Villa del Cura– San Juan de Los Morros hacia la llanura de Valencia, tropezó con la indoblegable resistencia de Morillo y sus furiosos contragolpes.

En esta forma se halla a los republicanos enseñoreados de Guayana y las provincias de oriente, de donde su dominio territorial describe amplio semicírculo por el Guárico, Calabozo y Trujillo, para seguir luego por el Ande merideño hasta Maracaibo, ya incorporado a Colombia.

Los realistas, en el interior del gran arco así configurado, ocupan una franja amplia, de espaldas al mar aún bajo dominio de su escuadra. Se apoya dicha zona en los puntos estratégicos de Caracas al oriente y Coro al occidente. El mariscal La Torre, comandante en jefe, carece allí de los recursos necesarios para una ofensiva en gran escala. Su situación, al asumir el mando por retorno a España de Morillo, no es desesperada en razón de la solidez y combatividad de sus fuerzas. Tampoco ofrece perspectiva alguna de victoria, privado como se halla de toda posibilidad de recibir refuerzos peninsulares.

Bolívar, en contraste favorable para él, con el triunfo de Boyacá en su haber y la suma de medios que la Nueva Granada y el territorio libre de Venezuela pueden brindarle, está en capacidad de elegir estrategia. Si opta



por la ofensiva, como es dable esperar de su temperamento y superioridad material relativa, puede escoger momento, dirección y dosificación de esfuerzos. En otras palabras, dispone de la iniciativa, en tanto su antagonista no tiene otro camino que aguardar el golpe y reaccionar en concordancia.

El plan del Libertador señala, como en 1819, la enorme transformación del guerrero en general. Ha desaparecido la mentalidad un tanto concentrada al esfuerzo táctico directo, para entrar a la concepción amplia de operaciones en tiempo y espacio con alcance estratégico. Dueño de mejor dominio sobre sus comandantes de cuerpo, está en condiciones, por primera vez, de comprometer los en un plan concertado, cuyos lineamientos esenciales, dirigidos a forzar una batalla campal de carácter decisivo, pueden resumirse así:

1° Ataque a cargo de Bermúdez desde Oriente, sobre Caracas, en una diversión encaminada a dislocar el dispositivo de La Torre, forzándolo a volver sobre su espalda. En caso de éxito, el ejército de oriente proseguiría en clásica acción de martillo sobre la espalda adversaria, mientras el yunque constituido por el ejército de occidente daría la acción decisiva en combinación de maniobras desde direcciones opuestas.

2° Maniobra frontal ostensible desde occidente para atraer a La Torre hacia el triángulo San Carlos-Valencia-Barquisimeto, de forma de obligarlo a concentrar allí el grueso de sus efectivos bajo el señuelo de la batalla campal.

3° En caso necesario, Arismendi cooperaría con un desembarco desde Margarita, bien sea sobre la costa de Ocumare o la de Curiepe, según las circunstancias, para participar en la maniobra sobre Caracas.

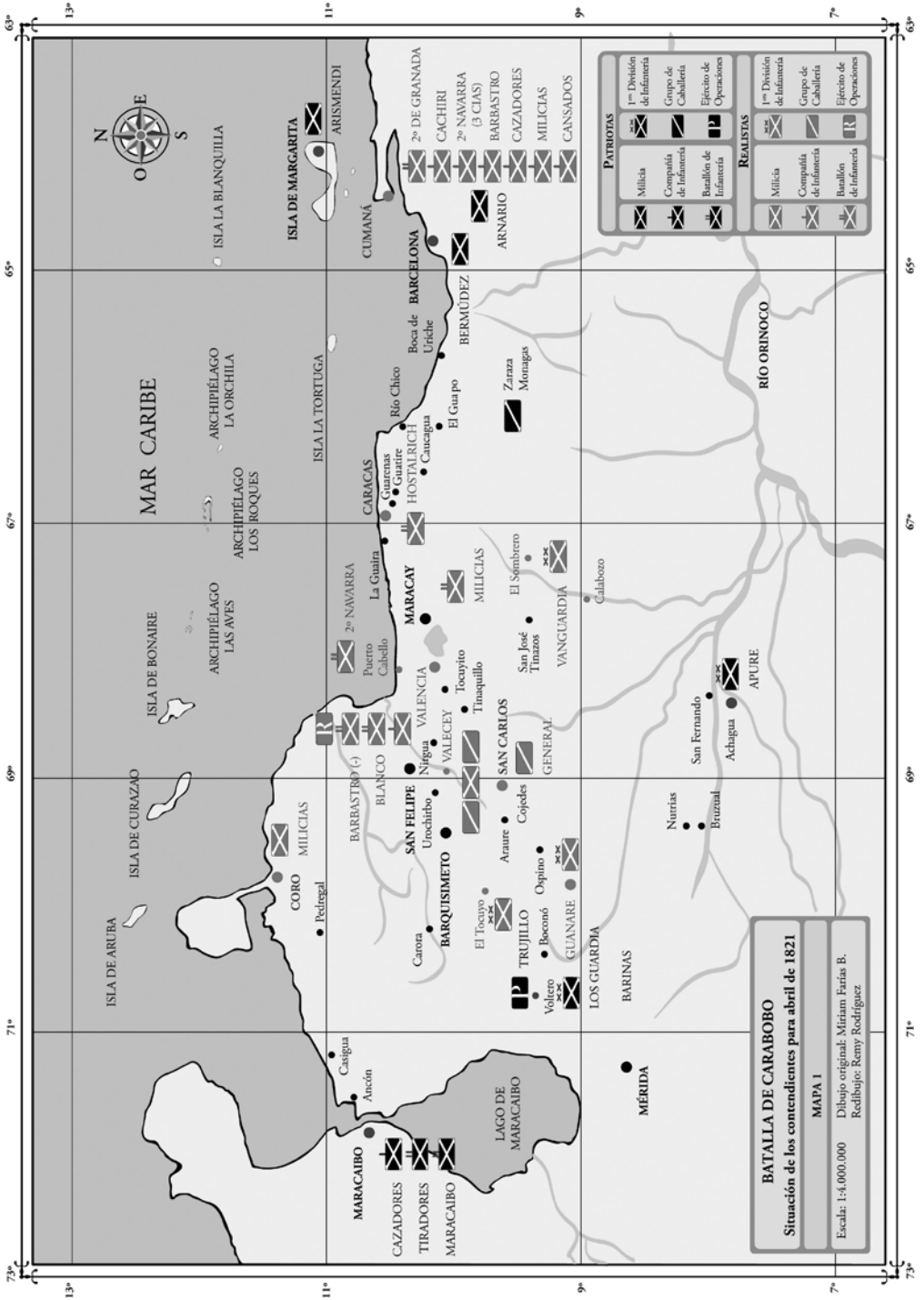
4° Luego de que la diversión desde Oriente hubiese forzado a La Torre, bien a acudir en defensa de Caracas, bien a desprenderse de parte de sus efectivos para hacerlo, plantear la batalla decisiva con plena superioridad táctica local.

Otra maniobra de distracción precedería al esfuerzo final del grueso del ejército en occidente. Dicha finta de alcance operativo consistiría en un ataque secundario conducido por el coronel Cruz Carrillo por el norte, sobre el eje general Trujillo-Barquisimeto-San Felipe, con el doble propósito de amenazar el flanco norte de La Torre, a la vez que encubrir la aproximación de Urdaneta por la ruta Maracaibo Coro-Barquisimeto.

El plan así concebido se caracteriza por su lógica, sencillez y afianzamiento en realidades de dispositivo, topografía y sincronización en el tiempo. Saca el máximo partido de la maniobra por líneas exteriores y obliga al adversario a enfrentar estocadas procedentes de direcciones opuestas, en fuerza adecuada para atraer, fijar tropas importantes y dar a cada uno de los golpes fuerza acorde con su propósito.

Dos dificultades mayores ofrece la ejecución de esta idea estratégica. De una parte, la concentración de medios, dispersos dentro del gran arco del dispositivo inicial. De otra las dificultades logísticas para abastecer el ejército, una vez reunido en desarrollo del plan de concentración. Para neutralizarlas, el Libertador planea los movimientos en forma de congregarlos con el mínimo de anticipación requerida para forzar la batalla decisiva y, a la vez, en forma que alcancen a efectuar los desplazamientos sin prisa ni desgaste.

La evolución militar del guerrero no solamente puede apreciarse en este plan, fruto de su brillantez imaginativa aplicada al gran teatro de operaciones, sino por la conversión de las montoneras en ejército. Bolívar ha sabido utilizar los frutos de la victoria de Boyacá combinados con la pausa reconfortante del armisticio, para introducir ingredientes orgánicos que elevan considerablemente la eficiencia combativa de sus fuerzas. La contextura del ejército se ha metodizado e incluye el verdadero concepto de servicio de Estado Mayor, en medida nunca antes llevada



**BATALLA DE CARABOBO**  
 Situación de los contendientes para abril de 1821  
 MAPA 1  
 Escala: 1:4.000.000  
 Dibujo original: Miriam Farías B.  
 Redibujo: Remy Rodríguez

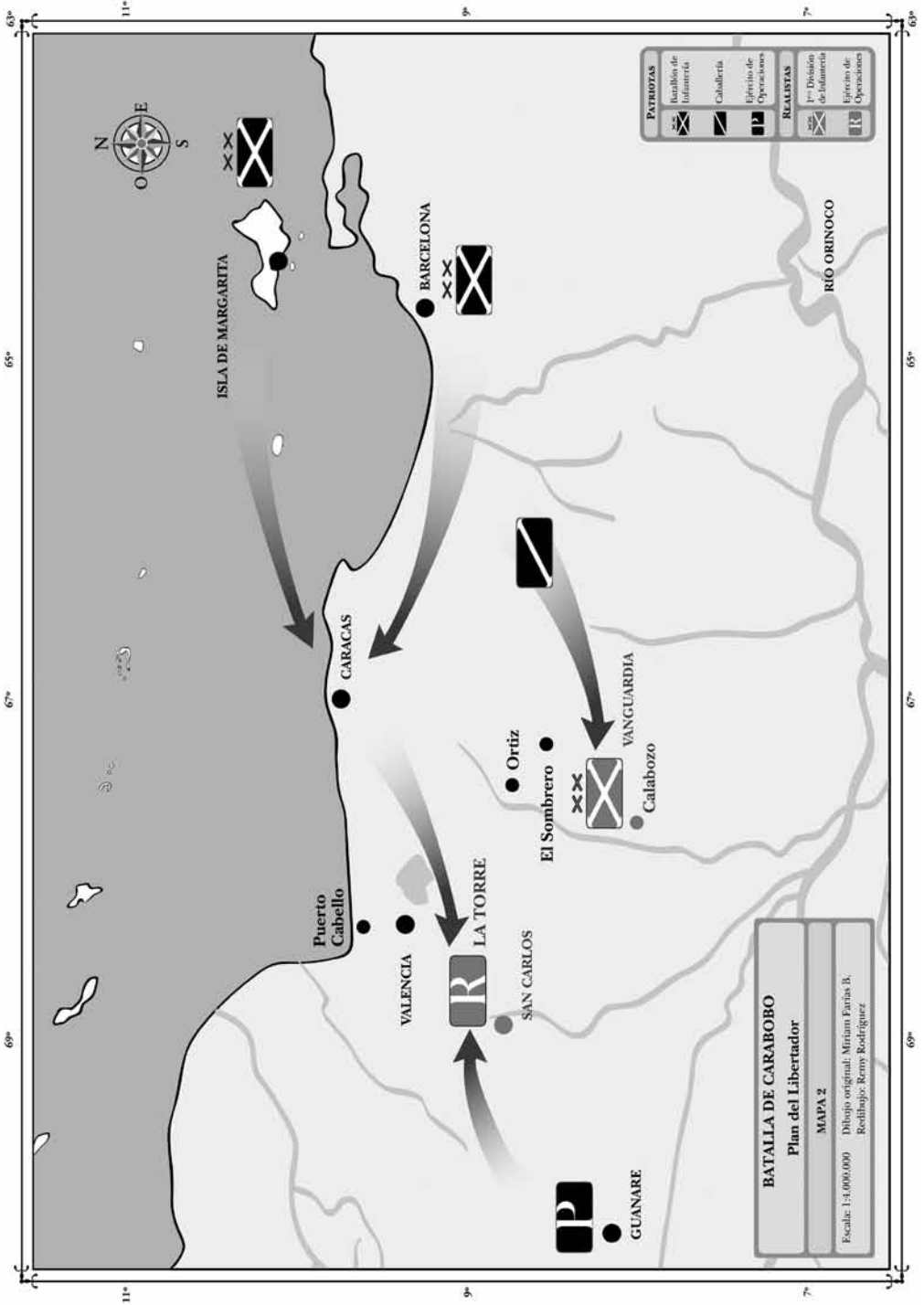
a la práctica. Para este fin se toma como base el Manual de ayudantes generales de Thiebault, vigente en el ejército libertador desde 1817, pero aplicado realmente a raíz del triunfo de Boyacá. A buen seguro la presencia de oficiales ingleses, veteranos varios de ellos de las guerras napoleónicas, contribuyó a la aplicación de estos criterios profesionales en el ejército de la República.

### **Movimientos preliminares**

El 28 de abril, al día siguiente de expirar el plazo fijado al armisticio, Bolívar abre operaciones en desarrollo de su plan. El avance desde las tres direcciones establecidas, que en algún momento se pensó hacer en forma escalonada, se desencadena de forma simultánea para conseguir mayor efecto paralizador. Al paso que Bermúdez inicia el ataque paralelamente a la costa desde Barcelona, una descubierta fuerte de caballería al mando del coronel Juan Gómez cruza el río Santo Domingo y, más al norte, avanza el coronel Cruz Carrillo, siguiendo la dirección preestablecida. Urdaneta inicia su movimiento por tierra y mar de Maracaibo a Coro.

El efecto de esta amenaza simultánea se traduce en sorpresa estratégica, anticipación a la maniobra realista que La Torre preparó con carácter de ofensiva limitada sobre Barinas, y desarticulación del dispositivo español que, en adelante, debe conformarse con la defensiva general, acudiendo en plan de contención sobre los ejes amenazados.

La diversión encomendada a Bermúdez se cumple a satisfacción plena, sin requerir siquiera la intervención de Arismendi. El 14 de mayo cae Caracas, después de anular la resistencia dilatoria que los batallones Hostalrich y Blancos de Valencia pueden ofrecer escalonadamente, en notoria inferioridad de circunstancias. Estas dos unidades, golpeadas pero no destruidas, se incorporan al brigadier Correa y junto con la



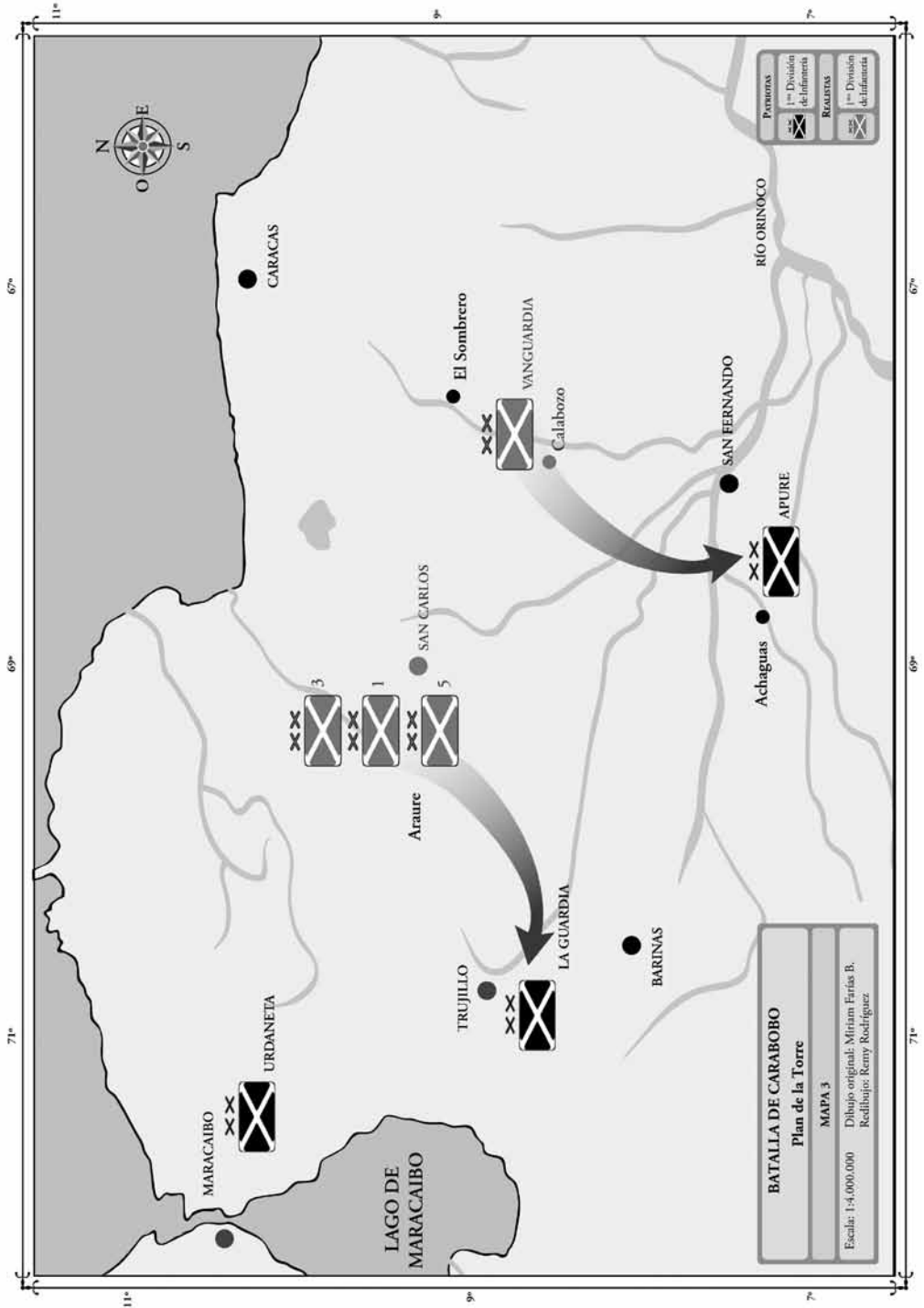
guarnición de Caracas se repliegan hacia Valencia. Inducido el jefe español a dar batalla el 20 de mayo, es derrotado en El Consejo, y Bermúdez ocupa La Victoria, punto máximo de su ofensiva.

Entre tanto, los dos ejes paralelos de la maniobra de occidente tienen los siguientes desarrollos: la descubierta de caballería a cargo del coronel Juan Gómez avanza veloz y con audacia por el sur. En Boconó combate brevemente con una fuerza superior de dragones realistas a quienes pone en fuga con algunas pérdidas. Fuerzas enemigas mayores evacúan a Guanare, ignorando la magnitud de la amenaza, y repliegan hacia Araure y San Carlos, con lo cual queda despejado el eje del esfuerzo principal, una vez el coronel Julián Mellao alcanza su descubierta con el resto del Regimiento de Dragones patriotas.

La diversión encomendada al coronel Cruz Carrillo progresa sin contratiempos mayores desde Trujillo y captura a Boconó, lo que produce la amenaza prevista sobre Barquisimeto.

El 30 de abril Bolívar había conseguido la plena unidad espiritual de sus fuerzas, con el hábil gesto de designar jefe de su Estado Mayor General a Santiago Mariño. El último de los caudillos queda así incorporado a la guerra nacional, que compromete por primera vez los esfuerzos simultáneos de todos los jefes de la revolución.

El 10 de mayo Páez inicia su desplazamiento desde Achaguas en el Apure, a fin de efectuar su reunión con el Libertador para marchar por el eje principal. En la misma fecha, las brigadas de La Guardia bajo el mando del coronel Ambrosio Plaza inician su desplazamiento hacia el este bajo la cobertura avanzada de la caballería, y con ellas el propio Libertador, que se les reúne en Boconó el día 13. La maniobra múltiple funciona como máquina bien aceiteada.



**BATALLA DE CARABOBO**  
**Plan de la Torre**  
 MAPA 3  
 Dibujo original: Miriam Fariñas B.  
 Redibujó: Remy Rodríguez

Perrosas  
 1<sup>ra</sup> División del Libertador  
 Realistas  
 1<sup>ra</sup> División del Libertador



### Reacción de La Torre

En medio de esta situación comprometida, La Torre no pierde la serenidad. Bajo la idea de que el brigadier Correa podría contener el avance de Bermúdez, se dispone a atacar sobre el eje de Barinas, a fin de anticiparse a la reunión de la columna patriota de Urdaneta, Bolívar y Páez.

Sin embargo, al tener conocimiento de la toma de Caracas por Bermúdez el día 14, su plan se altera por completo. Amenazada su retaguardia, no le queda otro recurso que encoger sus líneas mediante un repliegue general que se traduzca en concentración de efectivos, a la vez que disponibilidad de otros para reforzar a Correa y eliminar la amenaza sobre la espalda, representada por la pérdida de la capital y el subsiguiente avance de Bermúdez hacia La Victoria.

Dentro de esta idea, indudablemente acertada, ordena al brigadier Morales replegarse de sus posiciones avanzadas en Calabozo y acudir en apoyo de Correa. Morales lo hace con su acostumbrada eficacia, adelantando la caballería, en tanto él con su infantería se mueve a marchas forzadas.

De sus propios efectivos, La Torre destaca a uno de sus mejores batallones, el Segundo de Valencey, en apoyo de Correa, pero este jefe, al comprometerse en la acción de El Consejo, desarticula el plan del comandante general, quien airadamente escribe al comandante de la quinta división:

[...] sin tiempo ni razón aventuró la batalla, que aun cuando sus resultados hubiesen sido favorables, siempre merecía castigos y la indignación de todo hombre reflexivo. Es el resultado que sin tomar posición ni la menor medida militar, se ha dejado desahacer vituperablemente.

Con todo, la unión de Morales con el batallón Valencey le permite atacar a Bermúdez el 24 a la diez de la mañana, lo que forzó al co-



mandante patriota a replegarse esa noche. El general Soublotte, para entonces vicepresidente de Venezuela y a quien el Libertador confió la supervisión de las operaciones en el teatro oriental, considera inútil la defensa de la capital. El cuerpo se retira, pues, ordenadamente. El 26 en la tarde entra Morales a Caracas, la sobrepasa el 27, dispone el refuerzo de La Guaira y, dejando al coronel Pereira la misión de perseguir a Bermúdez con el Segundo de Valencey y el Escuadrón de Húsares, él contramarcha para reintegrarse a las fuerzas de La Torre. Las acciones en el frente oriental prosiguen con suerte alterna para las armas de uno y otro lado, con lo cual la tarea de distracción encomendada a Bermúdez por el Libertador cumple su objetivo.

### **La Batalla de Carabobo**

Los últimos días de mayo y primeros de junio son inciertos para el Libertador, hasta el punto de que el 25 de mayo escribe a Revenga diciéndole que hasta esa fecha «había estado envuelto en mil incertidumbres sobre las intenciones del enemigo». Y agrega más adelante:

Se había dicho que el general La Torre estaba en Araure, donde había reunido las tropas que estaban en San Carlos con la 3ª y 5ª divisiones. Se aseguraba que uno de sus mejores batallones había ido a reforzar a Barquisimeto y que el resto del Ejército se aproximaba a esta ciudad (Guanera) y se había adelantado ya hasta Ospino.

En medio de esta niebla de guerra, propia de la naturaleza dispersa de las operaciones y de la incomunicación entre los diversos ejes de la ofensiva patriota, no solamente ignora Bolívar mucho del enemigo, sino sobre la progresión de sus propias columnas. Las tropas bajo su inmediato control no son más que las brigadas de La Guardia a las órdenes del coronel Ambrosio Plaza. ¿Qué pasa con Bermúdez al oriente?

¿Con Páez en su aproximación desde el Apure? ¿Con Urdaneta en su movimiento desde Coro? ¿Con Cruz Carrillo al norte?

En la incertidumbre no hay otro recurso que buscar información a través del combate y Bolívar lo hace, por medio de una exploración de caballería, cumplida exitosamente por el Escuadrón de Dragones de la Guardia. Se obtiene así parte de la claridad buscada, y el resto hay que deducirlo. La Torre, que se aprestaba a actuar ofensivamente, se repliega de pronto y marcha hacia Caracas; luego algo pasa en aquella dirección: ¡Bermúdez ha conseguido el propósito de su maniobra! Barquisimeto ha sido reforzado, luego Cruz Carrillo la amenaza de cerca. Morales se traslada de Calabozo hacia Caracas, señal de que la situación en la capital es grave, o de que Páez avanza conforme al plan.

Para el 4 de junio La Torre, conjurada la crisis de Caracas, adelanta su concentración en la meseta de Carabobo. A partir de este momento se inicia una etapa crítica para Bolívar. El enemigo se anticipa visiblemente en la reunión de sus medios y, a todas luces, habrá adquirido en pocos días capacidad ofensiva tal que, si el jefe español sabe utilizarla, podrá traducirse en acometida sobre La Guardia que trastorne todo el plan. No llega Páez y la debilidad del momento táctico pone en peligro la gran maniobra ya en marcha.

Bolívar entiende el riesgo que se cierne sobre él y saca de su fértil imaginación un recurso que, en las circunstancias, no puede ser de combate. Se dirige a La Torre con nueva tentativa de paz, cuyo objeto es tan sólo ganar tiempo dentro de una lógica que encaja en la situación precaria del comandante español. El propósito es ganar tiempo, pero bien puede ocurrir que la campaña se decida sin lucha. ¿Por qué no? Siendo el ensayo de doble intención, si se acepta, la campaña estará decidida. En caso contrario, se habrá aplazado el choque hasta el momento en que el guerrero, que lo desea desde el fondo de su alma, esté listo para efectuarlo con neta superioridad.

¿Qué piensa La Torre ante aquel ofrecimiento? La condición propuesta por Bolívar es el reconocimiento de la independencia de Colombia. Por fuerza tiene que saber el comandante revolucionario que el español carece de autoridad para conceder tal pedimento. ¿Por qué lo formula entonces? Si el mariscal se hubiese sentido lo suficientemente fuerte, y medido la razón oculta en el juego de su adversario, la respuesta ha debido ser un ataque fulminante. Pero no lo estaba, aunque quizá sí supo leer que la debilidad inspiraba ese juego.

En vez de la ofensiva militar, La Torre decide sondear qué se esconde en la acción de Bolívar. Su propia exigencia puede equipararse con la de su antagonista: las fuerzas republicanas deben replegarse a las líneas de armisticio. Y al oficial encargado de transmitir su respuesta le encomienda averiguar algo, para él definitivo: ¿se ha concentrado el ejército rebelde?

Bien recibido el parlamentario por el Libertador, le pide en el curso de la conversación conocer al general Páez, por quien, afirma, siente especial admiración. El León de Apure ya se encuentra en el cuartel general, pues se ha adelantado varias jornadas al más despacioso movimiento de su ejército. Su presencia hará creer a La Torre que la reunión de las dos fuerzas ya se ha cumplido y el ardid cumple su finalidad. Bolívar rechaza la exigencia del realista, quien hábilmente engañado, no se decide a atacar una fuerza superior. A partir del 11 y hasta el 15 de junio, el ejército de Apure se concentra en Guanare y el riesgo de que el enemigo se adelantase en la ofensiva queda conjurado.

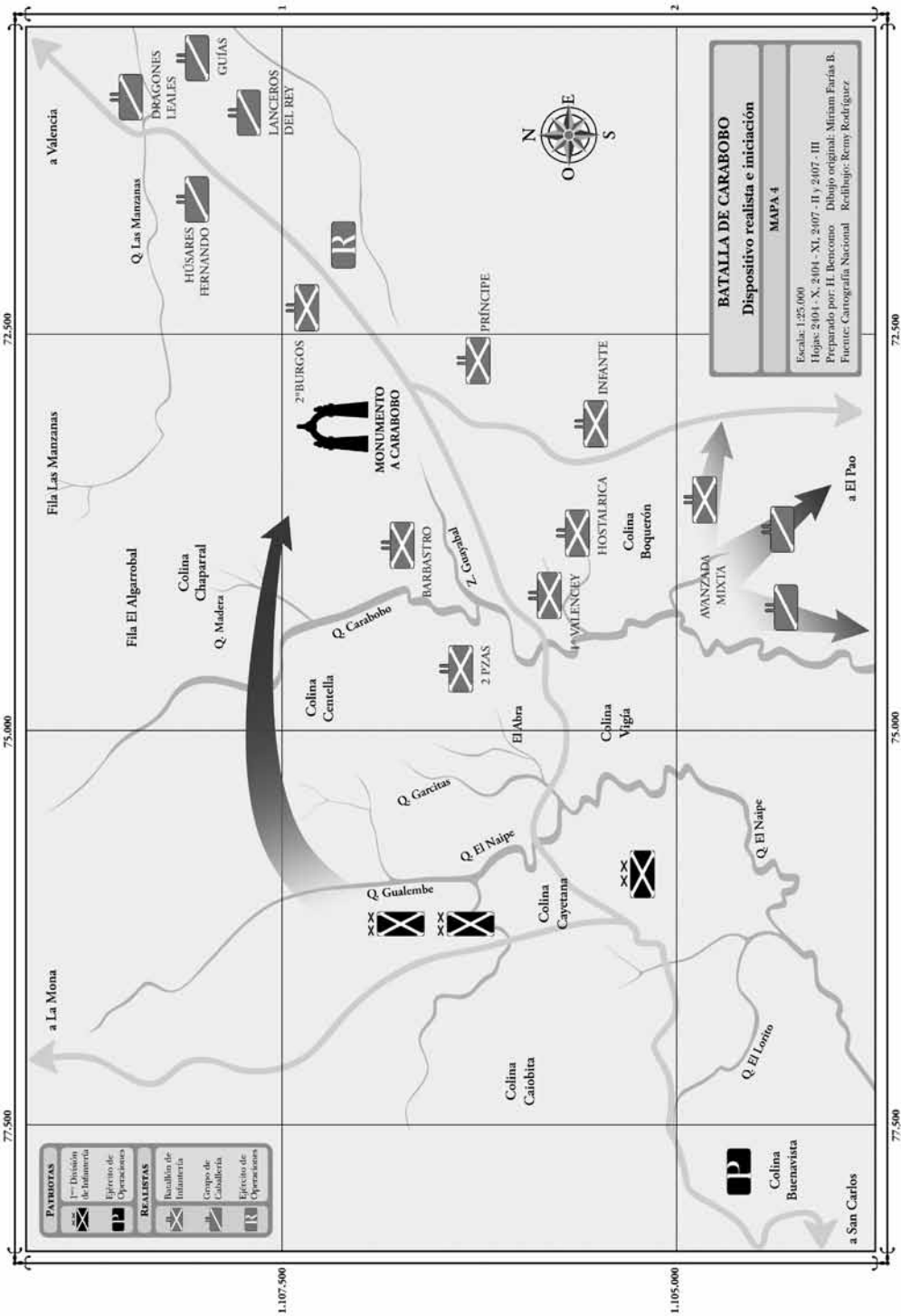
No falta quien señale mala fe en la conducta de Bolívar. Nada más equivocado. Mala fe sería dar la palabra y traicionarla. Pero un ardid dentro del juego de inteligencia y sagacidad que es la guerra tiene plena licitud. La contienda armada no es un duelo de esgrima, en el que los contendores se avisan recíprocamente el momento de iniciarlo. Por el

contrario, cada cual trata de engañar a su oponente en busca de la sorpresa, uno de los grandes principios militares de aceptación universal. ¿O es que para decidir la suerte de la guerra es la fuerza el único camino? Sun-Tzu, el filósofo militar chino, sentenció cuatro siglos antes de Cristo: «El colmo de la habilidad de un general no es ganar cien batallas para definir una campaña. El colmo de la habilidad es ganar la campaña sin haber tenido que luchar». Con esta reflexión, el pensador oriental está señalando el inmenso poder que los factores sociológicos ejercen dentro de un conflicto armado.

Las sólidas posiciones realistas en la meseta de Carabobo preocupan a Bolívar, para quien los recuerdos del año 18 no se han borrado. Aquellos ataques directos en la sierra, que se estrellaron una y otra vez contra la férrea alianza de la infantería española con el terreno, constituyen aleccionadora experiencia que no desea repetir. Gravita en su memoria también la frustrada maniobra del Pantano de Vargas, en dudoso equilibrio con el brillante movimiento que lo colocó en Tunja, a la espalda de su enemigo. Bajo las impresiones encontradas recurre a la maniobra indirecta, materializada en la columna de Cruz Carrillo, a cuyo jefe ordena amenazar abiertamente el flanco norte de La Torre.

El procedimiento consigue éxito parcial. El español se aferra a Carabobo, dada la cobertura que desde allí puede ejercer sobre las rutas a Caracas. Pero para retener la posición se ve forzado a conjurar la nueva amenaza, para lo cual destaca los batallones Primero de Navarra y Ligero de Barinas, al mando del coronel Tello, con orden de reforzar la guarnición de San Felipe por el norte, en la ruta de Barquisimeto. Con ello se debilitan gravemente los medios a su disposición en vísperas de la batalla decisiva que se avecina.

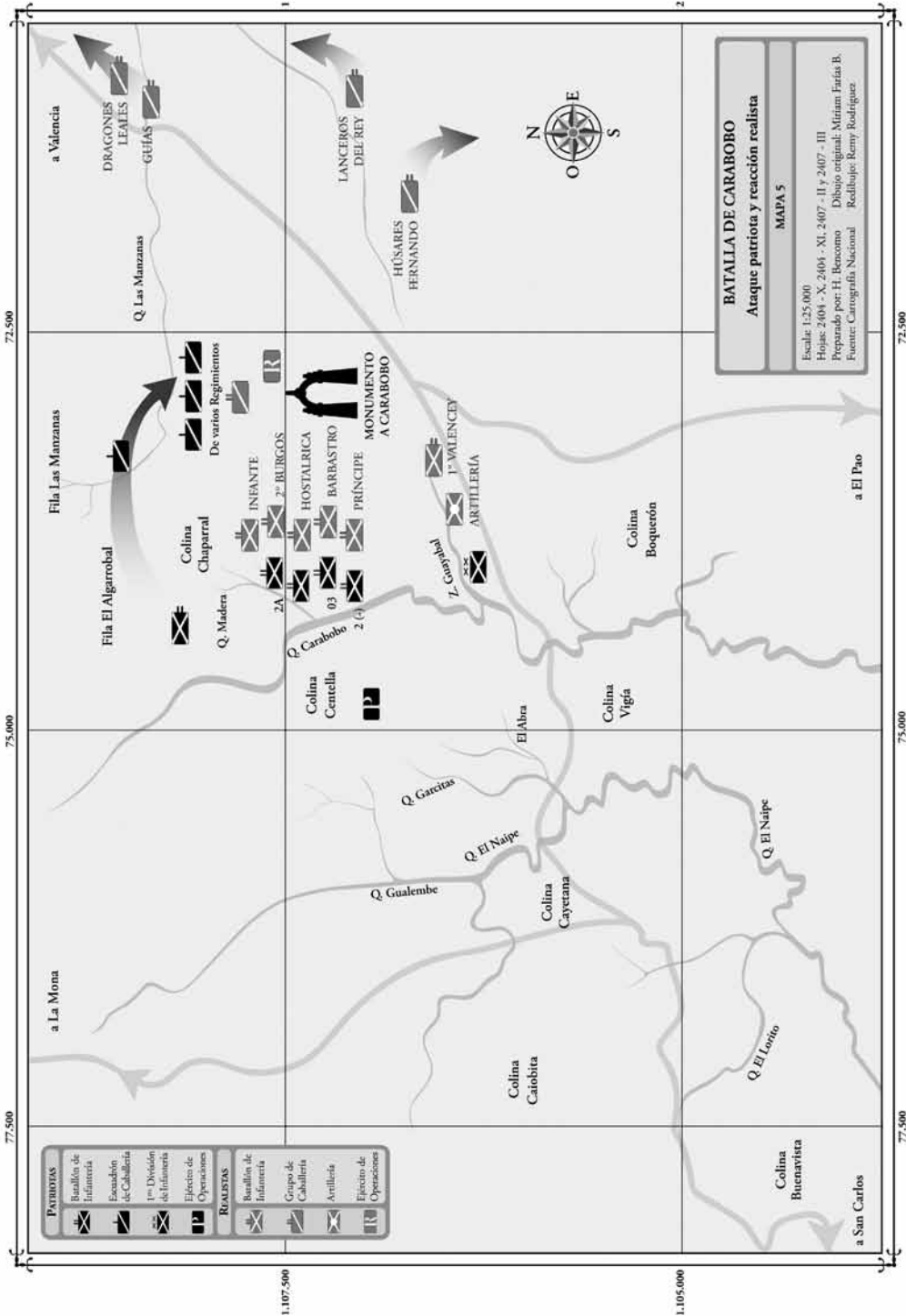
El 19 de junio se inicia el movimiento al contacto. El coronel Laurencio Silva, en clásica acción de caballería, toma por sorpresa los puestos



avanzados del enemigo en Tinaquillo, con lo que abre el paso al ejército que cruza el 20 por Tinaco y alcanza el 22 la sabana de Taguanes. El lugar tiene para el Libertador reminiscencias victoriosas de 1813. Allí —evocación lejana de aquella impresionante parada napoleónica del Chiaro— pasa revista a su ejército. Bolívar conoce el secreto de cómo pulsar las fibras más sensibles del alma. Sabe lo que el colorido de los uniformes y el centellear de los aceros significan en el robustecimiento de la moral de combate de un ejército. Y, sobre todo, tiene conciencia de lo que logra su palabra vibrante en la transmisión de su lumbre guerrera. Aquellos seis mil hombres que escuchan esa voz poderosa van a enfrentarse al día siguiente con el espectro siempre impresionante de la muerte. Deben hacerlo con las arterias convertidas en conductos de fuego, como las suyas mientras pronuncia su arenga iluminada.

Allí están, inmóviles bajo el sol, las tres divisiones en que se ha organizado el ejército libertador a su paso por San Carlos.

La primera, antes Ejército de Apure, obedece al guerrero de la llanura que se ha elevado, a fuerza de luchar confundido en el tropel de lanzas, a general de división. Páez es un ídolo para sus luchadores elementales. Una leyenda al galope. Una borrasca imbatible y tremenda. Tan sólo hay con él dos batallones a pie: Cazadores Británicos y Bravos de Apure. Los ingleses, curiosamente, han armonizado a la maravilla con aquel león suelto, que los comprende sin entender su lengua. Los quiere y ellos, que así lo intuyen, le devuelven afecto con admiración sonriente. Hay un océano y muchos siglos entre aquel rudimentario catire a caballo yesos rubios legionarios nórdicos. Pero en el fondo, unos y otros escriben la misma historia con sus vidas de aventura entremezclada en el secreto anhelo que todo hombre alimenta de algún modo dentro de sí: la búsqueda ansiosa de la gloria. El resto, seis regimientos, son como su caudillo, duros jinetes que apoyan la caña de su lanza terminada en

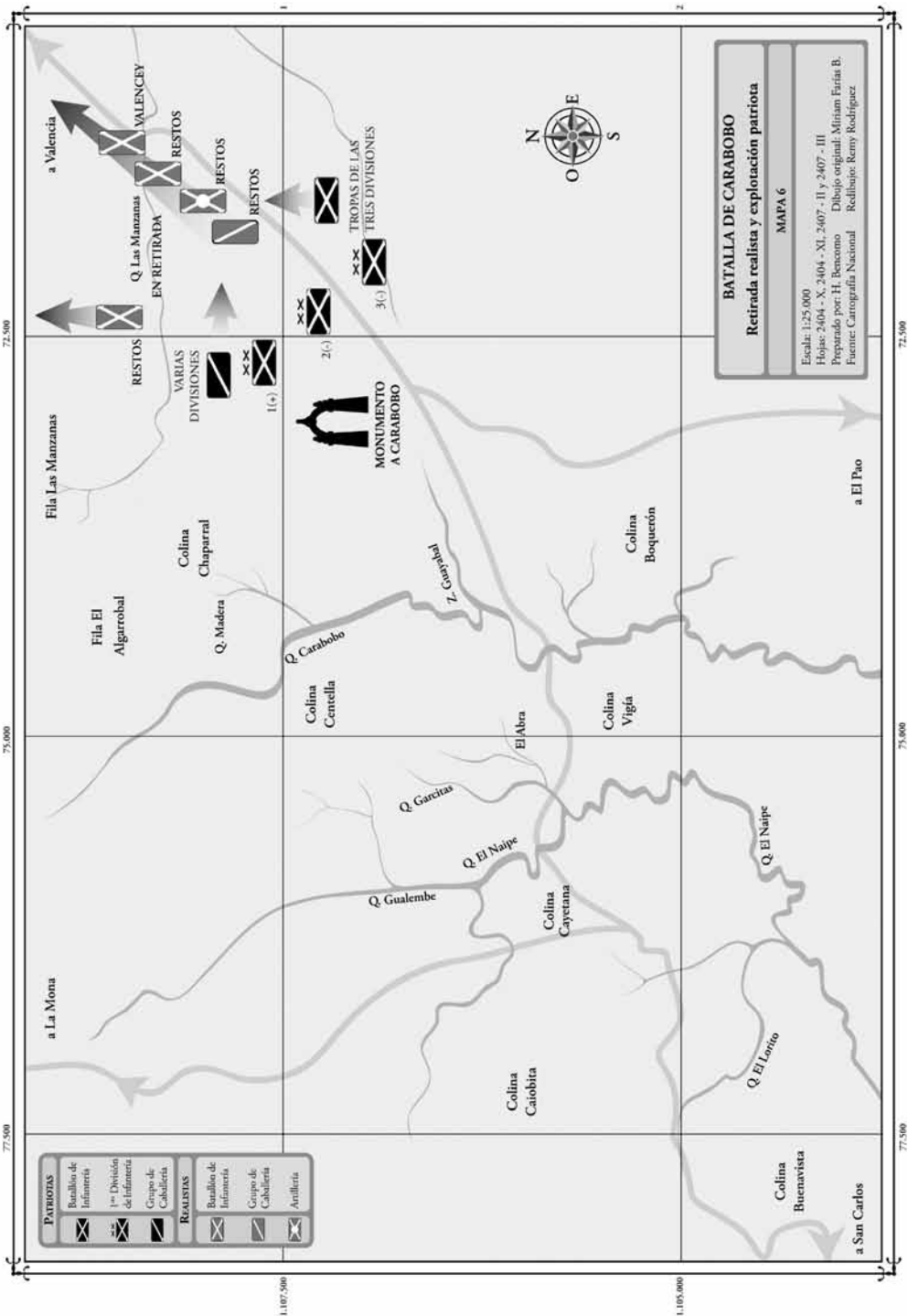


cuchara de hierro forjado, sobre el rejo de cuero convertido en estribo. Y que, en el momento de la carga, tendidos sobre el cuello recto de su caballo al galope, son con él una sola línea horizontal, prolongada en aquella vara convertida por su brazo de bronce en la más temible de las armas. El Regimiento de Honor, los Húsares de Páez, el Regimiento de la Muerte, el de Lanceros de Honor, el de Cazadores Valientes, el de La Venganza, la Reserva de Caballería, nombres en los que se entremezclan acentos marciales y simples voces de la llanura, mundo inmenso que abarca desde la cordillera granadina hasta el Orinoco y donde no hay otro límite que el cierre del horizonte.

La Segunda División la comanda otro caudillo del mismo corte de Páez: Manuel Cedeño, también general de división por caudillaje natural. Con él forma la Segunda Brigada de la Guardia a órdenes del coronel Antonio Rangel, compuesta por los batallones de infantería Vargas, Tiradores y Boyacá y el Escuadrón Sagrado. La Guardia es un nuevo tipo de organización ideado por el Libertador, un poco a la manera del regimiento español a tres batallones de infantería, adicionado con un escuadrón a caballo. Pero no es tan sólo un concepto orgánico. Es, antes que todo, una forma de crear sentido de orgulloso elitismo guerrero en quienes la integran. Desde Carabobo hasta Ayacucho, La Guardia –¿vislumbre del bonapartismo que en alguna forma impregna el subconsciente del Libertador?– fabricará toda una leyenda viva de coraje, de arrojo, de valor, que hará de sus cargas impetuosas trasunto del guerrero que les dio nombre.

La Tercera División es la del coronel Ambrosio Plaza. Forma en ella la Primera Brigada de la Guardia comandada por el coronel Manuel Manrique, a quien se recuerda por los partes de batalla que suscribía en ausencia de Soublotte durante la Campaña de Boyacá. Son sus batallones Rifles, Granaderos y Vencedores de Boyacá, aumentados con el Anzoátegui y el Primero de Caballería de La Guardia, al mando de





aquel negro espléndido de los catorce lanceros en Vargas: el ya coronel Juan José Rondón.

Cuatro mil infantes, dos mil quinientos jinetes, no se habían visto reunidos jamás en la Guerra de Independencia. El espectáculo es grandioso, sobre la llanura donde aún flotan con el viento los ecos de la batalla librada sobre el mismo suelo que lo presencia.

No lejos del lugar, sobre la planicie de Carabobo donde también, como allí, se recoge la memoria de otro triunfo republicano, el mariscal de campo don Miguel de La Torre prepara sus 2.566 infantes, 1.651 jinetes y 62 artilleros para la batalla. Él no sabe cuándo irá a librarse. Forzado a la defensiva por aquella cuádruple maniobra que lo amenaza por todos lados, no pasa revista a sus tropas, situadas ya en posiciones de combate. Sabe de su inferioridad numérica, impuesta por las mismas circunstancias que lo obligan a sostener tres frentes distintos (Urdaneta no alcanzó a concurrir a la cita, retardado en su progresión por las guerrillas realistas de Coro), pero ignora lo abrumador de las cifras: 1.500 infantes y 1.000 jinetes en cifras redondas. Lo único claro para el militar español es que tiene una misión por cumplir. Y la cumplirá con el sentido del deber que lo mantiene desde hace seis años en este trópico endemoniado, luchando por un rey –en quien posiblemente ya dejó de creer– por una patria –por la que jamás rendirá la espada– y algo que anida detrás de la guerrera de cualquier soldado: la gloria. Así la suya, en medio de los nubarrones que se ciernen sobre lo que aún queda de la Venezuela realista, esté perdiendo ante sus ojos el brillo que en otras circunstancias hubiese significado el cargo de comandante en jefe.

Dispersos sobre los puntos que habrán de proteger una vez el ejército enemigo haga su aparición, españoles, criollos de Venezuela y de Colombia, con el matiz de tres razas bajo la epidermis que oscila entre negro cetrino y blanco tostado de sol, las formaciones realistas entrañan

varios siglos de historia militar, que en América empiezan sobre un fondo de carabelas, yelmos y corazas de conquista.

En tales circunstancias, los factores ponderables favorecen de manera manifiesta las fuerzas de la República. Pero lo más grave para la causa del rey es que, además de la apabullante ventaja material, su enemigo también la ofrece en el ámbito de los intangibles. La historia de Bolívar con los caudillos venezolanos en el pasado y de Cajigal con Boves en el lado realista, se repite ahora entre La Torre, militar de escuela y Tomás Morales, el feroz segundo de Boves, para quien el concepto de la guerra sigue siendo el del bárbaro asturiano: sangre, destrucción y aniquilamiento, en lo cual, como en muchos otros aspectos, choca con la caballeresca personalidad del general en jefe.

De los cuadros orgánicos de las divisiones, Bolívar ha conseguido sustraer, mediante las dos maniobras de diversión, los batallones de infantería Segundo del Valencey, Tercero del Rey y dos escuadrones del regimiento de caballería lanceros del Rey, enviados a Caracas contra Bermúdez, tomándolos de la División de Vanguardia, en tanto el Ligero de Barinas y el Primero de Navarra han debido hacer frente a la amenaza de Carrillo por el norte. En tales condiciones la inferioridad realista, grave de suyo, se hace más dramática frente al poderío del esfuerzo principal de Bolívar.

Carabobo, a diferencia de Boyacá, donde un ejército en movimiento tropieza con otro que se ha detenido para reposar, es una batalla preparada. La Torre, obligado a librarla de forma defensiva, se afianza sobre terreno favorable, acaballando sus unidades sobre los dos ejes de espera natural: el camino que desde el oeste viene de San Carlos, donde se halla la concentración adversaria, hacia Valencia, y el de El Pao por el sur, que se une con el anterior sobre la propia meseta de Carabobo. La quebrada de este nombre, algo profunda y con un fuerte talud que

desciende desde la meseta por su extremo norte, permite dominar el acceso a la sabana.

La Primera División cubre la vía de San Carlos, con el Batallón Barbastro al norte del camino y el Valencey al sur, sobre alturas dominantes; la artillería ocupa el centro y el Hostalrich como reserva en segunda línea, apoyando a la vez la cobertura del camino de El Pao.

La División de Vanguardia prolonga hacia el sur la posición realista, con el batallón Ligero del Infante en primera línea, cubierto por una avanzada de caballería y los 100 milicianos. Más atrás se halla el Batallón del Príncipe, que da profundidad tanto a esta parte del dispositivo como a la que protege el camino de San Carlos.

Como reserva general del ejército, se halla el Batallón Burgos sobre la unión de caminos de El Pao y de San Carlos. Al fondo de la llanada, también en reserva, se encuentra toda la caballería realista.

Basta a Bolívar una ojeada al campo en las primeras horas del 24 de junio para comprender que el ataque por el eje natural de marcha ha de hallar el obstáculo combinado de la topografía y los infantes españoles, de los cuales guarda ingrato recuerdo. Lo más sensato en tales circunstancias es buscar sorpresa táctica mediante la maniobra, para lo cual decide realizar un despliegue frontal, como apoyo de un desbordamiento del ala derecha adversaria por el norte.

Es así como desplaza de sur a norte la Primera División, a cubierto de las alturas que culminan en el cerro Cayetano. La Segunda al mando de Cedeño la sigue en columna, en tanto La Tercera, con Plaza, cumple visiblemente su despliegue, atrayendo sobre sí toda la atención de la línea realista.

Los Bravos de Apure marchan a la cabeza de la Primera División, seguidos por los Cazadores Británicos. Luego la caballería. El desplazamiento de aquella gran masa no alcanza a pasar inadvertido. La Torre lo advierte

y destaca el Batallón Burgos para cubrir la línea de aproximación de los patriotas. Así, cuando los Bravos de Apure ascienden los barrancos que flanquean la meseta por el norte, es recibido con fuego intenso y rechazado en desorden por la cuesta, con pérdidas considerables.

Los Cazadores Británicos lo reemplazan en la línea de choque. Cargan impetuosamente, impertérritos ante el fuego, y ganan terreno. El Burgos se repliega ante aquel ataque firme, sereno, que avanza en amplia línea roja, pendiente arriba.

La Torre empeña con presteza los batallones ligeros del Infante y Hostalrich en apoyo del Burgos. La batalla se desplaza así hacia el norte, variando la concepción original del comandante español. Los Cazadores aguantan a pie firme el alud de la infantería realista. Cae Ferriar, el bravo comandante irlandés. Lo reemplaza su segundo, el teniente coronel Daver, quien cae también a la cabeza de sus hombres. La línea no cede. Los Bravos de Apure, contagiados del coraje de los Cazadores, se reorganizan entre tanto, para acudir en su apoyo. La sonora voz de Ferriar, «¡Firmes!», repetida una y otra vez bajo las balas, sigue resonando después de la caída del comandante y subcomandante. La recoge el capitán Scott, quien cae también. Luego Minchin. Por último Brand, el más antiguo de los capitanes cuando cae aquél. «¡Cargar!» Y la línea se pone en movimiento por la pendiente, sin mirar atrás, ni detener el paso sobre el talud salpicado de rojo de guerreras y de sangre.

Diecisiete oficiales británicos y 119 hombres de tropa dejan los Cazadores tendidos en la pendiente. Pero hombro a hombro con los Bravos de Apure desbordan el límite de la meseta. Allí se traba violento combate con los tres batallones hispanos, prontamente reforzados por los de Barbastro y el Príncipe. Los Tiradores de la división de Cedeño entran al combate y el comandante de ésta presiona sus demás unidades para comprometerlas en la batalla que se ha generalizado con violencia entre las dos infanterías.

Entre tanto, Páez logra colocar sobre la meseta sus primeros jinetes. La Torre se apresura a contener la nueva amenaza lanzando los Húsares de Fernando Séptimo. Estos defeccionan lastimosamente, contentándose con disparar sus carabinas pero rehuyendo la carga que hubiese podido tener resultados importantes. Recurre el comandante español a los Lanceros del Rey, que emprenden fuga vergonzosamente al primer amago de carga patriota.

El derrumbamiento sin lucha de la caballería realista marca la suerte de la batalla. Los escuadrones de Páez siguen irrumpiendo en la sabana. La infantería, duramente presionada por su frente, es ahora golpeada por el flanco, y su retaguardia, amenazada por el alud de caballería llanera.

El Primero de Valencey, sobre el camino de San Carlos a Valencia, aguanta solitario el ataque de la división de Plaza e inicia su repliegue, resistiendo en cuadro. La Torre y su Estado Mayor se le reúnen, luego Morales con lo que aún le queda, así como los restos de los cuerpos que son en aquel instante destrozados por el ataque de las armas republicanas. El Barbastro trata de unirse al Valencey, pero es copado. Ante el ataque masivo sucumbe y acaba por rendirse. También Infante brega por sumarse a aquel cuadro de acero que se repliega con las banderas de España y del Valencey al viento. No lo consigue, pero gana un bosque hacia el límite oriental del campo y de allí logra escurrirse del desastre hasta alcanzar a Puerto Cabello esa misma noche.

Dos horas después de entablada, la batalla se decide por el ejército republicano. Desaparecida del campo la caballería en la que fincó La Torre sus mejores esperanzas, abatidos cuatro de sus seis batallones de infantería, sólo resta al bizarro mariscal salvar el honor de las armas españolas. El coronel Tomás García, comandante de la Primera División, conduce el repliegue con mano de hierro. Bolívar lanza la caballería de sus divisiones contra aquel empecinado cuadro de infantes que se desprende al trote, hace alto, descarga sus armas con efecto mortífero, reinicia el repliegue.

En el empeño de romper las sólidas líneas españolas parece el propio Cedeño con buena parte de sus mejores oficiales. Ya Plaza ha caído atrás. Dos comandantes divisionarios, multitud de oficiales y tropas perecen en el inútil empeño de quebrantar la cuádruple línea del Valencey, Julián Mellao, héroe de Boyacá, cae también compitiendo con Rondón en la carga.

El cuadro, disminuido en hombres pero jamás en reciedumbre, gana la ciudad de Valencia. Al trote atraviesa las calles. Bolívar hace el último esfuerzo, montando en ancas 200 granaderos a pie en escuadrones de Páez, para salir a retaguardia del Valencey. La lluvia que comienza a caer sobre el campo entorpece el movimiento de los caballos con su doble carga y, a cubierto de la noche que obliga a suspender la enconada persecución, el cuadro heroico pernocta en Naguanagua, de donde se desprende al amanecer para ganar el reducto de Puerto Cabello.

Este epílogo sangriento de la batalla traza cárdena huella de gloria en el cierre de la guerra en Venezuela. Carabobo es una gran victoria para la República, y un honroso revés para la Corona española, que tiempo atrás ha debido reconocer la inutilidad de la lucha y salvar aquellas vidas valerosas, caídas anónimamente por preservar los dislocados fragmentos de un imperio que no podría reconstruirse jamás.

### **Se cierra un capítulo inmenso**

El 29 de junio de 1821, cinco días después de la victoria de Carabobo, entra Simón Bolívar a su ciudad natal. Ninguna capital padeció tanto a lo largo de la independencia americana como ésta, golpeada por el terremoto aniquilante de 1812 y perdida para la República ante la ofensiva de Monteverde el mismo año. Es tomada nuevamente y convertida en fortín por el Libertador, quien la defiende arduosamente hasta el colapso militar del año 14. Sigue fugaz ocupación por Bermúdez, fruto de

la maniobra de distracción contemplada en el plan de campaña. Caída de nuevo en manos de Morales, se integra por fin a la República cuando el Libertador, al frente de la Primera División, llega acompañado de Páez a la cabeza de brillante Estado Mayor.

Sus pobladores sufrieron todas las vicisitudes, perdieron bienes y fortunas, cuando no sus vidas, en ese cambio pendular de ocupaciones militares que, en el rojizo fulgor de la guerra a muerte, traían consigo emigraciones despavoridas, ejecuciones sangrientas, venganzas, crueldad sin medida.

Poco queda de la ciudad que Simón Bolívar conoció en sus mocedades inquietas. Corazón de la Capitanía General de Venezuela como de la República naciente, fue a la vez ciudad fortaleza donde se refugió el coraje de unos y otros en la brega sin cuartel. Bolívar luchó por ella con obcecación y no pocas veces rompió su espada en intentos imposibles. Ahora es suya. La guerra agoniza, sin morir aún, en comarcas que han escuchado el prolongado tronar de la batalla. Pero Caracas no caerá más en manos enemigas. Ahora el Libertador, que ha debido mostrarse duro en la contienda con su ciudad amada, se empeña en ganar de nuevo su corazón. Ya no hay guerra a muerte. El enemigo se desvanece en el crepúsculo. No se precisan levas angustiosas, ni tributaciones de emergencia, ni sacrificios heroicos. Caracas bien puede recobrar su espíritu festivo de otros tiempos y convertirse en alma de la victoria. El Libertador, que sabe ser alegre en las pausas de su discurrir guerrero, auspicia con entusiasmo este renacer de la ciudad en ruinas, antes de sumirse en su próximo episodio de armas, que ya lo atrae como vórtice de penurias y hazañas hacia el sur distante.

Carabobo ha quebrado la espina dorsal del poder español. Encerrado La Torre en Puerto Cabello, trata de salvar cuanto puede de la abrumadora catástrofe. Al coronel Tello, que protegía su flanco norte contra la



acometida de distracción de Cruz Carrillo, lo envía a Coro para clavar la bandera del rey en la más fiel de sus comarcas venezolanas. Dentro de la fortaleza reúne las formaciones escapadas del campo de Carabobo y las que, sin haber luchado allí, pudieron hallar el camino de este otro bastión monárquico, que desde su pérdida por Simón Bolívar en 1812 jamás ha arriado los colores de España.

Queda tan sólo la fuerza del coronel Pereira, defensora de Caracas, que la víspera de Carabobo ha batido al general Bermúdez en El Calvario. Su esforzado comandante, en imposibilidad de defender la capital, intenta alcanzar a Puerto Cabello. Es tarde. Bolívar ha adelantado al coronel Rangel para ponerle sitio. Pereira se refugia en La Guaira, donde recibe del Libertador generosa propuesta de capitulación. De acuerdo con sus términos, quienes voluntariamente desean abrazar la causa de la libertad lo hacen: 200 hombres del Tercer Batallón del Rey, 300 del Segundo de Valencey y 30 Húsares. Pereira, con 200 realistas, se embarca para Puerto Cabello dentro de los términos de la capitulación.

Coro prosigue por algún tiempo su lucha entre formal y guerrillera. Puerto Cabello lo hará por dos años más, hasta su caída definitiva en manos de Páez, el 8 de noviembre de 1823, rendida por el coronel Sebastián de la Calzada.

La Campaña de Carabobo reviste contornos magistrales que denotan bien a las claras la afortunada simbiosis del militar y el guerrero bajo una voluntad de vigor impresionante. Si hasta entonces, y aun hasta Boyacá, el militar se va cuajando de manera progresiva a la sombra del guerrero, en esta campaña victoriosa lo desborda y acaba por predominar en lo que todavía falta para coronar la obra entera de la libertad.

Se ha comentado atrás sobre la brillantez del plan de campaña. El manuscrito original, con la letra de Antonio José de Sucre, expresa en silencio elocuente lo que en él debió significar la presencia en ascenso

de este lúcido cerebro militar que tan alto ha de remontarse en las campañas del sur. Redactado un año antes de llevarlo a la práctica, hubo de sufrir cambios y adaptaciones que revelan la flexibilidad mental del Libertador para acomodarse a circunstancias fluctuantes. Hubo un momento en que se pensó sustituirlo en su idea de cuádruple maniobra, por el temor de resultar débil en todos los ejes ofensivos. Finalmente, sin embargo, se aplicó en su concepción original, brillante, audaz, síntesis de un acabado pensamiento estratégico.

El cálculo anticipado de los efectos que esta amplia maniobra por líneas exteriores iría a producir en los medios reducidos del comandante realista, dio exactamente los frutos perseguidos. La diversión desde oriente con su amenaza a la espalda, obligó a la contramaniobra apresurada (Morales replegado del eje vital de Calabozo) y distrajo la atención del comandante en jefe español, quien así perdió toda capacidad ofensiva sobre el ataque principal (Bolívar) cuando aún hubiese podido batirlo al de tal, antes de que Páez le agregase su poderosa división.

Sumada a la maniobra de oriente sobre la espalda, la diversión por el norte con el destacamento de Carrillo acabó de dislocar las fuerzas del rey, obligadas así a atender tres amenazas simultáneas. La ventaja que en tales condiciones hubiese podido representar la operación por líneas interiores, quedó neutralizada al impedir la concentración de fuerzas. Bolívar dispuso en esta forma de neta superioridad en el momento de la batalla decisiva.

Si se considera que la campaña es el juego de movimientos encaminado a culminar en la fase de choque, ésta debe librarse en las mejores condiciones. Asimilando esta verdad a una partida de ajedrez, desde la apertura misma se busca ubicar las fichas en forma tal que representen una ventaja de posición, capaz de decidir el duelo sin necesidad de grandes sacrificios. Es un juego sutil de inteligencia en el que se procura

obtener de cada medio (ficha) su máximo provecho en favor de una estrategia tendida al futuro. El golpe decisivo vendrá como consecuencia de las ventajas así establecidas.

El plan de Bolívar consiguió, exactamente, el propósito amplio de la campaña: llegar a la batalla con ventajas tan apreciables a su disposición que ésta pudiese librarse con probabilidades máximas de victoria.

En sí misma, la acción de Carabobo se desprende del juego de maniobras que la preceden. Bolívar ha reducido vitalmente la capacidad de combate de su adversario. Lo obliga a la batalla defensiva, bien planteada sin duda en las sólidas posiciones de la meseta, pero desventajosa de todas maneras al dejar a un enemigo hábil e imaginativo, el recurso de elegir el punto y dirección para aplicar el esfuerzo principal.

Bolívar, guerrero, libró sus batallas con carácter de brega directa en la que su voluntad, su impulso contagioso, la tremenda reciedumbre de su espíritu, acrecieron la combatividad de sus fuerzas hasta imponerse en lucha titánica. Militar ahora, lo hace utilizando esos mismos valores bajo el dominio magistral de su inteligencia, imaginación y recursividad. Quizás en etapas anteriores de su carrera bélica se hubiese lanzado contra la planicie de Carabobo por las vías naturales de aproximación y espera. Como en las ofensivas casi frontales del año 18, ahora recurre al desbordamiento del flanco enemigo, con lo cual contraría las disposiciones defensivas de su opositor, lo que lo obliga a abandonar su esquema primario para contratacar sobre la dirección más inesperada.

Esta maniobra con dos divisiones, masa considerable de fuerza que ha de desfilar ante el enemigo para cumplir su propósito, se realiza con rapidez sorprendente. Así, cuando La Torre advierte el desplazamiento de su enemigo, apenas alcanza a situar un batallón de infantería, el Burgos, como contención, en tanto los demás acuden en refuerzo y deben

ser comprometidos de manera fragmentaria, tan pronto alcanzan el área neurálgica donde habrá de decidirse la batalla.

Una vez fijada la infantería realista, la maniobra de la caballería puede desarrollarse con libertad, los jinetes alcanzan la meseta desfilando por la espalda de las infanterías engarzadas ya en violento combate y pueden así desplegar su línea, con el doble fin de neutralizar la caballería enemiga y encerrar por la espalda las formaciones de infantes. Esta idea se realiza con eficacia y rapidez, a lo cual contribuye decididamente la defección de la caballería realista y su fuga lamentable en momentos en que el mando español esperaba de ella un aporte crucial.

Dentro del colapso en que se precipitó el ejército realista a causa de haber abandonado el campo sus jinetes, la retirada heroica del batallón Primero de Valencey adquiere proyecciones de verdadera hazaña. Sin embargo, queda la impresión de que primó en el mando patriota la ansiedad de aniquilarlo, por medio de embestidas directas de ciego valor, más bien que cortar su retirada con base en la maniobrabilidad de la caballería, para forzar luego su rendición o destruirlo metódicamente. Sólo así se explica la muerte de dos comandantes divisionarios ante su cuadro de hierro, en cuyo centro los generales La Torre y Morales sumaron su presencia a la reciedumbre con que supo luchar el Valencey. A no ser que el terreno imposibilitase por completo la maniobra de la caballería hacia la espalda del eje de retirada utilizado por los fragmentos supervivientes, éste de la persecución es el único lunar de una batalla planteada y conducida con inteligencia admirable.

¿Sería esta acometividad, esta ansia impetuosa por rubricar la victoria con la destrucción del último reducto enemigo, nueva manifestación del guerrero no del todo eclipsado por el militar, que ya se perfila con nítidos caracteres de gran general? Es lo más probable. El guerrero nunca desapareció del todo en el comportamiento de Simón Bolívar. Cuan-

do así ocurre, la fogosidad eclipsa momentáneamente la lucidez cerebral de que da muestras en la gestación de la idea. Arremete entonces con todo el vigor de un alma nacida para la lucha y que en ella encuentra los estímulos formidables para engrandecerse hasta lo sobrehumano.

De todas formas, Carabobo es la culminación espléndida de un episodio bélico de grandes proyecciones históricas, tanto en el hábil juego de maniobras convergentes que plantearon la batalla con acierto como en la conducción del choque mismo. El defensor se ve así desplazado del eje de espera natural, por efectos del envolvimiento sobre el flanco más débil, combinado con fijación frontal. Este gran conjunto, a todas luces magistral, de maniobras desarticulantes, culminadas en planteamiento y conducción inspirados del choque, coloca la campaña y batalla de Carabobo, dentro de los modelos clásicos en su género.

El guerrero ha terminado de esculpir al general.



## Manifiesto de Cartagena

### Memoria dirigida a los ciudadanos de la Nueva Granada por un caraqueño

Libertar a la Nueva Granada de la suerte de Venezuela, y redimir a ésta de la que padece, son los objetos que me he propuesto en esta memoria. Dignaos, oh mis conciudadanos, de aceptarla con indulgencia en obsequio de miras tan laudables.

Yo soy, granadinos, un hijo de la infeliz Caracas, escapado prodigiosamente de en medio de sus ruinas físicas y políticas, que siempre fiel al sistema liberal y justo que proclamó mi patria, he venido a seguir aquí los estandartes de la independencia, que tan gloriosamente tremolan en estos estados.

Permitidme que animado de un celo patriótico me atreva a dirigirme a vosotros, para indicaros ligeramente las causas que condujeron a Venezuela a su destrucción: lisonjeándose que las terribles y ejemplares lecciones que ha dado aquella extinguida República persuadan a la América a mejorar de conducta, corrigiendo los vicios de unidad, solidez y energía que se notan en sus gobiernos.

El más consecuente error que cometió Venezuela, al presentarse en el teatro político fue, sin contradicción, la fatal adopción que hizo del sistema tolerante: sistema improbado como débil e ineficaz, desde entonces, por todo el mundo sensato, y tenazmente sostenido hasta los últimos períodos, con una ceguera sin ejemplo.

Las primeras pruebas que dio nuestro Gobierno de su insensata debilidad las manifestó con la ciudad subalterna de Coro, que denegándose

a reconocer su legitimidad, lo declaró insurgente, y lo hostilizó como enemigo.

La Junta Suprema, en lugar de subyugar aquella indefensa ciudad, que estaba rendida con presentar nuestras fuerzas marítimas delante de su puerto, la dejó fortificar, y tomar una actitud tan respetable que logró subyugar después la confederación entera, con casi igual facilidad que la que teníamos nosotros anteriormente para vencerla: fundando la Junta su política en los principios de humanidad mal entendida que no autorizan a ningún Gobierno, para hacer por la fuerza, libres a los pueblos estúpidos que desconocen el valor de sus derechos.

Los códigos que consultaban nuestros magistrados no eran los que podían enseñarles la ciencia práctica del Gobierno, sino los que han formado ciertos buenos visionarios que, imaginándose repúblicas aéreas, han procurado alcanzar la perfección política, presuponiendo la perceptibilidad del linaje humano. Por manera que tuvimos filósofos por jefes, filantropía por legislación, dialéctica por táctica y sofistas por soldados. Con semejante subversión de principios, y de cosas, el orden social se resintió extremadamente conmovido, y desde luego corrió el Estado a pasos agigantados a una disolución universal, que bien pronto se vio realizada.

De aquí nació la impunidad de los delitos de Estado cometidos descaradamente por los descontentos, y particularmente por nuestros natos, e implacables enemigos, los españoles europeos, que maliciosamente se habían quedado en nuestro país para tenerlo incesantemente inquieto, y promover cuantas conjuraciones les permitían formar nuestros jueces, perdonándoles siempre, aun cuando sus atentados eran tan enormes que se dirigían contra la salud pública.

La doctrina que apoyaba esta conducta tenía su origen en las máximas filantrópicas de algunos escritores que defienden la no residencia de



facultad en nadie, para privar de la vida a un hombre, aun en el caso de haber delinquido éste, en el delito de lesa patria. Al abrigo de esta piadosa doctrina, a cada conspiración sucedía un perdón, y a cada perdón sucedía otra conspiración que se volvía a perdonar, porque los Gobiernos liberales deben distinguirse por la clemencia. ¡Clemencia criminal que contribuyó más que nada a derribar la máquina que todavía no habíamos enteramente concluido!

De aquí vino la oposición decidida a levantar tropas veteranas, disciplinadas y capaces de presentarse en el campo de batalla, ya instruidas, a defender la libertad, con suceso y gloria. Por el contrario, se establecieron innumerables cuerpos de milicias indisciplinadas, que además de agotar las cajas del erario nacional, con los sueldos de la plana mayor, destruyeron la agricultura, alejando a los paisanos de sus hogares, e hicieron odioso el Gobierno que obligaba a éstos a tomar las armas y a abandonar sus familias.

«Las repúblicas —decían nuestros estadistas— no han menester de hombres pagados para mantener su libertad. Todos los ciudadanos serán soldados cuando nos ataque el enemigo. Grecia, Roma, Venecia, Suiza, Holanda, y recientemente el Norte de América, vencieron a sus contrarios sin auxilio de tropas mercenarias siempre prontas a sostener al despotismo y a subyugar a sus conciudadanos».

Con estos antipolíticos e inexactos raciocinios, fascinaban a los simples, pero no convencían a los prudentes que conocían bien la inmensa diferencia que hay entre los pueblos, los tiempos y las costumbres de aquellas repúblicas y las nuestras. Ellas es verdad que no pagaban ejércitos permanentes; mas era porque en la antigüedad no los había y sólo confiaban la salvación y la gloria de los Estados en sus virtudes políticas, costumbres severas y carácter militar, cualidades que nosotros estamos muy distantes de poseer. Y en cuanto a las modernas que han sacudido el

yugo de sus tiranos es notorio que han mantenido el competente número de veteranos que exige su seguridad, exceptuando al Norte de América, que estando en paz con todo el mundo, y guarnecido por el mar, no ha tenido por conveniente sostener en estos últimos años el completo de tropa veterana que necesita para la defensa de sus fronteras y plazas.

El resultado probó severamente a Venezuela el error de su cálculo, pues los milicianos que salieron al encuentro del enemigo, ignorando hasta el manejo del arma, y no estando habituados a la disciplina y obediencia, fueron arrollados al comenzar la última campaña, a pesar de los heroicos y extraordinarios esfuerzos que hicieron sus jefes por llevarlos a la victoria. Lo que causó un desaliento general en soldados y oficiales, porque es una verdad militar que sólo ejércitos aguerridos son capaces de sobreponerse a los primeros infaustos sucesos de una campaña. El soldado bisoño lo cree todo perdido, desde que es derrotado una vez, porque la experiencia no le ha probado que el valor, la habilidad y la constancia corrigen la mala fortuna.

La subdivisión de la provincia de Caracas proyectada, discutida y sancionada por el Congreso federal despertó y fomentó una enconada rivalidad en las ciudades y lugares subalternos contra la capital: «la cual decían los congresales ambiciosos de dominar en sus distritos, era la tirana de las ciudades y la sanguijuela del Estado». De este modo se encendió el fuego de la guerra civil en Valencia, que nunca se logró apagar, con la reducción de aquella ciudad, pues conservándolo encubierto, lo comunicó a las otras limítrofes a Coro y Maracaibo, y éstas entablaron comunicaciones con aquéllas, facilitaron, por este medio, la entrada de los españoles que trajo consigo la caída de Venezuela.

La disipación de las rentas públicas en objetos frívolos y perjudiciales, y particularmente en sueldos de infinidad de oficinistas, secretarios, jueces, magistrados, legisladores provinciales y federales, dio un golpe

mortal a la República, porque la obligó a recurrir al peligroso expediente de establecer el papel moneda, sin otra garantía que la fuerza y las rentas imaginarias de la confederación. Esta nueva moneda pareció a los ojos de los más una violación manifiesta del derecho de propiedad, porque se conceptuaban despojados de objetos de intrínseco valor, en cambio de otros cuyo precio era incierto, y aun ideal. El papel moneda remató el descontento de los estóridos pueblos internos, que llamaron al comandante de las tropas españolas para que viniese a librarlos de una moneda que veían con más horror que la servidumbre.

Pero lo que debilitó más el Gobierno de Venezuela fue la forma federal que adoptó, siguiendo las máximas exageradas de los derechos del hombre, que autorizándolo para que se rija por sí mismo, rompe los pactos sociales y constituye a las naciones en anarquía. Tal era el verdadero estado de la confederación. Cada provincia se gobernaba independientemente; y a ejemplo de éstas, cada ciudad pretendía iguales facultades alegando la práctica de aquéllas y la teoría de que todos los hombres y todos los pueblos gozan de la prerrogativa de instituir a su antojo el gobierno que les acomode.

El sistema federal, bien que sea el más perfecto y más capaz de proporcionar la felicidad humana en sociedad es, no obstante, el más opuesto a los intereses de nuestros nacientes estados. Generalmente hablando, todavía nuestros conciudadanos no se hallan en aptitud de ejercer por sí mismos y ampliamente sus derechos, porque carecen de las virtudes políticas que caracterizan al verdadero republicano, virtudes que no se adquieren en los gobiernos absolutos, en donde se desconocen los derechos y los deberes del ciudadano.

Por otra parte, ¿qué país del mundo por morigerado y republicano que sea podrá, en medio de las facciones intestinas y de una guerra exterior, regirse por un gobierno tan complicado y débil como el federal? No, no

es posible conservarlo en el tumulto de los combates y de los partidos. Es preciso que el Gobierno se identifique, por decirlo así, al carácter de las circunstancias, de los tiempos y de los hombres, que lo rodean. Si éstos son prósperos y serenos, él debe ser dulce y protector; pero si son calamitosos y turbulentos, él debe mostrarse terrible y armarse de una firmeza igual a los peligros, sin atender a las leyes, ni constituciones, interín no se restablezcan la felicidad y la paz.

Caracas tuvo mucho que padecer por defecto de la confederación que, lejos de socorrerla, le agotó sus caudales y pertrechos; y cuando vino el peligro la abandonó a su suerte, sin auxiliarla con el menor contingente. Además, le aumentó sus embarazos habiéndose empeñado una competencia entre el poder federal, y el provincial, que dio lugar a que los enemigos llegasen al corazón del Estado, antes que se resolviese la cuestión, de si deberían salir las tropas federales o provinciales a rechazarlos cuando ya tenían ocupada una gran porción de la provincia. Esta fatal contestación produjo una demora que fue terrible para nuestras armas. Pues las derrotaron en San Carlos sin que les llegasen los refuerzos que esperaban para vencer.

Yo soy de sentir que mientras no centralicemos nuestros gobiernos americanos, los enemigos obtendrán las más completas ventajas; seremos indefectiblemente envueltos en los horrores de las disensiones civiles y conquistados vilipendiosamente por ese puñado de bandidos que infestan nuestras comarcas.

Las elecciones populares hechas por los rústicos del campo y por los intrigantes moradores de las ciudades, añaden un obstáculo más a la práctica de la federación, entre nosotros, porque los unos son tan ignorantes que hacen sus votaciones maquinalmente, y los otros, tan ambiciosos que todo lo convierten en facción; por lo que jamás se vio en Venezuela una votación libre y acertada; lo que ponía el Gobierno en

manos de hombres ya desafectos a la causa, ya ineptos, ya inmorales. El espíritu de partido decidía en todo, y por consiguiente nos desorganizó más de lo que las circunstancias hicieron. Nuestra división, y no las armas españolas, nos tornó a la esclavitud.

El terremoto de 26 de marzo trastornó, ciertamente, tanto lo físico como lo moral; y puede llamarse propiamente la causa inmediata de la ruina de Venezuela; mas este mismo suceso habría tenido lugar, sin producir tan mortales efectos, si Caracas se hubiera gobernado entonces por una sola autoridad, que obrando con rapidez y vigor hubiese puesto remedio a los daños, sin trabas ni competencias que retardando el efecto de las providencias dejaban tomar al mal un incremento tan grande que lo hizo incurable.

Si Caracas en lugar de una confederación, lánguida, e insubsistente hubiese establecido un gobierno sencillo, cual lo requería su situación política y militar, tú existieras ¡Oh Venezuela!, y gozaras hoy de tu libertad.

La influencia eclesiástica tuvo, después del terremoto, una parte muy considerable en la sublevación de los lugares y ciudades subalternas; y en la introducción de los enemigos en el país, abusando sacrílegamente de la santidad de su ministerio en favor de los promotores de la guerra civil. Sin embargo debemos confesar ingenuamente que estos traidores sacerdotes se animaban a cometer los execrables crímenes de que justamente se les acusa porque la impunidad de los delitos era absoluta, la cual hallaba en el Congreso un escandaloso abrigo, llegando a tal punto esta injusticia que de la insurrección de la ciudad de Valencia, que costó su pacificación cerca de mil hombres, no se dio a la vindicta de las leyes un solo rebelde; quedando todos con vida, y los más con sus bienes.

De lo referido se deduce que entre las causas que han producido la caída de Venezuela, debe colocarse en primer lugar la naturaleza de su

constitución; que repito, era tan contraria a sus intereses como favorable a los de sus contrarios. En segundo, el espíritu de misantropía que se apoderó de nuestros gobernantes. Tercero, la oposición al establecimiento de un cuerpo militar que salvase la República y repeliese los choques que le daban los españoles. Cuarto, el terremoto acompañado del fanatismo que logró sacar de este fenómeno los más importantes resultados; y últimamente las facciones internas que en realidad fueron el mortal veneno que hicieron descender la patria al sepulcro.

Estos ejemplos de errores e infortunios no serán enteramente inútiles para los pueblos de la América meridional, que aspiran a la libertad e independencia.

La Nueva Granada ha visto sucumbir a Venezuela; por consiguiente, debe evitar los escollos que han destrozado aquélla. A este efecto presento como una medida indispensable para la seguridad de la Nueva Granada la reconquista de Caracas. A primera vista parecerá este proyecto inconducente, costoso y quizás impracticable, pero examinado atentamente con ojos previsivos, y una meditación profunda, es imposible desconocer su necesidad, como dejar de ponerlo en ejecución probada la utilidad.

Lo primero que se presenta en apoyo de esta operación es el origen de la destrucción de Caracas, que no fue otro que el desprecio con que miró aquella ciudad de la existencia de un enemigo que parecía pequeño y no lo era considerándolo en su verdadera luz.

Coro ciertamente no habría podido nunca entrar en competencia con Caracas si la comparamos, en sus fuerzas intrínsecas, con ésta; mas como en el orden de las vicisitudes humanas no es siempre la mayoría de la masa física la que decide, sino que es la superioridad de la fuerza moral la que inclina hacia sí la balanza política, no debió el Gobierno de Venezuela, por esta razón, haber descuidado la extirpación de

un enemigo, que aunque aparentemente débil, tenía por auxiliares a la provincia de Maracaibo; a todas las que obedecen a la Regencia, el oro y la cooperación de nuestros eternos contrarios los europeos que viven con nosotros, y sobre todo la opinión inveterada de cuantos ignorantes y supersticiosos contienen los límites de nuestros estados. Así fue que apenas hubo un oficial traidor que llamase al enemigo, cuando se desconcertó la máquina política, sin que los inauditos y patrióticos esfuerzos que hicieron contrarios los defensores de Caracas lograsen impedir la caída de un edificio ya desplomado por el golpe que recibió de un solo hombre.

Aplicando el ejemplo de Venezuela a la Nueva Granadaya y formando una proporción, hallaremos que Coro es a Caracas como Caracas es a la América entera; consiguientemente el peligro que amenaza este país está en razón de la anterior progresión, porque poseyendo la España el territorio de Venezuela, podrá con facilidad sacarle hombres y municiones de boca y guerra para que bajo la dirección de jefes experimentados contra los grandes maestros de la guerra, los franceses, penetren desde las provincias de Barinas y Maracaibo hasta los últimos confines de la América meridional.

La España tiene en el día gran número de oficiales generales, ambiciosos y audaces; acostumbrados a los peligros y a las privaciones, que anhelan por venir aquí a buscar un imperio que reemplace el que acababan de perder.

Es muy probable que al expirar la Península haya una prodigiosa emigración de hombres de todas clases, y particularmente de cardenales, arzobispos, obispos, canónigos y clérigos revolucionarios, capaces de subvertir no sólo nuestros tiernos y lánguidos estados, sino de envolver el Nuevo Mundo entero en una espantosa anarquía. La influencia religiosa, el imperio de la dominación civil y militar y cuantos prestigios

pueden obrar sobre el espíritu humano, serán otros tantos instrumentos de que se valdrán para someter estas regiones.

Nada se opondrá a la emigración de España. Es verosímil que la Inglaterra proteja la evasión de un partido que disminuye en parte las fuerzas de Bonaparte en España; y trae consigo el aumento y permanencia del suyo en América. La Francia no podrá impedirlo, tampoco Norteamérica y nosotros menos aún, pues careciendo todos de una marina respetable, nuestras tentativas serán vanas.

Estos tráfugas hallarán ciertamente una favorable acogida en los puertos de Venezuela, como que vienen a reforzar a los opresores de aquel país, y los habilitan de medios para emprender la conquista de los estados independientes.

Levantarán quince o veinte mil hombres que disciplinarán prontamente con sus jefes, oficiales, sargentos, cabos y soldados veteranos. A este ejército seguirá otro todavía más temible, de ministros, embajadores, consejeros, magistrados, toda la jerarquía eclesiástica y los grandes de España, cuya profesión es el dolo y la intriga, condecorados con ostentosos títulos, muy adecuados para deslumbrar a la multitud que derramándose como un torrente lo inundarán todo arrancando las semillas y hasta las raíces del árbol de la libertad de Colombia. Las tropas combatirán en el campo y éstos desde sus gabinetes nos harán la guerra por los resortes de la seducción y del fanatismo.

Así pues, no nos queda otro recurso para precavernos de estas calamidades que el de pacificar rápidamente nuestras provincias sublevadas, para llevar después nuestras armas contra las enemigas y formar de este modo soldados y oficiales dignos de llamarse las columnas de la patria.

Todo conspira a hacernos adoptar esta medida; sin hacer mención de la necesidad urgente que tenemos de cerrarle las puertas al enemigo, hay otras razones tan poderosas para determinarnos a la ofensiva, que



sería una falta militar y política inexcusable dejar de hacerla. Nosotros nos hallamos invadidos y, por consiguiente, forzados a rechazar al enemigo más allá de la frontera. Además, es un principio del arte que toda guerra defensiva es perjudicial y ruinoso para el que la sostiene, pues lo debilita sin esperanza de indemnizarlo, y que las hostilidades en el territorio enemigo siempre son provechosas por el bien que resulta del mal del contrario; así, no debemos por ningún motivo emplear la defensiva.

Debemos considerar también el estado actual del enemigo, que se halla en una posición muy crítica, habiéndoseles desertado la mayor parte de sus soldados criollos; y teniendo al mismo tiempo que guarnecer las patrióticas ciudades de Caracas, Puerto Cabello, La Guaira, Barcelona, Cumaná y Margarita, en donde existen sus depósitos, sin que se atrevan a desamparar estas plazas, por temor de una insurrección general en el acto de separarse de ellas. De modo que no sería imposible que llegasen nuestras tropas hasta las puertas de Caracas sin haber dado una batalla campal.

Es una cosa positiva que en cuanto nos presentemos en Venezuela se nos agregan millares de valerosos patriotas que suspiran por vernos aparecer, para sacudir el yugo de sus tiranos y unir sus esfuerzos a los nuestros en defensa de la libertad.

La naturaleza de la presente campaña nos proporciona la ventaja de aproximarnos a Maracaibo por Santa Marta, y a Barinas por Cúcuta.

Aprovechemos, pues, instantes tan propicios, no sea que los refuerzos que incesantemente deben llegar de España cambien absolutamente el aspecto de los negocios y perdamos quizás para siempre la dichosa oportunidad de asegurar la suerte de estos estados.

El honor de la Nueva Granada exige imperiosamente escarmentar a esos osados invasores, persiguiéndolos hasta los últimos atrinchamientos como su gloria depende de tomar a su cargo la empresa de mar-

char a Venezuela, a libertar la cuna de la independencia colombiana, sus mártires, y aquel benemérito pueblo caraqueño, cuyos clamores sólo se dirigen a sus amados compatriotas los granadinos, que ellos aguardan con una mortal impaciencia, como a sus redentores. Corramos a romper las cadenas de aquellas víctimas que gimen en las mazmorras, siempre esperando su salvación de vosotros; no burléis su confianza, no seáis insensibles a los lamentos de vuestros hermanos. Id veloces a vengar al muerto, a dar vida al moribundo, soltura al oprimido y libertad a todos.

CARTAGENA DE INDIAS, 15 DE DICIEMBRE DE 1812

## Carta de Jamaica

### Contestación de un americano meridional a un caballero de esta isla

Me apresuro a contestar la carta de 29 del mes pasado que Ud. me hizo el honor de dirigirme, y que yo recibí con la mayor satisfacción.

Sensible, como debo, al interés que Ud. ha querido tomar por la suerte de mi patria, afligiéndose con ella por los tormentos que padece, desde su descubrimiento hasta estos últimos períodos por parte de sus destructores los españoles, no siento menos el comprometimiento en que me ponen las solícitas demandas que Ud. me hace sobre los objetos más importantes de la política americana. Así, me encuentro en un conflicto, entre el deseo de corresponder a la confianza con que Ud. me favorece, y el impedimento de satisfacerla, tanto por la falta de documentos y libros cuanto por los limitados conocimientos que poseo de un país tan inmenso, variado y desconocido, como el Nuevo Mundo.

En mi opinión es imposible responder a las preguntas con que Ud. me ha honrado. El mismo barón de Humboldt, con su universalidad de conocimientos teóricos y prácticos, apenas lo haría con exactitud, porque aunque una parte de la estadística y revolución de América es conocida, me atrevo a asegurar que la mayor está cubierta de tinieblas, y, por consecuencia, sólo se pueden ofrecer conjeturas más o menos aproximadas, sobre todo en lo relativo a la suerte futura y a los verdaderos proyectos de los americanos; pues cuantas combinaciones suministra la historia de las naciones, de otras tantas es susceptible la

nuestra por su posición física, por las vicisitudes de la guerra y por los cálculos de la política.

Como me conceptúo obligado a prestar atención a la apreciable carta de Ud., no menos que a sus filantrópicas miras, me animo a dirigirle estas líneas, en las cuales ciertamente no hallará Ud. las ideas luminosas que desea, mas sí las ingenuas expresiones de mis pensamientos.

«Tres siglos ha —dice Ud.— que empezaron las barbaridades que los españoles cometieron en el grande hemisferio de Colón». Barbaridades que la presente edad ha rechazado como fabulosas, porque parecen superiores a la perversidad humana; y jamás serían creídas por los críticos modernos si constantes y repetidos documentos no testificasen estas infaustas verdades. El filantrópico obispo de Chiapas, el apóstol de la América, Las Casas, ha dejado a la posteridad una breve relación de ellas, extractada de las sumarias que siguieron en Sevilla a los conquistadores, con el testimonio de cuantas personas respetables había entonces en el Nuevo Mundo, y con los procesos mismos que los tiranos se hicieron entre sí, como consta por los más sublimes historiadores de aquel tiempo. Todos los imparciales han hecho justicia al celo, verdad y virtudes de aquel amigo de la humanidad, que con tanto fervor y firmeza denunció ante su gobierno y contemporáneos los actos más horrorosos de un frenesí sanguinario.

¡Con cuánta emoción de gratitud leo el pasaje de la carta de Ud. en que me dice: «que espera que los sucesos que siguieron entonces a las armas españolas, acompañen ahora a las de sus contrarios, los muy oprimidos americanos meridionales!» Yo tomo esta esperanza por una predicción, si la justicia decide las contiendas de los hombres. El suceso coronará nuestros esfuerzos porque el destino de la América se ha fijado irrevocablemente; el lazo que la unía a la España está cortado: la opinión era toda su fuerza; por ella se estrechaban mutuamente las

partes de aquella inmensa monarquía; lo que antes las enlazaba, ya las divide; más grande es el odio que nos ha inspirado la Península que el mar que nos separa de ella; menos difícil es unir los dos continentes que reconciliar los espíritus de ambos países. El hábito a la obediencia; un comercio de intereses, de luces, de religión; una recíproca benevolencia; una tierna solicitud por la cuna y la gloria de nuestros padres; en fin, todo lo que formaba nuestra esperanza, nos venía de España. De aquí nacía un principio de adhesión que parecía eterno, no obstante que la conducta de nuestros dominadores relajaba esta simpatía, o, por mejor decir, este apego forzado por el imperio de la dominación. Al presente sucede lo contrario: la muerte, el deshonor, cuanto es nocivo nos amenaza y tememos; todo lo sufrimos de esa desnaturalizada madrastra. El velo se ha rasgado, ya hemos visto la luz y se nos quiere volver a las tinieblas; se han roto las cadenas; ya hemos sido libres y nuestros enemigos pretenden de nuevo esclavizarnos. Por lo tanto, la América combate con despecho; y rara vez la desesperación no ha arrastrado tras sí la victoria.

Porque los sucesos hayan sido parciales y alternados, no debemos desconfiar de la fortuna. En sus partes triunfan los independientes, mientras que los tiranos en lugares diferentes obtienen sus ventajas, y ¿cuál es el resultado final? ¿No será el Nuevo Mundo entero, conmovido y armado para su defensa? Echemos una ojeada y observaremos una lucha simultánea en la inmensa extensión de este hemisferio.

El belicoso estado de las provincias del Río de la Plata ha purgado su territorio y conducido sus armas vencedoras al Alto Perú, conmoviendo a Arequipa e inquietando a los realistas de Lima. Cerca de un millón de habitantes disfruta allí de su libertad.

El reino de Chile, poblado de 800.000 almas, está lidiando contra sus enemigos que pretenden dominarlo; pero en vano, porque los que antes pusieron un término a sus conquistas, los indómitos y libres araucanos

son sus vecinos y compatriotas; y su ejemplo sublime es suficiente para probarles que el pueblo que ama su independencia por fin la logra.

El virreinato del Perú, cuya población asciende a millón y medio de habitantes, es sin duda el más sumiso y al que más sacrificios se le han arrancado para la causa del Rey; y bien que sean vanas las relaciones concernientes a aquella porción de América, es indudable que ni está tranquila ni es capaz de oponerse al torrente que amenaza a las más de sus provincias.

La Nueva Granada que es, por decirlo así, el corazón de la América, obedece a un gobierno general, exceptuando el reino de Quito, que con la mayor dificultad contienen sus enemigos por ser fuertemente adicto a la causa de su patria, y las provincias de Panamá y Santa Marta que sufren, no sin dolor, la tiranía de sus señores. Dos millones y medio de habitantes están esparcidos en aquel territorio, que actualmente defienden contra el ejército bajo el general Morillo, que es verosímil sucumba delante de la inexpugnable plaza de Cartagena. Mas si la tomare será a costa de grandes pérdidas, y desde luego carecerá de fuerzas bastantes para subyugar a los morigerados y bravos moradores del interior.

En cuanto a la heroica y desdichada Venezuela, sus acontecimientos han sido tan rápidos, y sus devastaciones tales, que casi la han reducido a una absoluta indigencia y a una soledad espantosa; no obstante que era uno de los más bellos países de cuantos hacían el orgullo de América. Sus tiranos gobiernan un desierto; y sólo oprimen a tristes restos que, escapados de la muerte, alimentan una precaria existencia: algunas mujeres, niños y ancianos son los que quedan. Los más de los hombres han perecido por no ser esclavos, y los que viven, combaten con furor en los campos y en los pueblos internos, hasta expirar o arrojar al mar a los que, insaciables de sangre y de crímenes, rivalizan con los primeros monstruos que hicieron desaparecer de la América a su raza primitiva.

Cerca de un millón de habitantes se contaba en Venezuela; y, sin exageración, se puede asegurar que una cuarta parte ha sido sacrificada por la tierra, la espada, el hambre, la peste, las peregrinaciones; excepto el terremoto, todo resultado de la guerra.

En Nueva España había en 1808, según nos refiere el barón de Humboldt, 7.800.000 almas con inclusión de Guatemala. Desde aquella época, la insurrección que ha agitado a casi todas sus provincias ha hecho disminuir sensiblemente aquel cómputo, que parece exacto; pues más de un millón de hombres ha perecido, como lo podrá Ud. ver en la exposición de Mr. Walton, que describe con fidelidad los sanguinarios crímenes cometidos en aquel opulento imperio. Allí la lucha se mantiene a fuerza de sacrificios humanos y de todas especies, pues nada ahorran los españoles con tal que logren someter a los que han tenido la desgracia de nacer en este suelo, que parece destinado a empaparse con la sangre de sus hijos. A pesar de todo, los mejicanos serán libres porque han abrazado el partido de la patria, con la resolución de vengar a sus antepasados o seguirlos al sepulcro. Ya ellos dicen con Raynal: llegó el tiempo, en fin, de pagar a los españoles suplicios con suplicios y de ahogar esta raza de exterminadores en su sangre o en el mar.

Las islas de Puerto Rico y Cuba que, entre ambas, pueden formar una población de 700 a 800.000 almas, son las que más tranquilamente poseen los españoles, porque están fuera del contacto de los independientes. Mas, ¿no son americanos estos insulares? ¿No son vejados? ¿No desean su bienestar? Este cuadro representa una escala militar de 2.000 leguas de longitud y 900 de latitud en su mayor extensión, en que 16.000.000 de americanos defienden sus derechos o están oprimidos por la nación española, que aunque fue, en algún tiempo, el más vasto imperio del mundo, sus restos son ahora impotentes para dominar el nuevo hemisferio y hasta para mantenerse en el antiguo. ¿Y

la Europa civilizada, comerciante y amante de la libertad, permite que una vieja serpiente, por solo satisfacer su saña envenenada, devore la más bella parte de nuestro globo? ¡Qué! ¿Está la Europa sorda al clamor de su propio interés? ¿No tiene ya ojos para ver la justicia? ¿Tanto se ha endurecido, para ser de este modo insensible? Estas cuestiones cuanto más las medito, más me confunden: llego a pensar que se aspira a que desaparezca la América; pero es imposible, porque toda la Europa no es España. ¡Qué demencia la de nuestra enemiga pretender reconquistar la América sin marina, sin tesoro y casi sin soldados! Pues los que tiene, apenas son bastantes para retener a su propio pueblo en una violenta obediencia y defenderse de sus vecinos. Por otra parte, ¿podrá esta nación hacer el comercio exclusivo de la mitad del mundo, sin manufacturas, sin producciones territoriales, sin artes, sin ciencias, sin política? Lograda que fuese esta loca empresa; y suponiendo más aún, lograda la pacificación, los hijos de los actuales americanos, unidos con los de los europeos reconquistadores, ¿no volverían a formar dentro de veinte años los mismos patrióticos designios que ahora se están combatiendo?

La Europa haría un bien a la España en disuadirla de su obstinada temeridad; porque a lo menos le ahorraría los gastos que expende, y la sangre que derrama; a fin de que, fijando su atención en sus propios recintos, fundase su prosperidad y poder sobre bases más sólidas que las de inciertas conquistas, un comercio precario y exacciones violentas en pueblos remotos, enemigos y poderosos. La Europa misma por miras de sana política debería haber preparado y ejecutado el proyecto de la independencia americana; no sólo porque el equilibrio del mundo así lo exige, sino porque éste es el medio legítimo y seguro de adquirirse establecimientos ultramarinos de comercio. La Europa que no se halla agitada por las violentas pasiones de la venganza, ambición y codicia, como la España, parece que estaba autorizada por todas las leyes de la equidad a ilustrarla sobre sus bien entendidos intereses.



Cuantos escritores han tratado la materia se acuerdan en esta parte. En consecuencia, nosotros esperábamos con razón que todas las naciones cultas se apresurarían a auxiliarnos, para que adquiriésemos un bien cuyas ventajas son recíprocas a entrambos hemisferios. Sin embargo, ¡cuán frustradas esperanzas! No sólo los europeos, pero hasta nuestros hermanos del norte se han mantenido inmóviles espectadores de esta contienda, que por su esencia es la más justa, y por sus resultados la más bella e importante de cuantas se han suscitado en los siglos antiguos y modernos, porque ¿hasta cuándo se puede calcular la trascendencia de la libertad del hemisferio de Colón?

«La felonía con que Bonaparte —dice Ud.— prendió a Carlos IV y a Fernando VII, reyes de esta nación, que tres siglos ha aprisionó con traición a dos monarcas de la América meridional, es un acto muy manifiesto de la retribución divina, y al mismo tiempo una prueba de que Dios sostiene la justa causa de los americanos y les concederá su independencia».

Parece que Ud. quiere aludir al monarca de Méjico Moctezuma, preso por Cortés y muerto, según Herrera, por él mismo, aunque Salís dice que por el pueblo; y a Atahualpa, Inca del Perú, destruido por Francisco Pizarro y Diego de Almagro. Existe tal diferencia entre la suerte de los reyes españoles y de los reyes americanos que no admite comparación; los primeros son tratados con dignidad, conservados, y al fin recobran su libertad y trono; mientras que los últimos sufren tormentos inauditos y los vilipendias más vergonzosos. Si a Guatimozín, sucesor de Moctezuma, se le trata como emperador y le ponen la corona, fue por irrisión y no por respeto; para que experimentase este escarnio antes que las torturas. Iguales a la suerte de este monarca fueron las del rey de Michoacán, Catzontzin; el Zipa de Bogotá y cuantos toquis, imas, zipas, ulmenes, caciques y demás dignidades indianas sucumbieron al poder español. El suceso de Fernando VII es más semejante al que tuvo

lugar en Chile en 1535, con el ulmén de Copiapó, entonces reinante en aquella comarca. El español Almagro pretextó, como Bonaparte, tomar partido por la causa del legítimo soberano y, en consecuencia, llama al usurpador, como Fernando lo era en España; aparenta restituir al legítimo a sus estados, y termina por encadenar y echar a las llamas al infeliz ulmen, sin querer aun oír su defensa. Este es el ejemplo de Fernando VII con su usurpador. Los reyes europeos sólo padecen destierro; el ulmén de Chile termina su vida de un modo atroz.

«Después de algunos meses –añade Ud.– he hecho muchas reflexiones sobre la situación de los americanos y sus esperanzas futuras; tomo grande interés en sus sucesos, pero me faltan muchos informes relativos a su estado actual, y a lo que ellos aspiran; deseo infinitamente saber la política de cada provincia, como también su población, si desean repúblicas o monarquías, si formarán una gran república, o una gran monarquía. Toda noticia de esta especie que Ud. pueda darme, o indicarme las fuentes a que debo ocurrir, la estimaré como un favor muy particular».

Siempre las almas generosas se interesan en la suerte de un pueblo que se esmera por recobrar los derechos con que el Creador y la naturaleza lo han dotado; y es necesario estar bien fascinado por el error o por las pasiones para no abrigar esta noble sensación. Ud. ha pensado en mi país y se interesa por él; este acto de benevolencia me inspira el más vivo reconocimiento.

He dicho la población que se calcula por datos más o menos exactos, que mil circunstancias hacen fallidos sin que sea fácil remediar esta inexactitud, porque los más de los moradores tienen habitaciones campestres y muchas veces errantes, siendo labradores, pastores, nómadas, perdidos en medio de los espesos e inmensos bosques, llanuras solitarias y aisladas entre lagos y ríos caudalosos. ¿Quién será capaz de formar una estadística completa de semejantes comarcas? Además los tributos

que pagan los indígenas; las penalidades de los esclavos; las primicias, diezmos y derechos que pesan sobre los labradores, y otros accidentes alejan de sus hogares a los pobres americanos. Esto es sin hacer mención de la guerra de exterminio que ya ha segado cerca de un octavo de la población, y ha ahuyentado una gran parte; pues entonces las dificultades son insuperables y el empadronamiento vendrá a reducirse a la mitad del verdadero censo.

Todavía es más difícil presentir la suerte futura del Nuevo Mundo, establecer principios sobre su política, y casi profetizar la naturaleza del gobierno que llegará a adoptar. Toda idea relativa al porvenir de este país me parece aventurada. ¿Se pudo prever cuando el género humano se hallaba en su infancia, rodeado de tanta incertidumbre, ignorancia y error, cuál sería el régimen que abrazaría para su conservación? ¿Quién se habría atrevido a decir tal nación será república o monarquía, ésta será pequeña, aquélla grande? en mi concepto, ésta es la imagen de nuestra situación. Nosotros somos un pequeño género humano; poseemos un mundo aparte; cercado por dilatados mares, nuevo en casi todas las artes y ciencias aunque en cierto modo viejo en los usos de la sociedad civil. Yo considero el estado actual de la América como cuando desplomado el Imperio romano cada desmembración formó un sistema político, conforme a sus intereses y situación o siguiendo la ambición particular de algunos jefes, familias o corporaciones; con esta notable diferencia, que aquellos miembros dispersos volvían a restablecer sus antiguas naciones con las alteraciones que exigían las cosas o los sucesos; mas nosotros, que apenas conservamos vestigios de lo que en otro tiempo fue, y que por otra parte no somos indios ni europeos, sino una especie media entre los legítimos propietarios del país y los usurpadores españoles; en suma, siendo nosotros americanos por nacimiento y nuestros derechos los de Europa, tenemos que disputar éstos a los del país y que mantenernos en él contra la invasión de los invasores; así nos

hallamos en el caso más extraordinario y complicado; no obstante que es una especie de adivinación indicar cuál será el resultado de la línea de política que la América siga, me atrevo a aventurar algunas conjeturas, que, desde luego, caracterizo de arbitrarias, dictadas por un deseo racional, y no por un raciocinio probable.

La posición de los moradores del hemisferio americano ha sido, por siglos, puramente pasiva: su existencia política era nula. Nosotros estábamos en un grado todavía más abajo de la servidumbre, y por lo mismo con más dificultad para elevarnos al goce de la libertad. Permítame Ud. estas consideraciones para establecer la cuestión. Los estados son esclavos por la naturaleza de su constitución o por el abuso de ella. Luego un pueblo es esclavo cuando el gobierno, por su esencia o por sus vicios, halla y usurpa los derechos del ciudadano o súbdito. Aplicando estos principios, hallaremos que la América no sólo estaba privada de su libertad sino también de la tiranía activa y dominante. Me explicaré. En las administraciones absolutas no se reconocen límites en el ejercicio de las facultades gubernativas: la voluntad del gran sultán, kan, bey y demás soberanos despóticos, es la ley suprema y ésta es casi arbitrariamente ejecutada por los bajaes, kanes y sátrapas subalternos de la Turquía y Persia, que tienen organizada una opresión de que participan los súbditos en razón de la autoridad que se les confía. A ellos está encargada la administración civil, militar y política, de rentas y la religión. Pero al fin son persas los jefes de Ispahán, son turcos los visires del Gran Señor, son tártaros los sultanes de la Tartaria. La China no envía a buscar mandatarios militares y letrados al país de Gengis Kan, que la conquistó, a pesar de que los actuales chinos son descendientes directos de los subyugados por los ascendientes de los presentes tártaros.

¡Cuán diferente era entre nosotros! Se nos vejaba con una conducta que, además de privarnos de los derechos que nos correspondían, nos dejaba en una especie de infancia permanente con respecto a las tran-

sacciones públicas. Si hubiésemos siquiera manejado nuestros asuntos domésticos en nuestra administración interior, conoceríamos el curso de los negocios públicos y su mecanismo, y gozaríamos también de la consideración personal que impone a los ojos del pueblo cierto respeto maquinal que es tan necesario conservar en las revoluciones. He aquí por qué he dicho que estábamos privados hasta de la tiranía activa, pues que no nos era permitido ejercer sus funciones.

Los americanos, en el sistema español que está en vigor, y quizá con mayor fuerza que nunca, no ocupan otro lugar en la sociedad que el de siervos propios para el trabajo, y cuando más, el de simples consumidores; y aun esta parte coartada con restricciones chocantes: tales son las prohibiciones del cultivo de frutos de Europa, el estanco de las producciones que el Rey monopoliza, el impedimento de las fábricas que la misma Península no posee, los privilegios exclusivos del comercio hasta de los objetos de primera necesidad, las trabas entre provincias y provincias americanas, para que no se traten, entiendan ni negocien; en fin, ¿quiere Ud. saber cuál era nuestro destino? Los campos para cultivar el añil, la grama, el café, la caña, el cacao y el algodón, las llanuras solitarias para criar ganados, los desiertos para cazar las bestias feroces, las entrañas de la tierra para excavar el oro que no puede saciar a esa nación avarienta.

Tan negativo era nuestro estado que no encuentro semejante en ninguna otra asociación civilizada, por más que recorro la serie de las edades y la política de todas las naciones. Pretender que un país tan felizmente constituido, extenso, rico y populoso, sea meramente pasivo, ¿no es un ultraje y una violación de los derechos de la humanidad?

Estábamos como acabo de exponer, abstraídos, y digámoslo así, ausentes del universo en cuanto es relativo a la ciencia del gobierno y administración del estado. Jamás éramos virreyes, ni gobernantes, sino

por causas muy extraordinarias; arzobispos y obispos pocas veces; diplomáticos nunca; militares, sólo en calidad de subalternos; nobles, sin privilegios reales; no éramos, en fin, ni magistrados ni financistas, y casi ni aun comerciantes: todo en contravención directa de nuestras instituciones.

El emperador Carlos V formó un pacto con los descubridores, conquistadores y pobladores de América, que, como dice Guerra, es nuestro contrato social. Los reyes de España convinieron solemnemente con ellos que lo ejecutasen por su cuenta y riesgo, prohibiéndoles hacerla a costa de la real hacienda, y por esta razón se les concedía que fuesen señores de la tierra, que organizarasen la administración y ejerciesen la judicatura en apelación, con otras muchas exenciones y privilegios que sería prolijo detallar. El Rey se comprometió a no enajenar jamás las provincias americanas, como que a él no tocaba otra jurisdicción que la del alto dominio, siendo una especie de propiedad feudal la que allí tenían los conquistadores para sí y sus descendientes. Al mismo tiempo existen leyes expresas que favorecen casi exclusivamente a los naturales del país originarios de España en cuanto a los empleos civiles, eclesiásticos y de rentas. Por manera que, con una violación manifiesta de las leyes y de los pactos subsistentes, se han visto despojar aquellos naturales de la autoridad constitucional que les daba su código.

De cuanto he referido será fácil colegir que la América no estaba preparada para desprenderse de la metrópoli, como súbitamente sucedió, por el efecto de las legítimas cesiones de Bayona, y por la inicua guerra que la regencia nos declaró, sin derecho alguno para ello, no sólo por la falta de justicia, sino también de legitimidad. Sobre la naturaleza de los gobiernos españoles, sus decretos conminatorios y hostiles, y el curso entero de su desesperada conducta hay escritos, del mayor mérito, en el periódico *El Español*, cuyo autor es el señor Blanco; y estando allí esta parte de nuestra historia muy bien tratada, me limito a indicarlo.

Los americanos han subido de repente y sin los conocimientos previos; y, lo que es más sensible, sin la práctica de los negocios públicos, a representar en la escena del mundo las eminentes dignidades de legisladores, magistrados, administradores del erario, diplomáticos, generales, y cuantas autoridades supremas y subalternas forman la jerarquía de un estado organizado con regularidad.

Cuando las águilas francesas sólo respetaron los muros de la ciudad de Cádiz, y con su vuelo arrollaron los frágiles gobiernos de la Península, entonces quedamos en la orfandad. Ya antes habíamos sido entregados a la merced de un usurpador extranjero; lisonjeados después con la justicia que se nos debía y con esperanzas halagüeñas siempre burladas; por último, inciertos sobre nuestro destino futuro, y amenazados por la anarquía, a causa de la falta de un gobierno legítimo, justo y liberal, nos precipitamos en el caos de la revolución. En el primer momento sólo se cuidó de proveer a la seguridad interior contra los enemigos que encerraba nuestro seno. Luego se extendió a la seguridad exterior; se establecieron autoridades que sustituimos a las que acabábamos de deponer, encargadas de dirigir el curso de nuestra revolución, y de aprovechar la coyuntura feliz en que nos fuese posible fundar un gobierno constitucional, digno del presente siglo, y adecuado a nuestra situación.

Todos los nuevos gobiernos marcaron sus primeros pasos con el establecimiento de juntas populares. Éstas formaron en seguida reglamentos para la convocación de congresos que produjeron alteraciones importantes. Venezuela erigió un gobierno democrático y federal, declarando previamente los derechos del hombre, manteniendo el equilibrio de los poderes, y estatuyendo leyes generales en favor de la libertad civil, de imprenta y otras; finalmente se constituyó un gobierno independiente. La Nueva Granada siguió con uniformidad los establecimientos políticos y cuantas reformas hizo Venezuela, poniendo por base fundamental de su constitución el sistema federal más exagerado que jamás existió;

recientemente se ha mejorado con respecto al poder ejecutivo general, que ha obtenido cuantas atribuciones le corresponden. Según entiendo, Buenos Aires y Chile han seguido esta misma línea de operaciones; pero como nos hallamos a tanta distancia, los documentos son tan raros y las noticias tan inexactas, no me animaré ni aun a bosquejar el cuadro de sus transacciones.

Los sucesos de Méjico han sido demasiado varios, complicados, rápidos y desgraciados para que se puedan seguir en el curso de su revolución. Carecemos, además, de documentos bastante instructivos que nos hagan capaces de juzgarlos. Los independientes de Méjico, por lo que sabemos, dieron principio a su insurrección en septiembre de 1810, y un año después ya tenían centralizado su gobierno en Zitácuaro e instalada allí una junta nacional, bajo los auspicios de Fernando VII, en cuyo nombre se ejercían las funciones gubernativas. Por los acontecimientos de la guerra, esta junta se trasladó a diferentes lugares, y es verosímil que se haya conservado hasta estos últimos momentos, con las modificaciones que los sucesos hayan exigido. Se dice que ha creado un generalísimo o dictador, que lo es el ilustre general Morelos; otros hablan del célebre general Rayón; lo cierto es que uno de estos grandes hombres, o ambos separadamente, ejercen la autoridad suprema en aquel país; y recientemente ha aparecido una constitución para el régimen del estado. En marzo de 1812 el gobierno residente en Zultepec presentó un plan de paz y guerra al virrey de Méjico, concebido con la más profunda sabiduría. En él se reclamó el derecho de gentes, estableciendo principios de una exactitud incontestable. Propuso la junta que la guerra se hiciese como entre hermanos y conciudadanos; pues que no debía ser más cruel que entre naciones extranjeras; que los derechos de gentes y de guerra, inviolables para los mismos infieles y bárbaros, debían serlo más para cristianos, sujetos a un soberano y a unas mismas leyes; que los prisioneros no fuesen tratados como reos de lesa majestad ni se de-



gollasen los que rendían las armas, sino que se mantuviesen en rehenes para canjearlos; que no se entrase a sangre y fuego en las poblaciones pacíficas, no las diezmasen ni quitasen para sacrificarlas; y concluye que, en caso de no admitirse este plan, se observarán rigurosamente las represalias. Esta negociación se trató con el más alto desprecio; no se dio respuesta a la junta nacional; las comunicaciones originales se quemaron públicamente en la plaza de Méjico, por mano del verdugo, y la guerra de exterminio continuó por parte de los españoles con su furor acostumbrado, mientras que los mejicanos y las otras naciones americanas no la hacían ni aun a muerte con los prisioneros de guerra que fuesen españoles. Aquí se observa que por causas de conveniencia, se conservó la apariencia de sumisión al rey y aun a la constitución de la monarquía. Parece que la junta nacional es absoluta en el ejercicio de las funciones legislativas, ejecutivas y judiciales, y el número de sus miembros muy limitado.

Los acontecimientos de la Tierra Firme nos han probado que las instituciones perfectamente representativas no son adecuadas a nuestro carácter, costumbres y luces actuales. En Caracas el espíritu de partido tomó su origen en las sociedades, asambleas y elecciones populares; y estos partidos nos tornaron a la esclavitud. Y así como Venezuela ha sido la república americana que más se ha adelantado en sus instituciones políticas, también ha sido el más claro ejemplo de la ineficacia de la forma democrática y federal para nuestros nacientes estados. En Nueva Granada las excesivas facultades de los gobiernos provinciales y la falta de centralización en general, han conducido aquel precioso país al estado a que se ve reducido en el día. Por esta razón, sus débiles enemigos se han conservado contra todas las probabilidades. En tanto que nuestros compatriotas no adquieran los talentos y las virtudes políticas que distinguen a nuestros hermanos del norte, los sistemas enteramente populares, lejos de sernos favorables, temo mucho que vengan a ser

nuestra ruina. Desgraciadamente, estas cualidades parecen estar muy distantes de nosotros en el grado que se requiere; y por el contrario, estamos dominados de los vicios que se contraen bajo la dirección de una nación como la española, que sólo ha sobresalido en fiereza, ambición, venganza y codicia.

«Es más difícil —dice Montesquieu— sacar un pueblo de la servidumbre que subyugar uno libre». Esta verdad está comprobada por los anales de todos los tiempos, que nos muestran, las más de las naciones libres, sometidas al yugo, y muy pocas de las esclavas recobrar su libertad. A pesar de este convencimiento, los meridionales de este continente han manifestado el conato de conseguir instituciones liberales y aun perfectas, sin duda, por efecto del instinto que tienen todos los hombres de aspirar a su mejor felicidad posible; la que se alcanza, infaliblemente, en las sociedades civiles, cuando ellas están fundadas sobre las bases de la justicia, de la libertad y de la igualdad. Pero ¿seremos nosotros capaces de mantener en su verdadero equilibrio la difícil carga de una república? ¿Se puede concebir que un pueblo recientemente desencadenado se lance a la esfera de la libertad, sin que, como a Ícaro, se le deshagan las alas y recaiga en el abismo? Tal prodigio es inconcebible, nunca visto. Por consiguiente, no hay un raciocinio verosímil que nos halague con esta esperanza.

Yo deseo más que otro alguno ver formar en América la más grande nación del mundo, menos por su extensión y riquezas que por su libertad y gloria. Aunque aspiro a la perfección del gobierno de mi patria, no puedo persuadirme que el Nuevo Mundo sea por el momento regido por una gran república; como es imposible, no me atrevo a desearlo, y menos deseo una monarquía universal de América, porque este proyecto, sin ser útil, es también imposible. Los abusos que actualmente existen no se reformarían y nuestra regeneración sería infructuosa. Los estados americanos han menester de los cuidados de gobiernos pater-

nales que curen las llagas y las heridas del despotismo y la guerra. La metrópoli, por ejemplo, sería Méjico, que es la única que puede serlo por su poder intrínseco, sin el cual no hay metrópoli. Supongamos que fuese el istmo de Panamá, punto céntrico para todos los extremos de este vasto continente, ¿no continuarían éstos en la languidez y aun en el desorden actual? Para que un solo gobierno dé vida, anime, ponga en acción todos los resortes de la prosperidad pública, corrija, ilustre y perfeccione al Nuevo Mundo, sería necesario que tuviese las facultades de un Dios, y cuando menos las luces y virtudes de todos los hombres.

El espíritu de partido que, al presente, agita a nuestros estados, se encendería entonces con mayor encono, hallándose ausente la fuente del poder, que únicamente puede reprimirlo. Además, los magnates de las capitales no sufrirían la preponderancia de los metropolitanos, a quienes considerarían como a otros tantos tiranos: sus celos llegarían hasta el punto de comparar a éstos con los odiosos españoles. En fin, una monarquía semejante sería un coloso disforme, que su propio peso desplomaría a la menor convulsión.

M. de Pradt ha dividido sabiamente a la América en quince a diez y siete estados independientes entre sí, gobernados, por otros tantos monarcas. Estoy de acuerdo en cuanto a lo primero, pues la América comporta la creación de diez y siete naciones; en cuanto a lo segundo, aunque es más fácil conseguirlo, es menos útil, y así no soy de la opinión de las monarquías americanas. He aquí mis razones: el interés bien entendido de una república se circunscribe en la esfera de su conservación, prosperidad y gloria. No ejerciendo la libertad imperio, porque es precisamente su opuesto, ningún estímulo excita a los republicanos a extender los términos de su nación, en detrimento de sus propios medios, con el único objeto de hacer participar a sus vecinos de una constitución liberal. Ningún derecho adquieren, ninguna ventaja sacan vencéndolas; a menos que los reduzcan a colonias, conquistas o alia-

dos, siguiendo el ejemplo de Roma. Máximas y ejemplos tales, están en oposición con los principios de justicia de los sistemas republicanos; y aun diré más, en oposición manifiesta con los intereses de sus ciudadanos; porque un estado demasiado extenso en sí mismo o por sus dependencias, al cabo viene en decadencia y convierte su forma libre en otra tiránica; relaja los principios que deben conservarla y ocurre por último al despotismo. El distintivo de las pequeñas repúblicas es la permanencia, el de las grandes es vario; pero siempre se inclina al imperio. Casi todas las primeras han tenido una larga duración; de las segundas sólo Roma se mantuvo algunos siglos, pero fue porque era república la capital y no lo era el resto de sus dominios, que se gobernaban por leyes e instituciones diferentes.

Muy contraria es la política de un rey cuya inclinación constante se dirige al aumento de sus posesiones, riquezas y facultades; con razón, porque su autoridad crece con estas adquisiciones, tanto con respecto a sus vecinos como a sus propios vasallos que temen en él un poder tan formidable, cuanto es su imperio, que se conserva por medio de la guerra y de las conquistas. Por estas razones pienso que los americanos ansiosos de paz, ciencias, artes, comercio y agricultura, preferirían las repúblicas a los reinos; y me parece que estos deseos se conforman con las miras de la Europa.

No convengo en el sistema federal entre los populares y representativos, por ser demasiado perfecto y exigir virtudes y talentos políticos muy superiores a los nuestros; por igual razón rehúso la monarquía mixta de aristocracia y democracia, que tanta fortuna y esplendor ha procurado a la Inglaterra. No siéndonos posible lograr entre las repúblicas y monarquías lo más perfecto y acabado, evitemos caer en anarquías demagógicas o en tiranías monócratas. Busquemos un medio entre extremos opuestos, que nos conducirían a los mismos escollos, a la infelicidad y al

deshonor. Voy a arriesgar el resultado de mis cavilaciones sobre la suerte futura de la América; no la mejor, sino la que sea más asequible.

Por la naturaleza de las localidades, riquezas, poblaciones y carácter de los mejicanos, imagino que intentarán al principio establecer una república representativa, en la cual tenga grandes atribuciones el poder ejecutivo, concentrándolo en un individuo que si desempeña sus funciones con acierto y justicia, casi naturalmente vendrá a conservar su autoridad vitalicia. Si su incapacidad o violenta administración excita una conmoción popular que triunfe, este mismo poder ejecutivo quizás se difundirá en una asamblea. Si el partido preponderante es militar o aristocrático, exigirá probablemente una monarquía que al principio será limitada y constitucional, y después inevitablemente declinará en absoluta; pues debemos convenir en que nada hay más difícil en el orden político que la conservación de una monarquía mixta; y también es preciso convenir en que sólo un pueblo tan patriota como el inglés, es capaz de contener la autoridad de un rey, y de sostener el espíritu de libertad bajo un cetro y una corona.

Los estados del istmo de Panamá hasta Guatemala formarán quizá una asociación. Esta magnífica posición entre los dos grandes mares podrá ser con el tiempo el emporio del universo, sus canales acortarán las distancias del mundo, estrecharán los lazos comerciales de Europa, América y Asia; traerán a tan feliz región los tributos de las cuatro partes del globo. ¡Acaso sólo allí podrá fijarse algún día la capital de la Tierra como pretendió Constantino que fuese Bizancio la del antiguo hemisferio!

La Nueva Granada se unirá con Venezuela, si llegan a convenirse en formar una república central cuya capital sea Maracaibo, o una nueva ciudad que, con el nombre de Las Casas, en honor de este héroe de la filantropía, se funde entre los confines de ambos países, en el soberbio

puerto de Bahía Honda. Esta posición, aunque desconocida, es más ventajosa por todos respectos. Su acceso es fácil y su situación tan fuerte, que puede hacerse inexpugnable. Posee un clima puro y saludable, un territorio tan propio para la agricultura como para la cría de ganado, y una grande abundancia de maderas de construcción. Los salvajes que la habitan serían civilizados y nuestras posesiones se aumentarían con la adquisición de la Goagira. Esta nación se llamaría Colombia como un tributo de justicia y gratitud al creador de nuestro hemisferio. Su gobierno podrá imitar al inglés; con la diferencia de que en lugar de un rey, habrá un poder ejecutivo electivo, cuando más vitalicio, y jamás hereditario, si se quiere república; una cámara o senado legislativo hereditario, que en las tempestades políticas se interponga entre las olas populares y por rayos del gobierno, y un cuerpo legislativo, de libre elección, sin otras restricciones que las de la cámara baja de Inglaterra. Esta constitución participaría de todas las formas, y yo deseo que no participe de todos los vicios. Como ésta es mi patria tengo un derecho incontestable para desearle lo que en mi opinión es mejor. Es muy posible que la Nueva Granada no convenga en el reconocimiento de un gobierno central, porque es en extremo adicta a la federación; y entonces formará, por sí sola un estado que, si subsiste, podrá ser muy dichoso por sus grandes recursos de todo género.

Poco sabemos de las opiniones que prevalecen en Buenos Aires, Chile y el Perú: juzgando por lo que se trasluce y por las apariencias, en Buenos Aires habrá un gobierno central, en que los militares se lleven la primacía por consecuencia de sus divisiones intestinas y guerras externas.

Esta constitución degenerará necesariamente en una oligarquía, o una monocracia con más o menos restricciones, y cuya denominación nadie puede adivinar. Sería doloroso que tal cosa sucediese, porque aquellos habitantes son acreedores a la más espléndida gloria.

El reino de Chile está llamado por la naturaleza de su situación, por las costumbres inocentes y virtuosas de sus moradores, por el ejemplo de sus vecinos, los fieros republicanos del Arauco, a gozar de las bendiciones que derraman las justas y dulces leyes de una república. Si alguna permanece largo tiempo en América, me inclino a pensar que será la chilena. Jamás se ha extinguido allí el espíritu de libertad; los vicios de la Europa y del Asia llegarán tarde o nunca a corromper las costumbres de aquel extremo del universo. Su territorio es limitado; estará siempre fuera del contacto inficionado del resto de los hombres; no alterará sus leyes, usos y prácticas; preservará su uniformidad en opiniones políticas y religiosas; en una palabra, Chile puede ser libre.

El Perú, por el contrario, encierra dos elementos enemigos de todo régimen justo y liberal: oro y esclavos. El primero lo corrompe todo; el segundo está corrompido por sí mismo. El alma de un siervo rara vez alcanza a apreciar la sana libertad: se enfurece en los tumultos o se humilla en las cadenas.

Aunque estas reglas serían aplicables a toda la América, creo que con más justicia las merece Lima, por los conceptos que he expuesto y por la cooperación que ha prestado a sus señores contra sus propios hermanos, los ilustres hijos de Quito, Chile y Buenos Aires. Es constante que el que aspira a obtener la libertad, a lo menos lo intenta. Supongo que en Lima no tolerarán los ricos la democracia, ni los esclavos y pardos libertos la aristocracia: los primeros preferirán la tiranía de uno solo, por no padecer las persecuciones tumultuarias y por establecer un orden siquiera pacífico. Mucho hará si consigue recobrar su independencia.

De todo lo expuesto, podemos deducir estas consecuencias: las provincias americanas se hallan lidiando por emanciparse; al fin obtendrán el suceso; algunas se constituirán de un modo regular en repúblicas federales y centrales; se fundarán monarquías casi inevitablemente en

las grandes secciones, y algunas serán tan infelices que devorarán sus elementos ya en la actual, ya en las futuras revoluciones, que una gran monarquía no será fácil consolidar, una gran república imposible.

Es una idea grandiosa pretender formar de todo el Mundo Nuevo una sola nación con un solo vínculo que ligue sus partes entre sí y con el todo. Ya que tiene un origen, una lengua, unas costumbres y una religión, debería, por consiguiente, tener un solo gobierno que confederase los diferentes estados que hayan de formarse; mas no es posible, porque climas remotos, situaciones diversas, intereses opuestos, caracteres desemejantes, dividen a la América. ¡Qué bello sería que el Istmo de Panamá fuese para nosotros lo que el de Corinto para los griegos! Ojalá que algún día tengamos la fortuna de instalar allí un augusto congreso de los representantes de las repúblicas, reinos e imperios a tratar y discutir sobre los altos intereses de la paz y de la guerra, con las naciones de las otras tres partes del mundo. Esta especie de corporación podrá tener lugar en alguna época dichosa de nuestra regeneración; otra esperanza es infundada, semejante a la del abate St. Pierre, que concibió el laudable delirio de reunir un congreso europeo para decidir de la suerte y de los intereses de aquellas naciones.

«Mutaciones importantes y felices –continúa– pueden ser frecuentemente producidas por efectos individuales». Los americanos meridionales tienen una tradición que dice que cuando Quetzalcóatl, el Hermes o Suda de la América del Sur, resignó su administración y los abandonó, les prometió que volvería después que los siglos designados hubiesen pasado, y que él restablecería su gobierno y renovarían su felicidad. ¿Esta tradición no opera y excita una convicción de que muy pronto debe volver? ¿Concibe Ud. cuál será el efecto que producirá, si un individuo, apareciendo entre ellos, demostrase los caracteres de Quetzalcóatl, el Suda del bosque, o Mercurio, del cual han hablado tanto las otras naciones? ¿No cree Ud. que esto inclinaría todas las partes? ¿No es la



unión todo lo que se necesita para ponerlos en estado de expulsar a los españoles, sus tropas y los partidarios de la corrompida España para hacer los capaces de establecer un imperio poderoso, con un gobierno libre y leyes benévolas?

Pienso como Ud. que causas individuales pueden producir resultados generales; sobre todo en las revoluciones. Pero no es el héroe, gran profeta, o Dios del Anahuac, Quetzalcóatl, el que es capaz de operar los prodigiosos beneficios que Ud. propone. Este personaje es apenas conocido del pueblo mejicano y no ventajosamente, porque tal es la suerte de los vencidos aunque sean dioses. Sólo los historiadores y literatos se han ocupado cuidadosamente en investigar su origen, verdadera o falsa misión, sus profecías y el término de su carrera. Se disputa si fue un apóstol de Cristo o bien pagano. Unos suponen que su nombre quiere decir Santo Tomás; otros que Culebra Emplumada; y otros dicen que es el famoso profeta de Yucatán, Chilan-Cambal. En una palabra, los más de los autores mejicanos, polémicos e historiadores profanos, han tratado con más o menos extensión la cuestión sobre el verdadero carácter de Quetzalcóatl. El hecho es, según dice Acosta, que él estableció una religión, cuyos ritos, dogmas y misterios tenían una admirable afinidad con la de Jesús, y que quizás es la más semejante a ella. No obstante esto, muchos escritores católicos han procurado alejar la idea de que este profeta fuese verdadero, sin querer reconocer en él a un Santo Tomás como lo afirman otros célebres autores. La opinión general es que Quetzalcóatl es un legislador divino entre los pueblos paganos del Anahuac del cual era lugarteniente el gran Moctezuma derivando de él su autoridad. De aquí se infiere que nuestros mejicanos no seguirían al gentil Quetzalcóatl aunque apareciese bajo las formas más idénticas y favorables, pues que profesan una religión, la más intolerante y exclusiva de las otras.

Felizmente los directores de la independenciam de Méjico se han aprovechado del fanatismo con el mejor acierto, proclamando a la famosa

virgen de Guadalupe por reina de los patriotas; invocándola en todos los casos arduos y llevándola en sus banderas. Con esto el entusiasmo político ha formado una mezcla con la religión, que ha producido un fervor vehemente por la sagrada causa de la libertad. La veneración de esta imagen en Méjico es superior a la más exaltada que pudiera inspirar el más diestro profeta.

Seguramente la unión es la que nos falta para completar la obra de nuestra regeneración. Sin embargo, nuestra división no es extraña, porque tal es el distintivo de las guerras civiles formadas generalmente entre dos partidos: conservadores y reformadores. Los primeros son, por lo común, más numerosos, porque el imperio de la costumbre produce el efecto de la obediencia a las potestades establecidas; los últimos son siempre menos numerosos aunque más vehementes e ilustrados. De este modo la masa física se equilibra con la fuerza moral, y la contienda se prolonga siendo sus resultados muy inciertos. Por fortuna, entre nosotros, la masa ha seguido a la inteligencia.

Yo diré a Ud. lo que puede ponernos en actitud de expulsar a los españoles y de fundar un gobierno libre: es la unión, ciertamente; mas esta unión no nos vendrá por prodigios divinos, sino por efectos sensibles y esfuerzos bien dirigidos. La América está encontrada entre sí, porque se halla abandonada de todas las naciones; aislada en medio del universo, sin relaciones diplomáticas ni auxilios militares, y combatida por la España que posee más elementos para la guerra que cuantos nosotros furtivamente podemos adquirir.

Cuando los sucesos no están asegurados, cuando el estado es débil, y cuando las empresas son remotas, todos los hombres vacilan, las opiniones se dividen, las pasiones las agitan y los enemigos las animan para triunfar por este fácil medio. Luego que seamos fuertes, bajo los auspicios de una nación liberal que nos preste su protección, se nos verá

de acuerdo cultivar las virtudes y los talentos que conducen a la gloria; entonces seguiremos la marcha majestuosa hacia las grandes prosperidades a que está destinada la América meridional; entonces las ciencias y las artes que nacieron en el Oriente y han ilustrado la Europa volarán a Colombia libre, que las convidará con un asilo.

Tales son, señor, las observaciones y pensamientos que tengo el honor de someter a Ud. para que los rectifique o deseche, según su mérito, suplicándole se persuada que me he atrevido a exponerlos, más por no ser descortés que porque me crea capaz de ilustrar a Ud. en la materia.

KINGSTON, 6 DE SEPTIEMBRE DE 1815



## Discurso de Angostura

### **Discurso pronunciado por el Libertador ante el Congreso de Angostura el 15 de febrero de 1819, día de su instalación**

Señor. ¡Dichoso el ciudadano que bajo el escudo de las armas de su mando ha convocado la soberanía nacional para que ejerza su voluntad absoluta! Yo, pues, me cuento entre los seres más favorecidos de la Divina Providencia, ya que he tenido el honor de reunir a los representantes del pueblo de Venezuela en este augusto Congreso, fuente de la autoridad legítima, depósito de la voluntad soberana y árbitro del destino de la nación.

Al transmitir a los representantes del pueblo el poder supremo que se me había confiado, colmo los votos de mi corazón, los de mis conciudadanos y los de nuestras futuras generaciones, que todo lo esperan de vuestra sabiduría, rectitud y prudencia. Cuando cumplo con este dulce deber, me liberto de la inmensa autoridad que me agobiaba, como de la responsabilidad ilimitada que pesaba sobre mis débiles fuerzas. Solamente una necesidad forzosa, unida a la voluntad imperiosa del pueblo, me habría sometido al terrible y peligroso encargo de dictador jefe supremo de la República. ¡Pero ya respiro devolviéndoos esta autoridad, que con tanto riesgo, dificultad y pena he logrado mantener en medio de las tribulaciones más horrosas que puedan afligir a un cuerpo social!

No ha sido la época de la República que he presidido una mera tempestad política, ni una guerra sangrienta, ni una anarquía popular, ha

sido, sí, el desarrollo de todos los elementos desorganizadores: ha sido la inundación hacer ni bien ni mal: fuerzas irresistibles han dirigido la marcha de nuestros sucesos: atribuírmelos no sería justo, y sería darme una importancia que no merezco. ¿Queréis conocer los autores de los acontecimientos pasados y del orden actual? Consultad los anales de España, de América, de Venezuela: examinad las leyes de Indias, el régimen de los antiguos mandatarios, la influencia de la religión y del dominio extranjero: observad los primeros actos del Gobierno Republicano, la ferocidad de nuestros enemigos y el carácter nacional. No me preguntéis sobre los efectos de estos trastornos para siempre lamentables; apenas se me puede suponer simple instrumento de los grandes móviles que han obrado sobre Venezuela; sin embargo, mi vida, mi conducta, todas mis acciones públicas y privadas están sujetas a la censura del pueblo. ¡Representantes!, vosotros debéis juzgarlas. Yo someto la historia de mi mando a vuestra imparcial decisión; nada añadiré para excusarla; ya he dicho cuanto puede hacer mi apología. Si merezco vuestra aprobación, habré alcanzado el sublime título de buen ciudadano, preferible para mí al de Libertador que me dio Venezuela, al de Pacificador que me dio Cundinamarca, y a los que el mundo entero puede dar.

¡Legisladores! Yo deposito en vuestras manos el mando supremo de Venezuela. Vuestro es ahora el augusto deber de consagrarlas a la felicidad de la República: en vuestras manos está la balanza de nuestros destinos, la medida de nuestra gloria: ellas sellarán los decretos que fijen nuestra Libertad. En este momento, el jefe supremo de la República no es más que un simple ciudadano; y tal quiere quedar hasta la muerte. Serviré sin embargo en la carrera de las armas mientras haya enemigos en Venezuela. Multitud de beneméritos hijos tiene la patria capaces de dirigirla, talentos, virtudes, experiencia y cuanto se requiere para mandar a hombres libres, son el patrimonio de muchos de los que aquí representan el pueblo; y fuera de este soberano cuerpo se encuentran

ciudadanos que en todas épocas han mostrado valor para arrostrar los peligros, prudencia para evitarlos, y el arte en fin de gobernarse y de gobernar a otros. Estos ilustres varones merecerán sin duda los sufragios del Congreso y a ellos se encargará del Gobierno, que tan cordial y sinceramente acabo de renunciar para siempre.

La continuidad de la autoridad en un mismo individuo frecuentemente ha sido el término de los gobiernos democráticos. Las repetidas elecciones son esenciales en los sistemas populares, porque nada es tan peligroso como dejar permanecer largo tiempo en un mismo ciudadano el poder. El pueblo se acostumbra a obedecerlo, y él se acostumbra a mandarlo; de donde se origina la usurpación y la tiranía. Un justo celo es la garantía de la libertad republicana, y nuestros ciudadanos deben temer con sobrada justicia que el mismo magistrado que los ha mandado mucho tiempo, los mande perpetuamente.

Ya, pues, que por este acto de mi adhesión a la libertad de Venezuela puedo aspirar a la gloria de ser contado entre sus más fieles amantes; permitidme, señor, que exponga con la franqueza de un verdadero republicano mi respetuoso dictamen en este Proyecto de Constitución que me tomo la libertad de ofreceros en testimonio de la sinceridad y del candor de mis sentimientos. Como se trata de la salud de todos, me atrevo a creer que tengo derecho para ser oído por los representantes del pueblo. Yo sé muy bien que vuestra sabiduría no ha menester de consejos, y sé también que mi proyecto acaso os parecerá erróneo, impracticable. Pero, señor, aceptad con benignidad este trabajo, que más bien es el tributo de mi sincera sumisión al Congreso que el efecto de una levedad presuntuosa. Por otra parte, siendo vuestras funciones la creación de un cuerpo político y aun se podría decir la creación de una sociedad entera, rodeada de todos los inconvenientes que presenta una situación la más singular y difícil, quizás el grito de un ciudadano puede advertir la presencia de un peligro encubierto o desconocido.

Echando una ojeada sobre lo pasado, veremos cuál es la base de la República de Venezuela.

Al desprenderse la América de la Monarquía española, se ha encontrado semejante al Imperio romano, cuando aquella enorme masa cayó dispersa en medio del antiguo mundo. Cada desmembración formó entonces una nación independiente conforme a su situación o a sus intereses; pero con la diferencia de que aquellos miembros volvían a restablecer sus primeras asociaciones. Nosotros ni aún conservamos los vestigios de lo que fue en otro tiempo: no somos europeos, no somos indios, sino una especie media entre los aborígenes y los españoles. Americanos por nacimiento y europeos por derechos, nos hallamos en conflicto de disputar a los naturales los títulos de posesión y de mantenernos en el país que nos vio nacer contra la oposición de los invasores; así nuestro caso es el más extraordinario y complicado. Todavía hay más; nuestra suerte ha sido siempre puramente pasiva, nuestra existencia política ha sido siempre nula y nos hallamos en tanto más dificultad para alcanzar la libertad cuanto que estábamos colocados en un grado inferior al de la servidumbre; porque no solamente se nos había robado la libertad, sino también la tiranía activa y doméstica. Permítaseme explicar esta paradoja. En el régimen absoluto, el poder autorizado no admite límites. La voluntad del déspota, es la ley suprema ejecutada arbitrariamente por los subalternos que participan de la opresión organizada en razón de la autoridad de que gozan. Ellos están encargados de las funciones civiles, políticas, militares, y religiosas; pero al fin son persas los sátrapas de Persia, son turcos los bajaes del gran señor, son tártaros los sultanes de la Tartaria. La China no envía a buscar mandarines a la cuna de Gengis Kan que la conquistó. Por el contrario, la América todo lo recibía de España, que realmente la había privado del goce y ejercicio de la tiranía activa; no permitiéndonos sus funciones en nuestros asuntos domésticos y administración interior. Esta abnegación nos había puesto en la



imposibilidad de conocer el curso de los negocios públicos; tampoco gozábamos de la consideración personal que inspira el brillo del poder a los ojos de la multitud, y que es de tanta importancia en las grandes revoluciones. Lo diré de una vez, estábamos abstraídos, ausentes del universo en cuanto era relativo a la ciencia del Gobierno.

Uncido el pueblo americano al triple yugo de la ignorancia, de la tiranía y del vicio, no hemos podido adquirir ni saber, ni poder, ni virtud. Discípulos de tan perniciosos maestros, las lecciones que hemos recibido, y los ejemplos que hemos estudiado, son los más destructores. Por el engaño se nos ha dominado más que por la fuerza; y por el vicio se nos ha degradado más bien que por la superstición. La esclavitud es la hija de las tinieblas; un pueblo ignorante es un instrumento ciego de su propia destrucción: la ambición, la intriga, abusan de la credulidad y de la inexperiencia de hombres ajenos de todo conocimiento político, económico o civil: adoptan como realidades las que son puras ilusiones; toman la licencia por la libertad, la traición por el patriotismo, la venganza por la justicia. Semejante a un robusto ciego que instigado por el sentimiento de sus fuerzas, marcha con la seguridad del hombre más perspicaz, y dando en todos los escollos no puede rectificar sus pasos.

Un pueblo pervertido, si alcanza su libertad, muy pronto vuelve a perderla; porque en vano las luces de la experiencia se esforzarán en mostrarle que la felicidad consiste en la práctica de la virtud: que el imperio de las leyes es más poderoso que el de los tiranos, porque son más inflexibles, y todo debe someterse a su benéfico rigor: que las buenas costumbres, y no la fuerza, son las columnas de las leyes: que el ejercicio de la justicia es el ejercicio de la libertad. Así, legisladores, vuestra empresa es tanto más ímproba cuanto que tenéis que constituir a hombres pervertidos por las ilusiones del error, y por incentivos nocivos. La libertad, dice Rousseau, es un alimento suculento, pero de difícil digestión. Nuestros débiles conciudadanos tendrán que enrobustecer su

espíritu mucho antes que logren digerir el saludable nutritivo de la libertad. Entumidos sus miembros por las cadenas, debilitada su vista en las sombras de las mazmorras, y aniquilados por las pestilencias serviles, ¿serán capaces de marchar con pasos firmes hacia el augusto templo de la libertad? ¿Serán capaces de admirar de cerca sus espléndidos rayos y respirar sin opresión el éter puro que allí reina?

Meditad bien vuestra elección, legisladores. No olvidéis que vais a echar los fundamentos a un pueblo naciente que podrá elevarse a la grandeza que la naturaleza le ha señalado, si vosotros proporcionáis su base al eminente rango que le espera. Si vuestra elección no está presidida por el genio tutelar de Venezuela que debe inspiraros el acierto que le espera. Si vuestra elección no está presidida por él, al escoger la naturaleza y la forma de gobierno que vais a adoptar para la felicidad del pueblo; si no acertáis, repito, la esclavitud será el término de nuestra transformación.

Los anales de los tiempos pasados os presentarán millares de gobiernos. Traed a la imaginación las naciones que han brillado sobre la tierra, y contemplaréis afligidos que casi toda la tierra ha sido, y aún es, víctima de sus gobiernos. Observaréis muchos sistemas de manejar hombres, mas todos para oprimirlos; y si la costumbre de mirar al género humano conducido por pastores de pueblos no disminuyese el horror de tan chocante espectáculo, nos pasmaríamos al ver nuestra dócil especie pacer sobre la superficie del globo como viles rebaños destinados a alimentar a sus crueles conductores. La naturaleza a la verdad nos dota al nacer, del incentivo de la libertad; mas sea pereza, sea propensión inherente a la humanidad, lo cierto es que ella reposa tranquila aunque ligada con las trabas que le imponen. Al contemplarla en este estado de prostitución, parece que tenemos razón para persuadirnos que los más de los hombres tienen por verdadera aquella humillante máxima, que más cuesta mantener el equilibrio de la libertad que soportar el peso de

la tiranía. ¡Ojalá que esta máxima contraria a la moral de la naturaleza fuese falsa! ¡Ojalá que esta máxima no estuviese sancionada por la indolencia de los hombres con respecto a sus derechos más sagrados!

Muchas naciones antiguas y modernas han sacudido la opresión, pero son rarísimas las que han sabido gozar de algunos preciosos momentos de libertad; muy luego han recaído en sus antiguos vicios: porque son los pueblos más bien que los gobiernos los que arrastran tras sí la tiranía. El hábito de la dominación los hace insensibles a los encantos del honor y de la prosperidad nacional; y miran con indolencia la gloria de vivir en el movimiento de la libertad bajo la tutela de leyes dictadas por su propia voluntad. Los fastos del universo proclaman esta espantosa verdad.

Sólo la democracia, en mi concepto, es susceptible de una absoluta libertad, pero, ¿cuál es el gobierno democrático que ha reunido a un tiempo poder, prosperidad y permanencia? ¿Y no se ha visto por el contrario la aristocracia, la monarquía cimentar grandes y poderosos imperios por siglos y siglos? ¿Qué gobierno más antiguo que el de la China? ¿Qué república ha excedido en duración a la de Esparta, a la de Venecia? ¿El Imperio romano no conquistó la tierra? ¿No tiene la Francia catorce siglos de monarquía? ¿Quién es más grande que la Inglaterra? Estas naciones, sin embargo, han sido o son aristocracias y monarquías.

A pesar de tan crueles reflexiones, yo me siento arrebatado de gozo por los grandes pasos que ha dado nuestra República al entrar en su noble carrera. Amando lo más útil, animada de lo más justo, y aspirando a lo más perfecto al separarse Venezuela de la nación española, ha recobrado su independencia, su libertad, su soberanía nacional. Constituyéndose en una república democrática, proscribió la monarquía, las distinciones, la nobleza, los fueros, los privilegios: declaró los derechos del hombre, la libertad de obrar, de pensar, de hablar y de escribir. Estos actos eminentemente liberales jamás serán demasiado admirados por la

pureza que los ha dictado. El primer Congreso de Venezuela ha estampado en los anales de nuestra legislación, con caracteres indelebles, la majestad del pueblo dignamente expresada, al sellar el acto social más capaz de formar la dicha de una nación. Necesito de recoger todas mis fuerzas para sentir con toda la vehemencia de que soy susceptible, el supremo bien que encierra en sí este código inmortal de nuestros derechos y de nuestras leyes. ¿Me atreveré yo a profanar con mi censura las tablas sagradas de nuestras leyes? Hay sentimientos que no se pueden contener en el pecho de un amante de la patria; ellos rebosan agitados por su propia violencia, y a pesar del mismo que los abriga, una fuerza imperiosa los comunica. Estoy penetrado de la idea de que el Gobierno de Venezuela debe reformarse; y que aunque muchos ilustres ciudadanos piensan como yo, no todos tienen el arrojo necesario para profesar públicamente la adopción de nuevos principios. Esta consideración me insta a tomar la iniciativa en un asunto de la mayor gravedad, y que hay sobrada audacia en dar avisos a los consejeros del pueblo.

Cuanto más admiro la excelencia de la Constitución Federal de Venezuela, tanto más me persuado de la imposibilidad de su aplicación a nuestro estado. Y según mi modo de ver es un prodigio que su modelo en el Norte de América subsista tan prósperamente y no se trastorne el aspecto del primer embarazo o peligro. A pesar de que aquel pueblo es un modelo singular de virtudes políticas y de ilustración moral; no obstante que la libertad ha sido su cuna, se ha criado en la libertad, y se alimenta de pura libertad; lo diré todo, aunque bajo de muchos respectos, este pueblo es único en la historia del género humano, es un prodigio, repito, que un sistema tan débil y complicado como el federal haya podido regir lo en circunstancias tan difíciles y delicadas como las pasadas. Pero sea lo que fuere, de este gobierno con respecto a la nación americana, debo decir que ni remotamente ha entrado en mi idea asimilar la situación y naturaleza de los Estados tan distintos como el inglés ame-

ricano y el americano español. ¿No sería muy difícil a España el código de libertad política, civil y religiosa de Inglaterra? Pues aún es más difícil adaptar en Venezuela las leyes del Norte de América. ¿No dice *El Espíritu de las Leyes* que éstas deben ser propias para el pueblo que se hacen? ¿Qué es una gran casualidad que las de una nación puedan convenir a otra? ¿Que las leyes deben ser relativas a lo físico del país, al clima, a la calidad del terreno, a su situación, a su extensión, al género de vida de los pueblos? ¿referirse al grado de libertad que la Constitución puede sufrir, a la religión de los habitantes, a sus inclinaciones, a sus riquezas, a su número, a su comercio, a sus costumbres, a sus modales? ¡He aquí el código que debíamos consultar y no el de Washington!

La Constitución venezolana, sin embargo de haber tomado sus bases de la más perfecta, si se atiende la corrección de los principios y a los efectos benéficos de su administración difirió esencialmente de la americana en un punto cardinal, y sin duda el más importante. El Congreso de Venezuela como el americano participa de algunas atribuciones del Poder Ejecutivo. Nosotros además, subdividimos este poder habiéndolo sometido a un cuerpo colectivo sujeto por consiguiente a los inconvenientes de hacer periódica la existencia del Gobierno, de suspenderla y disolverla siempre que se separan sus miembros. Nuestro triunvirato carece, por decirlo así, de unidad, de continuación y de responsabilidad individual; está privado de acción momentánea, de vida continua, de uniformidad real, de responsabilidad inmediata, y un gobierno que no posee cuanto constituye su moralidad debe llamarse nulo.

Aunque las facultades del presidente de los Estados Unidos están limitadas con restricciones excesivas, ejerce por sí solo todas las funciones gubernativas que la Constitución le atribuye, y es indubitable que su administración debe ser más uniforme, constante y verdaderamente propia, que la de un poder diseminado entre varios individuos cuyo compuesto no puede ser menos que monstruoso.

El poder judicial en Venezuela es semejante al americano, indefinido en duración, temporal y no vitalicio; goza de toda la independencia que le corresponde.

El primer Congreso en su Constitución federal más consultó el espíritu de las provincias que la idea sólida de formar una república indivisible y central. Aquí cedieron nuestros legisladores al empeño considerado de aquellos provinciales seducidos por el deslumbrante brillo de la felicidad del pueblo americano, pensando que las bendiciones de que goza son debidas exclusivamente a la forma de gobierno y no al carácter y costumbres de los ciudadanos. Y en efecto, el ejemplo de los Estados Unidos por su peregrina prosperidad era demasiado lisonjero para que no fuese seguido. ¿Quién puede resistir al atractivo victorioso del goce pleno y absoluto de la soberanía, de la independencia, de la libertad? ¿Quién puede resistir al amor que inspira un gobierno inteligente que liga a un mismo tiempo los derechos particulares a los derechos generales; que forma de la voluntad común la ley suprema de la voluntad individual? ¿Quién puede resistir al imperio de un gobierno bienhechor que con una mano hábil, activa y poderosa dirige siempre, y en todas partes, todos sus resortes hacia la perfección social, que es el fin único de las instituciones humanas?

Mas por halagüeño que parezca, y sea en efecto este magnífico sistema federativo, no era dado a los venezolanos gozarlo repentinamente al salir de las cadenas. No estábamos preparados para tanto bien; el bien, como el mal, da la muerte cuando es súbito y excesivo. Nuestra Constitución moral no tenía todavía la consistencia necesaria para recibir el beneficio de un gobierno completamente representativo, y tan sublime cuanto que podía ser adaptado a una república de santos.

¡Representantes del pueblo! Vosotros estáis llamados para consagrar o suprimir cuanto os parezca digno de ser conservado, reformado o

desechado en nuestro pacto social. A vosotros pertenece el corregir la obra de nuestros primeros legisladores; yo querría decir que a vosotros toca cubrir una parte de la belleza que contiene nuestro código político, porque no todos los corazones están formados para amar a todas las bellezas; ni todos los ojos son capaces de soportar la luz celestial de la perfección. El libro de los apóstoles, la moral de Jesús, la obra divina que nos ha enviado la Providencia para mejorar a los hombres, tan sublime, tan santa, es un diluvio de fuego en Constantinopla, y el Asia entera ardería en vivas llamas si este libro de paz se le impusiese repentinamente por código de religión, de leyes y de costumbres.

Séame permitido llamar la atención del Congreso sobre una materia que puede ser de una importancia vital.

Tengamos presente que nuestro pueblo no es el europeo, ni el americano del norte, que más bien es un compuesto de África y de América, que una emanación de la Europa; pues que hasta la España misma deja de ser Europea por su sangre africana, por sus instituciones, y por su carácter. Es imposible asignar con propiedad a qué familia humana pertenecemos. La mayor parte del indígena se ha aniquilado, el europeo se ha mezclado con el americano y con el africano, y éste se ha mezclado con el indio y con el europeo. Nacidos todos del seno de una misma madre, nuestros padres diferentes en origen y en sangre, son extranjeros, y todos difieren visiblemente en la epidermis; esta semejanza trae un reato de la mayor trascendencia.

Los ciudadanos de Venezuela gozan todos por la Constitución, intérprete de la naturaleza, de una perfecta igualdad política. Cuando esta igualdad no hubiese sido un dogma en Atenas, en Francia y en América, deberíamos nosotros consagrarlo para corregir la diferencia que aparentemente existe. Mi opinión es, legisladores, que el principio fundamental de nuestro sistema depende inmediata y exclusivamente

de la igualdad establecida y practicada en Venezuela. Que los hombres nacen todos con derechos iguales a los bienes de la sociedad, está sancionado por la pluralidad de los sabios, como también lo está que no todos los hombres nacen igualmente aptos a la obtención de todos los rangos, pues todos deben practicar la virtud y no todos la practican; todos deben ser valerosos y todos no lo son; todos deben poseer talentos y todos no lo poseen. De aquí viene la distinción efectiva que se observa entre los individuos de la sociedad más liberalmente establecida. Si el principio de la igualdad política es generalmente reconocido, no lo es menos el de la desigualdad física y moral. La naturaleza hace a los hombres desiguales en genio, temperamento, fuerzas y caracteres. Las leyes corrigen esta diferencia porque colocan al individuo en la sociedad para que la educación, la industria, las artes, los servicios, las virtudes, le den una igualdad ficticia, propiamente llamada política y social. Es una inspiración eminentemente benéfica la reunión de todas las clases en un Estado, en que la diversidad se multiplica en razón de la propagación de la especie. Por este solo paso se ha arrancado de raíz la cruel discordia. ¡Cuántos celos, rivalidades y odios se han evitado!

Habiendo cumplido con la justicia, con la humanidad, cumplamos ahora con la política, con la sociedad, allanando las dificultades que opone un sistema tan sencillo y natural, mas tan débil que el menor tropiezo lo trastorna, lo arruina. La diversidad de origen requiere un pulso infinitamente firme, un tacto infinitamente delicado para manejar esta sociedad heterogénea cuyo complicado artificio se disloca, se divide, se disuelve con la más ligera alteración.

El sistema de gobierno más perfecto es aquel que produce mayor suma de felicidad posible, mayor suma de seguridad social y mayor suma de estabilidad política. Por las leyes que dictó el primer Congreso tenemos derecho de esperar que la dicha sea el dote de Venezuela; y por las vues-



tras, debemos lisonjearnos que la seguridad y la estabilidad eternizarán esta dicha. A vosotros toca resolver el problema. ¿Cómo después de haber roto todas las trabas de nuestra antigua opresión podemos hacer la obra maravillosa de evitar que los restos de nuestros duros hierros no se cambien en armas liberticias? Las reliquias de la dominación española permanecerán largo tiempo antes que lleguemos a anonadarlas: el contagio del despotismo ha impregnado nuestra atmósfera, y ni el fuego de la guerra ni el específico de nuestras saludables leyes han purificado el aire que respiramos. Nuestras manos ya están libres, y todavía nuestros corazones padecen de las dolencias de la servidumbre. El hombre al perder la libertad, decía Homero, pierde la mitad de su espíritu.

Un gobierno republicano ha sido, es y debe ser el de Venezuela; sus bases deben ser la soberanía del pueblo: la división de los poderes, la libertad civil, la proscripción de la esclavitud, la abolición de la monarquía y de los privilegios. Necesitamos de la igualdad para refundir, digámoslo así, en un todo, la especie de los hombres, las opiniones políticas y las costumbres públicas. Luego extendiendo la vista sobre el vasto campo que nos falta por recorrer, fijemos la atención sobre los peligros que debemos evitar. Que la historia nos sirva de guía en esta carrera. Atenas, la primera, nos da el ejemplo más brillante de una democracia absoluta, y al instante, la misma Atenas nos ofrece el ejemplo más melancólico de la extrema debilidad de esta especie de gobierno. El más sabio legislador de Grecia no vio conservar su república diez años, y sufrió la humillación de reconocer la insuficiencia de la democracia absoluta para regir ninguna especie de sociedad, ni aun la más culta, morigerada y limitada, porque sólo brilla con relámpagos de libertad. Reconozcamos, pues, que Solón ha desengañado al mundo, y le ha enseñado cuán difícil es dirigir por simples leyes a los hombres.

La República de Esparta, que parecía una invención quimérica, produjo más efectos reales que la obra ingeniosa de Solón. Gloria, virtud,

moral y por consiguiente la felicidad nacional fueron el resultado de la legislación del Licurgo. Aunque dos reyes en un Estado son dos monstruos para devorarlo, Esparta poco tuvo que sentir de su doble trono: en tanto que Atenas se prometía la suerte más espléndida, con una soberanía absoluta, libre elección de magistrados, frecuentemente renovados, leyes suaves, sabias y políticas. Pisístrato, usurpador y tirano fue más saludable a Atenas que sus leyes; y Pericles, aunque también usurpador, fue el más útil ciudadano. La República de Tebas no tuvo más vida que la de Pelópidas y Epaminondas, porque a veces son los hombres, no los principios, los que forman los gobiernos. Los códigos, los sistemas, los estatutos, por sabios que sean, son obras muertas que poco influyen sobre las sociedades: ¡hombres virtuosos, hombres patriotas, hombres ilustrados constituyen repúblicas!

La Constitución romana es la que mayor poder y fortuna ha producido a ningún pueblo del mundo; allí no había una exacta distribución de los poderes. Los cónsules, el Senado, el pueblo, ya eran legisladores, ya magistrados, ya jueces; todos participaban de todos los poderes. El Ejecutivo, compuesto de dos cónsules padecía el mismo inconveniente que el de Esparta. A pesar de su deformidad no sufrió la república la desastrosa discordancia que toda previsión habría supuesto inseparable, de una magistratura compuesta de dos individuos, igualmente autorizados con las facultades de un monarca. Un gobierno cuya única inclinación era la conquista, no parecía destinado a cimentar la felicidad de su nación. Un gobierno monstruoso y puramente guerrero elevó a Roma al más alto esplendor de virtud y de gloria; y formó de la tierra un dominio romano para mostrar a los hombres de cuánto son capaces las virtudes políticas, y cuán indiferentes suelen ser las instituciones.

Y pasando de los tiempos antiguos a los modernos encontraremos la Inglaterra y la Francia, llamando la atención de todas las naciones, y dándoles lecciones elocuentes de todas especies en materias de gobier-

no. La revolución de estos dos grandes pueblos como un radiante meteoro, ha inundado al mundo con tal profusión de luces políticas que ya todos los seres que piensan han aprendido cuáles son los derechos del hombre y cuáles sus deberes; en qué consiste la excelencia de los gobiernos y en qué consisten sus vicios. Todos saben apreciar el valor intrínseco de las teorías especulativas de los filósofos y legisladores modernos. En fin, este astro, en su luminosa carrera, aun ha encendido los pechos de los apáticos españoles, que también se han lanzado en el torbellino político; han hecho sus efímeras pruebas de libertad, han reconocido su incapacidad para vivir bajo el dulce dominio de las leyes y han vuelto a sepultarse en sus prisiones y hogueras inmemoriales.

Aquí es el lugar de repetiros, legisladores, lo que os dice el elocuente Volney en la dedicatoria de sus ruinas de Palmira: «A los pueblos nacientes de las Indias castellanas, a los jefes generosos que los guían a la libertad: que los errores e infortunios del mundo antiguo enseñen la sabiduría y la felicidad al nuevo mundo». Que no se pierdan, pues, las lecciones de la experiencia; y que las escuelas de Grecia, de Roma, de Francia, de Inglaterra y de América nos instruyan en la difícil ciencia de crear y conservar las naciones con leyes propias, justas, legítimas, y sobre todo útiles. No olvidando jamás que la excelencia de un gobierno no consiste en su teoría, en su forma, ni en su mecanismo, sino en ser apropiado a la naturaleza y al carácter de la nación para quien se instituye.

Roma y la Gran Bretaña son las naciones que más han sobresalido entre las antiguas y modernas; ambas nacieron para mandar y ser libres, pero ambas se constituyeron no con brillantes formas de libertad, sino con establecimientos sólidos. Así pues, os recomiendo, representantes, el estudio de la Constitución británica, que es la que parece destinada a operar el mayor bien posible a los pueblos que la adoptan, pero por perfecta que sea, estoy muy lejos de proponeros su imitación servil.

Cuando hablo del Gobierno británico, sólo me refiero a lo que tiene de republicanismo, y a la verdad ¿puede llamarse pura monarquía un sistema en el cual se reconoce la soberanía popular, la división y el equilibrio de los poderes, la libertad civil, de conciencia, de imprenta y cuanto es sublime en la política? ¿Puede haber más libertad en ninguna especie de República? ¿Y puede pretenderse a más en el orden social? Yo os recomiendo esta Constitución popular, la división y el equilibrio a cuantos aspiran al goce de los derechos del hombre y a toda la felicidad política que es compatible con nuestra frágil naturaleza.

En nada alteraríamos nuestras leyes fundamentales si adoptásemos un Poder Legislativo semejante al Parlamento británico. Hemos dividido como los americanos la representación nacional en dos cámaras: la de Representantes, y el Senado. La primera está compuesta muy sabiamente, goza de todas las atribuciones que le corresponden, y no es susceptible de una reforma esencial, porque la Constitución le ha dado el origen, la forma y las facultades que requiere la voluntad del pueblo para ser legítima y competentemente representada. Si el Senado, en lugar de ser electivo, fuese hereditario, sería en mi concepto la base, el lazo, el alma de nuestra república. Este cuerpo en las tempestades políticas pararía los rayos del gobierno y rechazaría las olas populares. Adicto al gobierno por el justo interés de su propia conservación, se opondría siempre a las invasiones que el pueblo intenta contra la jurisdicción y la autoridad de sus magistrados. Debemos confesarlo: los más de los hombres desconocen sus verdaderos intereses, y constantemente procuran asaltarlos en las manos de sus depositarios: el individuo pugna contra la masa, y la masa contra la autoridad. Por tanto, es preciso que en todos los gobiernos exista un cuerpo neutro que se ponga siempre de parte del ofendido y desarme al ofensor. Este cuerpo neutro para que pueda ser tal, no ha de deber su origen a la elección del Gobierno, ni a la del pueblo; de modo que goce de una plenitud de independencia

que ni tema ni espere nada de estas dos fuentes de autoridad. El Senado hereditario como parte del pueblo, participa de sus intereses, de sus sentimientos, y de su espíritu. Por esta causa no se debe presumir que un Senado hereditario se desprenda de los intereses populares, ni olvide sus deberes legislativos. Los senadores en Roma, y los lores en Londres han sido las columnas más firmes sobre que se ha fundado el edificio de la libertad política y civil.

Estos senadores serán elegidos la primera vez por el Congreso. Los sucesores al Senado llaman la primera atención del Gobierno, que debería educarlos en un colegio especialmente destinado para instruir aquellos tutores. Legisladores futuros de la patria. Aprenderían las artes, las ciencias y las letras que adornan el espíritu de un hombre público: desde su infancia ellos sabrían a qué carrera la Providencia los destinaba, y desde muy tiernos elevarían su alma a la dignidad que los espera.

De ningún modo sería una violación de la igualdad política la creación de un Senado hereditario, no es una nobleza la que pretendo establecer porque como ha dicho un célebre republicano, sería destruir a la vez la igualdad y la libertad. Es un oficio para el cual se deben preparar los candidatos, y es un oficio que exige mucho saber, y los medios proporcionados para adquirir su instrucción. Todo no se debe dejar al acaso y a la ventura en las elecciones: el pueblo se engaña más fácilmente que la naturaleza perfeccionada por el arte; y aunque es verdad que estos senadores no saldrían del seno de las virtudes, también es verdad que saldrían del seno de una educación ilustrada. Por otra parte, los legisladores de Venezuela son acreedores a ocupar siempre un alto rango en la república que les debe su existencia. Creo que la posteridad vería con sentimiento, anonadados los nombres ilustres de sus primeros bienhechores: digo más, es del interés público, es de la gratitud de Venezuela, es del honor nacional, conservar con gloria hasta la última posteridad una raza de hombres virtuosos, prudentes y esforzados que superando

todos los obstáculos han fundado la república a costa de los más heroicos sacrificios. Y si el pueblo de Venezuela no aplaude la elevación de sus bienhechores, es indigno de ser libre y no lo será jamás.

Un Senado hereditario, repito, será la base fundamental del Poder Legislativo, y por consiguiente será la base de todo gobierno. Igualmente servirá de contrapeso para el Gobierno y para el pueblo: será una potestad intermedia que embote los tiros que recíprocamente se lanzan estos eternos rivales. En todas las luchas la calma de un tercero viene a ser el órgano de la reconciliación, así el Senado de Venezuela será la traba de este edificio delicado y harto susceptible de impresiones violentas: será el iris que calmará las tempestades y mantendrá la armonía entre los miembros y la cabeza de este cuerpo político.

Ningún estímulo podrá adular un cuerpo legislativo investido de los primeros honores, dependiente de sí mismo sin temer nada del pueblo, ni esperar nada del Gobierno; que no tiene otro objeto que el de reprimir todo principio de mal y propagar todo principio de bien y que está altamente interesado en la existencia de una sociedad en la cual participa de sus defectos funestos o favorables. Se ha dicho con demasiada razón que la Cámara alta de Inglaterra es preciosa para la nación porque ofrece un baluarte a la libertad; y yo añado que el Senado de Venezuela no sólo sería un baluarte de la libertad, sino un apoyo para eternizar la república.

El Poder Ejecutivo británico está revestido de toda la autoridad soberana que le pertenece, pero también está circunvalado de una triple línea de diques, barreras y estacas. Es jefe del Gobierno, pero sus ministros y subalternos dependen más de las leyes que de su autoridad, porque son personalmente responsables, y ni aun las mismas órdenes de la autoridad real los eximen de esta responsabilidad. Es generalísimo del Ejército y de la Marina, hace la paz y declara la guerra, pero el Parlamento es el que decreta anualmente las sumas con que deben

pagarse estas fuerzas militares. Si los tribunales y los jueces dependen de él, las leyes emanan del Parlamento que las ha consagrado. Con el objeto de neutralizar su poder, es inviolable y sagrada la persona del rey; y al mismo tiempo que le dejan libre la cabeza le ligan las manos con que debe obrar. El soberano de la Inglaterra tiene tres formidables rivales: su Gabinete, que debe responder al pueblo y al Parlamento; el Senado, que defiende los intereses del pueblo como representante de la nobleza de que se compone; y la Cámara de los Comunes, que sirve de órgano y de tribuna al Pueblo Británico. Además como los jueces son responsables del cumplimiento de las leyes, no se separan de ellas, y los administradores del erario, siendo perseguidos no solamente por sus propias infracciones, sino aun por las que hace el mismo Gobierno, se guardan bien de malversar los fondos públicos. Por más que se examine la naturaleza del Poder Ejecutivo en Inglaterra, no se puede hallar nada que no incline a juzgar que es el más perfecto modelo, sea para un reino, sea para una aristocracia, sea para una democracia. Aplíquese a Venezuela este Poder Ejecutivo en la persona de un presidente, nombrado por el pueblo o por sus representantes, y habremos dado un gran paso hacia la felicidad nacional.

Cualquiera que sea el ciudadano que llene estas funciones, se encontrará auxiliado por la Constitución: autorizado para hacer bien, no podrá hacer mal, porque siempre que se someta a las leyes, sus ministros cooperarán con él; si por el contrario pretenden infringirlas, sus propios ministros lo dejarán aislado en medio de la república, y aun lo acusarán delante del Senado. Siendo los ministros los responsables de las transgresiones que se cometan, ellos son los que gobiernan, porque ellos son los que las pagan. No es la menor ventaja de este sistema la obligación en que pone a los funcionarios inmediatos al Poder Ejecutivo de tomar la parte más interesada y activa en las deliberaciones del Gobierno, y a mirar como propio este departamento. Puede suceder que no sea el

presidente un hombre de grandes talentos, ni de grandes virtudes, y no obstante la carencia de estas cualidades esenciales, el presidente desempeñará sus deberes de un modo satisfactorio; pues en tales casos el ministro, haciendo todo por sí mismo, lleva la carga del Estado.

Por exorbitante que parezca la autoridad del Poder Ejecutivo de Inglaterra, quizás no es excesiva en la República de Venezuela. Aquí el Congreso ha ligado las manos y hasta la cabeza, a los magistrados. Este cuerpo deliberante ha asumido una parte de las funciones ejecutivas contra la máxima de Montesquieu que dice que un cuerpo representante no debe tomar ninguna resolución activa: debe hacer leyes y ver si se ejecutan las que hace. Nada es tan contrario a la armonía entre los poderes como su mezcla. Nada es tan peligroso con respecto al pueblo como la debilidad del Ejecutivo, y si en un reino se ha juzgado necesario concederle tantas facultades, en una república son éstas infinitamente más indispensables.

Fijemos nuestra atención sobre esta diferencia y hallaremos que el desequilibrio de los poderes debe distribuirse de dos modos. En las repúblicas el Ejecutivo debe ser el más fuerte porque todo conspira contra él; en tanto que en las monarquías el más fuerte debe ser el legislativo, porque todo conspira en favor del monarca. La veneración que profesan los pueblos a la magistratura real es un prestigio que influye poderosamente a aumentar el respeto supersticioso que se tributa a esta autoridad. El esplendor del trono, de la corona, de la púrpura, el apoyo formidable que le presta la nobleza; las inmensas riquezas que generaciones enteras acumulan en una misma dinastía; la protección fraternal que recíprocamente reciben todos los reyes son ventajas muy considerables que militan en favor de la autoridad real y la hacen casi ilimitada. Estas mismas ventajas son, por consiguiente, las que deben confirmar la necesidad de atribuir a un magistrado republicano una suma mayor de autoridad que la que posee un príncipe constitucional.



Un magistrado republicano es un individuo aislado en medio de una sociedad, encargado de contener el ímpetu del pueblo hacia la licencia, la propensión de los jueces y administradores hacia el abuso de las leyes. Está sujeto inmediatamente al cuerpo legislativo, al Senado, al pueblo; es un hombre solo resistiendo el ataque combinado de las opiniones, de los intereses y de las pasiones del Estado social, que como dice Carnot, no hace más que luchar continuamente entre el deseo de dominar y el deseo de sustraerse a la dominación. Es en fin un atleta contra otra multitud de atletas.

Sólo puede servir de correctivo a esta debilidad el vigor bien cimentado y más bien proporcionado a la resistencia que necesariamente le oponen al Poder Ejecutivo, el Legislativo, el Judicial y el pueblo de una república. Si no se ponen al alcance del Ejecutivo todos los medios que una justa atribución le señala, cae inevitablemente en la nulidad o en su propio abuso; quiero decir, en la muerte del gobierno, cuyos herederos son la anarquía, la usurpación y la tiranía. Se quiere contener la autoridad ejecutiva con restricciones y trabas; nada es más justo, pero que se advierta que los lazos que se pretenden conservar se fortifican si más no se estrechan.

Que se fortifique, pues, todo el sistema del Gobierno, y que el equilibrio se establezca de modo que no se pierda y de modo que no sea su propia delicadeza una causa de decadencia. Por lo mismo que ninguna forma de Gobierno es tan débil como la democrática, su estructura debe ser de la mayor solidez; y sus instituciones consultarse para la estabilidad. Si no es así, contemos con que se establece un ensayo de gobierno y no un sistema permanente; contemos con una sociedad díscola, tumultuaria y anárquica y no con un establecimiento social, donde tengan su imperio la felicidad, la paz y la justicia.

No seamos presuntuosos, legisladores: seamos moderados en nuestras pretensiones. No es probable conseguir lo que no ha logrado el género

humano; lo que no han alcanzado las más grandes y sabias naciones. La libertad indefinida, la democracia absoluta, son los escollos a donde han ido a estrellarse todas las esperanzas republicanas. Echad una mirada sobre las repúblicas antiguas, sobre las repúblicas modernas, sobre las repúblicas nacientes; casi todas han pretendido establecerse absolutamente democráticas y a casi todas les han frustrado sus justas aspiraciones. Son laudables ciertamente hombres que anhelan por instituciones legítimas y por una perfección social; pero, ¿quién ha dicho a los hombres que ya poseen toda la sabiduría, que ya practican toda la virtud, que exigen imperiosamente la liga del poder con la justicia? ¡Ángeles, no hombres, pueden únicamente existir libres, tranquilos y dichosos, ejerciendo todos la potestad soberana!

Ya disfruta el pueblo de Venezuela de los derechos que legítima y fácilmente puede gozar; moderemos ahora el ímpetu de las pretensiones excesivas que quizás le suscitaría la forma de un gobierno incompetente para él. Abandonemos las formas federales que no nos convienen; abandonemos el triunvirato del Poder Ejecutivo; y concentrándolo en un presidente confiémosle la autoridad suficiente para que logre mantenerse luchando contra los inconvenientes anexos a nuestra reciente situación, al estado de guerra que sufrimos y a la especie de los enemigos externos y domésticos, contra quienes tendremos largo tiempo que combatir. Que el Poder Legislativo se desprenda de las atribuciones que corresponden al Ejecutivo; adquiera no obstante nueva consistencia, nueva influencia en el equilibrio de las autoridades. Que los tribunales sean reforzados por la estabilidad y la independencia de los jueces; por el establecimiento de jurados; de códigos civiles y criminales que no sean dictados por la antigüedad, ni por reyes conquistadores, sino por la voz de la naturaleza, por el grito de la justicia y por el genio de la sabiduría.

Mi deseo es que todas las partes del Gobierno y administración adquieran el grado de vigor que únicamente puede mantener el equilibrio

no sólo entre los miembros que componen el Gobierno, sino entre las diferentes fracciones de que se compone nuestra sociedad. Nada importaría que los resortes de un sistema político se relajasen por su debilidad, si esta relajación no arrastrase consigo la disolución del cuerpo social y la ruina de los asociados. Los gritos del género humano en los campos de batalla o en los campos tumultuarios claman al cielo contra los inconsiderados y ciegos legisladores, que han pensado que se pueden hacer impunemente ensayos de quiméricas instituciones. Todos los pueblos del mundo han pretendido la libertad; los unos por las armas, los otros por las leyes, pasando alternativamente de la anarquía al despotismo o del despotismo a la anarquía; muy pocos son los que se han contentado con pretensiones moderadas constituyéndose de un modo conforme a sus medios, a su espíritu y a sus circunstancias.

No aspiremos a lo imposible, no sea que por elevarnos sobre la región de la libertad, descendamos a la región de la tiranía. De la libertad absoluta se desciende siempre al poder absoluto, y el medio entre estos dos términos es la suprema libertad social. Teorías abstractas son las que producen la perniciosa idea de una libertad ilimitada. Hagamos que la fuerza pública se contenga en los límites que la razón y el interés prescriben: que la voluntad nacional se contenga en los límites que un justo poder le señala: que una legislación civil y criminal, análoga a nuestra actual constitución, domine imperiosamente sobre el Poder Judicial, y entonces habrá un equilibrio y no habrá el choque que embaraza la marcha del Estado, y no habrá esa complicación que traba en vez de ligar la sociedad.

Para formar un gobierno estable se requiere la base de un espíritu nacional, que tenga por objeto una inclinación uniforme hacia dos puntos capitales, moderar la voluntad general y limitar la autoridad pública; los términos que fijan teóricamente estos dos puntos son de una difícil asignación; pero se puede concebir que la regla que debe dirigirlos, es

la restricción, y la concentración recíproca a fin de que haya la menos frotación posible entre la voluntad y el poder legítimo. Esta ciencia se adquiere insensiblemente por la práctica y por el estudio. El progreso de las luces es el que ensancha el progreso de la práctica y la rectitud del espíritu es la que ensancha el progreso de las luces.

El amor a la patria, el amor a las leyes, el amor a los magistrados, son las nobles pasiones que deben absorber exclusivamente el alma de un republicano. Los venezolanos aman la patria, pero no aman sus leyes; porque éstas han sido nocivas y eran la fuente del mal; tampoco han podido amar a sus magistrados, porque eran inicuos y los nuevos apenas son conocidos en la carrera en que han entrado. Si no hay un respeto sagrado por la patria, por las leyes y por las autoridades, la sociedad es una confusión, un abismo; es un conflicto singular de hombre a hombre, de cuerpo a cuerpo.

Para sacar de este caos nuestra naciente república, todas nuestras facultades morales no serán bastantes, si no fundimos la masa del pueblo en un todo; la composición del gobierno es un todo; la legislación en un todo; y el espíritu nacional en un todo. Unidad, unidad, unidad, debe ser nuestra divisa. La sangre de nuestros ciudadanos es diferente, mezclémosla para unirla; nuestra Constitución ha dividido los poderes, enlacémoslos para unirlos; nuestras leyes son funestas reliquias de todos los despotismos antiguos y modernos, que este edificio monstruoso se derribe, caiga y apartando hasta sus ruinas, elevemos un templo a la justicia; y bajo los auspicios de su santa inspiración, dictemos un código de leyes venezolanas. Si queremos consultar monumentos y modelos de legislación, la Gran Bretaña, la Francia, la América Septentrional los ofrecen admirables.

La educación popular debe ser el cuidado primogénito del amor paternal del Congreso. Moral y luces son los polos de una república, mo-

ral y luces son nuestras primeras necesidades. Tomemos de Atenas su Areópago, y los guardianes de las costumbres y de las leyes; tomemos de Roma sus censores y sus tribunales domésticos; y haciendo una santa alianza de estas instituciones morales, renovemos en el mundo la idea de un pueblo que no se contenta con ser libre y fuerte, sino que quiere ser virtuoso. Tomemos de Esparta sus austeros establecimientos y formando de estos tres manantiales una fuente de virtud, demos a nuestra república una cuarta potestad, cuyo dominio sea la infancia y el corazón de los hombres, el espíritu público, las buenas costumbres y la moral republicana. Constituyamos este Areópago para que vele sobre la educación de los niños, sobre la instrucción nacional; para que purifique lo que se haya corrompido en la república; que acuse la ingratitude, el egoísmo, la frialdad del amor a la patria, el ocio, la negligencia de los ciudadanos; que juzgue de los principios de corrupción de los ejemplos perniciosos; debiendo corregir las costumbres con penas morales, como las leyes castigan los delitos con penas afflictivas, y no solamente lo que choca contra ellas, sino lo que las burla; no solamente lo que las ataca, sino lo que las debilita; no solamente lo que viola la Constitución, sino lo que viola el respeto público. La jurisdicción de este tribunal verdaderamente santo deberá ser efectiva con respecto a la educación y a la instrucción, y de opinión solamente en las penas y castigos. Pero sus anales o registros donde se consignen sus actas y deliberaciones; los principios morales y las acciones de los ciudadanos serán los libros de la virtud y del vicio. Libros que consultarán el pueblo para sus elecciones, los magistrados para sus resoluciones y los jueces para sus juicios. Una institución semejante por más que parezca quimérica, es infinitamente más realizable que otras que algunos legisladores antiguos y modernos han establecido con menos utilidad del género humano.

iLegisladores! Por el proyecto de Constitución que reverentemente someto a vuestra sabiduría, observaréis el espíritu que lo ha dictado.

Al proponeros la división de los ciudadanos en activos y pasivos, he pretendido excitar la prosperidad nacional por las dos más grandes palancas de la industria: el trabajo y el saber. Estimulando estos dos poderosos resortes de la sociedad, se alcanza lo más difícil entre los hombres, hacerlos honrados y felices. Poniendo restricciones justas y prudentes en las asambleas primarias y electorales, ponemos el primer dique a la licencia popular, evitando la concurrencia tumultuaria y ciega que en todos tiempos han imprimado el desacierto en las elecciones y ha ligado, por consiguiente, el desacierto a los magistrados y a la marcha del Gobierno, pues este acto primordial es el acto generativo de la libertad, o de la esclavitud de un pueblo.

Aumentando en la balanza de los poderes el peso del Congreso por el número de los legisladores, y por la naturaleza del Senado, he procurado darle una base fija a este primer cuerpo de la nación y revestirlo de una consideración importantísima para el éxito de sus funciones soberanas.

Separando con límites bien señalados la jurisdicción ejecutiva de la jurisdicción legislativa, no me he propuesto dividir sino enlazar con los vínculos de la armonía que nace de la independencia estas potestades supremas cuyo choque prolongado jamás ha dejado de aterrar a uno de los contendientes. Cuando deseo atribuir al Ejecutivo una suma de facultades superior a la que antes gozaba, no he deseado autorizar un déspota para que tiranice la república, sino impedir que el despotismo deliberante no sea la causa inmediata de un círculo de vicisitudes despóticas en que alternativamente la anarquía sea reemplazada por la oligarquía y por la monocracia. Al pedir la estabilidad de los jueces, la creación de jurados y un nuevo código, he pedido al Congreso la garantía de la libertad civil, la más preciosa, la más justa, la más necesaria; en una palabra, la única libertad, pues que sin ella las demás son nulas. He pedido la corrección de los más lamentables abusos que sufre nuestra judicatura, por su origen vicioso de ese piélagos de legislación española que semejante al tiempo

recoge de todas las edades y de todos los hombres, así las obras de la denuncia como las del talento, así las producciones sensatas como las extravagantes, así los monumentos del ingenio como los del capricho. Esta enciclopedia jurídica, monstruo de diez mil cabezas, que hasta ahora ha sido el azote de los pueblos españoles, es el suplicio más refinado que la cólera del cielo ha permitido descargar sobre este desdichado imperio.

Meditando sobre el modo efectivo de regenerar el carácter y las costumbres que la tiranía y la guerra nos han dado, me he sentido la audacia de inventar un Poder Moral, sacado del fondo de la oscura antigüedad, y de aquellas olvidadas leyes que mantuvieron, algún tiempo, la virtud entre los griegos y romanos. Bien puede ser tenido por un cándido delirio, mas no es imposible, y yo me lisonjeo que no desdeñaréis enteramente un pensamiento que mejorado por la experiencia y las luces, puede llegar a ser muy eficaz.

Horrorizado de la divergencia que ha reinado y debe reinar entre nosotros por el capricho sutil que caracteriza al gobierno federativo, he sido arrastrado a rogaros para que adoptéis el centralismo y la reunión de todos los estados de Venezuela en una república sola e indivisible. Esta medida, en mi opinión urgente, vital, redentora, es de tal naturaleza que sin ella el fruto de nuestra regeneración será la muerte.

Mi deber es, legisladores, presentaros un cuadro prolijo y fiel de mi administración política, civil y militar, mas sería cansar demasiado vuestra importante atención, y privaros en este momento de un tiempo tan precioso como urgente. En consecuencia, los secretarios de Estado darán cuenta al Congreso de sus diferentes departamentos exhibiendo al mismo tiempo los documentos y archivos que servirán de ilustración para tomar un exacto conocimiento del estado real y positivo de la república.

Yo no os hablaría de los actos más notables de mi mando, si éstos no incumbiesen a la mayoría de los venezolanos. Se trata, Señor, de las resoluciones más importantes de este último período.

La atroz e impía esclavitud cubría con su negro manto la tierra de Venezuela, y nuestro cielo se hallaba recargado de tempestuosas nubes, que amenazaban un diluvio de fuego. Yo imploré la protección del Dios de la humanidad, y luego la redención dispó las tempestades. La esclavitud rompió sus grillos y Venezuela se ha visto rodeada de nuevos hijos, de hijos agradecidos que han convertido los instrumentos de su cautiverio en armas de libertad. Sí, los que antes eran esclavos, ya son libres; los que antes eran enemigos de una madrastra, ya son defensores de una patria. Encareceros la justicia, la necesidad y la beneficencia de esta medida es superfluo cuando vosotros sabéis la historia de los Helotas, de Espartaco y de Haití; cuando vosotros sabéis que no se puede ser libre y esclavo a la vez, sino violando a la vez las leyes naturales, las leyes políticas y las leyes civiles. Yo abandono a vuestra soberana decisión la reforma o la revocación de todos mis estatutos y decretos; pero yo imploro la confirmación de la libertad absoluta de los esclavos como imploraría mi vida y la vida de la república.

Representaros la historia militar de Venezuela sería recordaros la historia del heroísmo republicano entre los antiguos; sería decirnos que Venezuela ha entrado en el gran cuadro de los sacrificios hechos sobre el altar de la libertad. Nada ha podido llenar los nobles pechos de nuestros generosos guerreros, sino los honores sublimes que se tributan a los bienhechores del género humano. No combatiendo por el poder, ni por la fortuna, ni aun por la gloria, sino tan sólo por la libertad, títulos de Libertadores de la República, son sus dignos galardones. Yo, pues, fundando una sociedad sagrada con estos ínclitos varones, he instituido el orden de los Libertadores de Venezuela. ¡Legisladores! a vosotros pertenecen las facultades de conceder honores y decoraciones, vuestro es el deber de ejercer este acto augusto de la gratitud nacional.

Hombres que se han desprendido de todos los goces, de todos los bienes que antes poseían, como el producto de su virtud y talentos; hom-



bres que han experimentado cuanto es cruel en una guerra horrorosa, padeciendo las privaciones más dolorosas y los tormentos más acerbos; hombres tan beneméritos de la patria han debido llamar la atención del Gobierno. En consecuencia, he mandado recompensarlos con los bienes de la nación. Si he contraído para con el pueblo alguna especie de mérito, pido a sus representantes oigan mi súplica como el premio de mis débiles servicios. Que el Congreso ordene la distribución de los bienes nacionales, conforme a la ley que a nombre de la república he decretado a beneficio de los militares venezolanos.

Ya que por infinitos triunfos hemos logrado anonadar las huestes españolas, desesperada la Corte de Madrid ha pretendido sorprender vanamente la conciencia de los magnánimos soberanos que acaban de extirpar la usurpación y la tiranía en Europa, y deben ser los protectores de la legitimidad y de la justicia de la causa americana. Incapaz de alcanzar con sus armas nuestra sumisión, recurre la España a su política insidiosa; no pudiendo vencernos, ha querido emplear sus artes suspicaces. Fernando se ha humillado hasta confesar que ha menester de la protección extranjera para retornarnos a su ignominioso yugo. ¡A un yugo que todo poder es nulo para imponerlo! Convencida Venezuela de poseer las fuerzas suficientes para repeler a sus opresores, ha pronunciado por el órgano del Gobierno su última voluntad de combatir hasta extirpar, por defender su vida política, no sólo contra la España, sino contra todos los hombres, si todos los hombres se hubiesen degradado tanto, que abrazasen la defensa de un Gobierno devorador, cuyos únicos móviles son una espada exterminadora y las llamas de la Inquisición. Un Gobierno que ya no quiere dominios, sino desiertos; ciudades, sino ruinas; vasallos, sino tumbas. La declaración de la República de Venezuela es el acta más gloriosa, más heroica, más digna de un pueblo libre; es la que con mayor satisfacción tengo el honor de ofrecer al Congreso ya sancionada por la expresión unánime del pueblo de Venezuela.

Desde la segunda época de la república nuestro Ejército carecía de elementos militares; siempre ha estado desarmado; siempre le han faltado municiones; siempre ha estado mal equipado. Ahora los soldados defensores de la independencia no solamente están armados de la justicia, sino también de la fuerza. Nuestras tropas pueden medirse con las más selectas de Europa, ya que no hay desigualdad en los medios destructores. Tan grandes ventajas las debemos a la libertad sin límites de algunos generosos extranjeros que han visto gemir la humanidad y sucumbir la causa de la razón, y no la han visto tranquilos espectadores, sino que han volado con sus protectores auxilios, y han prestado a la república cuanto ella necesitaba para hacer triunfar sus principios filantrópicos. Estos amigos de la humanidad son los genios custodios de la América, y a ellos somos deudores de un eterno reconocimiento, como igualmente de un cumplimiento religioso a las sagradas obligaciones que con ellos hemos contraído. La deuda nacional, legisladores, es el depósito de la fe, del honor, y de la gratitud de Venezuela. Respetadla como el Arca Santa, que encierra no tanto los derechos de nuestros bienhechores cuanto la gloria de nuestra fidelidad. Perezcamos primero que quebrantar un empeño que ha salvado la patria y la vida de sus hijos.

La reunión de la Nueva Granada y Venezuela en un grande Estado ha sido el voto uniforme de los pueblos y gobiernos de estas repúblicas. La suerte de la guerra ha verificado este enlace tan anhelado por todos los colombianos; de hecho, estamos incorporados. Estos pueblos hermanos ya os han confiado sus intereses, sus derechos, sus destinos. Al contemplar la reunión de esta inmensa comarca, mi alma se remonta a la eminencia que exige la perspectiva social, que ofrece un cuadro tan asombroso. Volando por entre las próximas edades, mi imaginación se fija en los siglos futuros, y observando desde allá, con admiración y pasmo, la prosperidad, el esplendor, la vida que ha recibido esta vasta región, me siento arrebatado y me parece que ya la veo en el corazón

del universo, extendiéndose sobre sus dilatadas costas, entre esos océanos, que la naturaleza había separado, y que nuestra patria reúne con prolongados y anchurosos canales. Ya la veo servir de lazo, de centro, de emporio a la familia humana; ya la veo enviando a todos los recintos de la tierra los tesoros que abrigan sus montañas de plata y de oro; ya la veo disfrutar por sus divinas plantas la salud y la vida a los hombres dolientes del antiguo universo; ya la veo comunicando sus preciosos secretos a los sabios que ignoran cuán superior es la suma de las luces a la suma de las riquezas que le ha prodigado la naturaleza. Ya la veo sentada sobre el trono de la libertad, empuñando el cetro de la justicia, coronada por la gloria, mostrar al mundo antiguo la majestad del mundo moderno.

Dignaos, legisladores, acoger con indulgencia la profesión de mi conciencia política, los últimos votos de mi corazón y los ruegos fervorosos que a nombre del pueblo me atrevo a dirigirlos. Dignaos conceder a Venezuela un gobierno eminentemente popular, eminentemente justo, eminentemente moral, que encadene la opresión, la anarquía y la culpa. Un gobierno que haga reinar la inocencia, la humanidad y la paz. Un gobierno que haga triunfar bajo el imperio de leyes inexorables la igualdad y la libertad.

Señores, empezad vuestras funciones; yo he terminado las mías.



## Ley fundamental de la República de Colombia

El soberano Congreso de Venezuela, a cuya autoridad han querido voluntariamente sujetarse los pueblos de la Nueva Granada recientemente libertados por las armas de la República:

CONSIDERANDO:

1° Que reunidas en una sola República las provincias de Venezuela y de la Nueva Granada tienen todas las proporciones y medios de elevarse al más alto grado de poder y prosperidad;

2° Que constituidas en Repúblicas separadas, por más estrechos que sean los lazos que las unan, bien lejos de aprovechar tantas ventajas, llegarían difícilmente a consolidar y hacer respetar su soberanía;

3° Que estas verdades altamente penetradas por todos los hombres de talentos superiores, y de un ilustrado patriotismo, habían movido los gobiernos de las dos repúblicas a convertir en su reunión, que las vicisitudes de la guerra impidieron verificar.

Por todas estas consideraciones de necesidad y de interés recíproco, y con arreglo al informe de una Comisión Especial de Diputados de la Nueva Granada y de Venezuela, en el nombre y baxo los auspicios del Ser Supremo, ha decretado y decreta la siguiente Ley Fundamental de la República de Colombia:

ARTÍCULO 1°

Las repúblicas de Venezuela y la Nueva Granada quedan desde este día reunidas en una sola bajo el título glorioso de República de Colombia.

## ARTÍCULO 2°

Su territorio será el que comprendían la antigua Capitanía General de Venezuela y el Virreinato del Nuevo Reino de Granada, abrazando una extensión de 115 mil leguas cuadradas, cuyos términos precisos se fijarán en mejores circunstancias.

## ARTÍCULO 3°

Las deudas que las dos repúblicas han contraído separadamente, son reconocidas *in solidum* por esta Ley como deuda nacional de Colombia, a cuyo pago quedan vinculados todos los bienes y propiedades del Estado, y se destinarán los ramos más productivos de las rentas públicas.

## ARTÍCULO 4°

El Poder Ejecutivo de la República será ejercido por un Presidente, y en su defecto por un Vice-Presidente, nombrados ambos interinamente por el actual Congreso.

## ARTÍCULO 5°

La República de Colombia se dividirá en tres grandes departamentos: Venezuela, Quito y Cundinamarca, que comprenderá las provincias de la Nueva Granada, cuyo nombre queda desde hoy suprimido. Las capitales de estos departamentos serán las ciudades de Caracas, Quito y Bogotá, quitada la adición de Santa Fe.

## ARTÍCULO 6°

Cada departamento tendrá una administración superior y un jefe nombrado por ahora por este Congreso con título de Vice-Presidente.

## ARTÍCULO 8°

El Congreso General de Colombia se reunirá el primero de enero de 1821 en la Villa del Rosario de Cúcuta, que por todas circunstancias se considera el lugar más bien proporcionado. Su convocación se hará por el Presidente de la República el 10 de enero de 1820, con comunicación

del reglamento para las elecciones que será formado por una Comisión Especial y aprobado por el Congreso actual.

#### ARTÍCULO 9°

La Constitución de la República de Colombia será formada por su Congreso General, a quien se presentará en clase de proyecto la que ha decretado el actual, y que con las leyes dadas por él mismo se pondrá, desde luego por vía de ensayo, en ejecución.

#### ARTÍCULO 10°

Las armas y el pabellón de Colombia se decretarán por el Congreso General, sirviéndose entretanto de las armas y pabellón de Venezuela por ser más conocido.

#### ARTÍCULO 11°

El actual Congreso se pondrá en receso el 15 de enero de 1820, debiendo procederse a nuevas elecciones para el Congreso General de Colombia.

#### ARTÍCULO 12°

Una comisión de seis miembros y un presidente quedará en lugar del Congreso con atribuciones especiales que se determinarán por un decreto.

#### ARTÍCULO 13°

La República de Colombia será solemnemente proclamada en los pueblos y los ejércitos con fiestas y regocijos públicos, verificándose en esta capital el 25 del corriente diciembre en celebridad del nacimiento del Salvador del Mundo, bajo cuyo patrocinio se ha logrado esta deseada reunión, por la cual se regenera el Estado.

#### ARTÍCULO 14°

El aniversario de esta regeneración política se celebrará perpetuamente con una fiesta nacional, en que se permitirán como en las de olimpiada las virtudes y las luces.

La presente Ley Fundamental de la República de Colombia será promulgada solemnemente en los pueblos y en los ejércitos inscrita en to-

dos los registros públicos, y depositada en todos los archivos de los cabildos, municipales y corporaciones así eclesiásticas como seculares.

Dada en el Palacio del Soberano Congreso de Venezuela en la Ciudad de Santo Tomás de Angostura a diez y siete del mes de diciembre del año del Señor mil ochocientos diez y nueve, noveno de la Independencia.

EL PRESIDENTE DEL CONGRESO, FRANCISCO ANTONIO ZEA

JUAN GERMÁN ROSCIO, MANUEL CEDEÑO, JUAN MARTÍNEZ JOSÉ ESPAÑA, LUIS TOMÁS PERAZA, ANTONIO M. BRICEÑO, EUSEBIO AFANADOR, FRANCISCO CONDE, DIEGO BAUTISTA URBANEJA, JUAN VICENTE CARDOSO, IGNACIO MUÑOZ, ONOFRE BASADO, DOMINGO ALZURU, JOSÉ TOMÁS MACHADO, RAMÓN GARCÍA CÁDIZ.

EL DIPUTADO SECRETARIO, DIEGO DE VALLENILLA



## Convocatoria del Congreso de Panamá

### **Convocatoria del Congreso de Panamá, datada en Lima el 7 de diciembre de 1824**

(A los gobiernos de las repúblicas de Colombia, México, Río de la Plata, Chile y Guatemala)

Grande y buen amigo:

Después de quince años de sacrificios consagrados a la libertad de América por obtener el sistema de garantías que, en paz y guerra, sea el escudo de nuestro nuevo destino, es tiempo ya de que los intereses y las relaciones que unen entre sí a las repúblicas americanas, antes colonias españolas, tengan una base fundamental que eternice, si es posible, la duración de estos gobiernos.

Entablar aquel sistema y consolidar el poder de este gran cuerpo político pertenece al ejercicio de una autoridad sublime que dirija la política de nuestros gobiernos, cuyo influjo mantenga la uniformidad de sus principios, y cuyo nombre sólo calme nuestras tempestades. Tan respetable autoridad no puede existir sino en una asamblea de plenipotenciarios, nombrados por cada una de nuestras repúblicas, y reunidos bajo los auspicios de la victoria obtenida por nuestras armas contra el poder español.

Profundamente penetrado de estas ideas, invité en 1822, como presidente de la República de Colombia, a los gobiernos de México, Perú, Chile y Buenos Aires para que formásemos una confederación y reuniésemos, en el Istmo de Panamá u otro punto elegible a pluralidad,

una asamblea de plenipotenciarios de cada Estado «que nos sirviese de consejo en los grandes conflictos, de punto de contacto en los peligros comunes, de fiel intérprete en los tratados públicos cuando ocurran dificultades, y de conciliador, en fin, de nuestras diferencias».

El Gobierno del Perú celebró el 6 de julio de aquel año un tratado de alianza y confederación con el plenipotenciario de Colombia; y por él quedaron ambas partes comprometidas a interponer sus buenos oficios con los gobiernos de América, antes española, para que, entrando todos en el mismo pacto, se verificase la reunión de la asamblea general de los confederados. Igual tratado concluyó en México, a 3 de octubre de 1823, el enviado extraordinario de Colombia a aquel Estado, y hay fuertes razones para esperar que los otros gobiernos se someterán al consejo de sus más altos intereses.

Diferir más tiempo la asamblea general de los plenipotenciarios de las repúblicas que de hecho están ya confederadas, hasta que se verifique la accesión de las demás, sería privarnos de las ventajas que produciría aquella asamblea desde su instalación. Estas ventajas se aumentarán prodigiosamente, si se contempla el cuadro que nos ofrece el mundo político y, muy particularmente, el continente europeo.

La reunión de los plenipotenciarios de México, Colombia y el Perú se retardaría indefinidamente si no se promoviese por una de las mismas partes contratantes; a menos que se aguardase el resultado de una nueva y especial convención sobre el tiempo y lugar relativos a este gran objeto. Al considerar las dificultades y retardos por la distancia que nos separa, unidos a otros motivos solemnes que emanan del interés general, me determino a dar este paso con la mira de promover la reunión inmediata de nuestros plenipotenciarios, mientras los demás gobiernos celebran los preliminares, que existen ya entre nosotros, sobre el nombramiento e incorporación de sus representantes.

Con respecto al tiempo de la instalación de la asamblea, me atrevo a pensar que ninguna dificultad puede oponerse a su realización en el término de seis meses, aun contando desde el día de la fecha; y también me atrevo a lisonjearme de que el ardiente deseo que anima a todos los americanos de exaltar el poder del mundo de Colón, disminuirá las dificultades y demoras que exigen los preparativos ministeriales, y la distancia que media entre las capitales de cada estado y el punto central de reunión.

Parece que si el mundo hubiese de elegir su capital, el Istmo de Panamá sería señalado para este augusto destino, colocado, como está, en el centro del globo, viendo por una parte el Asia y por la otra el África y la Europa. El Istmo de Panamá ha sido ofrecido por el Gobierno de Colombia, para este fin, en los tratados existentes. El Istmo está a igual distancia de las extremidades; y, por esta causa, podría ser el lugar provisorio de la primera asamblea de los confederados.

Defriendo, por mi parte, a estas consideraciones, me siento con una gran propensión a mandar a Panamá los diputados de esta república, apenas tenga el honor de recibir la ansiada respuesta de esta circular. Nada ciertamente podrá llenar tanto los ardientes votos de mi corazón como la conformidad que espero de los gobiernos confederados a realizar este augusto acto de la América.

Si V. E. no se digna adherirse a él, preveo retardos y perjuicios inmensos, a tiempo que el movimiento del mundo lo acelera todo, pudiendo también acelerarlo en nuestro daño.

Tenidas las primeras conferencias entre los plenipotenciarios, la residencia de la asamblea, como sus atribuciones, pueden determinarse de un modo solemne por la pluralidad, y entonces todo se habrá alcanzado.

El día que nuestros plenipotenciarios hagan el canje de sus poderes, se fijará en la historia diplomática de América una época inmortal. Cuan-

do, después de cien siglos, la posteridad busque el origen de nuestro derecho público y recuerde los pactos que consolidaron su destino, registrarán con respeto los protocolos del Istmo. En él encontrarán el plan de las primeras alianzas, que trazará la marcha de nuestras relaciones con el universo. ¿Qué será entonces del Istmo de Corinto comparado con el de Panamá?

Vuestro grande y buen amigo,

SIMÓN BOLÍVAR

EL MINISTRO DE GOBIERNO Y RELACIONES EXTERIORES JOSÉ SÁNCHEZ  
CARRIÓN

## **Mensaje del Libertador a La Convención Nacional de Ocaña**

**Mensaje del Libertador a la Convención Nacional de Ocaña, fechado en Bogotá el 29 de febrero de 1828**

A los representantes del pueblo en la Convención Nacional

Conciudadanos:

Os congratulo por la honra que habéis merecido de la nación, confiándoos sus altos destinos, al representar la legitimidad de Colombia os hallábais revestidos de los poderes más sublimes. También participo yo de la mayor ventura devolviéndoos la autoridad que se había depositado en mis cansadas manos; tocan a los queridos del pueblo las atribuciones soberanas, los derechos supremos, como delegados del omnipotente augusto de quien yo soy súbdito y soldado. ¿En qué potestad más eminente depondría yo el bastón de presidente, y la espada de general? Disponed libremente de estos símbolos de mando y de gloria en beneficio de la causa popular, sin atender a consideraciones personales, que nos impidieran una reforma perfecta.

Constituido por mis deberes a manifestaros la situación de la república, tendré el dolor de ofreceros el cuadro de sus aflicciones. No juzguéis, que los colores que empleo los ha encendido la exageración, ni que han salido de la tenebrosa mansión de los misterios: yo los he copiado a la

luz del escándalo; su conjunto puede pareceros ideal; pero si lo fuera, ¿Colombia os llamara?

Los quebrantos de la patria han empezado desde luego a remediarse, ya que congregados los escogidos se disponen a examinarlos. Vuestra empresa, en verdad, es tan difícil como gloriosa, y aunque algo se han disminuido los obstáculos con la fortuna de poderos presentar a Colombia unida y dócil a vuestra voz; he de deciros que no debemos esta inapreciable ventaja sino a las esperanzas libradas en la convención; esperanzas que os muestran la confianza nacional y el peso que os abruma.

Os bastará recorrer nuestra historia para descubrir las causas de nuestra decadencia. Colombia, que supo darse vida, se halla exánime. Identificada antes con la causa pública, no estima ahora su deber como la única regla de salud. Los mismos que durante la lucha se contentaron con su pobreza, y que no adeudaban al extranjero tres millones, para mantener la paz han tenido que cargarse de deudas vergonzosas por sus consecuencias. Colombia, que al frente de las huestes opresoras respiraban sólo pundonor y virtud, padece como insensible el descrédito nacional. Colombia, que no pensaba sino en sacrificios dolorosos, en servicios eminentes, se ocupa de sus derechos y no de sus deberes. Habría perecido la nación si un resto de espíritu público no la hubiese impedido a clamar el remedio y detenido al borde del sepulcro. Solamente un peligro horroroso nos haría intentar la alteración de las leyes fundamentales; sólo este peligro se habría hecho superior a la pasión que profesábamos a instituciones propias y legítimas, cuyas bases nos habían procurado la deseada emancipación.

Nada añadiría a este funesto bosquejo, si el puesto que ocupo no me forzara a dar cuenta a la nación de los inconvenientes prácticos de sus leyes. Sé que no puedo hacerlo sin exponerme a siniestras interpretaciones, y que al través de mis palabras se leerán pensamientos ambiciosos;

mas yo creo que no he rehusado a Colombia consagrarle mi vida y mi reputación, me conceptúo obligado a este último sacrificio.

Debo decirlo: nuestro gobierno está esencialmente mal constituido. Sin considerar que acabamos de lanzar la coyunda, nos dejamos deslumbrar por aspiraciones incompatibles con la humana naturaleza. Otras veces hemos equivocado los medios y atribuido el mal suceso a no habernos acercado bastante a la engañosa guía que nos extraviaba, desoyendo a los que pretendía seguir el orden de las cosas, y comparar entre sí las diversas partes de nuestra constitución, y toda ella con nuestra educación, costumbres, e inexperiencia para que no nos precipitáramos en un mar proceloso.

Nuestros diversos poderes no están distribuidos cual lo requiere la forma social y el bien de los ciudadanos. Hemos hecho del Legislativo sólo el cuerpo soberano, en lugar de que no debía ser más que un miembro de este soberano; lo hemos sometido al Ejecutivo, y dado mucha más parte en la administración general que la que el interés legítimo permite. Por colmo de desacierto se ha puesto toda la fuerza en la voluntad, y toda la flaqueza en el movimiento y la acción del cuerpo social.

El derecho de presentar proyectos de ley se ha dejado exclusivamente al Legislativo, que por su naturaleza está lejos de conocer la realidad del gobierno y es puramente teórico.

El arbitrio de objetar las leyes concedido al Ejecutivo es tanto más ineficaz, cuanto que se ofende la delicadeza del congreso con la contradicción. Éste puede insistir victoriosamente hasta con el voto de la quinta o con menos de la quinta parte de sus miembros; lo que no deja de ser medio de eludir el mal.

Prohibida la libre entrada a los secretarios del despacho en nuestras cámaras, para explicar o dar cuenta de los motivos del gobierno, no queda ni este recurso que adoptar para esclarecer al Legislativo en los casos de objetarse algún acuerdo. Mucho habría podido evitarse, re-

quiriendo determinado tiempo, o un número proporcional de votos, considerablemente mayor que el que ahora se exige para insistir en las leyes objetadas por el Ejecutivo.

Obsérvese que nuestro ya tan abultado código, en vez de conducir a la felicidad, ofrece obstáculos a sus progresos. Parecen nuestras leyes hechas al caso: carecen de conjunto, de método, de clasificación y de idioma legal. Son opuestas entre sí, confusas, a veces innecesarias, y aun contrarias a sus fines. No falta ejemplo de haberse hecho indispensable contener con disposiciones rigurosas vicios destructores y que se generalizaban; la ley, pues, hecha al intento ha resultado mucho menos adecuada que las antiguas, amparando indirectamente los vicios que se procuraban evitar.

Por aproximarnos a lo perfecto, adoptamos por base de representación una escala que nuestra capacidad no admite todavía. Prodigándosele esta augusta función, se ha degradado y ha llegado a parecer, en algunas provincias, indiferente y hasta poco honroso representar al pueblo. De esto ha emanado, en parte, el descrédito en que han caído las leyes; y leyes despreciadas, ¿qué felicidad producirán?

El Ejecutivo de Colombia no es el igual del Legislativo; ni el jefe del Judicial; viene a ser un brazo débil del poder supremo, de que no participa en la totalidad que le corresponde, porque el congreso se ingiere en sus funciones naturales sobre la administración judicial, eclesiástica y militar. El Gobierno, que debería ser la fuente y el motor de la fuerza pública, tiene que buscarla fuera de sus propios recursos, y que apoyarse en otros que le debieran estar sometidos. Toca esencialmente al Gobierno ser el centro y la mansión de la fuerza, sin que el origen del movimiento le corresponda. Habiéndose privado de su propia naturaleza, sucumbe en un letargo que se hace funesto para los ciudadanos y que arrastra consigo la ruina de las instituciones.



No están reducidos a éstos los vicios de la constitución con respecto al Ejecutivo. Rivaliza en entidad con los mencionados la falta de responsabilidad de los secretarios del despacho. Haciéndola pesar exclusivamente sobre el jefe de la administración, se anula su efecto, sin consultar cuanto es posible la armonía y el sistema entre las partes; y se disminuyen igualmente los garantes de la observancia de la ley. Habrá más celo en su ejecución, cuando con la responsabilidad moral obre en los ministros, la que se les imponga. Habrá entonces más poderosos estímulos para propender al bien. El castigo que por desgracia se llegara a merecer no sería el germen de mayores males, la causa de trastornos considerables y el origen de las revoluciones. La responsabilidad en el escogido del pueblo será siempre ilusoria, a no ser que voluntariamente se someta a ella, o que contra toda probabilidad carezca de medios para sobreponerse a la ley. Nunca, por otro lado, puede hacerse efectiva esta responsabilidad, no hallándose determinados los casos en que se incurra, ni definida la expiación.

Todos observan con asombro el contraste que presenta el Ejecutivo, llevando en sí una superabundancia de fuerza al lado de una extrema flaqueza: no ha podido repeler la invasión exterior o contener los conatos sediciosos, sino revestido de la dictadura. La constitución misma, convencida de su propia falta, se ha excedido en suplir con profusión las atribuciones que le había economizado con avaricia. De suerte que el Gobierno de Colombia es una fuente mezquina de salud o un torrente devastador.

No se ha visto en nación alguna entronizada a tanta altura la facultad de juzgar como en Colombia. Considerándose el modo con que están constituidos entre nosotros los poderes, ni puede decirse que las funciones del cuerpo político de una nación se reducen a querer y a ejecutar su voluntad. Se aumentó un tercer agente supremo, como si la facultad

de decidir las leyes que convengan a los casos, no fuese la principal incumbencia de la ejecución. Para que no influyese indebidamente en los encargados de decirlo, los dejaron del todo inconexos con el Ejecutivo, de que son por su naturaleza parte integrante; y a pesar de que se encargó a éste velar de continuo en la pronta y cumplida administración de justicia, se le cometió el encargo sin proveerle de medios para descubrir cuando fuese oportuna su intervención, ni declararle hasta qué punto pudiese extenderse. Aun la facultad de elegir, entre personas aptas, se les ha coartado.

No satisfechos con esta exaltación, hemos dado por leyes posteriores a los tribunales civiles una absoluta supremacía en los juicios militares, contra toda la práctica uniforme de los siglos, derogatoria de la autoridad que la constitución atribuye al presidente, y destructora de la disciplina que es el fundamento de una milicia de línea. Las leyes posteriores en la parte judicial han extendido, hasta donde nunca debió ser, el derecho de juzgar. A consecuencia de la ley de procedimiento se han complicado las litis. Por todas partes se han establecido nuevos juzgados y tribunales de cantón, por cuya reforma claman los miserables pueblos que enredan y sacrifican en provecho de los jueces. Repetidas ocasiones han decidido de la buena o mala aplicación de la ley cortes superiores, compuestas casi exclusivamente de legos. El Ejecutivo ha oído lastimosos reclamos contra el artificio o prevaricación de los jueces, y no ha tenido medios para castigarlos; ha visto la hacienda pública víctima de la ignorancia y de la malicia de los tribunales, y no ha podido aplicar el remedio.

La acumulación de todos los ramos administrativos en los agentes naturales que el Ejecutivo tiene en los departamentos aumenta su impotencia, porque el intendente, jefe del orden civil y de la seguridad interior, se halla recargado de la administración de las rentas nacionales, cuyo cuidado exige muchos individuos sólo para impedir su deterioro.

No obstante que esta acumulación parece conveniente, no lo es sino con respecto a la autoridad militar; que debería estar reunida en los departamentos marítimos a la civil, y la civil separada de la de rentas, para que cada uno de estos ramos sirva de un modo satisfactorio al pueblo y al Gobierno.

Las municipalidades, que serían útiles como consejo de los gobernadores de provincia, apenas han llenado sus verdaderas funciones; algunas de ellas han osado atribuirse la soberanía que pertenece a la nación, otras han formado la sedición; y casi todas las nuevas, más han exasperado que promovido el abasto, el ornato y la salubridad de sus respectivos municipios. Tales corporaciones no son provechosas al servicio a que se les ha destinado; han llegado a hacerse odiosas por las gabelas que cobran, por la molestia que causan a los electos que las componen y porque en muchos lugares no hay siquiera con quién reemplazarlas. Lo que las hace principalmente perjudiciales es la obligación en que pone a los ciudadanos de desempeñar una judicatura anual, en que emplean su tiempo y sus bienes, comprometiendo muy frecuentemente su responsabilidad y hasta su honor. No es raro el destierro espontáneo de algunos individuos de sus propios hogares, porque no los nombren para estos enojosos cargos. Y si he de decir lo que todos piensan, no habría decreto más popular que el que eliminase las municipalidades.

No habiendo ley sobre la policía general, no existe ni su sombra. Resulta de aquí que el Estado es una confusión, diría mejor, un misterio para los subalternos del Ejecutivo, que se hallan en relación con uno a uno de los individuos, los que no son manejables sin una policía diligente y eficaz que coloque a cada ciudadano en conexión inmediata con los agentes del Gobierno. De aquí provienen diversos inconvenientes para que los intendentes hagan cumplir las leyes y reglamentos en todos los ramos de su dependencia.

Destruída la seguridad y el reposo, únicos anhelos del pueblo, ha sido imposible a la agricultura conservarse siquiera en el deplorable estado en que se hallaba. Su ruina ha cooperado a la de otras especies de industria, desmoralizando el albergue rural y disminuido los medios de adquirir; todo se ha sumido en la miseria desoladora y en algunos cantones los ciudadanos han recobrado su independencia primitiva, porque perdidos sus gozes nada los liga a la sociedad, y aun se convierten en sus enemigos. El comercio exterior ha seguido la misma escala que la industria del país; aun diría que apenas basta para proveernos de lo indispensable; tanto más, que los fraudes favorecidos por las leyes y por los jueces, seguidos de numerosas quiebras, han alejado la confianza de una profesión, que únicamente estriba en el crédito y buena fe. Y, ¿qué comercio habrá sin cambios y sin provechos?

Nuestro ejército era el modelo de la América y la gloria de la libertad; su obediencia a la ley, al magistrado y al general parecía pertenecer a los tiempos heroicos de la virtud republicana. Se cubría con sus armas, porque no tenía uniformes; pereciendo de miseria se alimentaba de los despojos del enemigo, y sin ambición no respiraba más que el amor a la patria. Tan generosas virtudes se han eclipsado, en cierto modo, delante de las nuevas leyes dictadas para regirlo y para protegerlo. Partícipe el militar de los sacudimientos que han agitado toda la sociedad, o conserva más que su devoción a la causa que ha salvado, y un respeto saludable a sus propias cicatrices. He mencionado el funesto influjo que ha debido tener en la subordinación, el haberle sujetado a tribunales civiles, cuyas doctrinas y disposiciones son fatales a la disciplina severa, a la sumisión pasiva y a la ciega obediencia que forma la base del poder militar, apoyo de la sociedad entera. La ley que permite al militar casarse sin licencia del Gobierno ha perjudicado considerablemente al ejército en su movilidad, fuerza y espíritu. Con razón se ha prohibido tomar reemplazos de entre los padres de familia: contraviniendo a esta

regla, hemos hecho padres de familia a los soldados. Mucho ha contribuido a relajar la disciplina el vilipendio que han recibido los jefes de parte de los súbditos por escritos públicos. El haberse declarado detención arbitraria una pena correccional, es establecer por ordenanzas los derechos del hombre, y difundir la anarquía entre los soldados, que son los más crueles, como los más tremendos cuando se hacen demagogos. Se han promovido peligrosas rivalidades entre civiles y militares con los escritos y con las discusiones del congreso, no considerándolos ya como los libertadores de la patria, sino como verdugos de la libertad. ¿Era ésta la recompensa reservada para los héroes? Aun ha llegado el escándalo al punto de excitarse odio y encono entre los militares de diferentes provincias para que ni la unidad ni la fuerza existieran.

No quisiera mencionar la clemencia que ha recaído sobre los crímenes militares de esta época ominosa. Cada uno de los legisladores está penetrado de toda gravedad de esta vituperable indulgencia. ¿Qué ejército será digno, en adelante, de defender nuestros sagrados derechos, si el castigo del crimen ha de ser recompensarlo? ¡Y si la gloria no pertenece ya a la fidelidad, el valor a la obediencia!

Desde ochocientos veintiuno, en que empezamos a reformar nuestro sistema de hacienda, todos han sido ensayos; y de ellos el último nos ha dejado más desengañados que los anteriores. La falta de vigor en la administración, en todos y cada uno de sus ramos, el general por eludir el pago de las contribuciones, la notable infidelidad y descuido por parte de los recaudadores, la creación de empleados innecesarios, el escaso sueldo de éstos y las leyes mismas, ha conspirado a destruir el erario. Se ha confiado vencer algunas veces este conjunto de resistencia invocando la acción de los tribunales; pero los tribunales, con la apariencia de protectores de la inocencia, han absuelto al contribuyente quejoso y al recaudador procesado, cuando la lentitud y la secuela de los juicios no ha dado tiempo al congreso para dictar nuevas leyes que enervasen

aun la acción del Gobierno. Todavía el congreso no ha arreglado los comisarios que manejan las más cuantiosas rentas. Todavía el congreso no ha examinado, por la primera vez, la inversión de los fondos de que el Gobierno es simple administrador.

La demora en Europa de la persona a quien por órdenes expedidas en 1823 toca responder de los millones que se deben por el empréstito contratado y por el ratificado en Londres; la expulsión del encargado de negocios que teníamos en el Perú, y que gestionaba el cobro de los suplementos que hicimos a aquella república; por último la distribución y consumación de los bienes nacionales, nos han forzado a suplir con numerosas inscripciones en el libro de la deuda nacional valores que ellos pudieron dejar satisfechos. El erario de Colombia ha tocado, pues, a la crisis de no poder cubrir nuestro honor nacional con el extranjero generoso que nos ha prestado sus fondos confiando en nuestra fidelidad. El ejército no recibe la mitad de sus sueldos, y excepto los empleados de hacienda, los demás sufren la más triste miseria. El rubor me detiene, y no me atrevo a decirlos que las rentas nacionales han quebrado, y que la república se halla perseguida por un formidable concurso de acreedores.

Al describir el caos que nos envuelve, casi me ha parecido superfluo hablarlos de nuestras relaciones con los demás pueblos de la tierra. Ellas prosperaron a medida que se exaltaba nuestra gloria militar, y la prudencia de nuestros conciudadanos, inspirando así confianza de que nuestra organización civil y dicha social, alcanzaría el alto rango que la Providencia nos había señalado. El progreso de las relaciones exteriores ha dependido siempre de la sabiduría del gobierno y de la concordia del pueblo. Ninguna nación se hizo nunca estimar, sino por la práctica de estas ventajas: ninguna se hizo respetable sin la unión que la fortifica. Y discorde Colombia, menospreciando sus leyes, arruinando su crédito, ¿qué alicientes podrá ella ofrecer a sus amigas? ¿Qué garantes para

conservar siquiera a las que tiene? Retrogradando, en vez de avanzar, en la carrera civil, no inspira sino esquivéz. Ya se ha visto provocada, insultada por un aliado, que no existiera sin nuestra magnanimidad. Vuestras deliberaciones van a decidir, si arrepentidas las naciones amigas de habernos conocido hayan de borrarlos de entre los pueblos que componen la especie humana.

¡Legisladores! Ardua y grande es la obra que la voluntad nacional os ha cometido. Salvaos del compromiso en que os han colocado vuestros conciudadanos salvando a Colombia. Arrojad vuestras miradas penetrantes en el recóndito corazón de vuestros constituyentes; allí leeréis la prolongada angustia que los agoniza: ellos suspiran por seguridad y reposo. Un gobierno firme, poderoso y justo es el grito de la patria. Miradla de pie sobre las ruinas del desierto que ha dejado el despotismo, pálida de espanto llorando quinientos mil héroes muertos por ella: cuya sangre sembrada en los caminos, hacía nacer sus derechos. Sí, legisladores, muertos y vivos, sepulcros y ruinas, os piden garantías. Y yo que sentado ahora sobre el hogar de un simple ciudadano, y mezclado entre la multitud, recobro mi voz y mi derecho, yo que soy el último que reclamo el fin de la sociedad; yo que le he consagrado un culto religioso a la patria y a la libertad, no debo callarme en momento tan solemne. Dadnos un gobierno en que la ley sea obedecida; el magistrado, respetado, y el pueblo, libre; un gobierno que impida la transgresión de la voluntad general y los mandamientos del pueblo.

Considerad, legisladores, que la energía en la fuerza pública es la salvaguardia de la flaqueza individual, la amenaza que aterra al injusto y la esperanza de la sociedad. Considerad que la corrupción de los pueblos nace de la indulgencia de los tribunales y de la impunidad de la república. Mirad, en fin, que la anarquía destruye la libertad, y que la unidad conserva el orden.

¡Legisladores! A nombre de Colombia os ruego con plegarias infinitas que nos deis, a imagen de la Providencia que representáis, como árbitros de nuestros destinos, para el pueblo, para el ejército, para el juez y para el magistrado, ¡¡¡leyes inexorables!!!

BOGOTÁ, 29 DE FEBRERO DE 1828



## Última proclama del Libertador

A los pueblos de Colombia

Colombianos:

Habéis presenciado mis esfuerzos para plantear la libertad donde reinaba antes la tiranía. He trabajado con desinterés, abandonando mi fortuna y aun mi tranquilidad. Me separé del mando cuando me persuadí que desconfiabais de mi desprendimiento. Mis enemigos abusaron de vuestra credulidad y hollaron lo que me es más sagrado: mi reputación y mi amor a la libertad.

He sido víctima de mis perseguidores, que me han conducido a las puertas del sepulcro. Yo los perdono.

Al desaparecer de en medio de vosotros, mi cariño me dice que debo hacer la manifestación de mis últimos deseos. No aspiro a otra gloria que a la consolidación de Colombia. Todos debéis trabajar por el bien inestimable de la unión: los pueblos obedeciendo al actual gobierno para liberarse de la anarquía; los ministros del santuario dirigiendo sus oraciones al cielo, y los militares empleando sus espadas en defensa de las garantías sociales.

¡Colombianos! Mis últimos votos son por la felicidad de la patria. Si mi muerte contribuye para que cesen los partidos y se consolide la unión, yo bajaré tranquilo al sepulcro.

HACIENDA SAN PEDRO, EN SANTA MARTA, 15 DE DICIEMBRE DE 1830



## Bibliografía

### Bibliografía bolivariana

*Boletín de la Academia Nacional de la Historia.*

TORREALBA LOSSI, Mario. *Bolívar en diez vertientes.*

QUEVEDO, Numa. *Bolívar, legislador y jurista.*

ROZO ACUÑA, Eduardo. *Bolívar. Pensamiento constitucional.*

BLANCO-FOMBONA, Rufino. *Bolívar pintado por sí mismo.* (Biblioteca Popular Venezolana).

BLANCO-FOMBONA, Rufino. *Bolívar y la guerra a muerte.*

RUMAZO-GONZÁLEZ, Alfonso. *Bolívar.*

PARRA PÉREZ, Caracciolo. *Bolívar.*

LIÉVANO AGUIRRE, Indalecio. *Bolívar.*

LECUNA, Vicente. *Crónica razonada de las guerras de Bolívar.*

PERÚ DE LACROIX, Luis. *Diario de Bucaramanga.*

BLANCO, José Félix y AZPÚRUA, Ramón. *Documentos para la historia de la vida pública del Libertador.*

*Documentos de la libertad* (56 volúmenes compilados por la Comisión de Historia del Ministerio de la Defensa presidida por el general de Brigada Jacinto Pérez Arcay).

LECUNA, Vicente : Recopilación. *Documentos referentes a la creación de Bolivia.*

PRIETO FIGUEROA, Luis B. *El magisterio americano de Bolívar.*

MATOS OCHOA, Sergio. *El panamericanismo a la luz del derecho internacional.*

VALENCIA TOVAR, Álvaro. *El ser guerrero del Libertador.*

MORALES, Salvador. *Martí en Venezuela, Bolívar en Martí.*

*Memorias del general Daniel Florencio O'Leary.*

BLANCO-FOMBONA, Rufino. *Moedades de Bolívar.*

LECUNA, Vicente: Compilación y notas. *Obras completas de Simón Bolívar.*

LECUNA, Vicente : Publicados. *Papeles de Bolívar.*

*Revista de la Sociedad Bolivariana de Venezuela.*

FRANK, Waldo. *Simón Bolívar, nacimiento de un mundo.*

BLANCO, Eduardo. *Venezuela heroica.*

LARRAZÁBAL, Felipe. *Vida del Libertador Simón Bolívar.*

KEY-AYALA, Santiago. *Vida ejemplar de Simón Bolívar.*

SALCEDO BASTARDO, José Luis. *Visión y revisión de Bolívar.*

### **Bibliografía general**

ACOSTA, Cecilio (1961). *Pensamiento político venezolano del siglo XIX.* Ediciones conmemorativas del Sesquicentenario de la Independencia. Caracas.

ARELLANO MORENO, A. (1968). *Mirador de historia política de Venezuela.* Segunda Edición. Caracas-Madrid.

ALVARADO, Lisandro. *Historia de la revolución federal en Venezuela.*

ARMAS CHITTY, José Antonio de (1968). *Fermín Toro y su época.* Instituto Nacional de Cultura y Bellas Artes. Cromotip.

JIMÉNEZ, Ascanio y otros (1972). *Venezuela y sus fronteras en la hora cero.* Cromotip. Caracas.

BENCOMO BARRIOS, Héctor (1971). *Campaña de Carabobo, 1821.* Edición del Ministerio de la Defensa. Talleres de Cromotip.

BERNSTEIN, Harry (1970). *Venezuela y Colombia.* Primera Edición, 1967. *Boletín del Centro de Historia del Estado Falcón.* Números 15-18. Coro, abril de 1970.

BRITO FIGUEROA, Federico (1951). *Ezequiel Zamora.* Editorial Ávila Gráfica.

Biografías Gandesa (1961). *Forjadores del mundo moderno.*

- CALVANI, Arístides. *Los objetivos nacionales*. Revista del IAEDEN.
- Ciento cincuenta años de vida republicana (1811-1961)* (1964). Biblioteca del Sesquicentenario. Ediciones de la Presidencia de la República. Caracas.
- CORTÉS, Santos Rodulfo. *Antología documental de Venezuela (1492-1900)*.
- CHEVALLIER, Jean Jacques (1967). *Los grandes textos políticos (desde Maquiavelo hasta nuestros días)*. Traducción de Antonio Rodríguez. Sexta Edición. Editorial Aguilar. Madrid.
- DARWIN, Charles. *El origen de las especies*.
- DÍAZ GARCÍA, Pedro Luis. *Psicología general*.
- DÍAZ SÁNCHEZ, Ramón (1953). *Guzmán, elipse de una ambición de poder*. Tercera Edición. Ed. Hortus. Caracas.
- ENCINA, Francisco (1965). *Bolívar*. Editorial Nascimento. Santiago, 1965.
- Encíclicas Papales (Rerum Novarum, Mater et Magistra, Populorum Progressio, Quadragésimo Anno, Mensajes de Pío XII, etc.).
- FATONE, Vicente. *Lógica y teoría del conocimiento*.
- GAITÁN, Jorge Eliécer. *Los mejores discursos*. Editorial Jorvi.
- GIL FORTOUL, José (1953). *Historia constitucional de Venezuela*. Comisión Editora de las Obras Completas de José Gil Fortoul.
- GUEVARA, Arturo. *Historia clínica del Libertador*.
- KEY AYALA, Santiago. *Obras completas*.
- LIZARDO, Ramón J. *In memoriam*.
- LANDAETA ROSALES, Manuel (1961). *Biografía del valiente ciudadano Ezequiel Zamora*. Ediciones Conmemorativas del Primer Centenario de la Guerra Federal. Caracas.
- LÓPEZ CONTRERAS, Eleazar. *Temas de historia bolivariana*.
- MAGALLANES, Manuel Vicente (1972). *Historia política de Venezuela*. Edime.
- MARX, Carlos. *El capital*.
- MARX y ENGELS. *El manifiesto comunista*.

MONTAÑEZ, José Ángel; ARREAZA ARCA, Francisco; ROJAS PÉREZ, Antonio y CHACÓN, Domingo. *Historia de Venezuela, documental y crítica*. Edición de la Academia Militar de Venezuela.

MONTAÑEZ, José Ángel. *Cátedra bolivariana*.

NAVARRO, Emilio. *La Revolución Federal*.

OGBURN y NIMKOF. *Sociología*.

PAPINI, Giovanni. *Historia de Cristo*.

PITIRIM, Sorokim (1962). *Sociedad, cultura y personalidad*. Aguilar.

RANGEL, Domingo Alberto (1968). *El proceso del capitalismo contemporáneo en Venezuela*. Colección Humanismo y Ciencia. Dirección de Cultura. UCV. Caracas.

RENÁN, Ernesto. *Vida de Jesús*.

SISO MARTÍNEZ, J. M. (1956). *Historia de Venezuela*. Ed. Yocoima.

SMIRNOV, Leontiev y otros. *Psicología*.

ZUMETA, César. *Las potencias y la intervención en Hispanoamérica*.





**COLECCIÓN BICENTENARIO CARABOBO**

**COMISIÓN PRESIDENCIAL BICENTENARIA DE LA BATALLA Y LA VICTORIA DE CARABOBO**

**PREPrensa e impresión**

Fundación Imprenta de la Cultura

**ISBN**

978-980-7301-34-3

**Depósito legal**

DC2021000446

**Caracas, Venezuela, mayo de 2021**





La presente edición de  
**CARABOBO UN PUNTO ITINERARIO**  
fue impresa  
en los Talleres  
de la Fundación  
Imprenta de la Cultura  
durante el mes  
de mayo de 2021,  
año bicentenario  
de la Batalla de Carabobo  
y de la Independencia  
de Venezuela

La **COLECCIÓN BICENTENARIO CARABOBO** reúne voces y obras emblemáticas de la historia, la literatura y el pensamiento social que expresan nuestra identidad, como homenaje de la Presidencia de la República Bolivariana de Venezuela a los 200 años de la gran victoria del pueblo sobre las fuerzas imperiales españolas, gesta que nos dio a las venezolanas y los venezolanos el poder de decidir un destino propio y nos hizo ganar la independencia y la soberanía por las que hoy seguimos luchando.



**Carabobo, un punto itinerario...** Pasado y futuro se encuentran dialécticamente en el presente. Y es una tarea ineludible cuestionar ese tiempo concreto que vivimos para conjurar los errores que, por acción u omisión, nos hacen repetir la historia. Así, más que un relato que contamos, la historia se desplegará como un horizonte de futuro proyectado por nuestra propia voluntad consciente. Desde esa visión, las miradas que Pérez Arcay reúne en este libro exploran nuestro devenir como República: algunos autores se ubican en la Batalla de Carabobo, en 1821; otros siguen la pista de la estela que se encendió el 19 de abril de 1811 y que se irradiaría hasta la Batalla de Ayacucho, en 1824. Otra mirada nos ubica en el presente, analizando lo pretérito para desde ahí señalar el porvenir. Una voz domina en todos estos textos: Bolívar, voz que se une a las de Hugo Chávez Frías, Arturo Uslar Pietri, Eduardo Blanco, Álvaro Valencia Tovar y el propio Pérez Arcay, quien compila y da organicidad a esta obra, que tiene como centro un movimiento, un transitar sobre los pasos de otros, con la intención de crear conciencia y promoverla entre las nuevas generaciones: Carabobo es la ruta.

COLECCIÓN BICENTENARIO CARABOBO

